

The background of the cover is a dark, atmospheric cityscape at night. The scene is filled with tall buildings, some with glowing windows, and a complex network of wires or cables crisscrossing the air. Several flying vehicles, including a large red alien creature with a bulbous head and a smaller red vehicle with multiple eyes, are seen in flight. The overall color palette is dominated by dark blues, greys, and oranges, creating a sense of mystery and advanced technology.

ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ANTICIPACIÓN III

Lectulandia

Tercer volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *La avispa, El mejor mundo posible, Llámeme Irish, por favor, El ubicuo, El ratón que rugió, La historia del Juicio Final, Novecientos noventa y cuatro, Bienvenidos a casa, El color surgido del espacio, El extraño vuelo de Richard Clayton, Viernes, Planta química, Refugio para esta noche, Ahora: Cero, El hombre del tiempo, Haga una pregunta estúpida y El martillo de Vulcano.*

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación
III**

Antología de novelas de anticipación - 3

ePub r1.0

Watcher 30-03-2018

AA. VV., 1964
Traducción: José María Aroca
Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La avispa

Richard Wilson

La avispa chocó, zumbando, contra el cristal del parabrisas, en el interior del coche, y el conductor notó la presencia del insecto por primera vez. En aquel momento iniciaba una curva a cuarenta y cinco millas por hora, de modo que no pudo hacer nada. Cuando pasó la curva, el hombre, que iba solo en el automóvil, alargó la mano y abrió la ventanilla de la derecha. La pequeña ventanilla de ventilación de la izquierda ya estaba abierta. El hombre agitó la mano, no demasiado cerca de la avispa, como para señalarle el camino de la libertad.

La avispa continuó zumbando y no hizo el menor caso de la ventanilla abierta. Sus alas siguieron chocando contra el cristal del parabrisas.

Dos veces más, cuando el tránsito lo permitió, el hombre trató de comunicar a la avispa que había un camino para salir del coche. La segunda vez, la avispa zumbó furiosamente, en un *crescendo*, y el hombre decidió no insistir. No había sido picado nunca por uno de aquellos animalitos, pero ésta podía ser la primera vez, si la avispa se enfurecía.

Al cabo de un rato, la avispa dejó de zumbar y empezó a revolotear de un lado a otro. El insecto debió entrar en el automóvil cuando éste se encontraba aparcado cerca de la casa, antes de que el hombre lo pusiera en marcha para dirigirse a la ciudad. El día era muy caluroso, y había dejado las ventanillas abiertas a fin de mantener ventilado el vehículo.

Al pasar junto a uno de los mojones de la carretera, el conductor comprobó que había recorrido diez millas. Casi la mitad del camino. En cierta ocasión había medido la distancia: 22,2 millas desde su casa hasta el lugar donde aparcaba el automóvil para tomar un metro que le llevaba hasta el centro de la ciudad.

Se preguntó si el hogar de la avispa no estaría situado cerca del suyo. Había un nido de avispas debajo del alero de su casa, lo suficientemente alto como para no ser un peligro para nadie. Si hacía salir a la avispa del vehículo, el animalito se encontraría muy lejos de su hogar, a pesar de su capacidad de vuelo, la cual, por otra parte, era un misterio para el conductor. Tal vez no pudiera regresar a su nido. Tal vez no pudiera encontrar otra colonia de avispas, y si la encontraba, tal vez no fuera aceptada en ella.

Normalmente hacía funcionar la radio del coche; de haber seguido esta costumbre en aquella ocasión, se hubiera olvidado de la avispa en cuanto dejó de zumbar. Pero la radio estaba estropeada y, por tanto, la mente del conductor disponía de la atención necesaria para dedicarla a la pequeña fantasía sobre la desplazada avispa.

Obedeciendo a un repentino impulso, volvió a cerrar la ventanilla de la derecha. Había decidido encerrar a la avispa en el automóvil y hacer con ella el camino de regreso. Sus asuntos sólo le retendrían en la ciudad unas cuantas horas, y luego, los dos —la avispa y él— regresarían a casa.

Los movimientos que hizo al cerrar la ventanilla sobresaltaron a la avispa. Zumbó frente al rostro del conductor, luego alrededor de su cabeza y, por último, fue a chocar contra la ventanilla que acababa de cerrarse.

«Eres una tonta —dijo el hombre, en tono casi cariñoso—. Te llevaré a casa, quieras o no».

Evidentemente, el hombre del rifle era un cazador. O, para ser más exactos, un cazador furtivo. La temporada de caza había terminado, y si le sorprendían en el coto, con un arma de fuego, le darían un disgusto.

No había conseguido cobrar ninguna pieza, y su ánimo, bajo el cálido sol del mediodía, se mostraba afectado por una gran depresión. Estaba en pie desde antes del alba, y se sentía muy fatigado.

Iba andando, murmurando en voz baja, cuando vio el reflejo del sol sobre un objeto metálico, en un claro del bosque, a poca distancia del lugar donde se encontraba. Un edificio, al parecer; aunque es difícil imaginar la existencia de un edificio en un lugar tan apartado.

Apresuró el paso y, cuando estuvo más cerca del objeto, comprobó que no era un edificio. Llegó al borde del claro, lo distinguió con claridad y, contra lo que le mostraron sus propios ojos, se negó a admitir la evidencia.

Parecía una nave espacial. Al menos, tenía el aspecto de las naves espaciales que el cazador había visto en el cine y en las revistas infantiles. Pero no estaba dispuesto a aceptar una cosa como aquélla en el terreno de la realidad.

Había leído las noticias que publicaban los periódicos acerca de las investigaciones espaciales y de los satélites construidos por el hombre que podían situarse por encima de la atmósfera terrestre. Pero eran habladurías.

Sin embargo, aquello que tenía ante sí existía. Estaba allí... Fuera lo que fuese.

A su alrededor no había cabañas ni cobertizos, lo cual demostraba que aquél no era el lugar en que había sido construido. Ni tampoco se veían cámaras, ni actores, ni otros elementos de rodaje cinematográfico. En realidad, no había nada, excepto la nave, larga, plateada, descansando sobre su cola.

Su puerta ¿o la llamaban escotilla? estaba abierta. El cazador no pudo ver a nadie dentro. Debajo de la escotilla había una escalera de metal, plegable.

Permaneció de pie en el borde del claro, sin tratar de ocultarse, pero sin hacerse demasiado visible. Dejó transcurrir un largo rato antes de tomar la decisión de acercarse un poco más. Mientras tanto, nada se había movido.

Cuando llegó al pie de la escalerilla se detuvo, con el oído atento. No oyó el menor ruido. Subió los peldaños de metal y penetró en la nave. Nadie.

En el interior todo brillaba como la plata. Todo flamante. Un pasillo conducía a la parte superior, formando espiral. Tras una leve vacilación, el hombre echó a andar por el pasillo, empuñando fuertemente su rifle.

El pasillo parecía no tener fin; el hombre estaba pensando en la conveniencia de abandonar la empresa, cuando llegó ante una puerta. Estaba cerrada.

Se detuvo y escuchó. No oyó nada.

La puerta no tenía manecilla, pero, al empujar el hombre, se abrió.

La cámara a que daba paso estaba también desocupada. Pero, por primera vez, aparecieron señales de habitabilidad. Había muebles, por ejemplo. No sillas, ni sillones, sino una cosa intermedia. Parecían cómodos.

Había una mesa, o banco, a lo largo de una de las paredes, con varios recipientes encima. Eran metálicos. Los más pequeños semejabán arquillas, y cajas fuertes los de mayor tamaño. Todos eran de plata, o al menos plateados.

El hombre se acercó a ellos pero no consiguió descubrir el modo de abrirlos. En apariencia, no tenían cerradura.

El hombre quedó absorto en la contemplación de las cajas por espacio de un par de minutos. Después se irguió de nuevo y escuchó atentamente. Nada.

En la camareta había otras cosas, pero ninguna tenía sentido para él.

Probó una de las sillas-sillones y la encontró muy cómoda. Era de plata también, aunque el asiento y el respaldo estaban tapizados con un material esponjoso.

El hombre se sentó, diciéndose que lo mismo podía escuchar sentado que de pie. Colocó el rifle sobre sus rodillas.

Se sintió invadido por una gran somnolencia, pero hizo un gran esfuerzo para mantener los ojos abiertos y aguzó el oído, como compensación.

Al cabo de un minuto, se durmió.

Le despertaron unas suaves vibraciones. Y, al darse cuenta de dónde estaba, se maldijo a sí mismo por haberse quedado dormido. Se puso en pie de un salto. Se encaminó hacia la puerta. La empujó, pero continuó cerrada. Luego recordó que se había abierto hacia dentro, no hacia fuera, y buscó un tirador. No había ninguno.

Había luz artificial, pero el hombre no consiguió saber su procedencia. Ninguna ventana. Sólo aquella puerta. El hombre calculó los posibles efectos de una bala de rifle. Si hubiese existido alguna cerradura, hubiera disparado contra ella. Pero no había ninguna cerradura, y un disparo de rifle sólo hubiese logrado revelar su presencia.

Las vibraciones continuaban. Eran muy leves, como si se produjeran muy lejos, o estuvieran aisladas; pero no cabía duda de que procedían de la nave.

El hombre, repentinamente asustado, se preguntó si habrían despegado.

Y, si habían despegado, se preguntó a continuación, dejando que el temor se impusiera a su escepticismo acerca de la existencia de las naves espaciales, ¿adonde se dirigían?

Empezó a dar vueltas por la camareta, frenéticamente. Trató de mover las sillas-

sillones, pero estaban firmemente unidas al suelo de metal. Cogió las cajas de color de plata más pequeñas y las tiró contra el suelo. Las de mayor tamaño eran demasiado pesadas para que pudiera levantarlas, pero podía arrastrarlas por encima de la mesa y hacerlas caer. Las hizo caer. Ni siquiera se abollaron.

En una de las paredes había una cuadrícula de artesonado. El hombre apoyó el rifle contra la pared y apretó con ambas manos. Nada. Luego recorrió el artesonado con las puntas de los dedos, buscando algún botón o algún resorte oculto. Si había alguno, no consiguió encontrarlo.

Finalmente, exhausto y furioso, se quedó de pie en el centro de la camareta. Empuñó su rifle, dispuesto a disparar a la menor señal de peligro.

Seguía allí, en pie, tenso y asustado, cuando cesaron las vibraciones, cinco minutos más tarde.

El silencio era absoluto, exceptuando el sonido de su propia respiración. Esto le impresionó aún más. Sus piernas empezaron a temblar, sin que pudiera dominarlas. Se acercó de nuevo a la silla-sillón y se sentó.

Esperó.

Sus ojos estaban clavados en la puerta, la única entrada posible, cuando empezó a moverse hacia dentro, lentamente.

El nombre volvió a temblar, pero apuntó su rifle en dirección a la puerta y murmuró con voz ronca:

—De acuerdo, entre, pero levante las manos por encima de su cabeza.

Se tildó a sí mismo de estúpido mientras pronunciaba aquellas palabras.

Pero su aturdimiento subió de punto cuando la puerta se hubo abierto del todo sin que apareciera nadie.

El hombre se puso en pie y se dirigió cautelosamente hacia el umbral. Asomó la cabeza, pulgada a pulgada, y miró arriba y abajo del pasillo. Nadie. Nada. Ni un ruido.

Con el rifle en la mano, dio unos cuantos pasos hacia la derecha. El pasillo se extendía delante de él. Luego recorrió a la inversa el camino que le había conducido a la camareta. La escotilla a través de la cual se había introducido en la nave, estaba cerrada. No le sorprendió, desde luego, pero quiso convencerse. Subió de nuevo por el pasillo en espiral. La puerta de la camareta aparecía cerrada. La empujó con el hombro... no logró abrirla.

El hombre avanzó por el largo pasillo, tratando de no hacer ruido. Pero sus pesadas botas crujían a cada paso que daba y, en el profundo silencio, aquellos crujidos resultaban ensordecedores... al menos para él. En consecuencia, renunció a toda precaución y empezó a andar con paso decidido. Esto pareció devolverle toda su presencia de ánimo, y cuando llegó al final del pasillo y encontró otra puerta, la empujó sin vacilar.

La puerta se abrió.

El *ser* estaba recostado en una silla-sillón. Una de las cajas de plata estaba en el

suelo, cerca de él. Una especie de tubo ascendía desde la caja hasta el rostro del ser, el cual parecía estar alimentándose.

El hombre y el ser se contemplaron uno a otro en silencio. El hombre no hizo ningún movimiento con su rifle. El ser continuó alimentándose.

Lo que el hombre estaba viendo era una casi-persona. Tenía una cabeza, un cuerpo, cuatro extremidades. Nada permitía adivinar si andaba sobre las cuatro, o sobre las dos posteriores. Ninguna de las extremidades estaba calzada, y manos y pies se confundían.

El ser habló. Su charla era una especie de ulular en tono menor, que no le impedía seguir alimentándose.

Lo que el ser le estaba diciendo al hombre, sin preámbulo ni acogida de ninguna clase, era que se había dado cuenta muy pronto, después de despegar, de que la nave tenía un polizón.

El hombre no comprendió una sola palabra.

El ser conjeturó lo que estaba ocurriendo y lamentó la imposibilidad de establecer comunicación entre ellos, pero continuó hablando como para demostrar que sus sentimientos eran amistosos.

—Desgraciadamente —dijo el ser, mirando al hombre con ojos afectados como un diamante—, ahora no puedo regresar. Tengo trazado un plan de vuelo, y no puedo apartarme de él.

Hizo una pausa como si esperase una respuesta, pero el hombre no dijo nada. El ser no hizo ningún movimiento, excepto para flexionar sus dedos lentamente.

—Mi patrulla me recogerá pasado el sistema solar —continuó diciendo el ser—, y usted tendrá que venir conmigo. Mi próximo viaje tendrá lugar dentro de dos años. Entonces podrá volver a su casa. Entretanto, le cuidaremos bien.

El hombre, sin comprender, escuchaba las palabras con suspicacia. La voz ululante del ser le erizaba los pelos de la nuca. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, exactamente igual que una noche que estaba cazando en un bosque desconocido y un lobo aulló más allá de la fogata de su campamento, pero muy cerca de él.

El hombre miró hacia atrás repentinamente, pero no vio a nadie.

—Estoy solo en la nave —dijo el desconocido, interpretando correctamente el movimiento del hombre—. Ahora tengo que comprobar el rumbo. Pura rutina. Venga conmigo, si quiere.

El ser saltó de la silla-sillón al suelo con un gracioso movimiento y le hizo una seña al hombre para que le siguiera. Su paso no era el humano andar erguido, ni el trote de un cuadrúpedo, sino algo intermedio.

El hombre se apartó a un lado cuando el ser pasó junto a él, de camino hacia la puerta. Luego le siguió, con cautela.

Pasaron a lo largo de una serie de pasillos que brillaban como la plata bruñida. El desconocido dirigía miradas ocasionales hacia atrás. El hombre le seguía, con las manos engarfiadas en su rifle.

—Lamento las molestias que va a ocasionarle todo esto —dijo el ser, sabiendo que no sería comprendido, pero contento, al parecer, de tener una oportunidad para hablar—. Escogí una zona que me pareció deshabitada para aterrizar y recargar los tanques de atmósfera. He estado en su planeta varias veces, pero hasta ahora nadie había visto la nave, al menos que yo sepa.

—Me está usted poniendo nervioso —dijo el hombre en voz alta—. Será mejor que no siga moviéndose de ese modo, si no quiere que le vuele la cabeza.

—¿De manera que habla usted? —dijo el ser—. Bien. Un lenguaje muy curioso, y posiblemente inteligente. Tengo que grabarlo para su estudio. Tal vez su planeta tenga otras posibilidades. Me pregunto si la suya es la forma de vida dominante, o uno de los sub-grupos. Incluso es posible que podamos establecer comunicación antes de que vuelva a dejarle en el lugar donde le encontré.

—Su cabeza sería un hermoso trofeo —dijo el hombre—. Desde luego, no me creería nadie. Creerían que era un truco de un taxidermista.

—Ésta es la sala de mandos —dijo el desconocido. Hizo un gesto y se abrió una puerta. El desconocido la cruzó, invitando al hombre a seguirle. El hombre lo hizo.

—Esto parece la cabina del piloto, o el puente, o como diablos se llame —dijo el hombre—. Si liquidara a ese monstruo, tal vez pudiera aprender a pilotar esto y regresar a casa.

El ser se acercó a un cubo plateado montado sobre un trípode y lo estudió con atención, aunque el hombre no pudo ver más que una superficie completamente lisa.

—Perfecto —dijo el ser—. ¿Le gustaría ver dónde estamos?

Tocó el cubo aquí y allí con rápidos movimientos de sus dedos, y un trozo de la pared se convirtió en una pantalla. Allí, contra la negra tachonada de estrellas del espacio, estaba la Luna, y, más allá, un globo verde que debía de ser la Tierra.

El hombre abrió la boca involuntariamente. Era como si creyera por primera vez que la nave había abandonado el suelo.

—Un hermoso espectáculo —dijo el ser—. Su mundo es uno de los más bellos. Algún día nos dedicaremos a explorarlo. Y el conocimiento de su lenguaje, si es que se trata de un lenguaje, podría ayudarnos. ¿Por qué no empezamos ahora? —Señaló la Luna—. Satélite —dijo.

—Eso es la Luna, sí —dijo el hombre.

—Slalunasí —repitió el ser—. Muy interesante. —Señaló el globo verde—. Sistema XI, Planeta Tres. Supongo que ustedes le llaman Tierra. La mayoría de seres que viven en el suelo utilizan ese término para designar a su planeta. Tierra —repitió.

El ulular del desconocido subió y bajó de tono, pero el hombre no consiguió distinguir nada que se pareciera ni remotamente a una palabra.

—Creo que estamos en plena clase de idiomas. Pero yo no pesco ni una.

—Muy difícil, muy difícil —dijo el ser. Señaló otra vez la Luna—. Slalunasí.

—Luna.

—Una... Comprendo, una variación. Probablemente, uno es el vocablo genérico,

y otro el específico. Estamos progresando, amigo mío. Estoy seguro de que dentro de unas semanas podremos conversar. Mientras, debo cuidar de usted. Supongo que debe comer...

El ser hizo desaparecer la pantalla de la pared, colocó una caja plateada cerca de una silla-sillón, hizo un gesto al hombre para que se sentara y le ofreció el tubo que estaba conectado a la caja.

El hombre tomó el tubo y se sentó. Examinó la caja y el tubo con suspicacia, y luego golpeó el extremo del tubo contra la palma de su mano para ver lo que salía. No salió nada. Tranquilizado por el hecho de que el ser se había alimentado de una caja similar, se llevó el tubo a la boca. Inmediatamente brotó un espeso líquido, tibio, y el hombre apartó el tubo a un lado.

El líquido era completamente insípido, pero aquel breve sorbo le había infundido una sensación de bienestar. Miró al ser, el cual asintió. Se llevó de nuevo el tubo a la boca. Sorbió.

Su sensación de bienestar aumentó. Estiró las piernas y se reclinó hacia atrás. La mano que empuñaba el rifle se aflojó, y el arma cayó al suelo.

Al cabo de unos instantes, el hombre estaba profundamente dormido.

Cuando se despertó de nuevo no abrió los ojos inmediatamente. Una especie de languidez le invadía desde la cabeza a los pies. Sabía dónde estaba, pero no experimentó ningún temor. Le estaban cuidando perfectamente y no tenía nada que temer del desconocido, que parecía un ser inteligente y amistoso.

Existía el problema de regresar a la Tierra, pero podía esperar. El hombre era un solitario, sin familia ni responsabilidades, y la aventura que estaba corriendo era más apasionante que la caza.

Recordó, con los ojos todavía cerrados, que no se sentía tan satisfecho antes de alimentarse con el tubo conectado a la caja plateada. La idea le inquietó. Posiblemente, le habían drogado.

Abrió los ojos de par en par.

Su cuerpo, decapitado, estaba tendido sobre una mesa, al otro lado de la habitación.

Mientras lo contemplaba, horrorizado, el cuerpo se aplastó y se ensanchó, como si un gran peso invisible lo estuviera oprimiendo desde arriba.

El cuerpo se hizo transparente, y el hombre pudo ver las venas y los huesos. Era su propio cuerpo. Reconoció la cicatriz producida por una operación de apendicitis, que había sufrido años antes.

Pero no sintió ningún dolor.

Su cabeza debía estar enroscada a alguna parte. Podía mover los ojos, pero nada más.

Encima de él había uno de los extraños cubos plateados de la nave. Podía verlo enarcando las cejas y dirigiendo la mirada hacia arriba. Una radiación de color violáceo salía de aquel cubo y bañaba su cabeza.

Miró hacia abajo, con temor, pero no vio ni una sola gota de sangre.

En aquel momento, el desconocido entró en la habitación. No miró la cabeza; se dirigió directamente a la mesa sobre la cual yacía el aplastado y transparente cuerpo. Lo examinó con gran interés.

La mente del hombre estaba gritando de indignación y de terror. Ante su vista, situado a quince pies de distancia del decapitado cuerpo, el ser se había convertido en un monstruo diabólico. Y pensar que en un momento determinado casi había llegado a creer, que podía confiar en él...

En aquel mismo instante, el ser se volvió y se dio cuenta de que los ojos de la cabeza estaban abiertos.

—¡Está usted despierto! —exclamó, preocupado—. ¡Oh! Lo siento...

Para el hombre, la expresión del desconocido fue perversa.

—Estaba convencido de que dormiría usted hasta que hubiera acabado de examinarle —dijo el desconocido—. Distinto metabolismo, supongo.

Pareció que trataba de leer la expresión de los ojos del hombre.

—Espero que conocerá usted este invento —dijo—. Si no lo conocía, le habrá producido una enorme impresión. —Volvió a inclinarse sobre el cuerpo—. Sí, el corazón late apresuradamente y la respiración es agitada. ¡Oh! Lo siento...

Las palabras del desconocido sonaron en los oídos del hombre como el cántico ritual de un salvaje.

—Vamos a unirle de nuevo —dijo el ser—. Sé que tiene usted la sensación de que le han cortado la cabeza y le han aplastado el cuerpo, pero en realidad se trata de una simple ilusión óptica. Esto es nuestro *Diagnostican*. Muy eficaz, y completamente inofensivo. Por medio de él he registrado todas las funciones de su cuerpo. Y el rayo violeta que baña su cabeza está registrando lo que puede de su cerebro. Si fuera médico, podría explicárselo mejor. Aunque entonces, desde luego, no me comprendería usted en absoluto.

El desconocido se acercó a una de las paredes y pulsó varios interruptores.

La luz violácea se apagó e inmediatamente el hombre volvió a su primitivo estado, con la cabeza unida a su tronco. Estaba tendido sobre la mesa, sin ningún peso que le aplastara, y la mesita cúbica sobre la cual había reposado su cabeza, al otro lado de la habitación, vacía.

El hombre notó un hormigueo en todo su cuerpo, como si millares de insectos se pasearan por él. Se sentó rápidamente. En el suelo, estaba su rifle.

No se detuvo a pensar por qué estaba entero otra vez, sino que saltó de la mesa y cogió el rifle.

Disparó casi a quemarropa contra el ser. Falló el tiro por una pulgada.

—Por favor —dijo el desconocido—. Yo no le he hecho a usted ningún daño.

El segundo proyectil atravesó el hombro del desconocido.

—Pero, *puedo* hacerle daño —advirtió el ser—. No tengo por qué tenerle consideraciones especiales. Hay millones de seres de su especie.

Levantó la mano derecha, dejando al descubierto una especie de reloj que llevaba en la muñeca.

El rifle disparó por tercera vez.

Simultáneamente, el reloj desprendió unas radiaciones y el hombre quedó muerto.

El ser se encogió de hombros.

«Podía haber sido una interesante compañía», murmuró.

Recogió el cadáver del hombre y lo tiró al expulsor de los desperdicios.

El conductor del automóvil llegó al lugar de aparcamiento próximo a la entrada del metro. La avispa estaba de nuevo pegada al cristal del parabrisas.

El hombre se sentó ante el volante, dio la vuelta a la llave del encendido, pisó el embrague, dio gas y soltó el embrague.

Aquella serie de movimientos repentinos y maquinales debieron inquietar a la avispa.

Zumbó furiosamente, y se acercó al rostro del hombre.

El hombre agitó una mano delante de su rostro.

—Mira, avispa —dijo, medio en broma, medio asustado—. No quiero hacerte ningún daño. Quédate quieta, y no te pasará nada.

La avispa voló hacia la parte trasera del automóvil y volvió a acercarse al hombre.

—¡Maldito bicho! —exclamó el hombre, y utilizó su cartera de mano para librarse del ataque.

El zumbido del insecto se hizo todavía más furioso. El hombre vio su oportunidad, y la cartera de mano aplastó a la avispa.

El hombre cogió el insecto muerto por un ala y lo tiró por la ventanilla.

El mejor mundo posible

Richard Wilson

La hora del programa estaba próxima. Floyd Geringer llamó a su hijo:

—Vic..., ya es casi la hora.

—Voy, papá.

El muchacho vivía la época del crecimiento. Era un niño sin madre cuando fueron lanzados, y ahora iba a cumplir los catorce años. «Lanzamiento» era la palabra empleada por Floyd para denominar el acto que les hizo viajar por el espacio, sin esperanzas de regresar a la Tierra.

Se sentaron en las gastadas y cómodas butacas, frente al altavoz. El dedo meñique de la mano izquierda de Floyd hurgó inconscientemente en el diminuto círculo que la quemadura de un cigarro había dejado en el tapizado rojo del brazo de la butaca. ¿Cuántos años habían pasado desde que fumó su último cigarrillo? Esta pregunta vagó por la mente de Floyd; luego, fue rechazada por él. Carecía de importancia.

Floyd Geringer consultó el reloj. Faltaba un minuto.

Vic preguntó:

—¿Por qué escuchamos siempre el programa de las ocho?

—Es el mejor —dijo su padre—. Es de noche, y la gente está en casa terminando de cenar. Reservan los mejores programas para el mayor auditorio.

Naturalmente, mantenían su reloj a la hora de la Tierra, según había dicho Floyd en cierta ocasión. Hora de Nueva York, específicamente.

—Pero, ¿por qué no podemos escucharlo más que una vez a la semana? —preguntó el muchacho.

Era de corta estatura para su edad, pero también su padre era bajo. Y su madre había sido una mujer menuda, también, antes de... Bueno, antes que ocurriera aquello. Floyd no quería recordarlo.

—Tenemos que conservar las baterías, hijo —respondió—. No van a durar siempre.

—Supongo que no.

Vic se reclinó en su butaca y abrió el libro que había estado sosteniendo en la mano, por las páginas entre las que introducía su dedo índice. Era *Robinson Crusoe*. Y Lloyd sonrió levemente.

—Deja el libro, Vic —dijo con cariño—. Esto va a empezar.

Conectó el aparato cuando la roja saeta del reloj señalaba las ocho menos treinta segundos.

—Es un buen libro. Habla de unas personas parecidas a nosotros. ¿Lo has leído,

papá?

—Sí, lo leí cuando tenía tu edad, poco más o menos. Ahora, silencio.

Vic sacó una señal de cartulina del bolsillo de su camisa y lo colocó entre las páginas. Lo había hecho siempre desde que su padre le riñó por doblar el extremo superior de una página. Dejó el libro en el suelo, suavemente, y se apoyó contra el respaldo de la butaca, cerrando los ojos.

—Lástima que no tengamos televisión —dijo.

—Ya te he explicado los motivos —respondió su padre—. Es...

—Lo sé, papá. Ssst, ya es la hora.

Cuando la saeta grande del reloj llegó al 12, una voz dijo a través del altavoz:

«Y, ahora, la International Broadcasting Corporation presenta: ¡La Marcha del Mundo! Acontecimientos y personajes que son noticia. Llega hasta ustedes por gentileza de los fabricantes del remedio casero que alivió a sus bisabuelos y que hoy sigue aliviando...».

Vic dijo:

—A nosotros no va a aliviarnos, ¿verdad, papá?

—No, hijo. Ésa es una de las cosas sin las cuales podemos pasar. Pero no debemos ser duros con ellos. Son los que patrocinan el programa.

«Y, *ahora* —dijo el locutor—. ¡La Marcha del Mundo! En primer lugar vamos a trasladarles a ustedes a Kansas City, donde Sinclair Lewis, el novelista ganador del Premio Nobel, es noticia hoy por haber desafiado a Dios a que le matara. Conectamos con Kansas City. Lane McGrath al habla. Conectamos.

»Buenas noches, queridos radioyentes. Les habla Lane McGrath desde Kansas City, una ciudad que se encuentra profundamente afectada después de la exhibición llevada a cabo por uno de nuestros novelistas más famosos, Sinclair “Rojo”. Lewis, el cual le ha dado a Dios un plazo de diez minutos para que le matara. El señor Lewis continúa vivo, y nosotros hemos querido recoger la opinión del hombre de la calle acerca de este acontecimiento. Tenemos junto al micrófono a al señor Arthur Baldwin, propietario de una tienda de ultramarinos. Señor Baldwin, nuestros oyentes están muy interesados en conocer su opinión sobre este suceso. ¿Qué opina usted de él?

»—Bueno, yo creo que tal vez Dios, en su Infinita compasión, ha tenido piedad de ese hombre, o tal vez no ha querido malgastar uno de sus rayos en él. No creo que ese hombre haya demostrado nada...

»Chicago es hoy también noticia. Las fuerzas de la ley y el orden, y los agentes del F.B.I., gracias a una confidencia de una misteriosa mujer vestida de rojo, han conseguido acabar con el Enemigo Público Número Uno, el célebre John Dillinger. Dillinger, el hombre que había declarado la guerra a los Estados Unidos, que se había teñido el pelo y se había dejado crecer el bigote en una vana tentativa de escapar a la justicia, ha caído acribillado a balazos cuando salía de un cine de barrio llamado El

Biógrafo. ¡Una prueba más demostrando que el crimen se paga!».

Floyd Geringer miró a su hijo. Los ojos del muchacho continuaban cerrados. Si aquel gran drama le había conmovido, no dio la menor señal de ello.

«... Pero, malas noticias de Inglaterra. El rey Jorge VI ha muerto. El dolor del Imperio sólo está mitigado por el hecho que su encantadora hija subirá al trono como Isabel II. La antigua tradición se repite: ¡El Rey ha muerto! ¡Viva la Reina!

»En el mundo de los deportes, el Bombero de Detroit y el Ulano Negro del Rin...».

De nuevo el padre miró a su hijo mientras el locutor explicaba la apabullante derrota de Max Schmeling a manos de Joe Louis, en el primer asalto de su combate de desquite. Pero Vic continuaba sin moverse, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, sin que su rostro reflejara la menor emoción.

El programa estaba terminado. El locutor dijo:

«Éste ha sido nuestro número de hoy de La Marcha del Mundo. Buenas noches, queridos radioyentes, y esperamos encontrarles a ustedes de nuevo mañana en nuestra sintonía».

Floyd, como hacía invariablemente, tomó el mando del aparato cuando el locutor decía «buenas noches», y le dio media vuelta en la última sílaba de «sintonía».

Vic abrió los ojos. Los había mantenido cerrados durante toda la emisión, y Floyd se preguntó si habría estado durmiendo durante parte de ella.

—En la Tierra han tenido un día ajetreado, ¿verdad? —dijo Floyd.

—Hum —respondió el muchacho—. Papá, ¿tenemos algún libro de Sinclair Lewis?

Por lo menos había oído el primer comentario.

—Creo que tenemos *Calle Mayor*.

—Parece un hombre con mucha personalidad —dijo Vic—. Nosotros tampoco somos muy religiosos, ¿verdad, papá?

—Creo que no, Vic. Pero confío en que nunca te atrevas a desafiar a la Divinidad. En estas cosas no hay que llegar nunca demasiado lejos.

—No te preocupes, papá. —Recogió el *Robinson Crusoe*—. Creo que me iré a la cama y leeré un rato. Buenas noches.

—Buenas noches, hijo.

Vic había dejado de darle un beso antes de acostarse cuando cumplió nueve años. A Floyd le había entristecido aquel hecho, revelador, junto con otros muchos, del crecimiento de su hijo. El tiempo pasaba. Algún día, él moriría y Vic se quedaría solo. Algún día. Pero no había por qué pensar en un hecho futuro que podía tardar muchos años en llegar.

Unos meses antes que ellos fueran lanzados, Floyd había sido sometido a una minuciosa revisión médica, y el doctor le había dicho que su salud era excelente. Tenía una tos crónica, desde luego. El médico, hombre práctico, le había advertido

que dejara de fumar..., si podía. Floyd dejó de fumar cuando se acabaron los cigarrillos —se había fumado el último el día que Vic cumplió cinco años, en una especie de celebración—, y su tos se había desvanecido un mes más tarde.

En la mente de Floyd, el recuerdo del doctor se encadenó con otros recuerdos terrestres. El pánico en Florida, y especialmente en el pueblo de Cocoa, donde estaban pasando sus vacaciones, cuando cayeron las primeras bombas en las proximidades de Cabo Kennedy. Naturalmente, el Cabo y la Base Aérea Vanderberg de California se encontraban entre los primeros objetivos del enemigo.

Su esposa estaba en la playa, esperando presenciar un proyectado lanzamiento. Su afición a los cohetes espaciales había sido la causa de su muerte.

Floyd estaba durmiendo en el hotel, en una de las camas gemelas de su habitación. Vic, que no había cumplido los dos años, dormía en su cuna. Vic no se había despertado. Floyd lo envolvió en una manta y salió corriendo en medio de la oscuridad.

«¡Todos los que estaban en la playa han muerto!», gritó alguien, y Floyd subió a su automóvil y se marchó en dirección opuesta, hacia el centro experimental de proyectiles dirigidos, pensando en los refugios de hormigón armado que podían proporcionarles protección a su hijo y a él contra el ataque.

En la verja de entrada no había nadie y Floyd la cruzó a toda velocidad, encaminándose hacia las grúas silueteadas contra el resplandor de los incendios.

El *Proyecto Magellan* les había salvado. El *Magellan* era el cohete espacial cuyo lanzamiento esperaba presenciar su esposa. Los dos astronautas que debían tripularlo habían sido las primeras víctimas del inesperado ataque, y el lanzamiento no había tenido lugar.

Pero todo estaba preparado. Los soldados permanecían en sus puestos esperando órdenes. El vehículo espacial, dispuesto para el lanzamiento, se erguía contra el cielo, alargado y liso.

Floyd, conduciendo sin rumbo fijo a través del pandemonio de la base, llegó a la zona del *Proyecto Magellan*.

—¡Eh! ¡El del automóvil! Póngase a cubierto! —aulló un centinela de uniforme.

Floyd detuvo el automóvil. El soldado —llevaba los suficientes galones como para ser un sargento, pero Floyd no estaba al corriente de las nuevas categorías de la Aviación— le ayudó a transportar a Vic al refugio de hormigón.

Mientras estaba allí, sorbiendo una taza de café y haciéndole comer a Vic un trozo de chocolate que uno de los soldados le había dado, la radio dio las noticias.

«Aquí, Washington —dijo, con la voz de la derrota—. Hemos sido vencidos. Nueva York dice lo mismo. Chicago no contesta. San Francisco se ha rendido. Ottawa permanece en silencio. Colorado Springs y Omaha han sido destruidas. Vanderberg y Cañaveral han quedado inutilizadas».

—Esto es el infierno —dijo el sargento.

—Cállese, sargento. Escuche.

«En la imposibilidad de reorganizar nuestras fuerzas, las instrucciones son las siguientes: Prepararse para la guerra de guerrillas. Rendirse únicamente ante la fuerza del número y bajo la amenaza de aniquilación. Destruir todo el material que no pueda ser utilizado eficazmente contra el enemigo y que pueda caer en sus manos. Que el Cielo nos ayude. Por orden del Jefe superviviente de mayor graduación, Coronel del Cuerpo de Transmisiones, Robert G. Hayden».

—¡Coronel! —dijo el sargento—. ¿Es eso lo mejor que nos queda?

—¡Transmisiones! —exclamó un cabo—. La situación debe ser realmente grave.

—¡Dios mío! —murmuró el sargento—. Hasta ahora, nunca me habían hablado de rendición..., ni siquiera en Corea.

—Aquí tenemos algo que destruir —dijo el cabo—. El cohete.

—Calma, calma —dijo el sargento—. Cumpliremos las órdenes recibidas. Haremos la guerra de guerrillas. Pero antes tenemos que poner a salvo al personal civil y evitar que el cohete caiga en manos del enemigo. Y creo que podemos hacer las dos cosas al mismo tiempo... —Evidentemente había estado pensando en aquella solución. Se volvió hacia Floyd—. ¿Qué le parece la idea de darse un pequeño paseo con el niño?

Floyd parpadeó, asombrado.

—¿Por el espacio?

—Exactamente. Por lo que veo, no puede usted convertirse en guerrillero. ¿No quiere usted marcharse? De acuerdo. Destruiremos el cohete. Pero, en tal caso tendrá usted que arreglárselas como pueda. Nos será imposible ayudarle. La otra solución es embarcar en el *Magellan*. Todo está preparado para el lanzamiento. El cohete contiene provisiones para dos personas durante treinta años. Pasará mucho tiempo antes que el niño consuma como un adulto, de modo que las provisiones durarán un poco más. ¿Qué dice usted?

Floyd Geringer pensó con toda la rapidez que le fue posible. Permanecer en un mundo en guerra, con la responsabilidad de un niño, no era una perspectiva agradable. Ser lanzado al espacio no resultaba demasiado atractivo, tampoco. Pero, obligado a elegir, tenía que optar por la segunda solución.

—Iremos —le dijo al sargento—. Embarcaremos en el *Magellan*.

—De acuerdo —dijo el sargento—. Ya lo han oído, muchachos. Preparados para el lanzamiento.

Se volvió hacia Floyd.

—Encontrará usted un manual de instrucciones a bordo. Ahora no podemos perder tiempo aleccionándole a usted. Tome al niño y sígame.

De este modo, Floyd Geringer y su hijo Víctor, que no había cumplido los dos años, fueron lanzados de acuerdo con el *Proyecto Magellan*, mientras la Tierra se agitaba en las convulsiones de la III Guerra Mundial.

En el *Magellan* había mucho espacio. Los diseñadores del satélite habían incluido un dormitorio para cada ocupante; una habitación funcional con departamentos para la preparación de las comidas, aseo y archivo; un salón de recreo con libros, radio, tocadiscos, aparatos de grabar y cómodas butacas; y un cuarto de navegación.

Floyd convirtió el cuarto de navegación en su madriguera. Vic, excluido de ella desde el primer momento, tenía su propia habitación desde que cumplió los cuatro años. Floyd fabricó juguetes para él aprovechando los envases de plástico de las provisiones consumidas.

No estaba proyectado que los astronautas que debían tripular el *Magellan* estuvieran en el espacio durante treinta años, pero los técnicos habían previsto aquella posibilidad, en caso de algún fallo o avería. Esto explicaba la existencia de aquella enorme cantidad de comestibles. No había ningún sintetizador de alimentos, pero sí un regenerador de agua. Consistía en un sistema de circuito cerrado que no permitía que se perdiese ni una sola gota de agua.

También había un regenerador de aire, y Floyd estudió su funcionamiento en el manual hasta aprendérselo de memoria. Se había dicho que si el regenerador de agua tenía algún fallo, dispondría de un par de días para arreglarlo, en tanto que el aire era algo inmediato y vital.

Otra semana; otro programa.

—Es la hora, Vic.

—Voy, papá.

«... ¡La Marcha del Mundo! ¡Grandes noticias de Katmandú, en el remoto Nepal! Después de muchos años de inútiles tentativas, el hombre ha conquistado la cumbre más alta de la Tierra. La noticia fue transmitida (paradójicamente, en esta época moderna), por un correo indígena, luego por teléfono, y finalmente a través de los servicios telegráficos de prensa de todo el mundo. Dos hombres ascendieron a aquella altura inaccesible, el Monte Everest, a 29.002 pies sobre el nivel del mar. Uno de ellos fue Edmund Hillary, apicultor de Nueva Zelanda. El otro, un humilde *sherpa*, o porteador, Tenzing. La bandera inglesa fue izada en la parte más alta de la cumbre, en honor de la recién coronada reina. Han empezado a afluir mensajes de felicitación de todo el mundo: del Presidente Roosevelt, del Presidente de Gaulle, desde los cuatro puntos cardinales...

»Casi al mismo tiempo, el mundo se enteró de otra gran hazaña: el submarino atómico *Nautilus* ha completado el primer viaje submarino por debajo de los hielos del Polo Norte. El Presidente Roosevelt, en su calidad de Comandante en Jefe, ha anunciado la noticia desde la Casa Blanca...».

Al oír esto, Vic había abierto los ojos, con gran satisfacción de su padre. El muchacho le estaba mirando con una leve sonrisa en los labios.

—Un gran día para los exploradores, ¿verdad, hijo mío?

Vic asintió. Su sonrisa se desvaneció, se reclinó contra el respaldo de la butaca y

volvió a cerrar los ojos hasta el final del programa. Floyd creyó notar una lágrima debajo de los cerrados párpados, pero no dijo nada.

Una noche, cuando la orquesta del programa estaba interpretando una suave melodía, el locutor, hablando sobre un fondo musical, dijo:

«Y, ahora, al acercarse la medianoche, un mensaje especial. A usted, Floyd Geringer, si desde el remoto espacio puede oír mi voz, le deseo un feliz año nuevo. Y también a su hijo, Vic, que debe haberse convertido ya en un hombrecito. Desde la Tierra, a usted, Floyd, y a ti, Vic, feliz año nuevo. Nuestros pensamientos están con ustedes esta noche, como siempre».

La música subió de tono, mezclándose con las risas de la gente y las lentas campanadas de un reloj.

Esta vez fueron los ojos de Floyd los que se llenaron de lágrimas.

—Han sido muy amables al acordarse de nosotros, ¿verdad, Vic?

Vic, que tenía los ojos secos, respondió:

—Sí, papá. ¿Conocías a ese hombre?

—No, hijo. Pero él nos conoce a nosotros, como nos conocen todos los habitantes de la Tierra. Feliz año Nuevo, Vic, si es posible deseártelo.

—Soy feliz, papá. Pero, ¿no podrían llegar hasta nosotros de algún modo? ¿No lo intentan?

La música se interrumpió y, en el repentino silencio, Floyd se inclinó hacia adelante y desconectó el aparato.

—Claro que lo intentan. O lo intentaron, durante mucho tiempo. Pero no resulta fácil localizar una mota de polvo en la inmensidad del espacio. Estoy seguro del hecho que están haciendo planes para una nueva tentativa, aleccionados por la experiencia anterior y con mejores elementos. No debes perder la esperanza, hijo.

—Estoy perfectamente —dijo Vic—. Me siento como si fuera el hijo de Robinson Crusoe. Robinson Crusoe debió sentirse triste más de una vez, como tú, pero su hijo era feliz porque había llegado a la isla siendo muy pequeño y, por tanto, allí estaba su verdadero hogar.

Los ojos de Floyd seguían húmedos. Apoyó una mano en el hombro de Vic y lo oprimió cariñosamente.

—Ése es un modo muy inteligente de ver las cosas, hijo.

Otra noche, después de un programa en el cual Roger Bannister rebajó la marca de la milla a menos de cuatro minutos, Man O'War ganó el Preakness y los Senadores de Washington aplastaron a los *Yankees* de Nueva York por 14 a 1. Floyd Geringer encontró a su hijo consultando un ejemplar del Almanaque Mundial.

Floyd había permanecido en su madriguera y creyó que el muchacho se había ido a la cama. Le encontró en el salón de recreo con el Almanaque. Floyd había olvidado que estaba a bordo.

Vic alzó los ojos del libro cuando entró su padre y señaló el punto con un dedo.

Floyd dijo, en tono indiferente:

—Un libro voluminoso, ¿verdad?

—Sí. Terriblemente. Creo que contiene todo lo que cualquiera desee saber.

—Desde el punto de vista estadístico, supongo que sí... —Floyd dudó un momento. Luego añadió—: ¿Te importaría decirme lo que estabas mirando?

—Las poblaciones —respondió rápidamente Vic.

Volvió a abrir el libro. Su dedo señalaba la densidad de la población de Australia, que, al parecer, era la más baja del mundo.

—¿Sí? —dijo su padre. No tenía ningún motivo para dudar de la palabra de su hijo. Atribuyó la curiosidad del muchacho a un morboso interés, ya que la mayor población que había visto era de dos personas, una de las cuales era él mismo—. Me gustaría echarle un vistazo al Almanaque cuando hayas terminado con él, Vic. Hay algo que deseo consultar.

Vic cerró el libro y se lo entregó:

—Puedes mirarlo ahora. Ya he terminado. Creo que voy a acostarme.

—Buena idea. Buenas noches, Vic.

Floyd se dirigió apresuradamente a su madriguera con el Almanaque. No tenía necesidad de consultarlo para saber que Bannister y Man O'War no habían sido contemporáneos, que Roosevelt estaba muerto cuando fue conquistado el Everest, o que el *Nautilus* había efectuado su viaje durante el mandato de Eisenhower.

Ocultó el Almanaque detrás de un montón de herramientas y se sentó enfrente del magnetofón.

—¡Impostor! —murmuró, hablando consigo mismo más que con el aparato.

Sacó la cinta en la cual había grabado el último programa. Por un instante se sintió profundamente avergonzado de sí mismo por haber engañado a Vic de aquel modo. Pero luego, al pensar en la inmensidad y la soledad del espacio que se extendía más allá del cohete, recordó los motivos que le habían impulsado a grabar aquel programa semanal.

Aquellos motivos seguían siendo válidos; no le habían ocasionado daño alguno. Había estado poblando su pequeño mundo con grandes momentos de aquel otro mundo que había muerto. Él, el penúltimo hombre, había estado almacenando recuerdos que el último hombre —ahora todavía un muchacho— se llevaría con él en la órbita final.

Los libros eran una cosa; las palabras vivas, sinceras, eran más auténticas, más reales.

Pero Floyd tenía que admitir que aquellas palabras no eran sinceras. En el cohete había unas cintas auténticas que Floyd había descubierto ocultas en el cuarto de navegación años después de haber sido lanzado. Al parecer, los proyectistas del *Magellan* habían tenido en cuenta la posibilidad que ocurriera lo peor y que los astronautas no pudieran regresar nunca..., en cuyo caso su tumba sería una cápsula.

Pero había también las cintas que Floyd había falseado...

Las había falseado y había engañado a su hijo. Pero su intención había sido buena. Algún día podría explicárselo a Vic. Todavía no, puesto que Vic no sospechaba nada, al parecer, a pesar del descubrimiento del Almanaque, sino más tarde, cuando el padre tuviera la creencia que sus días estaban contados y que Vic iba a quedarse solo. Hasta entonces sería preferible —sí, e incluso obligado— dejar que Vic creyera que la Tierra todavía existía como mundo viviente y que desde allí podía llegarles el rescate.

Floyd Geringer, sabiendo que aquel rescate no se produciría, pensó en lo que había hecho. En su soledad había recreado la Tierra que él conocía..., o, por lo menos, la Tierra que él recordaba a través de un borroso filtro de nostalgia. Las manipulaciones de Floyd con las cintas habían producido lo que para él era El Mejor Mundo Posible. Un mundo en el cual Franklin Delano Roosevelt era Presidente, donde los *yankees* de Nueva York seguían teniendo en sus filas a Babe Ruth, a Lou Gehring y a Murderer's Row, donde Joe Louis era el campeón del mundo de los pesos pesados y Fred Allen estaba en la radio, y Carole Lombard seguía haciendo películas, y Albert Einstein continuaba en su estudio de Princeton trazando grandes y proféticas ecuaciones en su pizarra. Un mundo donde ninguna persona buena había muerto, una Tierra cuya perfección provocaba el llanto de su creador ante su pérdida.

Floyd sospechaba que al preparar las cintas de aquel modo había actuado tanto en favor de su nostálgico placer como para evitar que Vic se enterase del hecho que ellos eran las dos últimas personas vivas. ¿Y por qué no? No necesitaba disculparse por haber desvirtuado la realidad en los programas. Por haber dejado que Vic creyera que el mundo había sido bueno..., como en realidad lo había sido, al menos en parte.

No había necesidad inmediata que el muchacho se enterara de otros aspectos del planeta donde había nacido: las guerras, la degradación de millones de seres sumidos en la pobreza, la crueldad de algunos hombres para con otros hombres... Todo eso estaba registrado en los libros de Historia que Floyd había ocultado hacía muchos años para que no cayeran en manos de su hijo.

Más animado, Floyd colocó una cinta nueva en el magnetofón, dispuesto a preparar el programa de la semana siguiente. Hubo una época en que creyó que podría preparar un programa para cada noche, pero la realidad del trabajo le hizo comprender que sería una tarea imposible. Ahora, con el programa semanal, se pasaba hasta dos días para llenar la cinta. Éste era el motivo por el que le hubiera mentido a su hijo diciéndole que las baterías no le permitían escuchar la radio con más frecuencia. Las baterías solares, desde luego, durarían tanto como el propio cohete. Pero a partir de aquel momento tendría que obrar con mucho cuidado. La historia que recreaba tenía que resultar verosímil.

Incapaz en aquel instante de pensar en cuáles serían los acontecimientos que

encajarían mejor con la nueva línea que acaba de trazarse, se quedó dormitando sobre el magnetofón. Esto le relajaba y a veces le inspiraba.

En la semana siguiente no fue Floyd quien avisó a su hijo a la hora del programa. Vic Geringer abrió la puerta del salón de recreo cuando faltaban dos minutos para las ocho y lo encontró vacío. No podía recordar que el hecho se hubiera producido en alguna ocasión anterior. Vic llamó a la puerta de la habitación de su padre.

—¡Papá!, es la hora del programa.

La voz que respondió sonó vieja y cansada.

—Creo que esta noche no voy a escucharlo. No estoy de humor.

—¿Estás enfermo, papá? —preguntó Vic a través de la puerta—. ¿Te ocurre algo?

Floyd abrió la puerta, pero no se dirigió hacia su butaca.

—Estoy bien, Vic. Un poco deprimido quizá. Creo que me acostaré temprano si no te importa.

—Desde luego que no. Pero, ¿crees que puedo escuchar el programa?

Floyd esperaba que su hijo no le haría aquella pregunta, pero estaba preparado para ella.

—Claro que sí. ¿Por qué no conectas el aparato tú mismo?

—¿Puedo?

Vic no había tenido nunca aquel privilegio.

Su padre asintió y Vic esperó a que la saeta del segundero iniciara la vuelta al último minuto anterior a las ocho. Entonces hizo girar el mando.

—Mientras esté aquí debo escuchar también —dijo el padre.

Se instaló en la gastada butaca y su dedo meñique hurgó nerviosamente en el agujerito que el cigarrillo había dejado en el rojo tapizado del brazo.

A las ocho en punto la voz del locutor dijo:

«La International Broadcasting Corporation, que habitualmente presenta a esta hora La Marcha del Mundo, comunica a sus oyentes que, debido a la falta de acontecimientos de interés mundial, su acostumbrado programa será sustituido por una emisión de música sinfónica».

Vic miró a su padre con expresión de sorpresa. Floyd se encogió de hombros.

—Por lo visto, hoy no ha sucedido nada —dijo—. Suele ocurrir a veces para desesperación de los editores de periódicos.

—*Algo* tiene que haber sucedido en alguna parte —dijo Vic.

Lo que había sucedido era que, por primera vez, Floyd no había preparado ninguna cinta. El hecho de haber sorprendido a Vic con el Almanaque le imponía la necesidad de escoger cuidadosamente las noticias a fin de evitar que su hijo sospechara algo. Y aquella necesidad le había puesto nervioso y había embotado su cerebro. Finalmente, cuando sólo faltaban unas horas para que el programa fuese radiado, Floyd tuvo que admitir que aquella semana le sería imposible grabarlo.

Estaba casi seguro que Vic no tomaría la iniciativa para oír el programa, pero como medida de precaución había preparado la grabación de música sinfónica. Ahora dio gracias a su buena estrella (el utilizar este ridículo tópico le hizo reírse irónicamente de sí mismo) por haberlo hecho.

La voz del locutor dijo:

«A continuación ofrecemos a ustedes la “Séptima Sinfonía en mi bemol» de Anton Bruckner, por la Orquesta de Conciertos de Amsterdam, bajo la experta dirección de Van Beinum”».

Cuando sonaron los primeros compases de la majestuosa música, Floyd se inclinó hacia adelante para desconectar el aparato.

—Déjalo, papá, por favor —dijo Vic. Y luego, tras una pausa que a oídos de Floyd resultó muy sospechosa, añadió—: Si es que no te importa malgastar las baterías...

—De acuerdo —dijo Floyd—. Aunque creo que tenemos el disco...

Lo sabía perfectamente, puesto que lo había grabado en la cinta.

—Sí, pero éste viene de la Tierra. Y, aunque sea el mismo disco, no es igual.

Al día siguiente, Floyd Geringer se emborrachó. Hasta entonces sólo había bebido dos veces del coñac almacenado en el *Magellan*. La primera vez fue aquel día terrible, unos meses después de su lanzamiento, al captar en la radio el mensaje de despedida de la Tierra. La otra vez fue cuando cumplió los cincuenta años, aquel hito cronológico que había reforzado su convencimiento del hecho que su vida y la del hombre estaban tocando a su fin.

Se encerró en su madriguera con la botella de Hennessy, pensando de nuevo en aquel último mensaje de la Tierra. Había sido grabado por pura casualidad al final de aquella guerra suicida. Floyd bendijo al hombre anónimo que en sus últimas horas de vida había tenido el desprendimiento de redactar la esquela de defunción de la Tierra y de enviarla al espacio, donde, como él mismo había dicho, algún oído desconocido podía captarla. De este modo el oyente podría enterarse de lo que había matado a la Tierra y podría aplicar la lección a su propio planeta. El oyente podía también, si estaba aún a tiempo, rescatar a los dos únicos supervivientes del desastroso conflicto: el hombre y el niño que habían sido lanzados al espacio en el cohete *Magellan*.

A veces, aunque no con mucha frecuencia, Floyd maldecía al hombre que había preparado el mensaje. Debió tener en cuenta la posibilidad a que éste fuese captado por los ocupantes del *Magellan*. Aquel terrestre había sido cruel al decirles que estaban condenados; al robarles la esperanza que el silencio hubiera mantenido. Pero luego Floyd se retractaba de su maldición y se decía que, en igualdad de circunstancias, él hubiera hecho lo mismo, probablemente.

Mientras el nivel de la botella de coñac iba bajando, Floyd sacó la grabación que había hecho del mensaje. Al principio no lo había grabado, odiando y deseando a la vez aquel último lazo con la Tierra, con la cual sintonizaba todos los días con

morbosa fascinación. Pero cuando la emisión pareció debilitarse, como si las baterías se estuvieran agotando o el transmisor estuviera afectado por algún cataclismo, hizo una grabación. Al cabo de una semana la Tierra quedó silenciosa.

Floyd colocó una vez más el mensaje en el magnetofón, aunque se lo sabía de memoria. Se sirvió otra copa, brindando por el desconocido terrestre, y empezó a preparar el programa para la semana siguiente. Sería el último.

Eran las ocho.

—¿Preparado, hijo?

—Sí, papá.

Floyd hizo girar el mando. Cuando la saeta grande del reloj llegó al 12, la voz empezó:

«Tu padre te habla, Vic...».

El muchacho estaba en su acostumbrada posición, con la cabeza reclinada en el respaldo de la butaca y los ojos cerrados. Al oír aquellas palabras abrió los ojos de par en par y miró a su padre. Luego su mirada se fijó en el altavoz y no se apartó de allí.

«He pensado que me resultaría más fácil hablar contigo de este modo, hijo — estaba diciendo la voz de Floyd—. Así tengo ocasión de pensar las cosas antes de decirlas y de cambiarlas si no las he dicho del modo apropiado. He llegado a dominar a la perfección la grabación de cintas magnetofónicas...».

Mientras la voz seguía hablando, Vic cerró los ojos. Pero Floyd sabía que estaba escuchando atentamente. Al cabo de un rato unas lágrimas empezaron a deslizarse por debajo de los cerrados párpados.

«... Verás, en la Tierra había cosas que yo amaba tanto que quise que su recuerdo significara algo para ti. Quise que conocieras la Tierra viviente, como yo la había conocido, y no que la estudiaras como podrías estudiar una lengua muerta... Admito que te engañé y te pido perdón por ello. Pero no te pido que me perdones por haberte contado la historia a mi modo. Encontrarás los hechos en el Almanaque Mundial, el cual podrás leer a tu gusto, así como los otros libros que puse fuera de tu alcance hasta que fueras mayor. Pero los hechos nos son suficientes. La Tierra fue algo más que una colección de estadísticas. La Tierra fue mi hogar —y el tuyo durante un corto espacio de tiempo—, y creo que lo que he tratado de enseñarte a mi manera es más cierto que todo lo que puedas leer en los libros. Los libros están necesariamente llenos de asesinatos, y epidemias, y guerras, que fueron los aspectos negativos de nuestra historia. Pero yo te he hablado de momentos vividos en la Tierra, de unos momentos que en los libros no están registrados de un modo suficientemente explícito».

La voz se interrumpió.

Floyd desconectó el aparato.

—La cinta tiene dos partes —dijo—. Creo que esto es suficiente por ahora.

Vic se puso en pie y apoyó un brazo en la butaca de su padre con gesto tímido. Luego, cuando Floyd le acarició cariñosamente, el muchacho se arrojó en sus brazos sollozando. También Floyd estaba llorando. Había pasado demasiado tiempo desde que su hijo se sentaba en su regazo. Y éste no era solamente su hijo. La persona que se abrazaba a él sollozando era el único ser humano viviente, aparte del propio Floyd.

Al cabo de un rato Vic se sentó y se sonó la nariz, pero permaneció en el regazo de su padre.

—No te preocupes, papá, todo va bien.

—Desde luego —dijo Floyd. También él tuvo que utilizar el pañuelo—. Pero, ¿estás consolándome o perdonándome?

Vic se echó a reír.

—Lo que tú prefieras. Supongo que has estado enormemente preocupado por mi. Pero así es la vida, ¿no es cierto? Quiero decir como ahora, no como era antes. Estoy perfectamente, papá. De veras. Creo que no echo nada de menos, como te ocurre a ti, porque yo no he conocido otra cosa. Pero a veces me he entristecido por ti.

—¿Lo has sentido por mí? —preguntó su padre sorprendido.

—Sí. Tiene que haber sido muy duro para ti estar encerrado aquí con un niño.

—No digas tonterías. ¿Y qué quieres decir con eso de no echar nada de menos?

—Ya te lo dije en cierta ocasión, papá. Soy el hijo de Robinson Crusoe. No conozco nada mejor. Pero lo he lamentado por ti, siempre preocupado con aquellas grabaciones...

Floyd ocultó su mirada culpable en la nuca de su hijo.

—Dime, Vic, sinceramente, ¿cuándo sospechaste por primera vez que eran una impostura?

El muchacho no contestó inmediatamente. Finalmente, dijo.

—El día que me sorprendiste con el Almanaque. En realidad no estaba mirando las poblaciones. Estaba consultando la fecha en que murió el presidente Franklin D. Roosevelt. Fue el 12 de abril de 1945, ¿verdad?

—Sí.

—Pero apuesto a que fue un gran hombre.

—Eso creo yo —dijo Floyd—. Y había mucha gente que opinaba lo mismo.

Al cabo de un rato el muchacho dijo:

—Ahora que se han terminado los programas, tal vez no podamos pasar más tiempo juntos.

—Supongo que te he descuidado un poco, ¿verdad?

—Apenas te veo —murmuró Vic.

—Arreglaremos eso, no te preocupes. Ahora que casi has cumplido los catorce años tal vez puedas aprender a jugar a una cosa llamada póquer.

—Ya sé jugar, papá. No olvides que he tenido mucho, tiempo para leer... el Almanaque, el Hoyle, prácticamente todo.

—Sí, ya eres un hombre. Y creo que ya estás en condiciones de escuchar el mensaje de despedida de la Tierra. Luego sabrás todas las cosas que he aprendido en los últimos doce años.

—Me gustará oírlo, desde luego.

Vic regresó a su butaca y se sentó, aunque esta vez permaneció erguido y con los ojos abiertos, con una expresión que Floyd no había visto desde hacía muchos años. Floyd sospechó que era algo más que amor filial; sospechó que era amistad..., un lazo de unión muy fuerte entre dos hombres. Notó que sus ojos volvían a humedecerse y se apresuró a hacer girar el mando del aparato de radio.

—Está en la segunda parte de la cinta —dijo—. Y espero que no te impresione demasiado.

—Adelante, papá.

Vic permaneció en silencio después de haber oído el mensaje, como si respetara los punzantes recuerdos que había evocado en su padre. Luego dijo:

—Te agradezco que me hayas permitido oírlo, papá. Y comprendo lo que habrá significado para ti. ¿Cuándo lo oíste por última vez directamente?

—Hace muchísimo tiempo, Vic. El aparato de radio dejó de funcionar.

—Tal vez funcione de nuevo. Las baterías pueden haberse recargado por sí mismas o algo por el estilo. Me gustaría oír el mensaje directamente si todavía está en el éter.

—Podemos probarlo, aunque te advierto que será inútil.

Floyd conectó el aparato, esta vez disponiéndose a captar una emisión.

—Salía aquí, ¿ves? Ahora no hay nada. Únicamente estática. Tú, yo y estática hijo mío; eso es lo que queda.

—No vuelvas a ponerte triste, papá. ¿Qué sucedería si hiciera girar esto?

Vic lo hizo girar.

—Más estática —dijo Floyd—. Es...

—¿Qué ha sido eso?

Vic hizo retroceder el mando hacia el lugar por donde acababa de pasar. El sonido era leve, pero claramente audible. Floyd aumentó el volumen. No era una voz, sino señales en código Morse.

—Algún transmisor automático, probablemente —dijo Floyd—. ¡Qué raro que no lo haya captado nunca!

Pero su rostro se había iluminado repentinamente. Tomó un lápiz y empezó a descifrar el mensaje con grandes dificultades, debido a lo débil de la emisión y a su falta de práctica.

«... MANDO MAGELLAN LUNA LLAMANDO MAGELLAN ESTAMOS ORGANIZADOS NO PIERDAN ESPERANZA LLEGAREMOS HASTA USTEDES SU SEÑAL ES MUY CLARA».

—¡La Luna! —exclamó Floyd—. Debieron llegar hasta ella en otro cohete.

—¿Nuestra señal? —dijo Vic—. No sabía que emitiéramos una señal.

—Un transmisor automático, supongo. Ssst.

El mensaje de la Luna continuó:

«LUNA LLAMANDO MAGELLAN ÉSTA ES UNA SEÑAL MECÁNICA NINGUNA RESPUESTA A NUESTROS ANTERIORES MENSAJES EXCEPTO SU AUTOMÁTICA COMUNIQUEN SI ESTÁN VIVOS LLAMAREMOS DIARIAMENTE TERMINA EL MENSAJE.

»EMPIEZA EL MENSAJE LUNA LLAMANDO MAGELLAN LUNA LLAMANDO...».

—¡De modo que existe alguien más! —aulló Vic aporreando la espalda de su padre—. Debieron salir de la Tierra al mismo tiempo que nosotros.

—O quizás había ya una base secreta en la Luna... No me des tan fuerte, hijo; ten en cuenta que soy un hombre viejo.

—No, papá, no eres viejo. Me pregunto de dónde saldrían...

—De Cabo Kennedy, de la Base de Vanderberg o de la isla Wallop. Eran las tres únicas bases de lanzamiento.

—No olvides a los rusos. Tal vez los que están en la Luna son rusos.

—No seas antipatriota, hijo.

—No lo soy, papá —dijo Vic pensativamente—. Pero creo que soy un ser humano, en primer lugar, y luego un terrestre magellanita. De ascendencia norteamericana, desde luego.

—Bien, seas lo que seas, será mejor que demos a conocer nuestro mensaje. Mira por dónde tendré que hacer otra grabación... ¿Qué te parece si me echaras una mano?

—De acuerdo, papá. ¿Cuánto tiempo crees que tardarán en llegar hasta nosotros?

—No lo sé, hijo mío. Pueden tardar años enteros. Es posible que en la Luna no dispongan de los medios de los que se disponía en la Tierra.

—No importa —dijo Vic—. Eso nos dará la oportunidad de conocernos mejor el uno al otro.

Llámeme Irish, por favor

Richard Wilson

El grupo de viviendas próximo a la Universidad estaba recién terminado. El vendedor, John P. («Llámeme Happy»). Horman, había esperado una semana, después de que los inquilinos se instalaron, para hacer su ronda con su ratonera eléctrica de muestra y su libreta de pedidos. Empezó por la esquina meridional del grupo y llamó a la primera puerta.

Mientras se abría, Happy empezó su perorata. Hacia el final de la segunda frase se interrumpió en medio de una sílaba al darse cuenta de que estaba hablando con un perro. Un perro hembra.

Happy quedó confundido.

—¿Está el dueño en casa? —preguntó.

—Espere un momento —dijo el perro.

La puerta se cerró y Happy se quedó mirándola con expresión asombrada. Luego volvió a abrirse. Un perro de mayor tamaño preguntó:

—¿Qué desea usted?

—Esto es absurdo —dijo Happy—. Cuando le pregunté al otro perro si el dueño estaba en casa me refería al dueño de la casa, no a *su* dueño. —Consultó la lista de nombres de las familias que vivían en el grupo—. Busco a un tal Mr. Setler.

—El nombre es Setter —dijo el perro—. Lo han escrito mal. Yo soy el dueño de la casa. ¿Puedo hacer algo por usted?

—No lo sé. —Happy Horman se quitó las gafas, las limpió, volvió a colocárselas, se metió el pañuelo en el bolsillo y contempló al animal rojizo que estaba ante él—. Esto es muy raro. ¿Es usted un perro parlante?

—Desde luego. —El perro espantó una mosca con su rabo—. ¿Es usted un hombre parlante?

—Bueno..., sí.

—Entonces ¿por qué no dice usted algo? ¿Pertenece usted a la compañía constructora? En ese caso quiero que se ocupe usted de nuestro fregadero. Gotea, ¿sabe? Y mi hijo Whiffet está cansado de lamer el agua que se vierte.

—Mr... ejem... Setter —dijo Happy cerrando los ojos—, represento a la Ohm Electric Rat Trap Company. Nuestro lema es «Ningún hogar sin una ratonera». —Sonrió vacuamente—. Creo que puede interesarle una pequeña demostración, que le haré con mucho gusto. Es decir, *creo* que usted...

La puerta se abrió un poco más y apareció el perro que había recibido a Happy.

—Irish, querido —dijo—, ¿te importaría entrar o salir? La perrera está

enfriándose.

—La casa, Maureen, no la perrera.

—Bueno, la casa. Pero ¿por qué no le dices a este señor que entre?

—Sí, ¿quiere usted pasar, caballero? —dijo Irish—. Si es que no le importa encontrar la casa un poco desordenada.

Happy entró y se sentó en el borde de una silla de madera completamente normal. Miró a su alrededor con interés, pero los muebles que vio eran los de una vivienda corriente. No parecía la casa de un perro, aunque no había duda de que *era* la casa de un perro.

Irish se instaló cómodamente en un sofá, en tanto que Maureen se disculpaba diciendo que era la hora de dar de mamar a sus cachorros más pequeños.

—¡Qué ganas tengo de destetarlos! —exclamó.

Happy Horman enrojeció.

—Mr. Setter —dijo Happy—, le ruego que me perdone si le parezco curioso, pero me gustaría saber cómo..., es decir, por qué..., bueno, cómo es que vive usted aquí.

—¿Y por qué no? —dijo Irish—. No soy ningún indeseable.

—Pero yo creía que estas casas eran construidas para veteranos.

—Yo soy un veterano —dijo el perro—. ¿Desea ver mi honrosa licencia del Cuerpo K-9?

—¡Oh! Pero para ocupar una de estas viviendas hay que ser estudiante y estar casado...

—*Estoy casado, caballero* —replicó dignamente Irish—. No creerá usted que estoy viviendo con una cualquiera, ¿verdad?

Happy tosió para disimular su turbación.

—Por favor, Mr. Setter, no he querido decir tal cosa ni muchísimo menos. Pero ¿cómo puede ser usted un estudiante? De la Universidad quiero decir. Todos los estudiantes son de naturaleza humana, y usted... ejem..., siendo un... un canino...

—Puede llamarme perro, no me importa. ¿Le gustaría oír toda la historia?

—Sí, desde luego, me gustaría.

—Empezó alrededor de 1949 —dijo Irish instalándose más cómodamente en el sofá—. Mi dueño (antes de que me convirtiera en mi propio dueño) era el profesor Neil Wendt, el hombre con más conocimientos de física nuclear del país. ¿O debo decir el «homo sapiens» con más conocimientos de física nuclear? —preguntó irónicamente.

Happy dejó oír una risita falsa.

—No comprendí nunca claramente, ni siquiera lo comprendo ahora, lo que estaba haciendo Wendt, pero yo era su compañero inseparable, su fiel amigo. Luego, un día quedé afectado por unas radiaciones, y cuando Wendt me llamó dije «Voy». Tal como se lo cuento. No sé quién quedó más sorprendido, si Wendt o yo. Después de los primeros instantes de confusión nos sentamos y hablamos del asunto. Descubrimos

que podíamos ayudarnos considerablemente el uno al otro. Yo sugerí unas cuantas mejoras en su personal, ya que en mi calidad de perro había podido enterarme de muchas cosas que hasta entonces no me había sido posible revelar. Y Wendt habló con el rector de la Universidad para que me permitiera matricularme. Obtuve el grado de bachiller. ¿Ha estudiado usted alguna carrera universitaria, caballero?

—Ejem..., no —dijo Happy.

—Hum. Bueno, más tarde me di cuenta de que había cosas más importantes que los libros. Me refiero a la guerra de Corea. De modo que me alisté como buen norteamericano. El Cuerpo K-9 es una unidad excelente, dentro de sus limitaciones, y no tardaron en ascenderme a sargento. Pero tropecé con el sistema de castas. Completamente injusto. Había oído decir que admitían solicitudes para ingresar en la escuela de oficiales y presenté la mía. Mi sargento mayor se rió de mí, pero yo insistí y obtuve una entrevista con el jefe del regimiento. Me recibió muy amablemente, pero se negó a cursar mi solicitud. Dijo que sería una pérdida de tiempo. Las Ordenanzas del Ejército no preveían el caso. ¡Las Ordenanzas del Ejército son un verdadero asco! De modo que me vi obligado a terminar mi carrera militar como simple sargento. Sí, dijeron que para un perro la categoría de sargento era un hecho insólito. Pero si le contara a usted la de atropellos que tuve que aguantar con el mito de la superioridad racial...

—Bueno, ahora ya pasó todo aquello —dijo Happy contemporizador—. Y ha vuelto a ingresar usted en la Universidad. ¿Qué estudia?

—Antropología, desde luego —respondió Irish—. Pero ya hemos hablado bastante de mí. ¿Qué era lo que quería enseñarme, caballero?

—En realidad no creo que pueda interesarle —dijo Happy—. Es algo que para *usted* no tiene ninguna utilidad. Verá, se trata de una ratonera, y presentársela sería como ofrecer unas botas a un zapatero.

—¿Por qué? Desde luego soy perfectamente capaz de cazar ratas por mí mismo. Y es cierto que todavía soy un perro joven, pero no dispongo de tiempo para dedicarme a ese deporte. Creo que voy a echarle un vistazo a su modelo.

Con una sensación de alivio, el vendedor se puso en pie y sacó su ratonera eléctrica. Con un ratón de goma demostró sus posibilidades.

—Me parece estupenda —dijo Irish—. Maureen, ven a echarle una mirada a este aparatito...

El perro hembra se maravilló también de la eficacia de la ratonera.

—Vamos a quedarnos con una, Irish —dijo—. Nos ahorrará una gran cantidad de trabajo.

—Bueno —dijo Irish—. Haga usted un pedido para nosotros, caballero. Muy bien. Ahora tenga la bondad de poner la pluma entre mis dientes y lo firmaré. Gracias.

Happy secó discretamente la saliva que el perro había dejado en su pluma y se

dispuso a marcharse.

—Venga a visitarnos cuando guste —dijo Irish—. Podría venir una noche y roer un hueso con nosotros.

Happy se obligó a soltar una risita.

—Es usted un bromista, Mr. Setter —murmuró, y experimentó una intensa sensación de alivio cuando su cliente estalló en un alegre ladrido y cerró la puerta detrás de él.

Happy Horman respiró profundamente y luego se volvió a mirar en dirección a la casa. No se veía a nadie detrás de las ventanas. Happy miró su libro de pedidos. Allí estaba la firma: *I. Setter*. Happy Horman sacudió la cabeza, se encogió de hombros y se encaminó a la casa siguiente.

Llamó. Un joven regordete abrió la puerta.

—Perdone —dijo Happy—. ¿Está su perro en casa?

El ubicuo

Richard Wilson

El capellán dijo:

—Soy un religioso, no un hombre de ciencia, de modo que sólo podré explicarte una parte de lo que tendrías que saber.

Luego tuvo que echarse hacia atrás para esquivar el puño que salió proyectado hacia él a través de los barrotes.

—No existe ningún motivo para que trates de hacerme daño —dijo—. Sólo intento hacerte comprender por qué estás aquí.

—Le mataré a usted —dijo el hombre que estaba detrás de los barrotes. Su rostro se contraía por el odio mientras trataba de alcanzar al capellán, el cual se limitaba a mantenerse a una distancia prudente.

—Ya se han producido demasiadas muertes —dijo el capellán.

—Deje que se produzca una más, padre —dijo el preso burlonamente—. Deje que se produzca la suya.

—Eres malo —expresó el capellán sin el menor enojo—. Eres todo maldad. Has matado al doctor y a los otros. No ha sido culpa tuya, pero lo hiciste tú y debes pagarlo, de acuerdo con las leyes de la sociedad. Trataré de explicártelo si quieres escucharme.

Se preguntó si habría una partícula de cordura en el preso. Trató de encontrar la respuesta en los llameantes ojos, pero sólo pudo descubrir un odio ciego.

—Yo mato —dijo el preso—. Eso es lo que hago mejor. Se lo explicaré a *usted* si quiere *usted* escucharme.

—De acuerdo —dijo el capellán. Parecía satisfecho por la respuesta—. No deseo monopolizar las explicaciones. Primero te escucharé a ti, y luego me escucharás tú.

—He matado con un revólver y con una maza, pero el mejor sistema es con las manos. De ese modo el matar es más directo y más satisfactorio. Y el placer, más prolongado.

—Rezaré a Dios para que tenga piedad de tu alma.

El preso escupió.

—Rece por usted. Si pudiera, le mataría. Con mis manos. Le apretaría el cuello hasta que su rostro se congestionara. Súbitamente quedaría usted flácido, lacio. Estaría usted muerto, y yo me quedaría en paz.

—Hay otros medios de encontrar la paz.

—Pero ninguno tan bueno. Existe el tormento, pero es demasiado sutil para mí. Yo no soy un hombre sutil. Lo único que encuentro satisfactorio es la muerte.

Mientras usted viva, aunque sufra, me siento frustrado. Sólo la muerte proporciona la plenitud.

—Por lo menos eres sincero.

—Conozco mis necesidades.

—¿Y sabes por qué?

—No. Ya le he dicho que las sutilezas no me interesan. ¿Se pregunta acaso el hambriento de qué está hecha una rebanada de pan? ¿Se pregunta el que se está ahogando por qué flota un salvavidas?

—Creo lo que dices y lo lamento. Pero tienes que saber por qué estás aquí. Puede que encuentres consuelo en ello. O tal vez algún remordimiento. ¿Sabes *quién* eres?

—Robert Blane. Un nombre insensato. Sería más apropiado que fuera Samuel Hall. ¿Existió realmente?

—¿Samuel Hall?

—Mi nombre es Samuel Hall. ¿Existió?

—No lo sé. Creo que existió, pero que edificaron una leyenda acerca de él. Parece como si tuviera cierto sentido del humor...

—No tengo el menor sentido del humor. Maté al que lo tenía.

—¿De veras? ¿Recuerdas su nombre?

—No.

—Se llamaba Robert Blane —dijo el capellán—. Fue el primero que mataste.

—No sabía que tuviera el mismo nombre. Aunque esto no hubiera cambiado las cosas, desde luego. Disparé contra él. Se pasaba el tiempo bromeando y riéndose. Creo que era el peor.

—¿Qué es lo que recuerdas anterior a eso?

—Antes de eso no existió nada —dijo Blane—. A los otros los maté después.

—No me refiero a los asesinatos —dijo el capellán—. ¿No recuerdas una época en la cual no deseabas matar?

—Me desperté deseando matar.

—¿Y antes que te despertaras?

—¿Es que hubo un antes? Lo ignoro.

—¿Sabes la edad que tienes, Robert?

—Veintiocho años.

—¿Y no recuerdas nada de los veintisiete primeros años de tu vida?

—Cuando me desperté tenía veintiocho años —insistió Blane.

—Pero entonces hacía veintiocho años que habías *nacido*.

—Supongo que sí; sé muchas cosas que no aprendí después de despertar. Antes de eso tuvo que existir alguna clase de vida. Pero esta conversación me está fastidiando. Acérquese un poco más, padre. Mis deseos de matarle se están haciendo insoportables.

—Cualquiera creería que estamos bromeando. Pero me quedaré donde estoy hasta

que te haya dicho qué te hizo despertar a la edad de veintiocho años en Lost Oaks.

Lost Oaks era una finca. La enorme casa, situada en el centro de sus cincuenta acres, fue edificada en los años de prosperidad posteriores a la Primera Guerra Mundial, abandonada por su propietario en la época de la depresión, y vendida en pública subasta después de la segunda guerra mundial. Para llegar a ella había que recorrer sesenta millas de la carretera de primer orden que cruzaba la ciudad, seguir una carretera de segundo orden durante diez millas más y, finalmente, adentrarse por el descuidado camino particular que finalizaba en las cerradas verjas de hierro que se abrían en una alta pared de piedra.

El hombre que había comprado Lost Oaks en la subasta se llamaba Norvell Antioch y era catedrático de biología de la Universidad, jubilado. Se había llevado con él a un avisado ayudante de laboratorio, Robert Blane. Antioch le dijo a Blane que le había escogido para que fuera su compañero, pero en realidad le convirtió en su conejillo de indias.

Antioch se llevó también de la Universidad la creencia en la que la materia celular contenía en sí misma todos los atributos de un organismo completo. Creía que una célula viva, sacada del tejido muscular del antebrazo, por ejemplo, no sólo poseía las propiedades de las otras células del tejido muscular del antebrazo, sino que, adecuadamente alimentada, podía reproducirse; y las colonias resultantes podían ser inducidas eventualmente a adoptar la forma del ser del cual procedía la célula original.

Y el doctor Antioch, que se había pasado cuarenta años estudiando los nucléolos, la compacta zona del interior del núcleo de una célula, creyó que poseía el secreto de aquel milagro biológico.

Afortunadamente, el doctor Antioch tenía una renta personal, además de su pensión, y esto le permitía dedicar el resto de su vida a aquel objetivo.

Robert Blane cedió de buena gana las células de su antebrazo y ayudó a Antioch a separar una de ellas. Para las manipulaciones posteriores, el doctor Antioch no reclamó su ayuda.

Blane tenía que atender a todo el trabajo de la casa, que no era poco. Había veintidós habitaciones, desde la bodega al desván, y Antioch las utilizaba todas. Dormía en una, comía en otra, leía y redactaba sus notas en una tercera, descansaba viendo películas en otra, ensuciaba todos los cuartos de baño, tiraba la ropa sucia en el vestíbulo y, en una palabra, se portaba como un cerdo.

El pobre Blane tenía que dedicar a la limpieza muchas horas al día. Y además preparaba las comidas, fregaba los platos, iba de compras a la ciudad con la furgoneta, vigilaba los dos generadores para mantenerlos siempre en uso, en previsión de un posible corte de energía en la línea que suministraba electricidad a la finca, volvía a enrollar las películas y lavaba la ropa.

Era un trabajo agotador, y a Blane no le quedaba tiempo para visitar el laboratorio y comprobar los progresos del experimento.

El experimento progresaba satisfactoriamente. Antioch, que en el terreno de las costumbres personales era un cerdo, en el campo de la biología era genial. Había conseguido separar los nucléolos. Lo que hizo a continuación estaba descrito con exactitud en sus notas, en clave.

El resultado final fueron media docena de frascos de cristal tapados. Lo que había dentro de ellos estaba creciendo, evidentemente, ya que cada semana tenía que ser trasvasado a otros frascos de mayor tamaño; luego tuvieron que ser utilizadas grandes jarras, y finalmente unas vasijas enormes.

Blane había recorrido toda la comarca en la furgoneta, buscando vasijas de un tamaño apropiado y, cuando consiguió encontrarlas, tuvo que cargárselas al hombro y subirlas al laboratorio, situado en la parte más alta de la casa. Antioch no permitía que ningún extraño cruzara las verjas de Lost Oaks.

Cuando las tinas estuvieron en el laboratorio, Antioch hizo salir a Blane y se encerró para trasladar a ellas el contenido de las jarras. Blane, jadeante y sudoroso, se quedó pegado a la puerta escuchando y oyó un sonido chapoteante. Antioch estaba hablando consigo mismo, y los chapoteos punteaban su casi inaudible monólogo. Blane esperó hasta el sexto chapoteo y luego tuvo que marcharse a su habitación y tenderse en la cama. Su corazón latía atropelladamente a causa del esfuerzo que había tenido que hacer para subir las interminables escaleras cargado con las tinas.

Blane murió al día siguiente mientras transportaba un cesto de ropa recién lavada desde el lavadero a los tendederos. Cuando descubrió el cadáver, Antioch empezó a proferir maldiciones. Luego lo enterró, en un hoyo poco profundo, a pocos pasos del lugar donde lo había encontrado.

Antioch se encaminó directamente al laboratorio. En aquel momento, su estado de ánimo no debía ser muy alegre.

«¡Hacerme eso a mí! —exclamó, dirigiéndose al semicírculo de tinas—. No importa. He perdido un Robert Blane..., pero pronto tendré seis».

Murmurando en voz baja, anduvo de una tina a otra, midiendo cuidadosamente algo verde y líquido y vertiéndolo sobre la masa semigelatinosa contenida en cada uno de los recipientes. Antes de salir del laboratorio, dijo por encima de su hombro, como si se dirigiera al fantasma de su difunto ayudante: «Aquí estás, completo, Robert Blane. —Soltó una risita ahogada y añadió—: ¡El ubicuo!».

Dando por terminada su inspección matinal, se encaminó a la biblioteca para descansar una hora, leyendo. Por el camino, se desabrochó la manchada bata y la dejó caer al pasar por el vestíbulo.

Cuando los seres contenidos en las tinas se desarrollaron completamente, Antioch fue colocándolos sobre una mesa portátil y limpiándolos cuidadosamente. Luego los

pesó. Cada uno de ellos pesaba 145 libras. Eran exactamente iguales en constitución y en desarrollo muscular; duplicados del difunto Robert Blane en todo, menos en una cosa: sus rostros eran distintos unos de otros, aunque todos tenían cierto parecido común.

Esto decepcionó a Antioch, aunque su decepción no duró mucho. Era un pequeño fracaso en un éxito de grandes proporciones.

Empezó por insuflarles la respiración con un pulmотор, pero no se animaron inmediatamente. Antioch los colocó en habitaciones separadas. Tenía tanta seguridad en el éxito, que había preparado las habitaciones con anticipación y había comprado la ropa necesaria. El verdadero Robert Blane se asombró mucho cuando Antioch hizo que se encargara una docena de trajes; más tarde se había preguntado por qué no había vuelto a verlos una vez terminados.

Antioch, gruñendo y sudando, colocó a cada uno de los hombres en su cama respectiva. Luego les puso una inyección, la cual, entre otras cosas, haría que se despertaran a intervalos previamente calculados, de modo que el doctor pudiera estudiar sus reacciones individuales.

El estudio era un verdadero caos. Antioch rebuscó por todas partes y finalmente localizó su diario debajo de un montón de periódicos, en una butaca. Se sentó en su escritorio y cuando se disponía a hacer unas anotaciones en clave, oyó ruido de pasos en el vestíbulo. Levantó la mirada y vio que la puerta se abría.

Uno de los nuevos Robert Blane entró en el estudio, sonriendo espontáneamente.

Antioch sacó un revólver de un cajón de su escritorio y dijo:

—No des un paso más.

Blane se echó a reír.

—Eso es un revólver, ¿no es cierto?

A continuación se sentó en una butaca, después de dejar en el suelo el montón de libros que había sobre ella.

—Sé lo que es un revólver —continuó diciendo—, y le aseguro que no tendrá que utilizarlo contra mí. Sé muchas cosas, de un modo general, pero —soltó una risita—, cuando entro en pormenores me pierdo.

Antioch no había soltado el revólver, pero cuando Blane se sentó lo dejó descansar en su regazo.

—Esto es muy interesante —dijo—. ¿Qué es lo que sabes exactamente?

Blane volvió a reír. En sus mejillas se destacaban unos surcos que sugerían que el hombre se había reído mucho en el pasado. Su actitud, incluso en aquellos momentos en que estaba sentado en la butaca, era de enorme vitalidad y de excelente disposición de ánimo.

—Está bien —dijo Blane—, sé que soy Robert Blane y que tengo veintiocho años. Sé que estar vivo es algo agradable. Y eso es todo. Poca cosa, ¿verdad? En

cambio, ignoro quién es usted, dónde estoy, cómo he llegado aquí... Supongo que he sufrido un ataque de amnesia.

—Algo por el estilo —dijo Antioch—. ¿Qué sabes acerca de la biología?

—¿Biología? Es una ciencia, ¿no? Debieron enseñarme algo sobre ella en la escuela, pero no recuerdo nada. Ni siquiera sé si fui a la escuela, aunque es evidente que tuve que asistir a alguna, ¿verdad? —Se echó a reír—. Fastidioso, hasta cierto punto. Y esta casa, ¿es una institución?

—No, en sentido estricto —dijo Antioch—. ¿Sabes conducir un automóvil? ¿Puedes manejar un generador?

—¿Un automóvil? Creo que sí. No recuerdo haber conducido, pero tengo la impresión de poder hacerlo. Y lo mismo digo del generador. Estoy seguro de poder manejarlo.

—La habilidad mecánica se conserva —murmuró Antioch—. Pero no puede decirse lo mismo de los conocimientos intelectuales específicos. En cuanto a la personalidad... Ésta no es la personalidad de Blane, en absoluto. Blane no era un joven risueño.

—*El Joven Risueño*, de Oliver LaFarge —dijo el nuevo Blane—. Una novela de indios. *Blues del Joven Risueño*, por Woody Herman, un disco de Jazz. Conocimientos generalizados, supongo. Pero, no conozco su nombre. ¿Puedo...?

—Antioch. —El doctor miró al sonriente joven y luego se puso en pie—. Ignoro por qué te has despertado tan pronto. Pero si lo has hecho tú, los otros pueden hacerlo también. Será mejor que vaya a comprobarlo. No te muevas de aquí.

—Desde luego, señor Antioch —dijo Blane amablemente—. Entonces, ¿hay otros? Mejor. Siempre he dicho que cuanto más seamos, más nos reiremos.

—No sabe usted lo que está diciendo —replicó secamente el anciano—. Y soy el *doctor* Antioch.

—De acuerdo, doctor. No me moveré de aquí.

Antioch salió apresuradamente de la estancia, mirando ansiosamente su reloj.

Apenas se había marchado cuando otro Robert Blane penetró en el estudio. Tenía el ceño fruncido y una expresión malhumorada. Llevaba únicamente pantalones, camiseta, calcetines y zapatos, en contraste con el joven risueño que se había vestido meticulosamente, que había centrado perfectamente la corbata entre las puntas del cuello y llevaba la americana abotonada.

El hombre malhumorado dijo:

—¿Quién diablos eres tú?

—Una víctima de la amnesia —respondió el otro alegremente—. El doctor Antioch me está tratando. Pasa, pasa.

—Ya he pasado. No necesito que ningún imbécil me diga lo que tengo que hacer. —Se acercó al escritorio y rebuscó entre los libros y papeles. Abrió los cajones y, en el fondo de uno de ellos, encontró un revólver, compañero del que Antioch había

tomado. Empuñó el arma con aire satisfecho.

—Al doctor Antioch puede que le desagrade que revuelvas su escritorio de ese modo —dijo el joven risueño con una insinuante sonrisa—. Puede tener sus pequeños secretos, ya sabes.

El hombre malhumorado se encaró con él.

—¡No necesito que me digas lo que tengo que hacer, hiena! —aulló.

El joven risueño se echó a reír.

—Esto sí que es bueno —dijo—. El doctor Antioch me ha llamado Joven Risueño, y tú dices que soy una hiena. La hiena es un animal que se ríe. ¡Muy bueno! Su risa se hizo más sonora.

—¡Basta! —El hombre malhumorado alzó el revólver, apuntando al pecho del otro—. No permito que nadie se ría de mí.

—No puedo evitarlo. En este momento tienes un aspecto muy gracioso. Pareces el difunto Humphrey Bogart en un papel de gángster...

El disparo le hizo doblarse por la mitad. Su última carcajada se convirtió en un gorgoteo, mientras se derrumbaba sobre la butaca.

—Nadie se ríe de Robert Blane —dijo su asesino.

El disparo atrajo rápidamente al doctor Antioch. Se presentó corriendo, con el revólver en la mano y, cuando vio al hombre malhumorado, lo levantó. Demasiado tarde: un proyectil le atravesó el corazón y el doctor Antioch se desplomó con un leve gemido.

Robert Blane, el asesino, examinó los cuerpos en busca de alguna señal de vida. No encontró ninguna. Salió al vestíbulo, cautelosamente. Estaba vacío. Empezó a recorrer la casa, penetrando en todas las habitaciones.

No encontró a nadie, y esto le hizo descuidar un poco las precauciones que hasta aquel momento había tomado. Su mano derecha, que seguía empuñando el revólver, lo hizo con menos firmeza. Y entró en una de las habitaciones abiertas con cierto descuido...

Alguien golpeó su muñeca derecha con un atizador. El arma cayó al suelo.

—Quiero el revólver —dijo el hombre del atizador. Era un duplicado de Blane, aunque sus facciones parecían más afiladas y sus ojos más estrechos. Sus labios estaban contraídos en una ávida sonrisa, y su expresión revelaba una inmensa codicia.

Se inclinó a recoger el revólver. Blane aprovechó la ocasión y saltó sobre su espalda. El otro se incorporó rápidamente, agarró a Blane de un brazo y le hizo saltar por encima de su hombro. Blane cayó sobre su muñeca lastimada y aulló de dolor.

El otro le apuntó con el revólver. Lo sostenía en su mano derecha, en tanto que con la izquierda seguía empuñando el atizador.

Blane se puso en pie de un salto pero se quedó quieto, contemplando el revólver y al hombre que estaba detrás del revólver.

La habitación en que se encontraban era un museo en miniatura. Las paredes estaban cubiertas de cuadros, y había tres o cuatro vitrinas de cristal llenas de porcelanas y de joyas antiguas.

—¿Quién eres tú? —preguntó Robert Blane, frotándose la dolorida muñeca y frunciendo el entrecejo—. ¿Otro risueño?

—Soy Robert Blane —dijo el otro—, y no tengo nada de risueño. Y tú, ¿quién eres?

—Yo soy Robert Blane.

—¿Cómo? —dijo el otro—. ¿Usas mi nombre? No te corresponde...

Sus afiladas facciones temblaron de emoción. Y también tembló la mano que empuñaba el revólver, mientras avanzaba hacia Blane.

El hombre malhumorado retrocedió hasta que chocó contra una mesilla colocada junto a la pared. Echó una mano hacia atrás y topó con una figurilla de bronce. La levantó.

—Suelta eso —dijo el hombre codicioso—. Es para mí.

En la mesilla había otras chucherías.

—Todo es mío, ¿oyes? —dijo el hombre codicioso—. Todo. Lo necesito.

Se pasó el atizador al sobaco derecho y con la mano libre empezó a recoger chucherías y a metérselas en los bolsillos.

De repente, sus ojos se posaron en las joyas encerradas en una de las vitrinas. Su mirada adquirió un brillo demoníaco a la vista de aquel tesoro. Se acercó a la vitrina y rompió el cristal con el cañón del revólver.

Empezó a recoger las joyas con su mano izquierda, pero no tardó en utilizar también la derecha, a fin de ir más de prisa. El revólver le estorbaba. Se lo guardó en el bolsillo para que sus dos manos quedaran libres.

Entonces, Robert Blane, el asesino, aplastó el cráneo del hombre codicioso con la figurita de bronce.

El hombre perezoso no se había movido de la cama en que se había despertado. Robert Blane le mató allí mismo, obedeciendo más a la inercia que a un plan preestablecido.

Robert el Bueno despertó con un mínimo de recuerdos pero con una sensación de bienestar que le hizo sonreír mientras se desperezaba en su cama. Al cabo de un rato, se levantó y se puso las ropas que encontró en el armario.

Abrió la puerta, pero se detuvo al oír el estertor del hombre perezoso, que agonizaba en la habitación contigua. Se acercó a la puerta de aquella habitación y miró hacia el interior. Vio la espalda del asesino, que retrocedía, jadeando por el esfuerzo realizado.

Robert el Bueno se apartó silenciosamente de la puerta y fue a esconderse detrás de una cortina. El asesino entró en el vestíbulo. Parecía cansado. Se frotó la nuca y,

con la cabeza inclinada, se dirigió a su habitación.

Robert el Bueno esperó un rato antes de salir de su escondite. Luego fue a asomarse a la puerta de la habitación del asesino. Vio que se había tumbado en la cama, boca abajo, y que estaba durmiendo.

El hombre bueno volvió a la habitación del hombre perezoso. Mientras examinaba el cadáver se deslizaron unas lágrimas por sus mejillas. Cruzó las manos del muerto sobre su pecho y tiró de la sábana hasta taparle el rostro. Rezó una oración.

A continuación exploró el resto de la casa y encontró los otros tres cadáveres. Hizo todo lo que pudo para que su aspecto, después de muertos, resultara menos horrible.

Robert el Bueno entró en la habitación de las tinas, en las cuales habían nacido él y los otros cinco. Algunas de las notas que el doctor Antioch había dejado allí olvidadas y que no estaban escritas en clave le hicieron comprender ciertas cosas. Recorrió de nuevo la enorme casa y poco a poco empezó a saber lo que había sucedido.

En alguna parte de la casa había otro Robert Blane, además de los muertos, de su asesino y de él mismo. Una investigación más minuciosa le llevó a descubrir la habitación donde se encontraba el sexto Robert Blane, todavía dormido.

Robert el Bueno cerró la puerta detrás de él. Al no encontrar la llave en la cerradura, colocó una silla debajo del tirador, reclinada contra la puerta y despertó al durmiente.

Más tarde, en el laboratorio, Robert el Bueno dijo:

—Por eso te he sacado de allí tan de prisa. Aquí está tu corbata, si quieres acabar de vestirte.

—¿Un maníaco homicida? —preguntó el otro, abotonándose la camisa.

—Estrictamente hablando, no. No es un maníaco. Es un asesino, porque fue construido como asesino. Las otras partes de su personalidad, las que servirían para contrarrestar o anular este instinto, que cualquiera puede poseer, quedaron repartidas entre nosotros..., los otros cinco. Tal como he reconstruido los hechos, ha matado a la Codicia, a la Risa y a la Pereza, y al doctor Antioch.

—Eso significa que quedan otros dos duplicados del Robert Blane original. Supongo que tú eres uno de ellos. ¿Cuál?

—Al parecer, yo soy el bueno —dijo Robert el Bueno—, basando esta afirmación en un período de autoanálisis evidentemente corto. Ahora, el problema consiste en saber cuál eres tú.

El otro se había anudado la corbata al estilo Windsor. Dejó que Robert el Bueno le ayudara a ponerse la americana.

—Yo no tengo nada que ver con ustedes —dijo—. Me llamo Hillary Manchester.

Robert el Bueno sonrió indulgentemente.

—Te llamas Robert Blane, lo mismo que todos nosotros. Para ti ha sido una decepción comprobar que no eres el bueno, lo comprendo. Pero tampoco eres el malo. Al parecer, eres amoral, lo cual es una desgracia. Pero ser amoral es únicamente carecer de un atributo. Tenemos que enterarnos de cuál es tu característica predominante, Robert.

—Me llamo Hillary Manchester —insistió el otro—. Puedes llamarme Hillary. Y no es necesario que presumas tanto de ser bueno, si es que en realidad lo eres. La bondad que no va acompañada de otras cualidades o defectos puede resultar insoportable.

—No podemos perder el tiempo discutiendo. En realidad, la personalidad que escojas para ti no tiene importancia. Lo que sí la tiene es que el asesino, si no actuamos unidos, nos matará por separado.

—Dices que ha matado ya a cuatro personas. ¿Cómo lo sabes?

—Puedo mostrarte los cadáveres, si quieres.

—Acepto que haya unos cadáveres —dijo Hillary—. Pero esto no demuestra que hayan sido víctimas del mismo hombre. Algunos de ellos pueden haberse matado entre sí. En esta casa tan siniestra puede suceder cualquier cosa, incluso la más absurda.

Robert el Bueno enarcó las cejas.

—Es cierto que no tengo ninguna prueba asegurando que hayan sido asesinados por el mismo hombre, pero algo me dice que ocurrió así. Hay un vínculo entre todos nosotros. Como si la célula común de la que procedemos nos hubiera dado una memoria común. Por lo tanto, tú y yo tenemos que poseer esa facultad. ¿Te he comunicado algo? ¿Has obtenido algo de mí?

—Únicamente un montón de tonterías. Ya te he dicho que no soy uno de vuestros monstruos biológicos. Soy Hillary Manchester, el..., el explorador y cazador de fieras, entre otras cosas.

Se las arregló para mirar a Robert desde las alturas, a pesar que sus estaturas eran idénticas.

—Tú eres Robert el Embustero, probablemente —murmuró para sí Robert el Bueno.

—Llegué aquí anoche, cuando se estropeó mi automóvil —continuó diciendo Hillary, que, al parecer, no había oído el último comentario de Robert—. Me dirigía a un lugar en el cual tenía que pronunciar una conferencia. El doctor Antioch fue lo bastante amable como para ofrecerme su hospitalidad. En mi calidad de invitado, supongo que tengo ciertas obligaciones, pero entre ellas no está incluida la caza del hombre, especialmente teniendo en cuenta que el hombre puede ser una víctima inocente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Robert el Bueno.

—¿Qué prueba tengo para afirmar que el asesino no eres tú?

Robert el Bueno se irguió, en actitud digna.

—Te doy mi palabra —dijo—. Y, si mi palabra no es suficiente para ti, sólo tienes que esperar a que despierte el asesino. O ir a despertarle, para ver cómo te estrangula sin pedirte ninguna explicación.

Hillary tragó saliva.

—Supongo que tendré que confiar en tu palabra. Pero, si está dormido, ¿por qué no le atamos ahora que tenemos la oportunidad de hacerlo?

—Entre otras cosas, porque no podemos exponernos a un fracaso. Cuando el asesino despierte, todas sus energías se concentrarán en su instinto de matar, y sería capaz de acabar con nosotros, que carecemos de ese impulso.

—Entonces, di que le tienes miedo.

—Lo que temo es el fracaso, si no planeamos la cosa cuidadosamente. *Nosotros* le conocemos; pero, si consiguiera librarse de nosotros, caería entre personas que no le conocen. Y antes de ser capturado, podría cometer docenas de asesinatos.

Hillary Manchester apoyó su espalda en una tina.

—Recuerdo que una vez, en la India, acabé con un tigre devorador de hombres —dijo—. La fiera tenía aterrorizado al poblado con sus incursiones, en el curso de las cuales había matado numerosas cabras y algunos hombres. Me gustaría que pudieras leer mi relato de aquella hazaña en la revista del Club de Aventureros. Lo intitulé *Cara a cara con un Tigre*.

—Patológico —comentó Robert el Bueno en voz baja.

—También me he ganado cierto prestigio como autor de novelas policíacas —continuó Hillary—. Tal vez hayas oído hablar de uno de mis personajes, el detective privado Ace Hillary, némesis del crimen. Catorce novelas, docenas de relatos cortos, y cinco..., no, seis películas. Radio y televisión también, desde luego. Recuerdo aquella vez en que un anciano muy rico, que llevaba una existencia de recluso, fue encontrado muerto en su casa. Muerte accidental, concluyó la policía, y se disponían a cerrar el caso, cuando me presenté en el escenario de los hechos.

—Oye, Hillary...

—Llámame Ace. Todo el mundo me llama así. De modo que le dije al jefe de policía: «La cosa no está tan clara como parece, jefe. Huelo a asesinato..., y a asesinato por codicia. Reúna aquí a todos los herederos del difunto. Cuando los haya interrogado, podré entregarle al asesino».

—Incurable —murmuró Robert el Bueno.

—No es necesario que te diga que... Pero ahora no nos interesa aquel caso. El problema, aquí, consiste en que debo capturar a tu asesino. Bien, bien, no te preocupes. El viejo Ace no fracasa nunca. Te diré lo que vamos a hacer. Su habitación da a un vestíbulo, que...

Robert el Bueno escuchó resignado. Incluso la ayuda de aquel..., de aquel hombre, que cambiaba varias veces de personalidad en el curso de una conversación, era preferible a carecer de ella.

Ace Hillary Manchester, o quienquiera que fuese (Robert el Bueno no tenía ninguna duda del hecho que era Robert Blane VI, personalidad múltiple), estaba ocupado frotando los peldaños de la escalera.

—Las trampas más sencillas son siempre las más eficaces —dijo Hillary—. Aplico esta grasa de oso (en realidad era jabón blando) cada dos peldaños. Nosotros sabemos que sólo podemos utilizar el primero, tercero, quinto, etcétera. Pero nuestro amigo el asesino nos persigue cegado por la rabia, coloca el pie en uno de los peldaños pares, resbala y rueda por la escalera. Al llegar abajo, ya es nuestro.

—Sí, muy bien —dijo Robert el Bueno impacientemente—. Pero, ¿por qué tiene que perseguirnos? ¿Por qué no debe limitarse a disparar contra nosotros?

—Porque —dijo Hillary— no tendrá ningún revólver; se lo habremos quitado nosotros.

—En tal caso, ¿por qué no nos apoderamos de él entonces? Podemos amenazarle con la pistola y entregarlo a las autoridades...

—Imagínate que estás en África, con un revólver, una jaula y un león. ¿Se meterá el león en la jaula, sólo porque le amenes con tu pequeño revólver? No. Saltará sobre ti. Y lo mismo ocurriría aquí. El asesino se lanzaría contra nosotros, por mucha artillería que lleváramos. De modo que tenemos que obligarle a bajar la escalera, y esperar que la baje de cabeza. Si esto no le atonta lo suficiente como para que podamos atarle, tendremos que utilizar el Plan Número Dos. ¿Cómo está la red?

—La estoy desenredando —dijo Robert el Bueno—. Pero, ¿no se dará cuenta del hecho que hay una red extendida al final de la escalera?

—No. No verá más que sangre.

—¿Qué sangre?

—Hablo en sentido figurado, caramba. De modo que... la emoción de la caza le hace salir corriendo detrás de nosotros, resbala, cae, aterriza sobre la red, y si no ha perdido el sentido, le enrollamos con ella. ¿De acuerdo?

—Si tú lo dices —murmuró Robert el Bueno en tono de duda—. ¿No podríamos limitarnos a avisar a la policía?

—No. Cuando llegara, el pájaro ya habría volado. No te preocupes. El viejo Ace Hillary está aquí, y sería la primera vez que se le escapa su hombre. Esto me recuerda aquella ocasión en que, estando en Blackpool, el Yard me llamó para consultarme...

Cuando terminaron sus preparativos se había hecho de noche. Apagaron las luces y se deslizaron silenciosamente a través de los oscuros pasillos.

—¿Has traído la linterna? —susurró Robert el Bueno.

—Sí, sí, no te preocupes. Lo único que tienes que hacer es esperar, y, cuando

llegue el momento, correr como alma que lleva el diablo.

Llegaron ante la puerta de la habitación del asesino y pegaron el oído a ella. No oyeron nada. Silenciosamente, Hillary hizo girar el pomo y abrió la puerta una pulgada. Súbitamente, la abrió del todo de un puntapié y proyectó el rayo luminoso de la linterna sobre la cama.

—¡Venimos por ti, Asesino Bob! —tronó.

Pero el rayo luminoso se había posado sobre una cama vacía. Su presa no estaba en la habitación.

—¡Oh! No está... —murmuró Hillary.

—Pero ha dejado el revólver —dijo Robert el Bueno, con sentido práctico.

Recogió el revólver de un rincón de la habitación, donde, al parecer, lo había tirado el asesino.

—¿Dónde crees que está? —preguntó Hillary.

—Puede estar en cualquier parte. Tal vez comiendo. La cocina no queda lejos...

No estaba en la cocina, pero había pasado por allí. Sobre la mesa había un plato con un roído hueso de jamón, y el desorden de la nevera demostraba que alguien la había saqueado. Los dos expedicionarios se dieron cuenta que ellos estaban hambrientos y decidieron comer algo, mientras discutían lo que harían a continuación. En aquel momento empezó a llover.

El doctor Antioch había vivido bien. En la nevera, enorme, había almacenadas provisiones para varios meses.

La lluvia, empujada por un fuerte viento, repiqueteaba contra la ventana de la cocina.

—No podemos descuidarnos —dijo Hillary—. Confabulado con los elementos, el Asesino Bob podría jugarnos una mala pasada. Ha llegado el momento de hacer algo.

—Deja de hablar como uno de tus míticos personajes —dijo Robert el Bueno en tono irritado—. Pero tienes razón. Vamos a mirar en el desván. Puede que esté allí.

—¿Qué hay en el desván?

—Lo sabes tan bien como yo. Pero si quieres seguir fingiendo, allí está la filmoteca del doctor Antioch. Era un coleccionista de películas clásicas. Su filmoteca es casi tan buena como la del Museo Moderno.

—¿Una filmoteca? ¿Con proyector y todo?

—Sí.

—Me pregunto si habrá alguna de mis películas. Mi favorita es *Ace Hillary, el Magnífico*. La dirigió Huston. Vamos allá.

Robert el Bueno suspiró y echó a andar.

Oyeron una voz y se detuvieron en medio de la escalera. No era la voz del asesino. Tenía cierto sonido mecánico.

—¡Es Vince Barnett! —susurró Hillary Manchester.

—¿Quién?

—Es una película. La escena del teléfono de *Scarface*. Escucha. —Se oyó el tableteo de una pistola ametralladora—. El Asesino Bob está gozando con lo suyo: la violencia. Escucha... El pobre Vince se está muriendo, pero a pesar de todo está tratando de recoger el mensaje. Ahora es la ocasión.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Toda su atención está concentrada en la pantalla. Yo abriré la puerta de golpe. Tú entrarás..., conoces mejor el camino. Él saltará sobre ti. Yo me deslizaré sin ser visto, y le atacaré por detrás.

—No estoy tan seguro que...

Pero Hillary había abierto ya la puerta y empujado al otro al interior de la habitación.

Robert Blane, el asesino, estaba sentado en una de la media docena de butacas que había en la estancia. La única claridad era la que procedía del proyector situado detrás de él, y de la pantalla iluminada, al otro extremo de la habitación.

Robert el Bueno tropezó con una de las butacas. El asesino se levantó de un salto, olvidándose de la violencia de Hollywood. Un instante después luchaba a brazo partido con su sosías.

Hillary se deslizó silenciosamente en la habitación. En la semioscuridad, vio algo que brillaba sobre una mesilla. Lo tomó y se acercó a los dos hombres que estaban luchando, débilmente iluminados por la claridad del proyector. Hillary levantó el brazo y lo dejó caer. Se oyó un ruido de huesos machacados. Hillary repitió el golpe, para más seguridad. La lucha cesó.

Hillary levantó su arma de modo que quedara iluminada por el rayo luminoso del proyector, silueteándola contra Paul Muni. Era una reproducción en plomo de un Oscar de la Academia.

El capellán dijo:

—De modo que tienes que pagar, Robert Blane. La sociedad lo exige.

—Usted no es la sociedad. ¿Dónde están los policías?

—En Lost Oaks no hay policías. Nosotros somos un mundo —y una ley— aparte. Estos barrotes no son los de una celda carcelaria; el doctor Antioch utilizó este cuarto para encerrar a un mono. Ahora te encierran a ti, aunque yo hubiera preferido al mono.

—Acérquese un poco más, padre. Déjeme llegar a su garganta.

—Eres tú el que va a morir, mi pobre amigo, no yo. ¿Qué prefieres? ¿El revólver en la base del cráneo? ¿La cuerda? La silla eléctrica es más de lo que Lost Oaks puede ofrecerte.

—Usted no se atreverá a matarme, hijo de perra. Su religión le prohíbe hacerlo.

—¿El veneno, quizá? Resulta algo doloroso. ¿Y ahogado?

—¿Trata usted de hacerme vivir un poco de infierno en la tierra, padre? Llame de una vez a la policía.

El otro escribió algo en un trozo de papel. Antes ya había hecho otro tanto.

—¿Qué es eso? —preguntó el hombre enjaulado—. ¿Qué está usted escribiendo?

—¡Oh! Eres curioso, ¿verdad? Sólo un poco de diálogo. El tuyo, para ser más exacto.

—¡Usted no es sacerdote! ¡Usted no es sacerdote! —exclamó el asesino—. Usted ha salido también de una tina... Vamos a hacer un trato, compañero experimental. Déjeme en libertad, y le prometo no matarle. Hay otros...

—No hago tratos con el diablo.

El hombre enjaulado rugió, tratando de alcanzar al capellán a través de los barrotes. El otro retrocedió, sonriendo.

—Lo has acertado, amigo. No soy sacerdote. Pero hay algo que no sabes: no soy tampoco Robert el Bueno...

El asesino se quedó mirándole, con las manos engarfiadas en los barrotes.

—¿Te das cuenta de lo que significa eso? Dices que no vas a matarme. Pero yo tengo que matarte a ti, y puedo hacerlo. No tengo escrúpulos de conciencia. No soy un asesino puro, como tú, pero tampoco soy un santo. Robert el Bueno me llamó amoral. Verás, soy el que salió de la sexta tina.

Se quitó el cuello almidonado. El hombre de la jaula se estremeció. ¿De odio, solamente? ¿O de miedo?

El otro hombre continuó:

—A nuestro buen amigo le dije que era Hillary Manchester, explorador-conferenciante-escritor. Lo hice principalmente para fastidiarle; con su bondad, resultaba empalagoso. Contigo no voy a fingir más. Soy Robert Blane, sí, y pronto será el único superviviente de los seis. Entonces tomaré de vuestros cerebros lo que necesito...

—¿Dónde está el bueno? —preguntó el asesino, con una nota de pánico en la voz.

—Al parecer, no te has dado cuenta aún de la extensión de mis proyectos. Les necesito a todos..., muertos.

—¿Le ha matado usted?

—¡Oh! Fue un simple accidente. Ahora ya puedo decirte que fui yo quien te golpeó en la cabeza mientras luchabas con Robert el Bueno. Luego repetí el golpe, para más seguridad. Desdichadamente, la cabeza de Robert el Bueno se interpuso y... Verás, aquello estaba muy oscuro.

Robert Blane VI, personalidad múltiple, continuó:

—De modo que sólo quedamos tú y yo, amigo, y pronto quedaré únicamente yo: Robert Ace Hillary Manchester Blane. Creo que utilizaré el veneno. El doctor Antioch tiene una hermosa colección de venenos. Te lo pondré en la comida o en el

agua, o en las dos, y morirás envenenado, a no ser que prefieras morir de hambre. Ahora, adiós, Asesino Bob. Te veré a la hora de comer.

—¡Espere! —gritó el asesino. Pero Robert Blane VI se había marchado.

Robert el asesino no murió envenenado, ni de hambre. En la mañana del tercer día, cuando Blane-Hillary llegó con un desayuno consistente en una tazón de leche endulzado con estricnina, y unas tostadas untadas de hidrato de cloro, encontró al preso colgado por el cuello de su cinturón, el cual había atado a uno de los barrotes horizontales más altos.

Hillary, temiendo una trampa, se limitó a dejar la bandeja cerca de la jaula, como había hecho los días precedentes, y se marchó. Veinticuatro horas más tarde, cuando volvió y encontró todo exactamente igual a como lo había dejado, descolgó el cadáver.

Hillary Manchester Blane canturreaba mientras trabajaba, resistiendo al deseo de rascarse el brazo vendado. La media docena de frascos estaban preparados. Lo mismo que las jarras y las tinas.

Hillary Manchester estaba dispuesto a repoblar Lost Oaks.

Sin embargo, tenía que recordar una cosa. No podía permitir que Hillary el Asesino llegara a despertar. También podía prescindir de Hillary el Bueno. Los otros cuatro, y él, serían suficientes. Un buen lote de amorales.

El ratón que rugió

Edmund Cooper

El mariscal Schaag, Presidente de la República de Karania, se sentía como un condenado a muerte obligado a elegir entre la horca y el pelotón de fusilamiento. Aquella misma mañana, tal como esperaba, había recibido una visita oficiosa del oficioso embajador del Oeste. El día anterior, había recibido una visita semejante del embajador oficial del Este.

Los dos hombres habían hablado con claridad, sin sutilezas diplomáticas, y el mariscal Schaag, que durante los últimos diez años se había dedicado a una política de hábiles dilaciones, se dio cuenta que el juego había terminado. No podía continuar deshojando —o haciendo ver que deshojaba— la margarita. En la quincena siguiente, tendría que tomar una determinación.

Pocas personas han oído hablar de la República de Karania..., lo cual, en el fondo, es un tributo directo a la tradición de inmovilidad que ha protegido al país a través de varias guerras generales.

Es, en realidad, uno de los Estados más pequeños de Europa Central, más pequeño incluso que Suiza; pero, al igual que ésta, ha alcanzado una modesta prosperidad a base de las industrias de relojes de cuco, quesos y turistas.

Pero, de repente, el destino se mostró muy desagradable, y descubrió que los karanios estaban asentados sobre uno de los yacimientos de uranio más ricos del mundo.

El predecesor del mariscal Schaag, un hombre inteligente y previsor, envió al primer científico que mencionó aquel hecho a una clínica mental. Fue un gesto digno de alabanza, aunque inútil; el daño ya estaba hecho y nada podría detener sus consecuencias.

Cuando el Mariscal Schaag se hizo cargo del poder, la situación estaba tan equilibrada, que un paso en falso hacia cualquiera de los lados podía hundir a Karania en el caos político..., con sus relojes de cuco, sus quesos y sus turistas.

Tal vez alguien se pregunte por qué razón el decimotercer Presidente de la República, al igual que los doce que le habían precedido, era un mariscal del ejército karanio. La verdad es que el ejército en cuestión se componía de media docena de escuadrones de *gendarmes*, cuya principal obligación era la de mantener bien engrasadas sus bicicletas. Los ciudadanos de Karania consideraban que el comandante en jefe de su ejército se ganaba sin demasiado esfuerzo su sueldo de veinte mil francos karanios; y puesto que Karania sólo podía permitirse el lujo de un mariscal o un presidente, se había convertido en tradición que el mismo hombre ocupara ambos cargos.

En aquel momento, el hombre en cuestión estaba sentado en una de sus habitaciones particulares de la Casa de la República, lamentando que el curso de los acontecimientos le obligara a convertirse en un presidente clave.

Con amargura, recordaba la conversación, casi un monólogo, sostenida con el embajador del Este:

—Mire —le había dicho el embajador—, es evidente que sus obreros están descontentos. Puedo asegurarle que, si es pronunciada la consigna, se sublevarán inmediatamente. Será usted destituido, y ascenderá al poder un hombre más inclinado a...

—Ya me pareció que este año entraban en el país demasiados turistas del Este —le interrumpió el mariscal—. ¡Nuestros ingresos fueron anormalmente elevados!

—Lo que espero que comprenda —replicó el embajador con frialdad—, es que le conviene entrar en nuestra esfera de influencia y conservar la estabilidad. En tal caso, recibiría usted los beneficios de nuestro programa de seguridad colectiva. Su ejército sería modernizado, sus oficiales recibirían la adecuada preparación, y podría usted enfrentarse confiadamente al poderío del Oeste.

—¿Y nuestro uranio?

—El Este colaboraría en su extracción.

—Lo cual significa que controlarían ustedes nuestro uranio.

—No he dicho eso. Debo poner de relieve que siempre trabajamos sobre una base de cooperación amistosa. Naturalmente, las obligaciones son recíprocas.

—Comprendo... ¿Y la alternativa?

El embajador del Este obsequió al mariscal Schaag con una sonrisa infantil.

—¿Quién sabe? El curso de una revolución no puede ser previsto. Sin embargo no parece descabellado suponer que el nuevo régimen se mostraría dispuesto más favorablemente a cooperar con el Este... No es necesario que se decida inmediatamente. Piénselo bien. Tómese una semana.

—Necesitaría por lo menos un mes para estudiar sus propuestas en detalle —objetó el mariscal señalando el gran montón de documentos que le entregara el embajador.

El embajador sonrió.

—Vamos a hacer un trato. Confío en que no habrá revolución durante quince días. A menos...

—¿A menos?

—A menos que usted traicione nuestro compromiso, entablado negociaciones con el Oeste.

—Gracias por su valiosa advertencia —dijo el mariscal Schaag—. No tenía la menor idea del hecho que los karánios fueran tan...

—¿Políticamente conscientes? —sugirió el embajador.

El mariscal sonrió.

—Una frase muy útil. Tiene unos matices tan interesantes... Bueno, estudiaré sus

propuestas con el mayor detenimiento. Entretanto, buenos días, Excelencia.

Cuando el embajador se hubo marchado, la diplomática sonrisa desapareció del rostro del mariscal. Y dio un momentáneo alivio a sus agitados sentimientos utilizando las expresiones más floridas del léxico karanio.

Durante el resto del día, se había estrujado el cerebro tratando de idear una nueva jugada que retrasara los acontecimientos. Pero no lograba ninguna. Todas habían sido utilizadas con monótona regularidad durante los últimos años; y el embajador había indicado claramente que la época de las dilaciones ya había pasado.

Una noche de insomnio no arrojó ninguna nueva luz sobre el problema. Y, a la mañana siguiente, el Presidente Schaag recibió la visita del embajador oficioso del Oeste.

En contraposición con su colega oriental, el señor William W. Williams no tenía ningún «placet» diplomático. Sin embargo, era un portavoz de su país..., un portavoz escuchado atentamente por los gobiernos de Europa, grandes y pequeños.

Tras unos leves escarceos sobre temas generales, el señor Williams había entrado en materia:

—Señor Presidente, el Oeste tiene motivos para creer que *ellos* están aumentando la presión... Ahora, voy a hablarle con absoluta franqueza. No podemos permitir que Karania sea tragada por el bloque oriental. Produciría efectos perniciosos para la moral europea. Además de perder su independencia nacional, y no necesito recordarle los conocidos procedimientos del Este, existe el problema del uranio.

—¡El uranio! —exclamó amargamente Schaag—. Exceptuando a Suiza, sólo conozco una nación de Eurasia que no esté interesada en el maldito mineral.

El señor William Williams enarcó las cejas.

—¿Qué nación es ésa, señor Presidente?

—Karanja, señor Williams. Gracias a Dios, los karanos no tienen la suficiente ilustración como para desear hacerse pedazos.

El señor William dejó oír una risita.

—Tiene usted sentido del humor, señor Presidente. Pero, hablando en serio, tiene usted que darse cuenta que las ventajas de unirse al Grupo Occidental Europeo no pueden ser rechazadas a la ligera.

El presidente Schaag agitó su mano en un gesto de impaciencia.

—Me doy perfecta cuenta, señor Williams, del hecho que Karania se encuentra en un atolladero.

—Si está usted dispuesto a concedernos algunas bases —continuó el señor Williams—, recibirá los beneficios de nuestro programa de seguridad colectiva. Modernizaremos su ejército, prepararemos adecuadamente a sus oficiales, dotaremos a su aviación de la fuerza necesaria, y...

—Nuestra aviación —interrumpió Schaag— es como la marina suiza.

—No importa —dijo el señor Williams suavemente—. Nosotros nos encargaremos de ella. En cuanto a los suizos bastará que pronuncien la palabra para

que dispongan de una flota de submarinos.

El mariscal Schaag cerró los ojos con expresión de cansancio, mientras la voz del embajador oficioso del Oeste seguía resonando.

—Según nuestros informes —concluyó el señor Williams, cuando hubo agotado la lista de los beneficios que el Oeste podía proporcionar—, dispone usted de un par de semanas antes que el bloque oriental emprenda acción. Si se une usted a nosotros, podemos garantizarle que nadie se inmiscuirá en sus asuntos internos.

—¿Y el uranio? —inquirió Schaag, abriendo los ojos.

—Es una lástima que no puedan extraerlo y negociarlo libremente —se lamentó el señor Williams—. Pero el problema dejará de existir si cooperamos sobre una base amistosa...

Aquella noche, mientras cenaba, el presidente de Karania dejó traslucir la preocupación que le embargaba. Se quejó de la sopa. Era la primera vez en veinte años. Frau Schaag contempló a su marido con expresión de asombro, en tanto que Herr Barranz, ministro para el Progreso Cultural y amigo íntimo del Presidente, le preguntó si estaba enfermo.

Después de la cena, el mariscal Schaag y Herr Barranz se trasladaron a la biblioteca, como tenían por costumbre, para charlar de sus cosas mientras jugaban al ajedrez.

Jugaban su tercera partida cuando Schaag le habló a Herr Barranz del férreo ultimátum que había recibido del Este, y del ultimátum aterciopelado que había recibido del Oeste.

—Y así están las cosas —concluyó—. De todos modos. Karania perderá su tradicional neutralidad. En lo que a mí se refiere...

Herr Barranz suspiró.

—Si hubiera algún medio de destruir los depósitos de uranio...

El Presidente sacudió la cabeza.

—Ya he pensado en eso, pero la capa de peblendita es demasiado ancha. Para destruirla, haría falta una bomba atómica. Y para obtener la bomba atómica necesitaríamos uranio.

Con aire de disculpa, Herr Barranz retiró del tablero uno de los caballos de su adversario.

—Las Grandes Potencias —observó—, no tienen ningún motivo de preocupación. Pero si se vieran mutuamente amenazadas por algún desastre total...

—¿En qué nos beneficiaría eso a nosotros?

—Psicología elemental, mi querido Karl —dijo Herr Barranz—. Los enemigos sólo olvidan el temor que se inspiran mutuamente cuando se enfrentan con un temor mayor... Si los estímulos fueran muy intensos, estoy convencido que se llegaría a un acuerdo internacional en el plazo de pocas horas.

Schaag permaneció en silencio unos instantes, concentrado en el juego. De

pronto, dijo:

—Entonces debemos provocar los adecuados estímulos.

Herr Barranz se encogió de hombros.

—El ratón no asusta al elefante. Estamos indefensos.

—No, estamos desesperados... Pero, suponga que el chillido de un ratón asustado fuera ampliado un millar de veces. ¿Qué sucedería?

—Entonces —dijo Herr Barranz—, nuestro hipotético elefante se encontraría en un hipotético apuro.

—En tal caso —dijo Schaag—, el ratón karanio tendrá que aprender a cultivar la voz y, tal vez, ventriloquia... Tú mueves, Josef.

El ministro para el Progreso Cultural contempló el tablero de ajedrez. Era demasiado temprano, pensó, para que el *schnapps* le hubiera hecho efecto al Presidente: sin embargo, su conversación estaba resultando desconcertante. Las preocupaciones, quizás...

—No seas absurdo, Karl —dijo amablemente—. No perdamos de vista la realidad. La solución es obvia. Tenemos que ponernos de acuerdo, en las mejores condiciones posibles, con el Oeste.

Alzó la mirada, y vio que el mariscal Schaag estaba contemplando con gran atención un punto indeterminado del espacio. En su rostro había una extraña sonrisa.

Por último, dijo:

—Observación, más credulidad, más miedo, igual a verdad... ¿Quién sospecharía que un ratón intentaba rugir?

Herr Barranz contempló ansiosamente a su anfitrión. Luego alargó la mano hacia la botella de *schnapps*.

Una mañana, siete días después, el señor William Williams estaba sentado en la antesala de las habitaciones del Presidente, en la Casa de la República. Masticaba una aspirina. De pronto, una rubia y maternal karania, la secretaria personal del Presidente, le invitó a pasar a presencia del mismo. La secretaria acababa de hacer salir al embajador del Este por otra puerta.

—Buenos días, señor Williams —le saludó Schaag con una afable sonrisa—. Ha venido usted a explicar los desdichados incidentes de la pasada noche, sin duda. No obstante, debo advertirle que el pueblo karanio, aunque pacífico por temperamento, se ha tomado muy en serio el..., el suceso.

El señor Williams se quedó con la boca abierta por el asombro.

—¿Explicar? —preguntó, en tono de incredulidad.

Schaag asintió.

—El embajador del Este acaba de asegurarme solemnemente que el bloque oriental no es responsable de lo ocurrido. En vista de lo cual, espero con sumo interés sus manifestaciones.

El señor Williams suspiró.

—Vamos a ver si nos entendemos, señor Presidente. Usted ha preguntado ya al Este; el Este ha preguntado ya al Oeste; y yo he venido aquí a preguntarle a usted.

—Un círculo vicioso —dijo el mariscal Schaag en tono amable—. Pero es evidente que la responsabilidad recae sobre alguien.

—Creo que sería mejor que nos pusiéramos de acuerdo acerca de los hechos —dijo el señor Williams.

—Eso podría ser un provechoso comienzo —asintió Schaag—. Pero, en vista de las circunstancias, me gustaría conocer en primer lugar su versión.

El señor Williams se introdujo otro par de aspirinas en la boca.

—Anoche me acosté temprano —dijo—. La primera noticia me llegó a través de uno de mis secretarios, el cual me despertó para mostrarme el texto de un mensaje radiado en onda corta, en inglés, invitando al mundo a deponer sus armas, bajo la amenaza de graves sanciones en caso contrario. Creo que el mismo mensaje fue radiado también en francés y en ruso.

—Así es —confirmó Schaag—. Las emisiones empezaron aproximadamente a la una cincuenta, hora de Karania.

—Naturalmente, el Oeste utilizó localizadores de dirección —dijo el señor Williams.

—Lo mismo que hizo el Este y que hicimos nosotros ¿Conoce usted los resultados?

—Según nuestros expertos —admitió el señor Williams—, las emisiones procedían de una aeronave que volaba a más de tres mil quinientos kilómetros por hora.

—Ése es el veredicto general —dijo Schaag.

—Posteriormente —dijo el señor Williams—, nos han llegado informes asegurando que la mitad de los campesinos de la zona septentrional de Karania han visto escuadrones de platillos volantes.

—La posibilidad de una ilusión óptica en masa parece más bien remota —observó el mariscal—. Desde luego, existe también el problema de los depósitos de uranio.

El señor Williams contempló con fijeza a su interlocutor.

—¿Qué ha sucedido con los depósitos de uranio?

Schaag pareció sorprendido.

—¿No ha leído usted los periódicos, señor Williams?

—Sí, los he leído. Y el mundo parece haber enloquecido. Ése..., ese asalto es sumamente grave desde el punto de vista internacional. Mi gobierno me ha exigido el envío inmediato de informes exactos.

—La zona del uranio está devastada —anunció Schaag, fingiendo admirablemente—. Según mis investigadores científicos, la explosión no parece haber sido atómica..., aunque existe radiactividad, desde luego...

—¿Qué medidas piensa usted adoptar?

—Aparte de declarar la ley marcial, evacuar la zona afectada, congelar el tráfico septentrional y continuar las investigaciones, no hay nada que yo pueda hacer... Esperaba que el Este y el Oeste tendrían alguna explicación que ofrecerme.

—Si debemos creer en los mensajes radiados —dijo el señor Williams con lentitud—, el mundo está amenazado por una potencia exterior... Se exigía un desarme general inmediato.

—La potencia exterior parece disponer de excelentes lingüistas —observó secamente Schaag—. Y una visión muy clara de la psicología humana.

—Entonces, ¿no lo ha tomado usted en serio?

—Personalmente, no me siento inclinado a creer en cuentos de hadas, ni siquiera de platillos volantes, señor Williams.

—No tardará en reunirse una conferencia de alto nivel, y allí se hablará claro —profetizó el señor Williams—. Entretanto, si el Este esboza la más leve amenaza en contra de Karania, intervendremos con todas las consecuencias.

—¿Debo entender que el Oeste está dispuesto a garantizar nuestra neutralidad..., de forma incondicional?

—Si llega el caso..., sí.

—Da la casualidad que el Este ha expresado unos sentimientos similares —dijo el mariscal Schaag—. Espero que el acuerdo esté listo para la firma dentro de cuarenta y ocho horas.

—Nuestro acuerdo estará listo antes —dijo el señor Williams, consultando su reloj—. Todo este asunto es una conspiración.

—¿Usted cree? —inquirió el Presidente de Karania—. Y, ¿quién es el que conspira?

—Esta mañana —dijo el mariscal Schaag, en tono de satisfacción— he firmado el acuerdo con el Oeste. Esta tarde he firmado el acuerdo con el Este. De modo que Karania conserva su independencia. Cada uno de los bloques ha insistido en protegernos contra el otro, sin exigir bases ni concesiones, sin provocar ninguna revolución del martirizado proletariado.

—Mi querido Karl, brindo por ti —dijo el ministro para el Progreso cultural, alzando su vaso de *schnapps*—. Es soberbio. Es magnífico. La posteridad...

—Espero que la posteridad no llegue a enterarse —dijo el mariscal en tono grave. Contempló pensativo su vaso—. Resulta curioso, mi querido Josef, que la naturaleza humana prefiera rechazar lo probable y aceptar lo imposible.

El humo del tabaco se esparció en densas nubes sobre el tablero de ajedrez y alrededor de las botellas de *schnapps*. El Presidente de la República se arrellanó en su asiento, experimentando la satisfacción de un trabajo bien hecho.

—¿Puedes descender un poco el velo del misterio para mí? —inquirió Herr Barranz al cabo de un rato.

—Desde luego —el mariscal sonrió burlonamente—. Ha sido cuestión de

matemáticas, de imaginación..., y de una veintena de científicos karanios de absoluta confianza. Los mensajes fueron radiados por tres aviones civiles, en tanto que en la zona septentrional eran lanzados unos globos luminosos. Lo más difícil fue el transporte de varias toneladas de explosivos a Scloss Benzen.

—¡Pero los mensajes fueron radiados desde unas aeronaves que volaban a más de tres mil quinientos kilómetros por hora!

—Fueron radiados desde unos anticuados aviones de transporte, que volaban a menos de quinientos kilómetros por hora.

Herr Barranz estaba estupefacto.

—¿Y los localizadores de dirección? —inquirió—. Según los datos obtenidos por ellos...

—Sus localizadores de dirección no eran tan buenos como nuestros matemáticos —le interrumpió Schaag—. Los aviones volaban en amplios círculos a veinticinco mil pies de altura. Cada uno de ellos contenía tres emisoras de radio, y tres cintas magnetofónicas previamente grabadas. Cuando el primer avión empezó a emitir, el segundo empezó unos instantes después, y otro unos instantes más tarde. Cada una de las emisoras radió un fragmento del ultimátum en inglés, francés y ruso, sucesivamente, en tres longitudes de onda distintas. ¿Comprendes ahora?

El ministro para el Progreso Cultural asintió.

—Desde luego. Los localizadores de dirección detectaron que cada uno de los mensajes era emitido por un solo transmisor, instalado en una aeronave que volaba a terrible velocidad.

—¡Exactamente! —asintió Schaag.

Herr Barranz volvió a llenar su vaso, lo vació y lo llenó de nuevo. Estaba tratando de descubrir una grieta en el plan. Al no conseguirlo, esgrimió otra clase de argumento.

—Un secreto así no podrá ser mantenido —dijo—. Alguno de tus veinte hombres hablará.

El mariscal Schaag sacudió la cabeza vivamente.

—Esa posibilidad ha sido prevista, desde luego, y se han adoptado las medidas oportunas. Estoy convencido del hecho que ellos eran unos karanios leales, pero estaba en juego la seguridad de su patria. Les di instrucciones para que se concentraran en Schloss Benzen, en cuanto terminaran su trabajo.

—No comprendo...

—Tus conocimientos geográficos, Josef, son deplorables. Schloss Benzen está muy cerca de las primeras minas de pecblenda. Fue volado tres horas antes del amanecer... Estaban convencidos del hecho que la voladura no se produciría hasta el alba.

Herr Barranz alzó tristemente su vaso.

—¡Por un heroísmo que nunca será cantado! —murmuró.

—Eran científicos —dijo el mariscal Schaag fríamente—, y, por lo tanto, tenían la

obligación de sacrificarse. Recuerda que la ciencia fue directamente responsable del atolladero en que estábamos metidos.

—Pero no olvides, Karl, que es también responsable de nuestra salvación.

El mariscal Schaag se permitió a sí mismo el fantasma de una sonrisa.

—Es cierto —convino, y levantó su vaso—. Brindo por la divertida duplicidad de la ciencia..., que permite rugir a un ratón y hace que un elefante profiera chillidos...

La historia del Juicio Final

Edmund Cooper

Estamos a 31 de agosto de 1965 y mi trabajo ha terminado. Mañana, después de la conferencia de prensa y la cena de despedida y la aparición en la televisión podré, así lo espero, retirarme a una vida plácida y tranquila. Un hombre no puede ser «noticia» durante demasiado tiempo; y en mi caso, el tiempo límite puede ser medido por horas. Después, la notoriedad se convierte en una pesada carga.

El cielo sabe cómo se las arreglan las estrellas del cine y de la televisión para soportarla... o incluso los prodigios de dieciocho años que sólo permanecen en el candelero el tiempo suficiente para comprarse un Jaguar y un paquete de acciones. Quizá tienen una constitución más fuerte, o quizá yo soy un poco más sensible. De todos modos, cinco años han sido más que suficientes: y me alegro de que hayan terminado.

No es que —publicidad aparte— hayan sido unos años aburridos. He sobrevivido a tres tentativas de asesinato, a dos tentativas de raptó, y a una invitación a «huir» a la Unión Soviética, donde, según me prometieron, podría vivir felizmente como un millonario proletario... a cambio de pequeños trabajos de investigación nuclear, para que el trato resultara justo. Y desde luego, durante los últimos cinco años he recibido casi medio millón de cartas de «fans»: de desagrado y de admiración en una proporción de cinco a una, respectivamente.

Pero será mejor que empiece por lo que, aún sin ser el principio en el verdadero sentido de la palabra, es el punto que me izó al primer plano de la actualidad.

En abril de 1960, después de pasar algún tiempo en Harwell y un par de años en las agradables instalaciones de una pequeña isla, la cual sigue estando erróneamente clasificada como Muy Secreta, estaba considerado como un físico subatómico muy prometedor. No tan bueno, quizá, como William Rausen, o incluso Jenkins, de Cambridge, pero sí de primera categoría. Además, desde el punto de vista del gobierno, se me suponían cualidades que me hacían más apto para el proyecto en curso que cualquiera de las personas que he mencionado.

Se me suponía endurecido y ambicioso, aunque no tengo la menor idea de cómo llegaron a colgarme ese sambenito. Tal vez tenía algo que ver con el rumor de que me había casado con una sobrina del ministro de Ciencias a fin de conseguir que el Rayo Azul fuera aplicado como vehículo de una pequeña cabeza de torpedo atómica que mi equipo había inventado. Sin embargo, aunque tengo que admitir que me casé con una de las encantadoras sobrinas del Ministro, en aquella época el Rayo Azul había sido aplicado ya a todos los proyectiles dirigidos. De modo que insisto en afirmar mi

inocencia.

Pero, sea cual fuere el motivo, fui escogido para aquel trabajo. En consecuencia, una deliciosa mañana de la primavera de 1960, sostuve una fructífera conversación con el primer ministro, el ministro de Ciencias y el canciller del Exchequer.

La atmósfera fue amistosa, cordial. El ministro de Ciencias me llamó Richard y se interesó vivamente por mis inexistentes hijos (el ministro tenía muchas sobrinas); el Premier me llamó Hamilton y quiso saber si estaba interesado, en la caza; y el canciller, sin llamarme nada, trató de descubrir, con mucho tacto, hasta qué punto estaba interesado en el dinero.

Pero súbitamente, tras unos escauceos preliminares, el primer ministro entró en materia.

—Tenemos un nuevo trabajo para usted, Hamilton —dijo—. Se trata del proyecto más importante y, puedo asegurárselo, más susceptible de provocar polémicas de nuestra época. ¿Está usted interesado?

—Más que interesado, señor. Estoy muerto de curiosidad.

El primer ministro sonrió.

—Si consigue usted llevarlo adelante con éxito, una enmienda será la menor de sus numerosas recompensas.

Sir Richard Hamilton... posiblemente el ingreso en la Orden del Mérito. La perspectiva me halagaba. Y no es que yo sea un «snob», no. Pero, por algún inexplicable motivo, siempre había tropezado con dificultades en lo que respecta a los *maitres*. Un título de caballero era una de las cosas que podían allanarme considerablemente el camino en los restaurantes.

—Puede usted escoger su propio equipo —me dijo el ministro de Ciencias afablemente—, y tendrá prioridad en lo que respecta a materiales e instalaciones.

Medité unos instantes.

—¿Cuál es la clasificación del trabajo, señor? —pregunté—. ¿Secreto o público?

—Las dos cosas —respondió el ministro de Ciencias—. El proyecto se hará público, pero todos los aspectos del trabajo, investigación, construcción, ensayos, progresos, éxitos o fracasos, permanecerán secretos.

—¿Habrá perros guardianes? —inquirí.

—Ladrando en gran profusión —confirmó sobriamente el primer ministro.

—Dispondrá usted de ilimitados recursos financieros —continuó el ministro de Ciencias.

—Hablando en sentido figurado —intervino rápidamente el Canciller.

—En realidad, lo único que pedimos —concluyó el ministro de Ciencias— es que usted nos dé una razonable esperanza de éxito.

Contemplé a los tres hombres con aire ligeramente incrédulo. Aun admitiendo la habitual sutileza de las mentes políticas y las leves reservas acerca del personal, del material y de las finanzas que indudablemente me serían reveladas más tarde, me estaban ofreciendo lo que un científico considera el paraíso. Tenía que existir alguna

pega, desde luego; y como todavía no me habían dicho exactamente lo que deseaban que hiciera, la pega tenía que estar allí.

—Caballeros —dije—, antes de continuar permítanme decirles que acepto de muy buena gana. Y, desde luego, haré todo lo que esté a mi alcance para asegurar una razonable esperanza de éxito.

Parecieron sorprendidos.

—Pero, ignora usted aún lo que vamos a pedirle —dijo el primer ministro.

—Con las facilidades que me están ofreciendo, señor, creo que sólo puede tratarse de la llamada arma del Juicio Final.

Los tres hombres se sobresaltaron visiblemente y me dirigieron una mirada llena de sospechas.

—¿Cómo lo sabe usted?

No lo sabía, pero no era el momento de admitir que se trataba de una simple conjetura. De modo que razoné basándome en una técnica desarrollada por el difunto Sherlock Holmes.

—Es muy sencillo. Soy un físico subatómico bastante bueno; pero los hay mejores, y por lo tanto ustedes saben ya que a los mejores no les interesa ese proyecto, probablemente por escrúpulos morales. En consecuencia, el proyecto tiene que ser un arma. Pero nosotros poseemos ya armas atómicas de calibre multimegatónico. En ese campo queda poco que investigar. Sin embargo, me ofrecen ustedes toda clase de facilidades para investigar, y todo el dinero que necesite. De modo que desean ustedes algo mucho más mortal que un par de docenas de bombas de cien megatones. Lo cual nos conduce a la máquina del Juicio Final, que hasta ahora no es más que una espantosa pesadilla.

—¿Es posible? —preguntó el primer ministro.

Me encogí de hombros.

—Hace treinta años, ¿quién hubiera dicho que eran posibles las bombas termonucleares?

—Los americanos parecen creer que es posible —dijo el ministro de Ciencias en tono de desaliento—. En consecuencia, los rusos se lo tomarán en serio. De modo que también nosotros tenemos que hacer algo.

Miré al primer ministro.

—¿Quiere usted decirme una cosa, señor? ¿Cuál sería el valor práctico de un arma diseñada no sólo para aniquilar al enemigo, sino también al resto de la raza humana?

El primer ministro pareció repentinamente viejo y cansado.

—Inestimable. No sólo destruiría la absurda teoría del Equilibrio de Poder, sino que ofrecería además una excelente oportunidad para que la diplomacia dejara de ser un negocio de chantajistas y para que se restableciera una vez más el imperio de la negociación.

Medité unos instantes y luego dije alegremente:

—En realidad ignoro si es posible o no construir un arma del Juicio Final, pero haré todo lo que esté a mi alcance, señor.

Ante mi extrañeza, aquellas palabras no parecieron alegrar a ninguno de los tres hombres.

Después de aquella conversación las cosas empezaron a moverse con suma rapidez. Confieso que me aproveché con creces de la prioridad que me había sido concedida. Nací en el Norte y se me ocurrió que resultaría muy agradable trabajar en uno de los valles del Derbishre donde habían transcurrido los primeros años de mi vida. Por tanto, escogí Newdale... especialmente porque disponía de un hotel muy antiguo y muy cómodo que podría servir de base eventual.

Escogí también a dos viejos amigos de toda confianza, el profesor James Wheeler (matemático) y el doctor Roger Vaughan (bioquímico) como mis aides-de-champ. Juntos nos trasladamos al Hotel Newdale y aleccionamos minuciosamente a la multitud de criados, civiles y de otra clase, que habían sido puestos a nuestra disposición.

Un ejército de obreros se trasladó a Newdale y empezó a montar edificios prefabricados sobre diez acres de terreno escogido. Pedimos laboratorios químicos, laboratorios físicos, generadores de alto voltaje y muchos aparatos. Solicitamos físicos, químicos, biofísicos, bioquímicos, biólogos, etc. Y el Departamento de Investigaciones Científicas e Industriales se apresuró a cumplimentar nuestras peticiones.

Al cabo de seis meses los laboratorios estaban listos y teníamos más personal científico de primera categoría del que podíamos utilizar. Teníamos también pegada a nuestros talones a toda la plantilla del Servicio Secreto Británico. Al principio sus melodramáticas actividades me divertían. Pero cuando alguien provisto de un rifle telescópico de largo alcance pareció creer que mi puesto estaba entre los muertos, empecé a mirar con más respeto a aquellos sabuesos.

Desde luego habíamos llegado a la engorrosa fase en que disponíamos de todo lo necesario y debíamos, por tanto, iniciar el verdadero trabajo.

Trabajo que consistía en fabricar un arma capaz de borrar del planeta a toda la raza humana. Era una tarea ardua, pero creía haber encontrado una excelente solución. Por raro que parezca, algunos de los científicos más jóvenes estaban verdaderamente entusiasmados con el proyecto. No tardaron en sugerirme ideas tan descabelladas como virus indestructibles, saturaciones de radiactividad e incluso campos antigravedad lo bastante amplios como para extraer al planeta de su atmósfera. Me apresuré a despedir a los miembros más originales y entusiastas de mi equipo. Aquellas personas me parecían peligrosas.

Además, aunque comprendía que alguien trabajaba en el proyecto Juicio Final por una recompensa económica o una distinción social —como yo mismo—, la idea de que alguien trabajara en el arma porque era una cosa que realmente deseaba hacer me

horrorizaba. Y por entonces se me había ocurrido ya una idea. Una idea muy sencilla. Pero para desarrollarla con éxito eran necesarias una gran paciencia y una lealtad absoluta.

Al final del primer año había limitado mi equipo a un grupo de personas en las cuales sabía que podía confiar ciegamente. Y entonces les bosquejé mi idea de un horno termonuclear que, una vez iniciada la reacción, seguiría consumiendo materia hasta que la Tierra no fuera más que una nubecilla de humo cósmico. Después de todo, en esta línea de desarrollo el problema fundamental era simplemente una cuestión de temperatura. Lo único que teníamos que hacer era conseguir una temperatura que pudiera equipararse al calor interno del sol e idear un sistema para desarrollar una reacción continua. Entonces podríamos sentarnos, metafóricamente hablando, mientras la Tierra se achicharraba antes de evaporarse.

Naturalmente, mi equipo se entusiasmó con la idea. Lo mismo que yo. Y, en consecuencia, iniciamos el largo proceso de exploración teórica, extrapolación limitada y experimentación fraccional que habían de desembocar en el diseño definitivo de la máquina del Juicio Final.

Esta fase se prolongó por espacio de dos años. Durante ese tiempo tuve que redactar frecuentes informes de nuestros progresos para el gobierno. Una y otra vez traté de explicarles la teoría de la máquina del Juicio Final en términos relativamente sencillos. Pero no parecían comprenderla con demasiada claridad. E incluso parecían más preocupados por la perspectiva de un éxito que por la perspectiva de un fracaso. Y no les tranquilizaba el saber que los americanos y los rusos estaban empeñados en una carrera por conseguir lo mismo que nosotros buscábamos.

Pero yo tenía mis propias preocupaciones. La Opinión Pública de la Gran Bretaña —más sensible de lo que se cree— me tenía señalado con el dedo. A pesar del velo tendido sobre los detalles del proyecto Juicio Final, su naturaleza no era ningún secreto. Y yo era el hombre más odiado de Inglaterra.

Sin embargo, el asesinato y el rapto no son el tipo de actividades que atraen a las indignadas madres de Croydon o a los coroneles jubilados de Cheltenham, de modo que los atentados de que fui víctima deben ser atribuidos a la *joie de vivre* de determinados individuos extranjeros.

En otoño de 1963 creí llegado el momento de presentar mi informe final al primer ministro..., especialmente teniendo en cuenta las noticias oficiosas de que los rusos habían terminado su propia arma Juicio Final. Yo hubiera preferido esperar un poco más antes de anunciar que la máquina inglesa estaba en condiciones de funcionar. Pero en realidad ni mi equipo ni yo podíamos hacer ya gran cosa. Ya es sabido que una máquina Juicio Final no puede ser ensayada con fines experimentales. Es esencialmente un arma de un solo disparo..., y el primer disparo es el último.

Un mes después del anuncio de que el modelo británico estaba listo y preparado para funcionar, los americanos, para no ser menos, anunciaron que habían fabricado dos máquinas Juicio Final completamente independientes... por si la primera fallaba.

Creo que todo el mundo conoce el resto de la historia. Ya que Inglaterra, Norteamérica y Rusia disponían de un medio de destrucción total, se había llegado una vez más a una posición de tablas. Pero esta vez eran unas tablas algo distintas.

Lo mejor que tiene un arma Juicio Final —cualquier arma Juicio Final— es que convierte la guerra en anticuada. Incluso los generales podían verlo. A fin de cuentas, de nada sirve enviar un centenar de bombas de hidrógeno contra un enemigo que sólo tiene que pulsar un botón para acabar con todo.

Los militares del Este y del Oeste estaban furiosos con la nueva situación. Ya que, si la guerra era anticuada, lo mismo les sucedía a las armas termonucleares y, en último término, a los generales.

Y ése fue el caso. En la primavera de 1964, entre el regocijo general, se celebró una reunión en la cumbre en Berlín, que entonces era una ciudad internacional y que más tarde se convirtió en la primera capital mundial. El Presidente, el Primer Ministro y el Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética pronunciaron un montón de discursos llenos de vocablos abstractos: justicia, libertad, verdad, emancipación e igualdad. Pero cuando terminaron de representar de cara a la galería se enfrentaron con los hechos.

Y los hechos eran que las armas atómicas se habían convertido en unos instrumentos irrisorios... a menos que desearan utilizarse como un medio de suicidarse enviando un par de ellas al enemigo. Fue una fecha histórica, ya que señaló la apertura de la primera conferencia de desarme sincera.

En otoño de 1964 los equipos rusos de inspección estaban ocupados revisando las instalaciones británicas y norteamericanas, comprobando el desmantelamiento de todos los proyectiles dirigidos con cabezas atómicas; en tanto que los equipos inglés y norteamericano hacían lo mismo en Rusia y en los Estados satélites.

Pero mientras el resto del mundo empezaba a relajarse, mis colegas y yo sentíamos aumentar nuestra preocupación. Preveíamos lo que iba a suceder.

Efectivamente, en enero de 1965, un imbécil estadista, cuyo nombre no voy a citar, sugirió que, en vista de la continuada y necesaria existencia de las máquinas Juicio Final como instrumento de seguridad contra la guerra, sería conveniente que cada una de las máquinas estuviera al cuidado de un equipo formado por miembros de las tres «Potencias Juicio Final». Sus propuestas cristalizaron en lo siguiente: en cada una de las bases Juicio Final habría un alto oficial norteamericano, un alto oficial ruso y un alto oficial inglés, Las máquinas serían modificadas de manera que sólo pudieran ser puestas en marcha mediante la introducción de tres llaves que giraran simultáneamente en sus cerraduras; y cada uno de los altos oficiales al cuidado de las máquinas tendría una de aquellas llaves.

Tras una breve discusión la propuesta fue aceptada internacionalmente; y esto, desde luego, requirió una conferencia entre los diversos científicos Juicio Final.

Y así fue como a mediados de febrero me encontré en Ginebra reunido con el camarada profesor Fyodor Norov, el científico a cargo de la instalación rusa y el

doctor George C. Wynkel, director de los dos proyectos norteamericanos.

Afortunadamente, Norov hablaba un excelente inglés. Pero a pesar de que él y Wynkel se mostraron muy cordiales —demasiado cordiales para mi tranquilidad de espíritu—, había una atmósfera de inquietud que ninguno de nosotros parecía capaz de disipar.

Al cabo de media hora de conversación intrascendente no habíamos realizado el menor progreso en dirección a nuestro verdadero objetivo: discutir el problema del control de las máquinas Juicio Final. Y tuve la impresión de que ninguno de nosotros quería ser el primero en poner sobre el tapete el infernal tema. Mi intranquilidad iba en aumento. Finalmente, Norov se encogió de hombros y dijo:

—Esto no marcha, camaradas. Necesitamos algo que rompa el hielo, ¿no les parece?

Se acercó el teléfono y encargó que subieran una botella de vodka.

—Yo prefiero whisky —dijo Wynkel—. Escocés.

—Yo también tomaré whisky —dije—. Irlandés.

Norov encargó que subieran las tres botellas.

Cuando me hube tomado el tercer doble reuní el valor necesario para la gran confesión.

—Las máquinas Juicio Final que traen la paz universal me asustan —observé, tanteando el terreno—. Simbolizan la consecuencia más absurda de la lógica. Tiene que haber un fallo en alguna parte.

—Ningún fallo —protestó Norov—. Pero también yo estoy asustado. ¿Qué me dicen de un accidente?

Wynkel se echó a reír.

—En nuestra máquina no puede producirse ningún accidente —dijo en un tono que me pareció algo enigmático.

—No es la teoría lo que me preocupa —continué—, sino la práctica. El argumento en favor de las armas Juicio Final es muy poderoso —de momento ya han provocado el desarme nuclear—, pero, si he de confesar la verdad, no siento el menor entusiasmo por ellas.

—Ni yo —convino Norov.

—Debo confesarles una cosa —añadí desesperadamente—. La máquina Juicio Final no funciona. Hace mucho tiempo todos los científicos que trabajábamos en la fase final del proyecto decidimos que no podíamos correr el riesgo de que a algún idiota se le ocurriera pulsar el botón.

Siguió una penosa pausa.

—Eso —dijo finalmente el camarada profesor Norov— fue un fraude criminal.

Pensativamente, se sirvió otra ración de vodka.

—Buen trabajo, viejo —dijo el doctor Wynkel. Parecía divertirse enormemente—. ¿Cómo se las arregló para engañar a los políticos?

—Instalamos una recia cúpula de cristal en la cima de una torre de acero y la

llenamos de cables suficientes para suministrar energía eléctrica a todo el Asia. Y luego le atiborramos de términos científicos. —Sonreí sin la menor alegría—. Resulta curioso comprobar hasta qué punto está dispuesta la gente a creer que apretando un botón el mundo se convertirá en humo. Probablemente esa disposición está relacionada con el deseo de la muerte.

—O viceversa —sugirió Wynkel enigmáticamente. Hizo una breve pausa y añadió—: El Presidente lo sabe, desde luego. Decidimos que teníamos que decírselo a alguien.

—¿Lo de nuestra máquina? —inquirí estupefacto.

—No —replicó tranquilamente Wynkel—. lo de la nuestra. A propósito, nosotros nos tomamos la molestia de descubrir que las máquinas Juicio Final no pueden ser construidas.

—Pero, camarada, ¡nosotros construimos una! —exclamó Norov, con los ojos brillantes.

—¿Funcionará? —preguntó Wynkel sonriendo.

Norov se echó a reír.

—¡Si alguien aprieta el botón como ustedes dicen, abrirá el mayor agujero que nunca se haya visto en Siberia, palabra!

Nos miramos el uno al otro. Lentamente llenamos nuestros vasos y los alzamos.

—¡Por la paz! —dije.

—¡Por la cordura entre las naciones! —añadió Norov con cierta pomposidad.

—¡Por la ciencia! —añadió Wynkel.

Empecé a sentirme ridículamente feliz.

—¿Creen ustedes que tenemos la posibilidad de conservar el secreto?

—¿Por qué no? —dijo Wynkel—. Lo único que tenemos que hacer es escoger cuidadosamente los equipos internacionales de inspección.

—Y si alguno dice tonterías —anunció Norov con una significativa mirada—, será obligado a someterse a un tratamiento psiquiátrico, ¿no es eso?

—Desde luego —asintió calurosamente Wynkel.

Desde luego creo que me he ganado mi encomienda. Norov, naturalmente, es un héroe de la Unión Soviética de primera clase. Y el doctor Wynkel está siendo apremiado para que se presente como candidato a la Vicepresidencia en las próximas elecciones.

Bueno, ésta es la verdadera historia del Juicio Final.

Estamos a 31 de agosto de 1965, el mundo se encuentra en paz y virtualmente desarmado, los problemas son discutidos alrededor de una mesa y no entre una lluvia de cohetes... y yo acabo de cumplir mi período de inspector del Juicio Final. Mi sucesor es el profesor James Wheeler, que fue mi segundo en el proyecto desde el primer día. Tiene una excelente capacidad para mantener la boca cerrada y el rostro solemne.

Sigo creyendo que no conviene aún que la verdad se haga pública. La gente se ha sentido aplastada por la amenaza de la destrucción universal durante tanto tiempo, que probablemente consideraría la verdad como una broma de muy mal gusto.

Novecientos noventa y cuatro

Edmund Cooper

El doctor James Eddington Sheaffer hizo descender su abejerro retropropulsado de dos pedales desde una altura de dos mil pies. Mientras miraba hacia abajo, con expresión de desconsuelo, se preguntaba cómo recibiría Emily, su esposa, la Alegre Noticia. Luego murmuró en voz baja, casi para sí mismo: «¡Abeja, abeja, abeja! ¡Zambúllete en la colmena!».

El microtransmisor de su reloj de pulsera envió la rutinaria orden a la caja negra, instalada debajo de la caperuza del abejerro. La máquina zumbó obediente e inició su caída casi vertical hacia la residencia Sheaffer, en el 793 del Boulevard Hope.

El doctor Sheaffer contempló cómo crecía su césped, desde el tamaño de un sello de correos hasta las dimensiones de una toalla de baño. Si por lo menos siguiera ascendiendo, pensó, hasta aplastarse contra él...

Aquella lúgubre idea era el resultado directo de su reciente y gloriosa salida de la *Independent Electronic Brain Washers Inc.* Calculando por lo bajo, su situación en la Compañía debería haberse mantenido durante tres años más. Pero sin otra advertencia que la repentina aparición de un antiguo reloj de jaspe, una caja de cigarros de diez pulgadas y una botella de dos litros de champaña, sus queridos y leales colegas le habían enfrentado con un voto unánime que le nombraba presidente. A continuación habían aceptado la acostumbrada dimisión, la cual, por un pequeño descuido, se había olvidado de incluir en su discurso de inauguración. Y el voto final, también unánime, le había recompensado con una pensión de veinte mil dólares anuales..., en reconocimiento de los valiosos servicios prestados durante su presidencia de cinco minutos.

Por tanto, ya sabía lo que era sentirse profesionalmente asesinado. Con frecuencia se había hecho esa pregunta.

Aquellos amargos pensamientos quedaron interrumpidos por el aterrizaje del abejerro en la terraza de la residencia Sheaffer. El doctor se bajó del vehículo y descargó de él un montón de cajas atadas con lazos de colores. Tres mil dólares de vestidos nuevos para Emily. El gesto del doctor Sheaffer se hizo más avinagrado. Había tenido que contemplar un maniquí-robot —adaptado a la talla exacta de Emily— durante casi una hora antes que le permitieran firmar un cheque.

Entretanto, la causa de aquel desastre en la *haute couture* surgió de la chimenea de la casa con una sonrisa en los labios. Emily estaba en la cocina, vigilando el café y los buñuelos, cuando oyó que el abejerro se posaba en el tejado. Y como estaba deseosa de mostrar su última creación ilegal —un *sari* confeccionado con un mantel

de encaje que había pertenecido a su abuela y a varias generaciones de polillas— se había introducido en la chimenea para que un montacargas, empujado por una columna de aire comprimido, la subiera hasta la terraza.

El doctor Sheaffer dejó caer las cajas y contempló a su esposa con evidente aprensión.

—Hola, varón —dijo Emily.

—Hola, hembra —dijo el doctor Sheaffer uniéndose al saludo ritual.

Emily dio media vuelta sobre sí misma con fingida indiferencia. Pero en su voz había una nota de ansiedad cuando preguntó:

—¿Te gusta?

—No está mal —concedió Sheaffer—. Pero, por el amor de Dios, no salgas así a la terraza, Em. ¡Puede verte algún guardia!

Dirigió una nerviosa mirada al cielo, plagado de abejorros.

—¡Bah! —dijo Emily—. A *mí* no tienes que recomendarme que tenga cuidado con los guardias. Y, de todos modos, no hay nadie a menos de tres mil pies. —Alzó la cabeza y contempló una intensa riada de tráfico a una enorme altura. Luego, intuyendo quizá que algo iba mal, colocó sus brazos alrededor del cuello del doctor Sheaffer, mordisqueó su oreja y susurró—: ¿Qué es lo que pasa, querido? ¿Te han rebajado el cupo de trabajo?

—Lo han suprimido del todo —dijo Sheaffer.

Emily se llevó una mano al rostro como si acabara de recibir un bofetón.

—Esta mañana, querida —continuó su marido amargamente—, he sido elegido presidente, retirado con todos los honores y recompensado con una pensión de veinte mil dólares..., todo en el espacio de cuatro minutos.

En los ojos de Emily brillaron unas lágrimas que no llegaron a caer.

—Pero sólo tienes treinta y cinco años, querido... No..., no pueden hacerte eso.

—Ya lo han hecho. —Había cierta melancólica satisfacción en la voz del doctor Sheaffer—. Un científico sacrificado en el altar de la Automación... ¿Qué me dices de celebrarlo esta noche y de proporcionarme un entierro decente? Podemos invitar a los Harrison. A Joe le despidieron hace seis meses..., aunque a él ya le había llegado el momento. Tenía casi cuarenta y un años.

Repentinamente, Emily agarró el brazo de su marido.

—¡Es ilegal, Jimmy! No es más que una..., una horrible equivocación. La ley dice que nadie puede jubilarse antes de los cuarenta años.

El doctor Sheaffer sonrió sin alegría.

—Artículo séptimo del Código Industrial... ¿Sabes lo que dice el artículo octavo?

—Ni siquiera sabía que había un artículo octavo.

—Traducido al lenguaje corriente, amor mío, dice que si una máquina puede hacer el trabajo mejor que un ser humano meramente inteligente, el humano quedará definitivamente descartado..., sin tener en cuenta su edad, sexo, color o religión. Amén.

Emily le contempló unos instantes con expresión de incredulidad. Luego las lágrimas fluyeron de sus ojos.

—Pero..., el lavado de cerebros está clasificado como una ocupación humana, ¿no es eso? Yo creía...

—También lo creía yo —dijo Sheaffer cariñosamente—. Pero mientras estaba vaciando mi escritorio me hablaron de mi sucesor: un robot positrónico. Puede lavar cuatro cerebros a la vez. La *Independent* ha pagado por él un millón y medio de dólares..., de muy buena gana; al menos tendrá resuelto el problema de su superávit de beneficios durante seis meses. Luego tendrán que comprar otro robot y despedir a otro empleado... —Súbitamente sonrió—. Te he..., ejem..., te he comprado algunos vestidos nuevos. ¿Contenta?

—¡Pingajos para robots! —exclamó desdeñosamente Emily—. ¡Los odio! ¿Por qué no permitirán que las mujeres se confeccionen sus propios vestidos como este encantador sari?

—¡Tan sediciosa como siempre! —murmuró Sheaffer pellizcando cariñosamente la barbilla de su esposa—. Supongo que no querrás dejar fuera de servicio a medio millón de máquinas de confeccionar vestidos... Además, tenemos que invertir el dinero que nos sobra en alguna cosa. Vamos a beber algo y luego llamaré a Joe por la telepantalla.

Pero Emily se acercó a las cajas y, después de dirigir una apresurada mirada al cielo, empezó a golpearlas con el pie hasta que quedaron debajo del alto parasol. Allí, al abrigo de ojos indiscretos, sacó los immaculados vestidos de sus immaculadas envolturas. Cuando estuvieron reunidos en un montón, Emily se dedicó a pisotearlos concienzudamente.

Finalmente, tras haberlos sometido al tratamiento de sus tacones, se arrodilló y trató de hacerlos pedazos.

El doctor Sheaffer contemplaba a su esposa con una tolerante sonrisa. El valor de su furia destructora era principalmente psicológico, ya que todos los vestidos estaban confeccionados con la fibra sintética *eternalon*..., inarrugable, irrompible y perdurable. También estaba garantizada su incombustibilidad.

—Diviértete, querida —dijo afablemente—. Estás jugando con algo que sólo vale tres mil dólares.

Jadeando un poco, con el rubio pelo revuelto, Emily le dirigió una sonrisa de complicidad.

—Si parecen un poco usados cuando venga el inspector de Costumbres, no tendré que ponérmelos —explicó.

El doctor Sheaffer empezó a jugar con la ilusión de construir en secreto su propio cerebro electrónico, cuyo contenido podría lavar siempre que se sintiera de mal talante. El plan sólo tenía una dificultad: construir el cerebro le costaría por lo menos dos años. Se preguntó si permanecería interesado durante tanto tiempo.

Repentinamente, una luz roja parpadeó en una pequeña pantalla instalada en la

pared junto al porche del tejado; y la melodiosa voz del auto-avisador dijo:

—Doctor Sheaffer, tiene usted un visitante. Doctor Sheaffer, tiene usted un visitante.

A continuación apareció en la pantalla la imagen de un hombre alto, mofletudo, con una vacua sonrisa en el rostro.

El doctor Sheaffer contempló aquella aparición y palideció ligeramente. Desde el lugar donde se encontraba podía ver la gran insignia redonda en la solapa del desconocido. La insignia tenía grabado un martillo de plata.

—Es el Rompedor, Em. —murmuró el doctor—. ¡Y no nos han mandado el aviso!

Emily actuó con la rapidez del rayo. Se quitó el sari, recogió uno de los vestidos nuevos al azar, se introdujo en él y cerró la cremallera con un solo movimiento. Luego miró a su marido con expresión de culpabilidad.

—¡Oh. Jimmy! Recibimos el aviso... Hace un mes. Quería enseñártelo, pero se me perdió. —Se animó repentinamente—. Pero podemos enviarle a pasear. No tiene que presentarse hasta el martes, día trece.

—Hoy estamos a martes, trece —dijo el doctor Sheaffer lúgubrementemente.

—¡Doctor Sheaffer! —dijo el auto-avisador en tono de reproche—. Su visitante está esperando.

Con aire de mártir, el doctor Sheaffer se introdujo en la chimenea y descendió rápidamente al vestíbulo. La puerta de la calle se abrió automáticamente mientras se acercaba a ella, y el Rompedor entró en la casa balanceando alegremente su estuche de violín.

—¿Doctor Sheaffer? Encantado de conocerle... Bien, doctor, le ha llegado el turno de vérselas de nuevo con el Martillo. Cómo pasa el tiempo, ¿verdad?

—Desde luego —asintió el doctor Sheaffer amargamente.

—Bueno, bueno. Vamos a ver —dijo el Rompedor, abriendo su estuche de violín y sacando el Martillo de reglamento, de cuatro libras. Lo balanceó experimentalmente y miró a su alrededor en busca del primer Objeto Anticuado. Lo encontró en el combinado barómetro, calendario y anotador de fechas que colgaba en el vestíbulo de los Sheaffer desde hacía cinco años.

—¿Habla eso? —preguntó el Rompedor.

—No, pero es un modelo inglés —explicó el doctor Sheaffer sin alimentar demasiadas esperanzas—. Estamos muy encariñados con él.

—Lo lamento muchísimo —dijo el Rompedor tristemente—. Las normas establecen que los calendarios tienen que ser parlantes.

Descargó un fuerte golpe con el Martillo. Latón doblado, vidrios rotos y una temblorosa saeta deslizándose hacia «Muy tormentoso». Al mismo tiempo el calendario registró la fecha del 1 de enero del año 2000..., la cual, como señaló puntualmente el anotador de fechas, correspondía al 109 cumpleaños de la bisabuela materna del doctor Sheaffer.

—Muchas felicidades, querida señora —dijo el Rompedor. Puso en marcha un aparato de grabación de bolsillo y habló a través de su micrófono de muñeca—: «Residente: Boulevard Hope, 793. Objeto: un barómetro-calendario. Propietario: Sheaffer, James E.» —Luego detuvo el aparato de grabación y murmuró en tono de reproche—: Tenía que haberse desprendido de eso hace mucho tiempo, doctor Sheaffer. La chatarra es antisocial... Ahora vámonos, como dijo el poeta, en busca de pastos nuevos.

Empujó suavemente al doctor Sheaffer con el simbólico Martillo, en tanto que sus ojos brillaban de anticipado placer.

Lo primero que llamó su atención fue el televisor: un modelo tridimensional y estereofónico de treinta pulgadas, que era al mismo tiempo mueble-bar.

—Pre-his-tó-ri-co —anunció el Rompedor sacudiendo tristemente la cabeza—. Vamos, doctor, ¿es que quiere estropear los lindos ojos de su esposa obligándola a contemplar imágenes tan pequeñas?

—¡Escuche! —dijo el doctor Sheaffer furioso—. Da la casualidad que me gustan los modelos de treinta pulgadas. Y también a mi esposa. Además, este aparato ha funcionado perfectamente durante años. Podemos captar la Eurovisión: Londres, París, Roma..., directamente.

—¡No me diga! —El Rompedor parecía sinceramente impresionado.

Sin embargo, y ante la desesperación del doctor Sheaffer, dejó caer el Martillo en el lugar exacto: una larga práctica le había enseñado a conocer los puntos más sensibles de los Objetos anticuados.

Murmurando un piadoso «Amén», el Rompedor anotó en su aparato de grabación la ejecución del televisor de los Sheaffer. Luego, con sorprendente eficiencia, liquidó el acondicionador de aire Mity Mijit 1989.

—De acuerdo —dijo el Rompedor, volviéndole la espalda a la devastación—. Ahora vamos a ver la fábrica de sueño, Doc.

El doctor Sheaffer estaba poseído por una silenciosa e impotente rabia. No sólo era ilegal eludir, obstruir, coaccionar, distraer, sobornar, mutilar o asesinar a un Rompedor, sino que podían obtenerse seis meses de terapia social en una clínica psiquiátrica por el simple hecho de discutir con uno de ellos.

Rechazando tristemente la encantadora visión de un puñetazo en la barbilla, el doctor Sheaffer acompañó al Rompedor al dormitorio.

El Rompedor contempló el doble arrullador con éxtasis profesional. Su antiguo hipno-carrete, cuya suave música estaba calculada para sumir al paciente en una dulce inconsciencia, hizo asomar una ancha sonrisa a su rostro. Y su sistema de rayos tranquilizantes arrancó una carcajada a sus labios.

—Doctor —dijo, secándose las lágrimas que la risa había hecho asomar a sus ojos—, sus noches de tortura han terminado para siempre. Los arrulladores están pasados de moda. Ahora se utilizan unos generadores de rayos psicostáticos que descansan el cerebro no sólo para inducirle al sueño, sino también librándole de preocupaciones

mientras está dormido.

El doctor Sheaffer cerró los ojos mientras el arrullador recibía noventa segundos de guerra relámpago. Cuando volvió a abrirlos, el hipno-carrete y el proyector de rayos tranquilizantes estaban en el suelo rodeando sus pies como aplastadas flores metálicas.

—Creo que eso es todo por aquí —dijo el Rompedor, indultando generosamente el antiguo tocador de Emily. Contempló al doctor Sheaffer con ojos afables—. Supongo que no adoptará usted una actitud negativa, ¿verdad? Si adopta una actitud negativa, tendré que incluirlo en mi informe.

—¿Actitud negativa? ¿Quién..., yo? —El doctor Sheaffer trató de componer una expresión de inocencia ofendida, pero lo único que consiguió fue que su aspecto recordara una Fase Negra de un maníaco-depresivo.

—Tenemos que modernizarnos —dijo el Rompedor, como si razonara con un niño—. Acabará con toda la chatarra y le concederé un crédito de..., digamos 10.000. Así podrá usted ir al Comisariado y adquirir una pantalla de seis pies y un generador de rayos psicostáticos, entre otras cosas. Esto es progreso, ¿no le parece?

—Desde luego, esto es el progreso —murmuró el doctor Sheaffer rechinando los dientes.

—Bien, entonces —dijo el Rompedor—, vamos a continuar civilizando este hogar feliz... ¿Por dónde se va al paraíso de las calorías?

El doctor Sheaffer suspiró profundamente y le acompañó a la cocina.

Emily estaba allí esperándoles. En aquel momento hubiese cambiado de buena gana su delgada y esbelta silueta por doscientas libras de grasa y el volumen de una apisonadora. Estaba delante de una semianticuada lavadora eléctrica esperando que pasara inadvertida.

—Hola —dijo el Rompedor cortésmente.

—Hola —respondió Emily sin el menor entusiasmo.

El Rompedor fingió no darse cuenta de la existencia de la lavadora.

—Bueno, bueno, bueno —observó alegremente—. Excelente cocina, de veras... Parece la respuesta a la plegaria de un hambriento.

Mientras hablaba iba acercándose a la desdichada lavadora.

—Se ha descuidado usted de revisar el conservador de alimentos —dijo Emily con una nota de pánico en la voz—. Es un último modelo. Tenemos allí dos patos, cinco pollos, tres langostas y un pavo en estado de coma... Conservaremos el pavo dormido hasta que se celebre el Día de Acción de Gracias.

Pero el truco falló. Aparentemente desinteresado en las maravillas de la vida en suspensión, el Rompedor avanzaba inexorablemente hacia su presa. Emily irguió el busto, como si se dispusiera a cerrarle el paso.

—Vamos, vamos, señora Sheaffer —la reconvino amablemente el Rompedor—, no sea usted niña. Arriesgar su reputación por esa antigualla de lavadora... ¿Qué diría su psiquiatra?

—¡No! —suplicó Emily en tono desesperado—. ¡No la rompa, *por favor!* Es un recuerdo de familia. Sé que es anticuada, pero...

Su voz se apagó mientras contemplaba al Rompedor, que en aquellos momentos estaba adaptando un suplemento especial al Martillo.

—¿Cómo tendré que calificar su actitud en mi informe, querida señora? —preguntó el Rompedor con una brillante sonrisa—. ¿Obstrucción o intento de soborno?

El Martillo subió y descendió tres veces. Y cada vez los Sheaffer se estremecieron como si hubieran recibido el impacto en su propia carne.

—Mi querida señora —dijo el Rompedor, contemplando la destrozada máquina—, cuando llegue la lavadora ultrasónica me recordará usted con lágrimas de gratitud.

—¡Seguro! —replicó torvamente el doctor Sheaffer—. Dígame, ¿cómo pudieron clasificar en la categoría humana a un témpano de hielo sin alma como usted? Ahora anote en su informe que soy un sedicioso y utilizaré el Martillo para destrozarse su anticuado cráneo...

Emily palideció intensamente.

El Rompedor suspiró. Su destino era ser incomprendido.

—Si nos pinchan —observó tristemente—, ¿acaso no sangramos? Si nos hacen cosquillas, ¿acaso no reímos? Si nos envenenan, ¿acaso no morimos? Y si nos engañan, ¿acaso no nos vengamos? El Mercader de Venecia, Acto Tercero... Sea comprensivo, doctor. Alguien tiene que hacer este desagradable trabajo. —Sonrió malignamente—. Ahora vamos a ver su automóvil. Un pajarito me ha dicho que está listo para el Martillo.

Por el rostro del doctor Sheaffer se extendió una sonrisa de triunfo.

—Prepárese a recibir una pequeña decepción —dijo—. Es un Cadillac modelo 1965..., y, por si no lo sabe, está oficialmente considerado como antigüedad.

—¡No me diga! —El Rompedor enarcó las cejas—. Bueno, prepárese usted ahora a recibir una pequeña impresión, doctor. El Cadillac modelo 1965 acaba de perder sus privilegios. No podrán seguir circulando. Triste, ¿verdad?

Para el doctor Sheaffer era más que triste; era el acto final de la tragedia. Durante años enteros había cuidado y mimado el Cadillac, invirtiendo centenares de horas en su reparación, hasta convertir el estropeado cacharro que había descubierto en un granero de Minnesota en reluciente modelo de exposición. Era la envidia de todos sus amigos, los cuales, cansados de sus vehículos con una velocidad mínima de 200 millas por hora, contemplaban el antiguo automóvil, con sus sedantes noventa millas, con ojos ávidos.

El saber que iba a ser sacrificado por el Martillo provocó en el doctor Sheaffer un trauma mental demasiado intenso para sus ya recargados circuitos. Dio dos vueltas sobre sí mismo, se dejó caer sobre el taburete de la cocina y contempló al Rompedor como si acabara de describir en detalle el cercano fin del mundo.

El Rompedor le miró con aire compasivo. Luego se volvió hacia Emily y se encogió de hombros.

—Ofuscación mental —observó clínicamente—. Tal vez sea mejor que me ocupe del Cadillac mientras el doctor está sumido en el trance... ¿Cuál es el camino de la celda de la muerte, querida señora?

Emily alzó un dedo tembloroso señalando una puerta.

—Por ahí a la derecha —susurró.

Unos apagados sonidos llegaron hasta la cocina: el canto de cisne del Cadillac. Emily rodeó con sus brazos los hundidos hombros de su esposo, con aire protector, como si quisiera impedir que llegaran hasta él los macabros ruidos de la ejecución. Pero, cosa rara, el doctor ni siquiera se movió.

Antes que Emily hubiera tenido tiempo de meditar en aquélla anomalía regresó el Rompedor con el aire de persona que ha cumplido con su deber, sin tener en cuenta para nada sus propios sentimientos. Entró en la cocina, dejó descuidadamente el Martillo sobre la destrozada lavadora y trabajó en una calculadora de bolsillo por espacio de cuarenta segundos.

—En nombre del Presidente de los Estados Unidos —anunció finalmente— tengo el placer de informarles que el Tío Sam les debe doce mil quinientos dólares a cuenta de las anteriormente mencionadas ejecuciones. Disponen ustedes de treinta días para gastarlos. —Recogió el Martillo y lo devolvió a su estuche. Antes de marcharse palmeó el hombro del doctor Sheaffer—. Saludo a un noble corazón. Buenas noches, dulce príncipe, y que bandadas de ángeles canten para arrullar tu sueño... Hamlet, Acto Quinto, Escena Segunda... ¡He tenido mucho gusto, doctor!

El Rompedor hizo mutis con una sonrisa de genio.

Cuando se hubo marchado, el doctor Sheaffer se puso en pie y se acercó a la telepantalla de la cocina. Marcó un número.

—Vamos a darle la buena noticia a Joe —dijo en tono desmayado.

Luego, mientras esperaba que la pantalla se iluminara, abrazó fuertemente a Emily.

—Compruebo los reflejos —explicó—. Creo que todavía estamos vivos.

El hecho pareció sorprenderle.

Ninguno de los dos se dio cuenta que en la pantalla había aparecido un rostro. Un rostro que les contempló con aire de aprobación durante un par de segundos y luego tosió discretamente. Emily, sobresaltada, se apartó rápidamente de su marido.

—Hola, Joe —dijo el doctor Sheaffer imperturbable.

—Gracias por el espectáculo —dijo Joe—. ¿Tengo que aplaudir o enviar un donativo?

El doctor Sheaffer se encogió de hombros.

—Estamos a trece y martes —dijo—. Para que digan de las supersticiones. Esta mañana la *Independent* me ha despedido. Esta tarde, a última hora, hemos recibido la visita del Rompedor.

La sonrisa desapareció del rostro de Joe Harrison.

—¡Cuánto lo siento! Jimmy, no habrá dejado caer el martillo sobre el...

—Lo ha dejado caer sobre él. Cadillac modelo 1965: anticuado. Lo mismo que la lavadora de Em y varias cosas más.

—Demonios —dijo Joe—. Mi corazón sangra por ti... ¿Por qué no vienes a cenar con nosotros esta noche? Lloraremos juntos.

—Precisamente te había llamado para invitarles a Patty y a ti.

—Sería una imprudencia —dijo Joe—. Después de tomarnos un par de copas nos dedicaríamos a hacerle la respiración artificial al cadáver del Cadillac..., contraviniendo la ley... Además, hay algo que quiero enseñarte. ¿Qué te parece?

—De acuerdo —dijo el doctor Sheaffer—. ¿A qué hora es la cena?

—¿Te parece bien a las ocho?

—Como quieras. Hasta luego, Joe.

—Hasta luego. Y no olvides una cosa: el tiempo es un bálsamo maravilloso.

Joe Harrison sonrió enigmáticamente y cortó la comunicación. La pantalla quedó oscura.

El cielo estaba tachonado de brillantes estrellas; pero su brillo no podía competir con el de las constelaciones eléctricas de las calles, extendiéndose a un millar de pies bajo el abejorro en todas direcciones. Mirando a través del cristal, Emily trató en vano de localizar la residencia de los Harrison en medio de aquel centelleo multicolor.

Se había repuesto un poco de la destrucción de su querida lavadora. Como un gesto de desafío, llevaba su *sari* de confección casera, discretamente oculto bajo un abrigo de pieles sintéticas.

El doctor Sheaffer había localizado ya el punto de aterrizaje y, dejando que el mecanismo automático se encargara del descenso, se volvió hacia su esposa:

—Al diablo con todo, Emily. Seguimos estando vivos, y juntos.

Ella encontró su mano en la oscuridad y la oprimió con cariño.

Treinta segundos más tarde, Joe y Patty, que estaban esperándoles en la terraza, les acogían cordialmente.

Se introdujeron en la chimenea y descendieron al comedor. Patty contempló con sincera admiración el *sari* de Emily.

—¡Es completamente tetradimensional, querida! ¿Dónde has obtenido el modelo?

—Lo dibujé yo misma —dijo Emily con modestia.

Joe inspeccionó el *sari* con científica imparcialidad.

—Me recuerda el concepto de Nitz-Suvarov acerca del subespacio —observó en tono profundo.

—¿Qué es eso? —preguntó Emily.

—Una serie de agujeros unidos por teorías... Vamos a echar un trago de esta Sangre de Rompedor, Jimmy. Seis copas equivalen a la amnesia total.

—Por la destrucción de la Utopía —brindó el doctor Sheaffer, apurando de un solo trago el contenido de su copa.

Siguió una larga pausa.

—¿Cuál es la fórmula, Joe? —preguntó reverentemente—. ¿Combustible de cohete y éter?

—Algo por el estilo... ¡A tu salud, hermano!

Joe vació su copa, parpadeó un par de veces y contó lentamente. Cuando llegó a nueve, la neblina roja se había desvanecido.

Patty miró a los dos hombres con aire severo.

—¡Ha terminado la sesión de suicidio! —anunció—. La cena está a punto.

Hora y media más tarde, después de una cena sintética, el doctor Sheaffer aprovechó una pausa en la conversación general para introducir el tema que le preocupaba.

—Joe, ¿qué diablos voy a hacer con todo esto?

—¿Con qué, hermano Misfit?

—Con todo este maldito ocio proporcionado por esta asquerosa Era Dorada.

Joe dirigió una extraña sonrisa a Patty.

—Ésas son palabras muy duras, caballero. En realidad, casi pueden considerarse subversivas.

El doctor Sheaffer se sirvió otra ración de Sangre de Rompedor.

—Tres hurras por la subversión —observó tranquilamente— y otros tantos por el sabotaje... Esto es lo que necesita este mundo: una buena dosis de sabotaje... Nada violento, Joe. La simple liquidación de dos o tres mil fábricas de robots. Entonces tú y yo y todos los demás jubilados podríamos ponernos a trabajar de nuevo.

De repente, Patty se puso en pie. Miró a su marido, y su marido la miró a ella. El doctor Sheaffer creyó que los Harrison habían llegado a un silencioso y oscuro acuerdo.

—Vamos, Em —dijo Patty—. Dejemos a esos dos rebeldes con su sedición. ¿Te he hablado alguna vez de mi guardarropa secreto? Ven y verás lo que he estado haciendo durante los últimos seis meses.

Tomó a una intrigada Emily por el brazo y la condujo fuera de la habitación.

El doctor Sheaffer dirigió a Joe una prolongada e investigadora mirada.

—Tengo la impresión que alguien está haciendo algo que no es legal..., afortunadamente. Y no sólo en lo que se refiere a la confección de vestidos. Me gustaría que me dijeras de qué se trata, Joe..., a no ser —añadió amargamente— que no confíes en mí.

Joe Harrison se sirvió una doble transfusión de Sangre de Rompedor.

—Diablos, esto es tan fuerte, que ni siquiera confío en mí mismo... Pero antes de profundizar en el asunto vamos a comprobar si realmente somos dos cerebros con una sola urdimbre.

—¡Adelante!

—Tema número uno: creemos que el noventa y cinco por ciento de la automatización está llevando la virtud del ocio demasiado lejos.

—De acuerdo.

—Tema número dos: queremos libertad para trabajar, así como libertad para divertirnos.

—De acuerdo.

—Tema número tres: queremos ganar nuestro sustento y nuestra propia estimación, y no queremos limosnas..., ni siquiera limosnas de veinte mil dólares al año.

—De acuerdo.

—Tema número cuatro: discutimos el derecho de cualquier Departamento Federal a declarar anticuados nuestros bienes y posesiones. Discutimos también el derecho a existir del mencionado Departamento.

—De acuerdo.

—Tema número cinco: nos gustaría destruir el sistema pacíficamente y empezar de nuevo..., pero no hemos descubierto aún una buena fórmula.

—De acuerdo.

—Tema número seis: somos unos rebeldes antisociales..., y demasiado desquiciados para disfrutar de los beneficios de este mundo maravilloso.

—De acuerdo.

Joe bebió un trago de Sangre de Rompedor e hipó.

—Bien..., James Eddington Sheaffer, a partir de este momento te declaro un refugiado *bona fide*. Y, en consecuencia, te condeno a un centenar de años de transporte retrospectivo...

—De acuerdo —dijo el doctor Sheaffer—. ¿Qué diablos quieres decir?

Joe sonrió y se puso en pie.

—¡Psst! Sígueme, refugiado. He estado trabajando en un camino de escape.

Tomó al doctor Sheaffer del brazo y le condujo a un salón.

En sus horas de forzado ocio el profesor Joseph Harrison, ex Director del Departamento de Física Sub-atómica de la *American Solar Engines Inc.*, había concentrado su genio en transformar el salón en una copia de un bar del pasado siglo XIX. Había añadido también un par de interesantes refinamientos.

—Escupideras, serrín, auténtica luz de gas —dijo orgullosamente—. Únicamente el licor es *ersatz*... ¿Qué te parece?

—¡Maravilloso! —suspiró el doctor Sheaffer—. Aquello sí que era vivir... Pero, en lo que se refiere a ese camino de escape, te confieso que estoy sumamente intrigado.

Joe se acercó a una de las paredes del salón.

—Disculpa mi sentido de lo dramático —dijo. Luego, levantando los brazos, exclamó—: ¡Ábrete, Sésamo!

La pared se deslizó a un lado, dejando al descubierto un pequeño laboratorio de

física lleno de extraños aparatos.

El doctor Sheaffer se quedó con la boca abierta.

—Una simple célula fotoeléctrica que reacciona al sonido —explicó Joe tranquilamente—. Ahora échale una mirada a eso.

Señalaba un ancho cilindro de metal, de unos tres pies de altura.

—Parece una lavadora ultrasónica —dijo el doctor Sheaffer, examinando un par de pequeños discos con unas raras graduaciones.

—Eso, querido delincuente, es la unidad propulsora del primer cronocarro. —Joe apartó el cilindro a un lado—. Ahora échale una mirada a eso.

Señalaba una amplia cúpula de plástico. Sus transparentes paredes, con la excepción de una pequeña puerta circular cerca de la base, estaban cruzadas por una intrincada red de cables verdes, azules y amarillos.

—Eso —continuó Joe después de una reverente pausa— es el cronocarro.

El doctor Sheaffer lo examinó atentamente.

—Parece una jaula para un loro gigante con tendencias homicidas —observó al fin—. Pero si tú dices que es un cronocarro, estoy de acuerdo en que es un cronocarro muy bonito... Ahora, ¿qué diablos es un cronocarro?

—En lenguaje llano, mi ignorante amigo, una máquina del tiempo.

—¿Una *qué*?

—Lo que has oído. Ahora vamos a unirnos a las señoras. La historia es un poco larga de contar.

Tomó al intrigado doctor Sheaffer del brazo y le arrastró suavemente fuera del laboratorio.

Luego Joe murmuró:

—¡Abracadabra!

La pared se deslizó hasta recobrar su posición normal.

El doctor Sheaffer parpadeó y contempló el bar estilo siglo XIX.

—Esta Sangre de Rompedor tiene unos efectos terribles —murmuró.

Entretanto, Emily estaba examinando el guardarropa ilegal de Patty. Consistía en dos vestidos larguísimos: uno de color verde esmeralda, y otro azul eléctrico. Y en dos enormes sombreros, uno de los cuales parecía una pequeña grupa de avestruz, y el otro un cuenco lleno de fruta.

Emily quedó maravillada ante aquellas soberbias creaciones que hubieran sido el *dernier cri* alrededor de 1900. Pero su asombro subió de punto cuando Patty, ruborizándose de placer, le mostró otros tesoros: un par de trajes de hombre, de color gris, con pantalones de tubo; un par de camisas de auténtico lino, con cuellos almidonados de dos pulgadas y dos corbatas de color carmesí.

En respuesta a la avalancha de preguntas, Patty dijo misteriosamente:

—Joe y yo estamos planeando una especie de vacaciones..., permanentes. Esperamos que a Jimmy y a ti les interese también. Aunque debo advertirte que se

trata de un viaje sin regreso posible.

—¡Patty, me estás matando de curiosidad! ¡Cuéntamelo todo antes que estalle!

Patty sonrió, misteriosa.

—Querida, es una historia muy larga, y no quiero estropearle a Joe el placer de ser el primero en informarles. Espero que haya preparado ya a Jimmy. Vamos a comprobarlo.

Cuando estuvieron reunidos, el Profesor Joseph Harrison explicó los hechos fundamentales acerca de su cronocarro y de sus ilegales propósitos.

Tratándose de la primera máquina del tiempo, explicó, tenía las acostumbradas limitaciones de una obra experimental. Sólo podía transportar hacia atrás; y su alcance máximo era de un centenar de años, aproximadamente.

Pero lo importante era que ofrecía un medio de escapar del mundo de 1994; de la decepcionante Era de la Abundancia, de la insoportable Era de la Prosperidad: de un mundo apto para ser habitado únicamente por robots.

—De modo que podemos regresar a la era pre-atómica —concluyó Joe alegremente—, antes que la automatización y la energía solar transformaran la faz de la Tierra. ¡Piensa en lo que eso significa, Jimmy! Si queremos, tú y yo podremos matarnos trabajando doce horas al día, seis días a la semana, cincuenta semanas al año. Podemos trabajar hasta que tengamos noventa años. ¡Nadie se opondrá a ello!

—Y podremos hacernos nuestros propios vestidos —añadió Patty alegremente—. Montones de vestidos. Y podremos cocinar nuestros propios alimentos, hacer visillos, comprar muebles viejos, y encender hermosos fuegos de leña en invierno. Podremos leer a O. Henry a la luz de una lámpara, y llevar la más fantástica ropa interior.

—Sin Rompedores —murmuró Emily, como arrobada—. Sin...

Pero el doctor Sheaffer estaba pensando en perspectivas más amplias.

—Joe —dijo, en tono soñador—, ¿qué me dices de un viaje a Kitty Hawk para echarles una mano a los hermanos Wright en sus experimentos de aerodinámica? ¿O tal vez a Detroit, para ayudar a resolver los problemas de producción del Ford modelo T? ¿O volar, quiero decir *navegar*, hasta Londres y hacerle unas cuantas sugerencias a Marconi? Más tarde, desde luego, podríamos ocuparnos del cinematógrafo... ¿Estás seguro que ese..., ese cronocarro funcionará, Joe? Creo que no podría sobrevivir a la decepción.

—Completamente seguro —le tranquilizó Joe—. Lo he construido a conciencia... Y no creerás que soy capaz de producir un aparato de mala calidad...

—No, pero...

—Lo he calculado con tanta precisión —continuó Joe—, que podremos celebrar el día de Año Nuevo de 1900. Nuestra llegada coincidirá con el estallido de las primeras botellas de champaña.

Emily casi bailaba de excitación.

—¡Sería maravilloso! —exclamó.

Joe miró al doctor Sheaffer con expresión interrogadora.

—¿Qué dices tú, Jimmy? Si quieres estar seguro del hecho que el cronocarro funcionará, tendremos que esperar a que te quemes las cejas luchando con conceptos tales como la duración infinita en una serie transfinita de estructuras espaciales... ¿O estás dispuesto a confiar en mí?

—No del todo —dijo el doctor Sheaffer con una sonrisa—. Pero correré el riesgo.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —dijo Patty, sirviendo tranquilamente cuatro raciones de Sangre de Rompedor—. No hay ninguna época como la presente.

—¡Desde luego! —asintió alegremente Emily—. Por eso vamos a trasladarnos al pasado.

Levantaron sus vasos en un solemne brindis.

—Ahora —dijo Joe, tomando la dirección de las operaciones—, vamos a organizarnos, muchachos. Patty tiene la lista de todo lo que necesitamos. Ella y Em lo recogerán todo, mientras tú y yo desmontamos el cronocarro. Luego lo cargaremos en los abejorros entre los cuatro. Utilizando los dos, podremos llevarlo todo en un solo viaje.

—¿Qué es lo que llevaremos en un solo viaje? —preguntó el doctor Sheaffer.

—El cronocarro, genio. Tenemos que llevarlo al desierto. No querrás que surjamos el día de Año Nuevo de 1900 en la casa de alguien, ¿verdad? Nuestra repentina presencia podría resultar difícil de explicar...

De pronto, la casa de los Harrison se convirtió en una activa colmena.

Era más de medianoche cuando los dos abejorros emprendieron el vuelo, a la luz de la estrellas. Mientras contemplaban las oscurecidas ciudades que se deslizaban por debajo de ellos, los cuatro evadidos no se sentían pesarosos ni culpables: experimentaban, por el contrario, una deliciosa sensación de libertad..., como escolares que se ausentan de clases.

Aterrizaron en el desierto un par de horas antes del amanecer. Aterrizaron cerca de una melancólica y sombría ciudad fantasma, que retornaría a la vida cuando el calendario hubiera dado marcha atrás.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Joe alegremente—. El punto sin retorno.

—Y viceversa —observó lacónicamente el doctor Sheaffer.

Mientras los hombres montaban el cronocarro a la claridad de los faros de los abejorros, Emily y Patty se embutían en sus trajes de época y luchaban con los maravillosos y descomunales sombreros.

Los trajes eran muy ajustados en determinadas zonas del cuerpo, y no permitían una gran libertad de movimientos; al principio, incluso el respirar resultaba difícil. Pero, para las dos mujeres, eran como el plumaje de un ave del paraíso. Diez minutos antes de la salida del sol, el cronocarro estaba montado y dispuesto para el gran viaje. Patty sacó café y bocadillos: una última colación simbólica de 1994.

—Está a punto de salir el sol —observó Joe, tragándose un último bocado de pollo—. Será mejor que pongamos manos a la obra antes que se haga de día. No me

gustaría ver aparecer una patrulla de abejorros de la policía.

El doctor Sheaffer miró a su esposa y sonrió. Pensó que estaba muy atractiva, con su vestido de brillante tafetán verde y un gran cuenco de fruta en la cabeza.

—¿Dispuesta, Em? Todavía estás a tiempo de volverte atrás.

Emily le devolvió la sonrisa.

—Dispuesta, querido —dijo—. La Utopía está donde uno la encuentra.

Para el mundo de 1994, era un adecuado epitafio: para el inminente mundo de 1900, era una bienvenida optimista.

Joe y Patty habían entrado ya en el cronocarro. El doctor Sheaffer besó a su esposa cariñosamente y la tomó de la mano. Súbitamente, también ellos se encontraron a bordo, encerrados en una pequeña carabela, capitaneada por el Profesor Joseph Harrison, el nuevo Colón del Tiempo.

Por el horizonte asomó el rojizo disco del sol. Joe concentró su atención en los instrumentos del tablero de mandos, y empezó a contar los segundos en voz muy baja. Luego pulsó un interruptor. Por unos instantes, el desierto pareció sumergirse en una dorada luz de amanecer; luego repentinamente, hubo una interminable y parpadeante sucesión de días y de noches; incluso con los ojos cerrados y tapándose los oídos con las manos, los cuatro fugitivos del tiempo percibían la cálida carrera del sol, la fría zarabanda de las estrellas y el rugido de un poderoso viento.

Pero, finalmente, el salto en el tiempo llegó a su término, y el desierto y el cielo volvieron a quedar inmóviles. Joe abrió los ojos y contempló fijamente el tablero de mandos.

—¡Lo he conseguido! —exclamó, con emocionado asombro—. ¡Ha funcionado!

Unos instantes después, cuatro maravillados seres humanos se bajaban del cronocarro y posaban sus plantas en un mundo en el que se iniciaba un nuevo día, un nuevo año y un nuevo siglo.

El doctor Sheaffer miró hacia lo que en el mundo de 1994 había sido una silenciosa ciudad fantasma. Había dejado de ser una ciudad fantasma, para convertirse en un torbellino de ruido y de luz..., símbolo del mundo turbulento y optimista de 1900.

—¡Miren! —dijo el doctor Sheaffer, con la voz impregnada de entusiasmo y de temor—. ¡La Historia está ya encima de nosotros!

Tomados de la mano los cuatro refugiados —fugitivos de una Utopía que había fracasado— se dispusieron a entrar en una época que, a pesar de todas sus limitaciones, era una época de oportunidades...

Un extraño y atareado mundo. Un mundo desordenado y desaliñado. Demasiado desordenado para someterse al calculado celo de los Planificadores; demasiado ocupado para rechazar los sueños y las energías de los hombres.

Bienvenidos a casa

Edmund Cooper

La nave de las Naciones Unidas planeó como un halcón sobre el vasto desierto, y luego alzó el vuelo repentinamente como si hubiera decidido que, a fin de cuentas, no valía la pena posarse sobre Marte. Pero al llegar a los diez mil metros, la ascensión quedó interrumpida en un instante de inmóvil belleza; la nave se sentó ligeramente sobre una cola de llama verde, suspendida entre las estrellas y su punto de destino, hasta que imperceptiblemente la llama perdió intensidad y la nave descendió suavemente hacia la árida extensión.

El aterrizaje fue suave y normal. Tan suave como si se tratara del centésimo aterrizaje de una nave interplanetaria corriente conducida por una experta y curtida tripulación. Sin embargo, daba la casualidad —y la fecha quedaría anotada en los manuales de historia para tormento de los escolares— de que ni la nave de las Naciones Unidas ni cualquier otro vehículo terrestre había visitado nunca el Planeta Rojo. Y sus tripulantes eran los primeros seres humanos que se aventuraban más allá de la Luna.

No obstante, todos ellos tenían una amplia experiencia como viajeros espaciales. El coronel Maxim Krenin, jefe de la expedición y piloto del Pax Mundi, había realizado el vuelo Tierra-Luna cinco veces. Y había participado en numerosos lanzamientos de prueba a la Luna. Lo mismo que el comandante Howard Thrace, segundo piloto. Además de proporcionar un notable ejemplo de colaboración técnica ruso-norteamericana, aquellos dos hombres eran excelentes amigos.

Los otros tres miembros de la expedición, el Profesor Bernard Thompson, representante de Inglaterra, el Profesor Ives Frontenac, representante de Francia, y el doctor Chan S. Chee, representante de China, habían tomado parte en tres lanzamientos importantes, y habían permanecido en órbita un número impresionante de horas. Durante el largo viaje hasta Marte, habían tenido tiempo de sobra para compenetrarse y para planear en detalle sus trabajos de exploración.

Y ahora se encontraban, en su alargado proyectil de titanio, posado como un monumento de la antigüedad sobre el desierto marciano ecuatorial. Habían sido comprobadas las radiaciones, se había analizado la atmósfera al nivel del suelo, y los primeros terrestres estaban a punto de poner los pies sobre las arenas de Marte.

Incluso antes de descender de la nave, sabían de Marte lo suficiente como para sentirse ligeramente humillados por sus propias teorías anteriores y por la opinión general de los científicos de la Tierra.

Durante décadas, los astrónomos terrestres habían asegurado que Marte era

prácticamente hostil para la vida... a pesar de la insistente creencia popular en grotescas y complejas formas de vida e incluso inteligencias marcianas.

Marte, afirmaban los astrónomos, con toda la autoridad de hombres capaces de extraer amplias conclusiones de las pruebas más nimias, era un planeta que casi carecía de oxígeno, de agua y de calor. Los llamados canales no eran tales canales, sino simples grietas de origen puramente geológico. Y terminaban sus deducciones asegurando que, debido al clima, las formas de vida más desarrolladas que podrían encontrarse serían similares a los líquenes o, quizás, a los cactus.

Ésos, en términos generales, habían sido los puntos de vista de los expedicionarios de las Naciones Unidas... hasta su llegada. Pero incluso antes de aterrizar, mientras orbitaban a unos cien mil metros, pudieron comprobar, entre otras cosas, que los canales eran realmente —o lo habían sido— canales, y que la atmósfera contenía el suficiente oxígeno para que resultara respirable por las formas de vida humanas.

Luego, a medida que descendieron a un órbita menor, hicieron un descubrimiento que pareció eclipsar a todos los demás —excepto quizás a los canales— en significado.

Vieron pirámides: diez enormes pirámides marcianas situadas a gran distancia una de otras sobre las inmensas y desnudas llanuras. El descubrimiento fue algo más que un descubrimiento: fue una revelación. Y la revelación era más significativa, tenía más alcance que cualquier otro descubrimiento en toda la historia del hombre.

Hacia más de cuatro siglos que un desconocido astrónomo polaco, Nicolás Copérnico, había asombrado al mundo con su afirmación de que la Tierra no estaba fija en el centro del cosmos. Pero, eventualmente, el orgullo humano se había recobrado del golpe. Ya que, si bien la Tierra no podía ser considerada ya como única en tamaño, posición o significado, su raza dominante, el Homo Sapiens, seguía siendo el ser más perfecto de la creación. En ninguna otra parte, se dijo, podían existir seres inteligentes. Eso que lo que afirmaron los filósofos y todos los que contribuían al culto del significado humano.

Y durante cuatrocientos años, la cualidad de único del hombre no fue seriamente discutida.

Pero, ahora...

Las noticias acerca de las pirámides marcianas habían sido radiadas ya a la Tierra y a Luna City antes de que la nave de las N.U. aterrizara. E inmediatamente había llegado la orden de abandonar las previstas exploraciones científicas y concentrar todos los esfuerzos en las pirámides. La expedición a Marte era, en términos financieros, una aventura sumamente cara; y como, a fin de cuentas, los que tendrían que rascarse el bolsillo serían los ciudadanos corrientes, se presentaba una oportunidad excepcional de proporcionarles algo realmente espectacular a cambio de su dinero.

La orden no desagradó lo más mínimo a los miembros de la expedición. El

misterio de las pirámides era más emocionante que cualquier otro descubrimiento espacial anterior. La existencia de estructuras diseñadas y construidas por seres inteligentes establecía un clima de contacto y comunicación que disminuyó considerablemente la pesada carga de soledad acumulada durante el largo viaje a Marte. Era como si Marte hubiera esperado al Pax Mundi, como si las pirámides fueran una especie de gigantesca bienvenida planetaria.

La pirámide más próxima se alzaba a unos tres kilómetros al norte de la nave de las N.U., y sus lados negros, lisos y simétricos, tenían una altura de quinientos metros, aproximadamente. Mientras el coronel Krenin salía de la cámara de descompresión, dirigía un breve mirada a la impresionante mole y luego apoyaba el pie en el primer peldaño de la escalerilla de nylon; su sensación de temor pareció hincharse como una gran burbuja interior.

Luego, repentinamente, el momento histórico había transcurrido antes de que Krenin se diera cuenta. Había puesto ya los pies sobre las arenas de Marte. Detrás de él bajaron el comandante Thrace y los demás. Ninguno de ellos dijo nada durante casi tres minutos. Se limitaron a permanecer de pie, mirando, en silencio.

Súbitamente, el honor de pronunciar las primeras palabras terrestres sobre el planeta recayó en el profesor Thompson. Contempló la pirámide, suspiró profundamente y en Lingua Franca moderna, dijo:

—En este preciso instante, más que cualquier otra cosa necesito un cigarrillo.

—¿Por qué no? —observó suavemente el doctor Chee—. El contenido de oxígeno del aire es suficientemente elevado. Pero no creo que su cigarrillo tenga el mismo sabor.

—Acepte un Gaulloise —dijo el profesor Frontenac.

—Acepte un Stuyvesant —dijo el comandante Thrace.

El inglés enarcó ligeramente las cejas, rebuscó afanosamente en sus propios bolsillos y, por último, aceptó un cigarrillo francés.

—Tenía usted razón —observó al cabo de unos instantes—. Tiene un sabor completamente distinto.

—Caballeros —dijo el coronel Krenin—, el momento requiere un parlamento para ser transmitido a la Tierra, y dado que mi Lingua Franca es menos correcta de lo que debería ser...

Sacó un diminuto aparato de grabación de su mochila y miró esperanzado a sus compañeros.

El profesor Frontenac sonrió.

—Las pirámides son probablemente los restos de una civilización que ya era antigua cuando el hombre terrestre era todavía un ser de las cavernas y de los bosques. Entre nosotros, el doctor Chee representa a una de las más antiguas civilizaciones terrestres... Creo que es el más indicado.

El doctor Chee se inclinó, y luego pronunció un breve discurso dirigido al aparato de grabación de Krenin, a los millones de terrestres que esperaban, y, tal vez, a la

posteridad solar. Habló de lo maravilloso del viaje, de lo maravilloso del descubrimiento y de lo solemne del aterrizaje. Pero ni siquiera el ceremonioso lenguaje del doctor Chee pudo evitar el contagio de la excitación infantil que había hecho presa en los miembros de la expedición.

Mientras el doctor Chee estaba hablando, el comandante Thrace trepó por la escalerilla de nylon e hizo girar la pequeña grúa eléctrica encima de la portezuela inferior de la nave. Luego él y el profesor Frontenac se dedicaron a descargar a piezas el vehículo monorrueda de seis plazas que se habían llevado. Al cabo de media hora, el vehículo estaba completamente montado, con su giroestabilizador ronroneando suavemente.

El profesor Thompson hizo pantalla con la mano sobre sus ojos y contempló la pirámide, maciza y sombría bajo el brillante sol de Marte.

—Tal vez debiéramos comer algo antes de aventurarnos en cualquier exploración —sugirió.

—¿Tiene usted hambre? —inquirió el doctor Chee.

—No, pero pensé...

—Bajaré algunas raciones de emergencia —gritó el coronel Krenin desde la cámara de descompresión—. En caso necesario podemos comer en la pirámide.

El comandante Thrace estaba observando con atención lo que parecía ser una gran piedra redonda, de unos cincuenta centímetros de altura, que se encontraba a pocos metros de la base de la nave.

—¿Alguien de ustedes se ha fijado en esto antes? —preguntó.

Nadie pudo recordar haberlo visto.

—Mírenlo —dijo el comandante—. Mírenlo de cerca.

La piedra estaba moviéndose muy lentamente sobre la rojiza arena. La vieron avanzar a través de lo que parecía ser una pequeña capa de musgo, pero cuando hubo pasado, la planta ya no estaba allí.

Frontenac se inclinó sobre la roca y la tocó. Luego la golpeó con los dedos. En su rostro había una expresión de indescriptible asombro.

—Vamos a darle media vuelta —sugirió Thrace.

Así lo hicieron. La superficie inferior era blanda. Aquello parecía una mezcla de esponja y caracol. Empezó a contraerse hasta quedar a salvo en el interior de su recia concha protectora.

—¡Maravilloso, soberbio. exquisito! —exclamó Frontenac, en su francés natal—. ¡Qué hermoso animal!

—O planta —añadió secamente Thompson.

—Animal —Insistió el francés—. Según todas las leyes...

—En Marte —le interrumpió Thompson—, las definiciones que estamos acostumbrados a utilizar pueden no ser válidas.

Con suavidad, volvieron a colocar la piedra boca abajo sobre la arena.

—Ahora debemos ir a la pirámide —dijo el coronel Krenin—. La Tierra desea

nuestro primer Informe lo antes posible. He puesto la cámara fotográfica, la cámara de cine y las telecámaras en el monorrueda. ¿Lleva cada uno de ustedes radio portátil y aparato de grabación Individual?

Todos asintieron.

—¿Qué hay de mi ejemplar? —dijo Frontenac—. Me gustaría observarlo.

—Entonces, vigilará usted también la nave —dijo Krenin, sonriendo—. Alguien tiene que quedarse.

El francés adoptó la expresión de la persona que desearía estar en dos lugares a la vez.

Después de una revisión final, el resto de la expedición subió al monorrueda, con el comandante Thrace al volante. Cuando se ponían en marcha hacia la pirámide, vieron al profesor Frontenac arrodillado y con la cabeza muy cerca de la arena. Estaba tratando de descubrir cómo se las arreglaba su «piedra» para avanzar.

El desierto era, en su mayor parte, llano; y el viaje hasta la pirámide apenas duró diez minutos. En el camino, pasaron delante de diversas variedades de plantas, todas pequeñas, y de un curioso rodal de hierba, muy alta, cuyos tallos golpearon al monorrueda con la fuerza de un látigo. Se cruzaron también con varias de las «piedras» que el profesor Frontenac había bautizado provisionalmente con el nombre de «Amigos de Frontenac».

Mientras se acercaban a la base de la enorme pirámide, su excitación se hizo tan intensa que pareció fundirse en una calma completamente anormal. Estaban ebrios de asombro. Se sentían como sonámbulos.

La estructura no sólo dominaba al paisaje, sino que parecía alcanzar el mismo cenit del cielo. Comparadas con aquéllas, las pirámides de Egipto eran simples juguetes.

En primer lugar, dieron la vuelta completa a la base en el monorrueda, contemplando la pirámide, incapaces de encontrar un comentario apropiado o una apropiada explicación. Aquello parecía estar más allá de toda explicación... más allá, incluso, de toda posibilidad. Sin embargo; allí estaba: el mayor monumento que se había ofrecido a la vista del hombre.

La pirámide parecía haber sido construida con capas superpuestas de una especie de basalto negro, cada una de cuyas losas, aunque gastada por la acción de las tormentas de arena y de las ventiscas, aparecía sin grietas ni cuarteamientos. Las capas iban disminuyendo para formar una gigantesca escalinata triangular, ascendiendo hacia la reluciente piedra que se erguía en la cumbre, como una torre proyectada contra el cielo.

Pero en el centro de cada uno de los macizos peldaños, había una brillante losa blanquecina veteadas de dorado y anaranjado, verde y plateado: brillante como el cristal de un espejo, más hermosa que cualquier mármol conocido en la Tierra.

La primera de aquellas losas, al igual que la capa de basalto en la cual estaba

incrustada, se hallaba medio cubierta por la rojiza arena marciana. Los cuatro hombres se apearon del monorrueda y la contemplaron; y mientras lo hacían, la losa se deslizó silenciosamente hacia atrás, dejando al descubierto la entrada que daba a un pasillo débilmente iluminado.

—Santo cielo —exclamó el profesor Thompson con voz ronca—. ¡Saben que estamos aquí!

El comandante Thrace fue el primero en recobrar el dominio de sí mismo.

—Un mecanismo fotoeléctrico —sugirió—. O tal vez vibradores sensoriales.

—El problema consiste en saber si debemos aceptar o no la invitación —dijo el coronel Krenin.

El doctor Chee sonrió.

—Por lo menos, nos ha sido hecha con amabilidad —dijo.

—Puede ser una trampa —observó el comandante Thrace.

Krenin frunció el ceño.

—Demasiado complicada. Podían habernos eliminado de un modo más eficaz y menos complicado.

El profesor Thompson sonrió.

—«¿Quiere usted pasar a mi salón?», le dijo la araña a la mosca.

El doctor Chee enarcó ligeramente las cejas.

—Resulta difícil apreciar la psicología de una raza capaz de construir pirámides para atrapar a viajeros espaciales —dijo secamente.

El coronel Krenin tomó una decisión.

—Dos de nosotros aceptarán la invitación —dijo— y los otros dos esperarán aquí.

—Lo echaremos a suertes —dijo el comandante. Sacó cuatro cigarrillos, arrancó los filtros de dos de ellos y se llevó una mano a la espalda. Cuando volvió a mostrarla, la tenía cerrada y por ella asomaban las puntas de cuatro cigarrillos—. Aquellos que escojan los dos más cortos se quedarán.

El coronel Krenin fue el primero en escoger: le tocó un cigarrillo largo. Thompson y Chee cogieron los dos cortos.

—Fijaremos un plazo de una hora —dijo el coronel—, Sólo estableceremos contacto por radio en caso de apuro. En ningún caso deben ustedes entrar.

—Buena suerte —dijo el Profesor.

—Ha tenido usted ya demasiada —gruñó el doctor Chee.

El coronel Krenin y el comandante Thrace penetraron en el pasillo. Las paredes interiores estaban revestidas con la misma clase de piedra que la losa que se había deslizado para revelar la entrada. Tenía un brillo verdoso, proporcionando una claridad agradable y sedante, gracias a la cual los dos hombres podían ver por dónde andaban. Tras una breve vacilación, avanzaron resueltamente.

El pasillo se extendía en línea recta, descendiendo un poco, y parecía conducir al centro de la base de la pirámide. En ese caso, Krenin y Thrace tenían por delante un largo paseo.

Al principio avanzaron con lentitud y en silencio, como si esperaran que se abriera de repente un hoyo a sus pies, o algo por el estilo. Pero en vista de que no sucedía nada, adquirieron la suficiente confianza como para hacer más rápido su paso. Al cabo de un rato, dieron media vuelta y miraron hacia atrás. La entrada era todavía visible como un diminuto punto de luz, aunque parecía encontrarse a varios kilómetros de distancia.

—La cosa se complica —murmuró en voz baja el comandante Thrace, en inglés.

—¿Decía usted? —inquirió el coronel Krenin en Lingua Franca.

—Lo siento... La situación se está complicando.

—No comparto su opinión —dijo Krenin con una leve sonrisa—. Hasta ahora, todo lo que he visto demuestra orden, inteligencia y determinación.

Súbitamente, Thrace agarró el brazo de su compañero y señaló a la pared que tenían enfrente. Una losa rectangular de piedra negra acababa de aparecer en ella, y sobre la piedra había un dibujo grabado.

Era una representación simbólica del sistema solar. Todos los planetas, excepto dos, aparecían como círculos sobre unas líneas que indicaban sus cursos orbitales. Pero el tercer planeta, la Tierra, estaba representado por una brillante piedra verde; y el cuarto planeta, Marte, por otra piedra roja, más brillante todavía.

Krenin y Thrace estaban más que intrigados, estupefactos.

Al cabo de unos instantes, el comandante Thrace rompió el silencio.

—Será mejor que nos apresuremos —dijo—. Sólo nos quedan cuarenta y cinco minutos y tengo la impresión de que nos aguardan más y mayores sorpresas.

No se equivocaba.

Un poco más adelante descubrieron otra losa negra incrustada en la pared. En ésta aparecían los símbolos de un átomo de hidrógeno, de uno de oxígeno y de uno de carbono. Los dos hombres los contemplaron en silencio unos instantes y luego siguieron avanzando. Las palabras parecían completamente fuera de lugar.

La próxima losa que encontraron mostraba lo que parecía ser la representación de una molécula simple. Después llegó lo que parecía el diseño molecular del ácido desoxiribonucleico. Y después de esto llegó la mayor sorpresa de todas.

Dos losas paralelas, una a cada lado del pasillo. Mostraban a dos seres humanos: un hombre y una mujer. Ambos carecían de pelo.

—Esto es absurdo —murmuró el comandante Thrace.

—Entonces... entonces el hombre no es un producto único de la Tierra —dijo el coronel—. O, quizás...

La idea era demasiado fantástica para ser expresada.

Con un esfuerzo, Thrace consiguió sustraerse al estado de semihipnosis en que parecían haberle sumido los dibujos.

—Tenemos que seguir avanzando —murmuró, de mala gana.

Krenin consultó su reloj de pulsera y suspiró.

—Hay tanto que observar... que considerar...

Continuaron su camino a lo largo del pasillo iluminado por la misma claridad verdosa, sintiéndose como chiquillos atrapados en un misterioso mundo de ensueño que se confundía con la realidad. De repente, se encontraron en una revuelta del pasillo; y al poner pie en ella, se desplegó ante sus ojos el más fantástico de los espectáculos.

Súbitamente, se encontraron en una cueva lo bastante grande como para contener a la mayor de las catedrales de la Tierra. Estaba bañada por la misma claridad verdosa que el pasillo, pero ésta era más intensa a ras de suelo, hasta el punto de que, por un instante, los dos hombres experimentaron la sensación de andar sobre un gran océano subterráneo.

Luego, la sensación oceánica dio paso a una sublime revelación: una sensación de espacio infinito y de infinita belleza. Era como si hubieran sido engullidos por una nube de música insonora que brotaba de todas partes envuelta en oleadas de luz.

Durante un brevísimo instante, los dos hombres experimentaron la sensación de que se estaban muriendo. Y luego, inmediatamente, la sensación de que habían vuelto a nacer.

Las paredes de la cueva estaban vivas con cuadros sólidos, que aparecían y desaparecían en una magnífica sinfonía visual. Allí, por un instante, contemplaron en toda su terrible grandeza el nacimiento del sistema solar. Los planetas fluían de un inmenso útero solar para instalarse en las oscuras inmensidades del espacio. Luego, la visión se disolvió en una representación de océanos muertos, de monstruosos volcanes y de deslumbrantes ríos de rocas; de explosiones, y cataclismos y diluvios; de flotantes islas continentales y desesperados eones de hirviente lluvia.

De nuevo cambiaron los cuadros.

Ahora contemplaban las entrañas de los mares furiosos, y asistían al alumbramiento de la vida. Vieron la vida y la muerte de miríadas de seres diminutos; los fantásticos siglos de mortandad provocados por las aguas al retirarse; la inevitable, ciega y valerosa conquista de la tierra.

Vieron bosque y desierto, glaciar y tundra. Vieron los grandes reptiles enzarzados en titánica lucha. Vieron monstruosas alas de las que brotaban repentinamente brillantes plumas, transformando a los asesinos de afilados dientes en verdaderas aves del paraíso. Vieron la creación del hombre, y el nacimiento de la unidad tribal...

Vieron el alborear de la civilización, ciudades que brotaban como extrañas flores de piedra en las llanuras y en los valles. Vieron la muerte y el descubrimiento, la guerra y la adoración; las plagas, el fuego, las inundaciones y el hambre. Contemplaron el interminable conflicto del hombre contra la naturaleza, la tragedia vital del hombre contra el hombre... La era de la gloria, y la era de las máquinas... Y también la era de la destrucción, cuando la oscuridad cayó desde el aire...

Luego, súbitamente, las paredes de la cueva quedaron lisas. La saga visual de la creación se disolvió en las profundidades de una verde eternidad.

Y luego resonó una voz. La voz no procedía de ninguna parte, y, sin embargo,

estaba en todas partes, resonando en el interior de la cueva como un trueno, susurrando como el viento a través de la hierba en verano. No era la voz de un hombre, ni la voz de una mujer. Era simplemente una voz.

»La muerte del cuarto planeta saluda a los vivientes del tercer planeta —dijo la voz—. Los hijos de la estrella saludan a los hijos de la estrella.

»Este saludo nuestro llega a través de cincuenta mil vueltas planetarias alrededor de la estrella que es nuestro sol. Pero dejad que estas palabras sean para vosotros algo más que el eco de unos lejanos fantasmas, ya que ellas son las que unen inseparablemente al tercer y al cuarto planeta.

»En las pirámides que hemos construido os hemos dejado el único regalo posible: la historia de nuestra raza. Hubo una época en que nosotros, los del cuarto planeta, vivimos en un mundo verde y agradable. Éramos una raza fuerte y poderosa, y habíamos domeñado para nuestras necesidades las energías de los elementos y las fantásticas energías del sol. Incluso habíamos penetrado los secretos de la propia vida, de modo que la inmortalidad era nuestra. Pero ya habéis visto lo que queda de nuestra grandeza: el estéril desierto, y las pirámides en las cuales perdura aún nuestro recuerdo.

»Es cierto que casi conquistamos la inmortalidad; pero el precio que pagamos por ella fue demasiado elevado, ya que, al final, nos convertimos en casi totalmente estériles. Es cierto también que teníamos bajo nuestro dominio un ilimitado poder físico. Pero nuestro poder espiritual no estaba a la misma altura; y luchando por filosofías cuya debilidad quedaba demostrada por el hecho de que tenían que ser defendidas mediante el empleo de la fuerza, acabamos por destruir nuestra raza y las riquezas vivientes de nuestro hogar planetario. Habíamos conquistado las fuerzas de la naturaleza, pero fuimos derrotados por las fuerzas de nuestros propios corazones.

»Sin embargo, antes de que se perdiera todo, y en un breve período de lucidez, reunimos a los escasos jóvenes que nos quedaban. Decididos a que nuestra raza no desapareciera definitivamente, construimos naves de transporte capaces de viajar a través del espacio. Y entonces trasladamos nuestros bienes más preciados —nuestros hijos— a vuestro mundo.

»Los dejamos allí, en los bosques del tercer planeta, para que renacieran física y espiritualmente a una nueva vida en un mundo nuevo.

»Vosotros, los que estáis escuchado estas palabras, puede que seáis descendientes suyos. También vosotros os habréis convertido en dueños de un ilimitado poder físico. Rogamos porque vuestro espíritu esté a la altura de vuestro poder físico.

»Rogamos, también, que aceptéis esto, el cuarto planeta, y en armonía de esfuerzos y unidad de propósitos, utilicéis vuestra habilidad y vuestras energías en devolverle la verde fertilidad que floreció hace muchísimo tiempo. Vosotros sois nuestro futuro... Bienvenidos al hogar...».

Todo volvió a quedar silencioso e inmóvil. Los dos hombres se miraron el uno al otro. Las ideas y las sensaciones que les poseían estaban más allá del alcance de las

palabras. De repente, se arrodillaron durante unos instantes como si la cueva se hubiera convertido en un templo, como si su silenciosa acción de gracias pudiera ser oída por alguien. Luego regresaron al pasillo andando lentamente...

El coronel Krenin y el comandante Thrace salieron del interior de la pirámide diez minutos después del plazo de una hora que se habían fijado.

El doctor Chee y el Profesor Thompson dieron suelta a su reciente ansiedad y a su actual curiosidad en un torrente de preguntas; pero cuando vieron la expresión de los rostros de los dos hombres silenciosos, todas las preguntas murieron.

—Hemos encontrado la explicación —dijo el comandante Thrace, al final.

—¿Qué explicación? —inquirió amablemente el doctor Chee.

Sus compañeros estaban tan anormalmente tranquilos, que parecían encontrarse bajo los efectos de algo terrible.

—Sólo hay una explicación —dijo el coronel Krenin—. Ahora les toca a ustedes. Entren, y la encontrarán.

—¿No hay peligro? —preguntó el Profesor Thompson.

El coronel Krenin sonrió. Parecía estar contemplando algo a muchos millones de millas de distancia, o quizás a muchos miles de años.

—Solamente para nuestro orgullo —respondió el coronel en voz baja.

Thompson y Chee no podían hacer más que una cosa: entrar en la pirámide. Y eso fue lo que hicieron, mientras el coronel y el comandante les esperaban.

Súbitamente, el comandante Thrace dijo:

—Acabo de recordar una cosa. ¿Cómo es posible que comprendiera usted la Voz? Hablaba en inglés...

El coronel sacudió la cabeza.

—No, hablaba en ruso.

El comandante meditó unos segundos.

—Ni en ruso ni en inglés —dijo. Y luego añadió—: Después de todo, creo que nunca volveremos a ser los mismos hombres.

El coronel Krenin contempló, pensativo, el estéril desierto marciano.

—No, no seremos los mismos —dijo—. Después entrará el Profesor Frontenac. Y más tarde utilizaremos las cámaras y los aparatos de grabación. Cuando regresemos a la Tierra, los distintos pueblos no volverán a ser los mismos.

El comandante Thrace arrastró ociosamente los pies por las secas arenas rojizas. Hizo diminutas montañas y empezó a proyectar una red de carreteras.

Al final, dijo:

—¿Cree usted que valdrá la pena que reclamemos este desierto?

—Tenemos que hacerlo —respondió el coronel Krenin sencillamente—. Es nuestro hogar.

El color surgido del espacio

Howard P. Lovecraft

Al Oeste de Arkham, las colinas se yerguen selváticas, y hay valles con profundos bosques en los cuales no ha resonado nunca el ruido de un hacha. Hay angostas y oscuras cañadas donde los árboles se inclinan fantásticamente, y donde discurren estrechos arroyuelos que nunca han captado el reflejo de la luz del sol. En las laderas menos agrestes hay casas de labor, antiguas y rocosas, con edificaciones cubiertas de musgo, rumiando eternamente en los misterios de la Nueva Inglaterra; pero todas ellas están ahora vacías, con las amplias chimeneas desmoronándose y las paredes pandeándose debajo de los techos a la holandesa.

Sus antiguos moradores se marcharon, y a los extranjeros no les gusta vivir allí. Los francocanadienses lo han intentado, los italianos lo han intentado, y los polacos llegaron y se marcharon. Y ello no es debido a nada que pueda ser oído, o visto, o tocado, sino a causa de algo puramente imaginario. El lugar no es bueno para la imaginación, y no aporta sueños tranquilizadores por la noche. Esto debe ser lo que mantiene a los extranjeros lejos del lugar, ya que el viejo Ammi Pierce no les ha contado nunca lo que él recuerda de los extraños días. Ammi, cuya cabeza ha estado un poco desequilibrada durante años, es el único que sigue allí, y el único que habla de los extraños días; y se atreve a hacerlo, porque su casa está muy próxima al campo abierto y a los caminos que rodean a Arkham.

En otra época había un camino sobre las colinas y a través de los valles, que corría en línea recta donde ahora hay un marchito erial; pero la gente dejó de utilizarlo y se abrió un nuevo camino que daba un rodeo hacia el sur. Entre la selvaticidad del erial pueden encontrarse aún huellas del antiguo camino, a pesar de que la maleza lo ha invadido todo. Luego, los oscuros bosques se aclaran y el erial muere a orillas de unas aguas azules cuya superficie refleja el cielo y reluce al sol. Y los secretos de los extraños días se funden con los secretos de las profundidades; se funden con la oculta erudición del viejo océano, y con todo el misterio de la primitiva tierra.

Cuando llegué a las colinas y valles para acotar los terrenos destinados a la nueva alberca, me dijeron que el lugar estaba embrujado. Esto me dijeron en Arkham, y como se trata de un pueblo muy antiguo lleno de leyendas de brujas, pensé que lo de embrujado debía ser algo que las abuelas habían susurrado a los chiquillos a través de los siglos. El nombre de «marchito erial» me pareció muy raro y teatral, y me pregunté cómo habría llegado a formar parte de las tradiciones de un pueblo puritano. Luego vi con mis propios ojos aquellas cañadas y laderas, y ya no me extrañó que

estuvieran rodeadas de una leyenda de misterio. Las vi por la mañana, pero a pesar de ello estaban sumidas en la sombra. Los árboles crecían demasiado juntos, y sus troncos eran demasiado grandes tratándose de árboles de Nueva Inglaterra. En las oscuras avenidas del bosque había demasiado silencio, y el suelo estaba demasiado blando con el húmedo musgo y los restos de infinitos años de descomposición.

En los espacios abiertos, principalmente a lo largo de la línea del antiguo camino, había pequeñas casas de labor; n veces, con todas sus edificaciones en pie, y a veces con sólo un par de ellas, y a veces con una solitaria chimenea o una derruida bodega. La maleza reinaba por todas partes, y seres furtivos susurraban en el subsuelo. Sobre todas las cosas pesaba una rara opresión; un toque grotesco de irrealidad, como si fallara algún elemento vital de perspectiva o de claroscuro. No me extrañó que los extranjeros no quisieran permanecer allí, ya que aquélla no era una región que invitara a dormir en ella. Su aspecto recordaba demasiado el de una región extraída de un cuento de terror.

Pero nada de lo que había visto podía compararse, en lo que a desolación respecta, con el marchito erial. Se encontraba en el fondo de un espacioso valle; Ningún otro nombre hubiera podido aplicársele con más propiedad, ni ninguna otra cosa se adaptaba tan perfectamente a un nombre. Era como si un poeta hubiese acuñado la frase después de haber visto aquella región. Mientras la contemplaba, pensé que era la consecuencia de un incendio; pero, ¿por qué no había crecido nunca nada sobre aquellos cinco acres de gris desolación, que se extendía bajo el cielo como una gran mancha corroída por el ácido entre bosques y campos? Discurre en gran parte hacia el norte de la línea del antiguo camino, pero invade un poco el otro lado. Mientras me acercaba experimenté una extraña sensación de repugnancia, y sólo me decidí a hacerlo porque mi tarea me obligaba a ello. En aquella amplia extensión no había vegetación de ninguna clase; no había más que una capa de fino polvo o ceniza gris, que ningún viento parecía ser capaz de arrastrar. Los árboles más cercanos tenían un aspecto raquítico y enfermizo, y muchos de ellos aparecían agostados o con los troncos podridos. Mientras andaba apresuradamente vi a mi derecha los derruidos restos de una casa de labor, y la negra boca de un pozo abandonado cuyos estancados vapores adquirirían un extraño matiz al ser bañados por la luz del sol. El desolado espectáculo hizo que no roe maravillara ya de los asustados susurros de los moradores de Arkham. En los alrededores no había edificaciones ni ruinas de ninguna clase; incluso en los antiguos tiempos, el lugar dejó de ser solitario y apartado. Y a la hora del crepúsculo, temeroso de pasar de nuevo por aquel ominoso lugar, tomé el camino del sur, a pesar de que significaba dar un gran rodeo.

Por la noche interrogué a algunos habitantes de Arkham acerca del marchito erial, y pregunté qué significado tenía la frase «los extraños días» que había oído murmurar evasivamente. Sin embargo, no pude obtener ninguna respuesta concreta, y lo único que saqué en claro era que el misterio se remontaba a una fecha mucho más reciente de lo que había imaginado. No se trataba de una vieja leyenda, ni mucho menos, sino

de algo que había ocurrido en vida de los que hablaban conmigo. Había sucedido en los años ochenta, y una familia desapareció o fue asesinada. Los detalles eran algo confusos; y como todos aquéllos con quienes hablé me dijeron que no prestara crédito a las fantásticas historias del viejo Ammi Pierce, decidí ir a visitarle a la mañana siguiente, después de enterarme de que vivía solo en una ruinoso casa que se alzaba en el lugar donde los árboles empiezan a espesarse. Era un lugar muy viejo, y había empezado a exudar el leve olor miásmico que se desprende de las casas que han permanecido en pie demasiado tiempo. Tuve que llamar insistentemente para que el anciano se levantara, y cuando se asomó tímidamente a la puerta me di cuenta de que no se alegraba de verme. No estaba tan débil como yo había esperado; sin embargo sus ojos parecían desprovistos de vida, y sus andrajosas ropas y su barba blanca le daban un aspecto gastado y decaído.

No sabiendo cómo enfocar la conversación para que me hablara de sus «fantásticas historias», fingí que me había llevado hasta allí la tarea a que estaba entregado; le hablé de ella al viejo Ammi, formulándole algunas vagas preguntas acerca del distrito. Ammi Pierce era un hombre más culto y más educado de lo que me habían dado a entender, y se mostró más comprensivo que cualquiera de los hombres con los cuales había hablado en Arkham. No era como otros rústicos que había conocido en las zonas donde iban a construirse las albercas. Ni protestó por las millas de antiguo bosque y de tierras de labor que iban a desaparecer bajo las aguas, aunque quizá su actitud hubiera sido distinta de no haber tenido su hogar fuera de los límites del futuro lago. Lo único que mostró fue alivio; alivio ante la idea de que los valles por los cuales había vagabundado toda su vida iban a desaparecer. Estarían mejor debajo del agua..., mejor debajo del agua desde los extraños días. Y, al decir esto, su ronca voz se hizo más apagada, mientras su cuerpo se inclinaba hacia delante y el dedo índice de su mano derecha empezaba a señalar de un modo tembloroso e impresionante.

Fue entonces cuando oí la historia, y mientras la ronca voz avanzaba en su relato, en una especie de misterioso susurro, me estremecí una y otra vez a pesar de que estábamos en pleno verano. Tuve que interrumpir al narrador con frecuencia, para poner en claro puntos científicos que él sólo conocía a través de lo que había dicho un profesor, cuyas palabras repetía como un papagayo, aunque su memoria había empezado ya a flaquear; o para tender un puente entre dato y dato, cuando fallaba su sentido de la lógica y de la continuidad. Cuando hubo terminado, no me extrañó que su mente estuviera algo desequilibrada, ni que a la gente de Arkham no le gustara hablar del marchito erial. Me apresuré a regresar a mi hotel antes de la puesta del sol, ya que no quería tener las estrellas sobre mi cabeza encontrándome al aire libre. Al día siguiente regresé a Boston para dar mi informe. No podía ir de nuevo a aquel oscuro caos de antiguos bosques y laderas, ni enfrentarme otra vez con aquel gris erial donde el negro pozo abría sus fauces al lado de los derruidos restos de una casa de labor. La alberca iba a ser construida inmediatamente, y todos aquellos antiguos

secretos quedarían enterrados para siempre bajo las profundas aguas. Pero creo que ni cuando esto sea una realidad, me gustará visitar aquella región por la noche..., al menos, no cuando brillan en el cielo las siniestras estrellas.

Todo empezó, dijo el viejo Ammi, con el meteorito. Antes no se hablan oído leyendas de ninguna clase, e incluso en la remota época de las brujas aquellos bosques occidentales no fueron ni la mitad de temidos que la pequeña isla del Miskatonic, donde el diablo concedía audiencias al lado de un extraño altar de piedra, más antiguo que los indios. Aquéllos no eran bosques hechizados, y su fantástica oscuridad no fue nunca terrible hasta los extraños días. Luego había llegado aquella blanca nube meridional, se había producido aquella cadena de explosiones en el aire, y aquella columna de humo en el valle. Y, por la noche, todo Arkham se había enterado de que una gran piedra había caído del cielo y se había incrustado en la tierra, junto al pozo de la casa de Nahum Gardner. La casa que se había alzado en el lugar que ahora ocupaba el marchito erial.

Nahum había ido al pueblo para contar lo de la piedra, y al pasar ante la casa de Ammi Pierce se lo había contado también. En aquella época. Ammi tenía cuarenta años, y todos los extraños acontecimientos estaban profundamente grabados en su cerebro. Ammi y su esposa habían acompañado a los tres profesores de la Universidad de Miskatonic que se presentaron a la mañana siguiente para ver al fantástico visitante que procedía del desconocido espacio estelar, y hablan preguntado cómo era que Nahum había dicho, el día antes, que era muy grande. Nahum, señalando la pardusca mole que estaba junto a su pozo, dijo que se había encogido. Pero los sabios replicaron que las piedras no encogen. Su calor irradiaba persistentemente, y Nahum declaró que había brillado débilmente toda la noche. Los profesores golpearon la piedra con un martillo de geólogo y descubrieron que era sorprendentemente blanda. En realidad, era tan blanda como si fuera artificial, y arrancaron, más bien que escoplearon, una muestra para llevársela a la Universidad a fin de comprobar su naturaleza. Tuvieron que meterla en un cubo que le pidieron prestado a Nahum, ya que el pequeño fragmento no perdía calor. En su viaje de regreso se detuvieron a descansar en la casa de Ammi, y parecieron quedarse pensativos cuando Mrs. Pierce observó que el fragmento estaba haciéndose más pequeño y había empezado a quemar el fondo del cubo. Realmente, no era muy grande, pero quizás habían cogido un trozo menor de lo que habían supuesto.

Al día siguiente —todo esto ocurría en el mes de junio de 1882—, los profesores se presentaron de nuevo, muy excitados. Al pasar por la casa de Ammi le contaron lo que había sucedido con la muestra, diciendo que había desaparecido por completo cuando la introdujeron en un recipiente de cristal. El recipiente también había desaparecido, y los profesores hablaron de la extraña afinidad de la piedra con el silicón. Había reaccionado de un modo increíble en aquel laboratorio perfectamente ordenado; sin sufrir ninguna modificación ni expeler ningún gas al ser calentada al carbón mostrándose completamente negativa al ser tratada con bórax y revelándose

absolutamente no volátil a cualquier temperatura incluyendo la del soplete de oxihidrógeno. En el yunque apareció como muy maleable, y en la oscuridad su luminosidad era muy notable. Negándose obstinadamente a enfriarse, provocó una gran excitación entre los profesores; y cuando al ser calentada ante el espectroscopio mostró unas brillantes bandas distintas a las de cualquier color conocido del espectro normal, se habló de nuevos elementos, de raras propiedades ópticas, y de todas aquellas cosas que los intrigados hombres de ciencia suelen decir cuando se enfrentan con lo desconocido.

Caliente como estaba, fue comprobada en un crisol con todos los reactivos adecuados. El agua no hizo nada. Ni el ácido clorhídrico. El ácido nítrico e incluso el agua regia se limitaron a resbalar sobre su tórrida invulnerabilidad. Ammi se encontró con algunas dificultades para recordar todas aquellas cosas, pero reconoció algunos disolventes a medida que se los mencionaba en el habitual orden de utilización: amoniaco y sosa cáustica, alcohol y éter, bisulfito de carbono y una docena más; pero, a pesar de que el peso iba disminuyendo con el paso del tiempo, y de que el fragmento parecía enfriarse ligeramente, los disolventes no experimentaron ningún cambio que demostrara que habían atacado a la sustancia. Desde luego, se trataba de un metal. Era magnético, en grado extremo; y después de su inmersión en los disolventes ácidos parecían existir leves huellas de la presencia de hierro meteórico, de acuerdo con los datos de Widmanstalten. Cuando el enfriamiento era ya considerable colocaron el fragmento en un recipiente de cristal para continuar las pruebas Y a la mañana siguiente, fragmento y recipiente habían desaparecido sin dejar rastro, y únicamente una chamuscada señal en el estante de madera donde los habían dejado probaba que había estado realmente allí.

Esto fue lo que los profesores le contaron a Ammi mientras descansaban en su casa, y una vez más fue con ellos a ver el pétreo mensajero de las estrellas, aunque en esta ocasión su esposa no le acompañó. Comprobaron que la piedra había encogido realmente, y ni siquiera los más escépticos de los profesores pudieron dudar de lo que estaban viendo. Alrededor de la masa pardusca situada junto al pozo había un espacio vacío, un espacio que eran dos pies menos que el día anterior. Estaba aún caliente, y los sabios estudiaron su superficie con curiosidad mientras separaban otro fragmento mucho mayor que el que se habían llevado. Esta vez ahondaron más en la masa de piedra, y de este modo pudieron darse cuenta de que el núcleo central no era completamente homogéneo.

Habían dejado al descubierto lo que parecía ser la cara exterior de un glóbulo empotrado en la sustancia. El color, parecido al de las bandas del extraño espectro del meteoro, era casi imposible de describir; y sólo por analogía se atrevieron a llamarlo color. Su contextura era lustrosa, y parecía quebradiza y hueca. Uno de los profesores golpeó ligeramente el glóbulo con un martillo, y estalló con un leve chasquido. De su interior no salió nada, y el glóbulo se desvaneció como por arte de magia, dejando un espacio esférico de unas tres pulgadas de diámetro, Los profesores pensaron que era

probable que encontraran otros glóbulos a medida que la sustancia envolvente se fuera fundiendo.

La conjetura era equivocada, ya que los investigadores no consiguieron encontrar otro glóbulo, a pesar de que taladraron la masa por diversos lugares. En consecuencia, decidieron llevarse la nueva muestra que habían recogido... y cuya conducta en el laboratorio fue tan desconcertante como la de su predecesora. Aparte de ser casi plástica, de tener calor, magnetismo y ligera luminosidad, de enfriarse levemente en poderosos ácidos, de perder peso y volumen en el aire y de atacar a los compuestos de silicón con el resultado de una mutua destrucción. La piedra no presentaba características de identificación; y al fin de las pruebas, los científicos de la Universidad se vieron obligados a reconocer que no podían clasificarla. No era nada de este planeta, sino un trozo del espacio exterior; y, como tal, estaba dotado de propiedades exteriores y desconocidas y obedecía a leyes exteriores y desconocidas.

Aquella noche hubo una tormenta, y cuando los profesores acudieron a casa de Nahum al día siguiente, se encontraron con una desagradable sorpresa. La piedra, magnética como era, debió poseer alguna peculiar propiedad eléctrica; ya que había «atraído al rayo», como dijo Nahum, con una singular persistencia. En el espacio de una hora, el granjero vio cómo el rayo hería seis veces la masa que se encontraba junto al pozo, y al cesar la tormenta descubrió que la piedra había desaparecido. Los científicos, profundamente decepcionados, tras comprobar el hecho de la total desaparición, decidieron que lo único que podían hacer era regresar al laboratorio y continuar analizando el fragmento que se habían llevado el día anterior y que como medida de precaución habían encerrado en una caja de plomo. El fragmento duró una semana transcurrida la cual no se había llegado a ningún resultado positivo. La piedra desapareció, sin dejar ningún residuo, y con el tiempo los profesores apenas creían que habían visto realmente aquel misterioso vestigio de los insondables abismos exteriores; aquel único, fantástico mensaje de otros universos y otros reinos de materia energía, y entidad.

Como era lógico, los periódicos de Arkham hablaron mucho del incidente y enviaron a sus reporteros a entrevistar a Nahum y a su familia. Un rotativo de Boston envió también un periodista, y Nahum se convirtió rápidamente en una especie de celebridad local. Era un hombre delgado, de unos cincuenta años, que vivía con su esposa y sus tres hijos del producto de lo que cultivaba en el valle. El y Ammi se hacían frecuentes visitas, lo mismo que sus esposas; y Ammi sólo tenía frases de elogio para él después de todos aquellos años. Parecía estar orgulloso de la atención que había despertado el lugar, y en las semanas que siguieron a su aparición y desaparición habló con frecuencia del meteorito. Los meses de julio y agosto fueron cálidos; y Nahum trabajó de firme en sus campos, y las faenas agrícolas le cansaron más de lo que le habían cansado otros años, por lo que llegó a la conclusión de que los años habían empezado a pesarle.

Luego llegó la época de la recolección. Las peras y manzanas maduraban

lentamente, y Nahum aseguraba que sus huertas tenían un aspecto más floreciente que nunca. La fruta crecía hasta alcanzar un tamaño fenomenal y un brillo musitado, y su abundancia era tal que Nahum tuvo que comprar unos cuantos barriles más a fin de poder embalar la futura cosecha. Pero con la maduración llegó una desagradable sorpresa, ya que toda aquella fruta de opulenta presencia resultó incomible. En vez del delicado sabor de las peras y manzanas, la fruta tenía un amargor insoportable. Lo mismo ocurrió con los melones y los tomates, y Nahum vio con tristeza cómo se perdía toda su cosecha. Buscando una explicación a aquel hecho, no tardó en declarar que el meteorito había envenenado el suelo, y dio gracias al cielo porque la mayor parte de las otras cosechas se encontraban en las tierras altas a lo largo del camino.

El invierno se presentó muy pronto, y fue muy frío. Ammi veía a Nahum con menos frecuencia que de costumbre, y observó que empezaba a tener un aspecto preocupado. También el resto de la familia había asumido un aire taciturno; y fueron espaciando sus visitas a la iglesia y su asistencia a los diversos acontecimientos sociales de la comarca. No pudo encontrarse ningún motivo para aquella reserva o melancolía, aunque todos los habitantes de la casa daban muestras de cuando en cuando de un empeoramiento en su estado de salud física y mental. Esto se hizo más evidente cuando el propio Nahum declaró que estaba preocupado por ciertas huellas de pasos que había visto en la nieve. Se trataba de las habituales huellas invernales de las ardillas rojas, de los conejos blancos y de los zorros, pero el caviloso granjero afirmó que encontraba algo raro en la naturaleza y disposición de aquellas huellas. No fue más explícito, pero parecía creer que no era característica de la anatomía y las costumbres de ardillas y conejos y zorros. Ammi no hizo mucho caso de todo aquello hasta una noche que pasó por delante de la casa de Nahum en su trineo, en su camino de regreso de Clark's Corners. En el cielo brillaba la luna, y un conejo cruzó corriendo el camino, y los saltos de aquel conejo eran más largos de lo que les hubiera gustado a Ammi y a su caballo. Este último, en realidad, se hubiera desbocado si su dueño no hubiera empuñado las riendas con mano firme. A partir de entonces, Ammi mostró un mayor respeto por las historias que contaba Nahum, y se preguntó por qué los perros de Gardner parecían estar tan asustados y temblorosos cada mariana. Incluso habían perdido el ánimo para ladrar.

En el mes de febrero, los chicos de McGregor, de Meadow Hill, salieron a cazar marmotas, y no lejos de las tierras de Gardner capturaron un ejemplar muy especial. Las proporciones de su cuerpo parecían ligeramente alteradas de un modo muy raro, imposible de describir, en tanto que su rostro tenía una expresión que hasta entonces nadie había visto en el rostro de una marmota. Los chicos quedaron francamente asustados y tiraron inmediatamente el animal, de modo que por la comarca sólo circulo la grotesca historia que los mismos chicos contaron. Pero esto, unido a la historia del conejo que asustaba a los caballos en las inmediaciones de la casa de Nahum, dio pie a que empezara a tomar cuerpo una leyenda, susurrada en voz baja.

La gente aseguraba que la nieve se había fundido mucho mas rápidamente en los

alrededores de la casa de Nahum que en otras partes, y a principios de marzo se produjo una agitada discusión en la tienda de Potter, de Clark's Corners. Stephen Rice había pasado por las tierras de Gardner a primera hora de la mañana, y se había dado cuenta de que la hierba fétida empezaba a crecer en todo el fangoso suelo. Hasta entonces no se había visto hierba fétida de aquel tamaño, y su color era tan raro que no podía ser descrito con palabras. Sus formas eran monstruosas, y el caballo había relinchado lastimeramente ante la presencia de un hedor que hirió también desagradablemente el olfato de Stephen. Aquella misma tarde, varias personas fueron a ver con sus propios ojos aquélla anomalía, y todas estuvieron de acuerdo en que las plantas de aquella clase no podían brotar en un mundo saludable. Se mencionaron de nuevo los frutos amargos del otoño anterior, y corrió de boca en boca que las tierras de Nahum estaban emponzoñadas. Desde luego, se trataba del meteorito; y recordando lo extraño que les había parecido a los hombres de la Universidad, varios granjeros hablaron del asunto con ellos.

Un día, hicieron una visita a Nahum; pero como se trataba de unos hombres que no prestaban crédito con facilidad a las leyendas, sus conclusiones fueron muy conservadoras. Las plantas eran raras, desde luego, pero toda la hierba fétida es más o menos rara en su forma y en su color. Quizás algún elemento mineral del meteorito había penetrado en la tierra, pero no tardaría en desaparecer. Y en cuanto a las huellas en la nieve y a los caballos asustados... se trataba únicamente de habladurías sin fundamento, que habían nacido a consecuencia de la caída del meteorito. Pero unos hombres serios no podían tener en cuenta las habladurías de los campesinos, ya que los supersticiosos labradores dicen y creen cualquier cosa. Ése fue el veredicto de los profesores acerca de los extraños días. Sólo uno de ellos, encargado de analizar dos redomas de polvo en el curso de una investigación policíaca, año y medio más tarde, recordó que el extraño color de la hierba fétida era muy parecida al de las insólitas bandas de luz que reveló el fragmento del meteoro en el espectroscopio de la Universidad, y al del glóbulo que encontraran en el interior de la piedra. En el análisis que el mencionado profesor llevó a cabo, las muestras revelaron al principio las mismas insólitas bandas, aunque más tarde perdieran la propiedad.

Los árboles florecieron prematuramente alrededor de la casa de Nahum, y por la noche se mecían ominosamente al viento. El segundo hijo de Nahum, Thaddeus, un muchacho de quince años, juraba que los árboles se mecían también cuando no hacía viento; pero ni siquiera los más charlatanes prestaron crédito a esto. Desde luego, en el ambiente había algo raro. Toda la familia Gardner desarrolló la costumbre de quedarse escuchando, aunque no esperaban oír ningún sonido al cual pudieran dar nombre. La escucha era en realidad resultado de momentos en que la conciencia parecía haberse desvanecido en ellos. Desgraciadamente, esos momentos eran más frecuentes a medida que pasaban las semanas, hasta que la gente empezó a murmurar que toda la familia Nahum estaba mal de la cabeza. Cuando salió la primera saxífraga, su color era también muy extraño; no completamente igual al de la hierba

fétida, pero indudablemente afín a él e igualmente desconocido para cualquiera que lo viera. Nahum cogió algunos capullos y se los llevó a Arkham para enseñarlos al editor de la Gazette, pero aquel dignatario se limitó a escribir un artículo humorístico acerca de ellos, ridiculizando los temores y las supersticiones de los campesinos. Fue un error de Nahum contarle a un estólido ciudadano la conducta que observaban las mariposas —también de gran tamaño— en relación con aquellas saxífragas.

Abril aportó una especie de locura a las gentes de la comarca y empezaron a dejar de utilizar el camino que pasaba por los terrenos de Nahum, hasta abandonarlo por completo. Era la vegetación. Los renuevos de los árboles tenían unos extraños colores, y a través del suelo de piedra del patio y en los prados contiguos crecían unas plantas que solamente un botánico podía relacionar con la flora de la región. Pero lo más raro de todo era el colorido, que no correspondía a ninguno de los matices que el ojo humano había visto hasta entonces. Plantas y arbustos se convirtieron en una siniestra amenaza, creciendo insolentemente en su cromática perversión. Ammi y los Gardner opinaron que los colores tenían para ellos una especie de inquietante familiaridad, y llegaron a la conclusión de que les recordaban el glóbulo que había sido descubierto dentro del meteoro. Nahum labró y sembró los diez acres de terreno que poseía en la parte alta, sin tocar los terrenos que rodeaban su casa. Sabía que sería trabajo perdido y tenía la esperanza de que aquellas extrañas hierbas que estaban creciendo arrancarían toda la ponzoña del suelo. Ahora estaba preparado para cualquier cosa, por inesperada que pudiera parecer, y se había acostumbrado a la sensación de que cerca de él había algo que esperaba ser oído. El ver que los vecinos no se acercaban por su casa le molestó, desde luego; pero afectó todavía más a su esposa. Los chicos no lo notaron tanto porque iban a la escuela todos los días; pero no pudieron evitar el enterarse de las habladurías, las cuales les asustaron un poco, especialmente a Thaddeus, que era un muchacho muy sensible.

En mayo llegaron los insectos, y la hacienda de Gardner se convirtió en un lugar de pesadilla, lleno de zumbidos y de serpenteos. La mayoría de aquellos animales tenían un aspecto insólito y se movían de un modo muy raro, y sus costumbres nocturnas contradecían todas las anteriores experiencias. Los Gardner adquirieron el hábito de mantenerse vigilantes durante la noche. Miraban en todas direcciones en busca de algo..., aunque no podían decir de qué. Fue entonces cuando comprobaron que Thaddeus había estado en lo cierto al hablar de lo que ocurría con los árboles. Mistress Gardner fue la primera en comprobarlo una noche que se encontraba en la ventana del cuarto contemplando la silueta de un arce que se recortaba contra un cielo iluminado por la luna. Las ramas del arce se estaban moviendo y no corría el menor soplo de viento. Cosa de la savia, seguramente. Las cosas más extrañas resultaban ahora normales. Sin embargo, el siguiente descubrimiento no fue obra de ningún miembro de la familia Gardner. Se habían familiarizado con lo anormal hasta el punto de no darse cuenta de muchos detalles. Y lo que ellos no fueron capaces de ver fue observado por un viajante de comercio de Boston, que pasó por allí una noche,

ignorante de las leyendas que corrían por la región. Lo que contó en Arkham apareció en un breve artículo publicado por la Gazette; y aquel artículo fue lo que todos los granjeros, incluido Nahum, se echaron primero a los ojos. La noche había sido oscura, pero alrededor de una granja del valle —que todo el mundo supo que se trataba de la granja de Nahum— la oscuridad había sido menos intensa. Una leve, aunque visible, fosforescencia parecía surgir de toda la vegetación, y en un momento determinado un trozo de aquella fosforescencia se deslizó furtivamente por el patio que había cerca del granero.

Los pastos no parecían haber sufrido los efectos de aquella insólita situación, y las vacas pacían libremente cerca de la casa, pero hacia finales de mayo la leche empezó a ser mala. Entonces Nahum llevó a las vacas a pacer a las tierras altas y la leche volvió a ser buena. Poco después el cambio en la hierba y en las hojas, que hasta entonces se habían mantenido normalmente verdes, pudo apreciarse a simple vista. Todas las hortalizas adquirieron un color grisáceo y un aspecto quebradizo. Ammi era ahora la única persona que visitaba a los Gardner, y sus visitas fueron espaciándose más y más. Cuando cerraron la escuela, por ser época de vacaciones, los Gardner quedaron virtualmente aislados del mundo, y a veces encargaban a Ammi que les hiciera sus compras en el pueblo. Continuaban desmejorando física y mentalmente, y nadie quedó sorprendido cuando circuló la noticia de que Mrs. Gardner se había vuelto loca.

Esto ocurrió en junio, alrededor del aniversario de la caída del meteoro, y la pobre mujer empezó a gritar que veía cosas en el aire, cosas que no podía describir. En su desvarío no pronunciaba ningún nombre propio, sino solamente verbos y pronombres. Las cosas se movían, y cambiaban, y revoloteaban, y los oídos reaccionaban a impulsos que no eran del todo sonidos. Nahum no la envió al manicomio del condado, sino que dejó que vagabundeara por la casa mientras fuera inofensiva para sí misma y para los demás. Cuando su estado empeoró no hizo nada. Pero cuando los chicos empezaron a asustarse y Thaddeus casi se desmayó al ver la expresión del rostro de su madre al mirarle, Nahum decidió encerrarla en el ático. En julio, Mrs. Gardner dejó de hablar y empezó a arrastrarse a cuatro patas, y antes de terminar el mes, Nahum se dio cuenta de que su esposa era ligeramente luminosa en la oscuridad, tal como ocurría con la vegetación de los alrededores de la casa.

Esto sucedió un poco antes de que los caballos se dieran a la fuga. Algo les había despertado durante la noche, y sus relinchos y su cocear habían sido algo terrible. A la mañana siguiente, cuando Nahum abrió la puerta del establo, los animales salieron disparados como alma que lleva el diablo. Nahum tardó una semana en localizar a los cuatro, y cuando los encontró se vio obligado a matarlos porque se habían vuelto locos y no había quien los manejara. Nahum le pidió prestado un caballo a Ammi para acarrear el heno, pero el animal no quiso acercarse al granero. Respingó, se encabritó y relinchó, y al final tuvieron que dejarlo en el patio, mientras los hombres arrastraban el carro hasta situarlo junto al granero. Entretanto, la vegetación iba

tomándose gris y quebradiza. Incluso las flores, cuyos colores habían sido tan extraños, se volvían grises ahora, y la fruta era gris y enana e insípida. Las jarillas y el trébol dorado dieron flores grises y deformes, y las rosas, las rascamoños y las malvarrosas del patio delantero tenían un aspecto tan horrendo, que Zenas, el mayor de los hijos de Nahum, las cortó todas. Al mismo tiempo fueron muriéndose todos los insectos, incluso las abejas que habían abandonado sus colmenas.

En septiembre toda la vegetación se había desmenuzado, convirtiéndose en un polvillo grisáceo, y Nahum temió que los árboles murieran antes de que la ponzoña se hubiera desvanecido del suelo. Su esposa tenía ahora accesos de furia, durante los cuales profería unos gritos terribles, y Nahum y sus hijos vivían en un estado de perpetua tensión nerviosa. No se trataban ya con nadie, y cuando la escuela volvió a abrir sus puertas los chicos no acudieron a ella. Fue Ammi, en una de sus raras visitas, quien descubrió que el agua del pozo ya no era buena. Tenía un gusto endiablado, que no era exactamente fétido ni exactamente salobre, y Ammi aconsejó a su amigo que excavara otro pozo en las tierras altas para utilizarlo hasta que el suelo volviera a ser bueno. Sin embargo, Nahum no hizo el menor caso de aquel consejo, ya que había llegado a impermeabilizarse contra las cosas raras y desagradables. Él y sus hijos siguieron utilizando la teñida agua del pozo, bebiéndola con la misma indiferencia con que comían sus escasos y mal cocidos alimentos y conque realizaban sus improductivas y monótonas tareas a través de unos días sin objetivo. Había algo de estólida resignación en todos ellos, como si anduvieran en otro mundo entre hileras de anónimos guardianes hacia un lugar familiar y seguro.

Thaddeus se volvió loco en septiembre, después de una visita al pozo. Había ido allí con un cubo y había regresado con las manos vacías, encogiéndose y agitándose los brazos y murmurando algo acerca de «los colores movibles que había allí abajo». Dos locos en una familia representaban un grave problema, pero Nahum se portó valientemente. Dejó que el muchacho se moviera a su antojo durante una semana, hasta que empezó a portarse peligrosamente, y entonces lo encerró en el ático, enfrente de la habitación ocupada por su madre. El modo como se gritaban el uno al otro desde detrás de sus cerradas puertas era algo terrible, especialmente para el pequeño Mervin, que imaginaba que su madre y su hermano hablaban en algún terrible lenguaje que no era de este mundo. Mervin se estaba convirtiendo en un chiquillo peligrosamente imaginativo, y su estado empeoró desde que encerraron al hermano que había sido su mejor compañero de juegos.

Casi al mismo tiempo empezó la mortalidad entre el ganado. Las aves de corral adquirieron un color gris y murieron rápidamente. Los cerdos engordaron desordenadamente y luego empezaron a experimentar repugnantes cambios que nadie podía explicar. Su carne era desaprovechable, desde luego, y Nahum no sabía qué pensar ni qué hacer. Ningún veterinario rural quiso acercarse a su casa, y el veterinario de Arkham quedó francamente desconcertado. La cosa resultaba tanto más inexplicable por cuanto aquellos animales no habían sido alimentados con la

vegetación emponzoñada. Luego les llegó el turno a las vacas. Ciertas zonas, y a veces el cuerpo entero, aparecieron anormalmente hinchadas o comprimidas, y aquellos síntomas fueron seguidos de atroces colapsos o desintegraciones. En las últimas fases —que terminaban siempre con la muerte— adquirían un color grisáceo y un aspecto quebradizo, tal como había ocurrido con los cerdos. En el caso de las vacas no podía hablarse de veneno, ya que estaban encerradas en mi establo. Ninguna mordedura de un animal salvaje podía haber inoculado el virus, ya que no hay ningún animal terrestre que pueda pasar a través de unos obstáculos sólidos. Debía tratarse de una enfermedad natural..., aunque resultaba imposible conjeturar qué clase de enfermedad producía aquellos terribles resultados. En la época de la cosecha no quedaba ningún animal vivo en la casa, ya que el ganado y las aves de corral habían muerto y los perros habían huido. Los perros, en número de tres, habían desaparecido una noche y no volvieron a aparecer. Los cinco gatos se habían marchado un poco antes, pero su desaparición apenas fue notada, ya que en la casa no había ahora ratones y únicamente Mrs. Gardner sentía cierto afecto por los graciosos felinos.

El 19 de octubre, Nahum se presentó en casa de Ammi con espantosas noticias. La muerte había sorprendido al pobre Thaddeus en su habitación del ático, y le había sorprendido de un modo que no podía ser contado. Nahum había excavado una tumba en la parte trasera de la granja y había metido allí lo que encontró en la habitación. En la habitación no podía haber entrado nadie, ya que la pequeña ventana enrejada y la cerradura de la puerta estaban intactas; pero lo sucedido tenía muchos puntos de contacto con lo ocurrido en el establo. Ammi y su esposa consolaron al atribulado granjero lo mejor que pudieron, aunque no consiguieron evitar un estremecimiento. El horror parecía rondar alrededor de los Gardner y de todo lo que tocaban, y la sola presencia de uno de ellos en la casa era como un soplo de regiones innominadas e innominables. Ammi acompañó a Nahum a su hogar de muy mala gana e hizo lo que pudo para calmar los histéricos sollozos del pequeño Mervin. Zenas no necesitaba ser calmado. Se encontraba en un estado de completo atontamiento y se limitaba a mirar fijamente un punto indeterminado del espacio y a obedecer lo que su padre le ordenaba. Y Ammi pensó que ese estado de abulia era lo mejor que podía ocurrirle. De cuando en cuando los gritos de Mervin eran contestados desde el ático, y en respuesta a una mirada interrogadora Nahum dijo que su esposa estaba muy débil. Cuando se acercaba la noche, Ammi se las arregló para marcharse, ya que ningún sentimiento de amistad podía hacerle permanecer en aquel lugar cuando la vegetación empezaba a brillar débilmente y los árboles podían o no moverse sin que soplara el viento. Era una verdadera suerte para Ammi el hecho de que no fuese una persona imaginativa. De haberlo sido, de haber podido relacionar y reflexionar en todos los portentos que le rodeaban, no cabe duda de que hubiese perdido la chaveta. A la hora del crepúsculo regresó apresuradamente a su casa, sintiendo resonar terriblemente en sus oídos los gritos de la loca y del pequeño Mervin.

Tres días más tarde Nahum se presentó en casa de Ammi muy de mañana, y en

ausencia de su huésped le contó a Mrs. Pierce una horrible historia que ella escuchó temblando de miedo. Esta vez se trataba del pequeño Mervin. Había desaparecido. Había salido de la casa cuando ya era de noche con un farol y un cubo para traer agua, y no había regresado. Hacía días que su estado no era normal y se asustaba de todo. El padre oyó un frenético grito en el patio, pero cuando abrió la puerta y se asomó, el muchacho había desaparecido. No se veía ni rastro de él, y en ninguna parte brillaba el farol que se había llevado. En aquel momento, Nahum creyó que el farol y el cubo habían desaparecido también; pero al hacerse de día, y al regreso de su búsqueda de toda la noche por campos y bosques, Nahum había descubierto unas cosas muy raras cerca del pozo: una retorcida y semifundida masa de hierro, que había sido indudablemente el farol; y junto a ella un asa doblada junto a otra masa de hierro, asimismo retorcida y semifundida, que correspondía al cubo. Eso fue todo. Nahum imaginaba lo inimaginable. Mrs. Pierce estaba como atontada, y Ammi, cuando llegó a casa y oyó la historia, no pudo dar ninguna opinión. Mervin había desaparecido, y sería inútil decírselo a la gente que vivía en aquellos alrededores y que huían de los Gardner como de la peste. Tan inútil como decírselo a los ciudadanos de Arkham, que se reían de todo. Thad había desaparecido, y ahora había desaparecido Mervin. Algo estaba arrastrándose y arrastrándose, esperando ser visto y oído. Nahum no tardaría en morirse, y deseaba que Ammi velara por su esposa y por Zenas, si es que le sobrevivían. Todo aquello era un castigo de alguna clase, aunque Nahum no podía adivinar a qué se debía, ya que siempre había vivido en el santo temor de Dios.

Durante más de dos semanas, Ammi no tuvo ninguna noticia de Nahum; y entonces, preocupado por lo que pudiera haber ocurrido, dominó sus temores y efectuó una visita a la casa de los Gardner. De la chimenea no salía humo y por unos instantes el visitante temió lo peor. El aspecto de la granja era impresionante: hierba y hojas grisáceas en el suelo, parras cayéndose a pedazos de arcaicas paredes y aleros, y enormes árboles desnudos silueteándose malignamente contra el gris cielo de noviembre. Ammi no pudo dejar de notar que se había producido un sutil cambio en la inclinación de las ramas. Pero Nahum estaba vivo, después de todo. Estaba muy débil y reposaba en un catre en la cocina de techo bajo, pero conservaba la lucidez y seguía dando órdenes a Zenas. La estancia estaba mortalmente fría; y al ver que Ammi se estremecía, Nahum le gritó a Zenas que trajera más leña. La leña, en realidad, era muy necesaria, ya que el cavernoso hogar estaba apagado y vacío, y el viento que se filtraba chimenea abajo era helado. De pronto, Nahum le preguntó si la leña que había traído su hijo le hacía sentirse más cómodo, y entonces Ammi se dio cuenta de lo que había ocurrido. Finalmente, la mente del granjero había dejado de resistir a la intensa presión de los acontecimientos.

Interrogando discretamente a su vecino, Ammi no consiguió poner en claro lo que le había sucedido a Zenas. «En el pozo... vive en el pozo...», fue todo lo que su padre dijo.

Luego el visitante recordó súbitamente a la esposa loca y cambió de tema. «¿Nabby? Está aquí, desde luego...», fue la sorprendida respuesta del pobre Nahum, y Ammi no tardó en darse cuenta de que tendría que investigar por sí mismo. Dejando al inofensivo granjero en su catre, cogió las llaves que estaban colgadas detrás de la puerta y subió los chirriantes escalones que conducían al ático. La parte alta de la casa estaba completamente silenciosa y no se oía el menor ruido en ninguna dirección. De las cuatro puertas a la vista, sólo una estaba cerrada, y en ella probó Ammi varias llaves del manajo que había cogido. A la tercera tentativa la cerradura giró, y Ammi empujó la puerta pintada de blanco.

El interior de la habitación estaba completamente a oscuras, ya que la ventana era muy pequeña y estaba medio tapada por las rejas de hierro; y Ammi no pudo ver absolutamente nada. El aire estaba muy viciado, y antes de seguir adelante tuvo que entrar en otra habitación y llenarse los pulmones de aire respirable. Cuando volvió a entrar vio algo oscuro en un rincón, y al acercarse no pudo evitar un grito de espanto. Mientras gritaba creyó que una nube momentánea había tapado la escasa claridad que penetraba por la ventana, y un segundo después se sintió rozado por una espantosa corriente de vapor. Unos extraños colores danzaron ante sus ojos; y si el horror que experimentaba en aquellos momentos no le hubiera impedido coordinar sus ideas hubiera recordado el glóbulo que el martillo de geólogo había aplastado en el interior del meteorito, y la malsana vegetación que había crecido durante la primavera. Pero, en el estado en que se hallaba, sólo pudo pensar en la horrible monstruosidad que tenía enfrente, y que sin duda alguna había compartido la desconocida suerte del joven Thaddeus y del ganado. Pero lo más terrible de todo era que aquel horror se movía lenta y visiblemente mientras continuaba desmenuzándose.

Ammi no me dio más detalles de aquella escena, pero la forma del rincón no reapareció en su relato como un objeto movible. Hay cosas que no pueden ser mencionadas, y lo que se hace por humanidad es a veces cruelmente juzgado por la ley. Comprendí que en aquella habitación del ático no quedó nada que se moviera, y que no dejar allí nada capaz de moverse debió de ser algo horripilante y capaz de acarrear un tormento eterno. Cualquiera, no tratándose de un estólido granjero, se hubiera desmayado o enloquecido, pero Ammi volvió a cruzar el umbral de la puerta pintada de blanco y encerró el espantoso secreto detrás de él. Ahora debía ocuparse de Nahum; éste tenía que ser alimentado y atendido, y trasladado a algún lugar donde pudieran cuidarle.

Cuando empezaba a bajar la oscura escalera, Ammi oyó un estrépito debajo de él. Incluso le pareció haber oído un grito, y recordó nerviosamente la corriente de vapor que le había rozado mientras se hallaba en la habitación del ático. Oprimido por un vago temor, oyó más ruidos debajo suyo. Indudablemente estaban arrastrando algo pesado, y al mismo tiempo se oía un sonido todavía más desagradable, como el que produciría una fuerte succión. Sintiendo aumentar su terror, pensó en lo que había visto en el ático. ¡Santo cielo! ¿En qué fantástico mundo de pesadilla había

penetrado? No se atrevió a avanzar ni a retroceder, y permaneció inmóvil, temblando, en la negra curva del rellano de la escalera. Cada detalle de la escena estallaba de nuevo en su cerebro.

De repente se oyó un frenético relincho proferido por el caballo de Ammi, seguido inmediatamente por un ruido de cascos que hablaba de una precipitada fuga. Al cabo de un instante, caballo y calesa estaban fuera del alcance del oído, dejando al asustado Ammi, inmóvil en la oscura escalera, la tarea de conjeturar qué podía haberles impulsado a desaparecer tan repentinamente. Pero aquello no fue todo. Se produjo otro ruido fuera de la casa. Una especie de chapoteo en el agua..., debió de haber sido en el pozo. Ammi había dejado a Hero desatado cerca del pozo, y algún animalito debió meterse entre sus patas, asustándolo, y dejándose caer después en el pozo. Y la casa seguía brillando con una pálida fosforescencia. ¡Dios mío! ¡Qué antigua era la casa! La mayor parte de ella edificada antes de 1670, y el tejado holandés más tarde de 1730.

En aquel momento se oyó el ruido de algo que se arrastraba por el suelo de la planta baja, y Ammi aferró con fuerza el palo que había cogido en el ático sin ningún propósito determinado. Procurando dominar sus nervios, terminó su descenso y se dirigió a la cocina. Pero no llegó a ella, ya que lo que buscaba no estaba ya allí. Había salido a su encuentro, y hasta cierto punto estaba aún vivo. Si se había arrastrado o si había sido arrastrado por fuerzas externas, es cosa que Ammi no hubiera podido decir; pero la muerte había tomado parte en ello. Todo había ocurrido durante la última media hora, pero el proceso de desintegración estaba ya muy avanzado. Había allí una horrible fragilidad, debida a lo quebradizo de la materia, y del cuerpo se desprendían fragmentos secos. Ammi no pudo tocarlo, limitándose a contemplar horrorizado la retorcida caricatura de lo que había sido un rostro. «¿Qué ha pasado, Nahum..., qué ha pasado?», Susurró, y los agrietados y tumefactos labios apenas pudieron murmurar una respuesta final.

«Nada..., nada...; el color... quema...; frío y húmedo, pero quema...; vive en el pozo..., lo he visto..., una especie de humo... igual que las flores de la pasada primavera...; el pozo brilla por la noche... Se llevó a Thad, y a Mervin, y a Zenas..., todas las cosas vivas...; sorbe la vida de todas las cosas...; en aquella piedra tuvo que llegar en aquella piedra...; la aplastaron...; era el mismo color..., el mismo, como las flores y las plantas...; tiene que haber más...; crecieron..., lo he visto esta semana...; tuvo que darle fuerte a Zenas...; era un chico fuerte, lleno de vida...; le golpea a uno la mente y luego se apodera de él...; quema mucho...; en el agua del pozo...; no pueden sacarle de allí..., ahogarle... Se ha llevado también a Zenas...; tenías razón...; el agua está embrujada... ¿Cómo está Nabby, Ammi?... Mi cabeza no funciona...; no sé cuánto hace que no le he subido comida...; la cosa atacó también a ella...; el color...; su rostro tiene el mismo color por las noches..., y el color quema y sorbe; procede de algún lugar donde las cosas no son como aquí...; uno de los profesores lo dijo...; tenía razón mira, Ammi, está sorbiendo más..., sorbiendo la

vida...».

Pero eso fue todo. La cosa que había hablado no podía hablar más porque se había encogido completamente. Ammi lo cubrió con un mantel a cuadros blancos y rojos y salió de la casa por la puerta trasera. Trepó por la ladera que conduela a las tierras altas y regresó a su hogar por el camino del Norte y los bosques. No pudo pasar junto al pozo desde el cual había huido su caballo. Miró hacia el pozo a través de una ventana y recordó el chapoteo que había oído..., el chapoteo de algo que se había sumergido en el pozo después de lo que había hecho con el desdichado Nahum...

Cuando Ammi llegó a su casa se encontró con que el caballo y la calesa le habían precedido; su esposa le aguardaba llena de ansiedad. Después de tranquilizarla, sin darle ninguna explicación, se dirigió a Arkham y notificó a las autoridades que la familia Gardner ya no existía. No entró en detalles, limitándose a hablar de las muertes de Nahum y de Nabby; la de Thaddeus era ya conocida, y dijo que la causa de la muerte parecía ser la misma extraña dolencia que había atacado al ganado. También dijo que Mervin y Zenas habían desaparecido. En la jefatura de policía le interrogaron ampliamente, y al final se vio obligado a acompañar a tres agentes a la granja de Gardner, juntamente con el coroner, el médico forense y el veterinario que había atendido a los animales enfermos. Ammi fue con ellos de muy mala gana, ya que la tarde estaba muy avanzada y temía que la noche le cogiera en aquel lugar maldito, aunque era un consuelo saber que iba a estar acompañado de tantos hombres.

Los seis hombres montaron en un carro, siguiendo a la calesa de Ammi, y llegaron a la granja alrededor de las cuatro. A pesar de que los agentes estaban acostumbrados a presenciar espectáculos horripilantes, todos se estremecieron a la vista de lo que fue encontrado debajo del mantel a cuadros rojos y blancos, y en la habitación del ático. El aspecto de la granja, con su desolación gris, era ya bastante terrible, pero aquellos dos retorcidos objetos sobrepasaban toda medida de horror. Nadie pudo contemplarlos más allá de un par de segundos, e incluso el médico forense admitió que allí había muy poco que examinar. Podían analizarse unas muestras, desde luego, de modo que él mismo se encargó de agenciárselas..., y al parecer aquellas muestras provocaron el más inextricable rompecabezas con que se enfrentara nunca el laboratorio de la Universidad. Bajo el espectroscopio, las muestras revelaron un espectro desconocido, muchas de cuyas bandas eran iguales que las que había revelado el extraño meteoro al ser analizado. La propiedad de emitir aquel espectro se desvaneció en un mes, y el polvo consistía principalmente en fosfatos y carbonatos alcalinos.

Ammi no les hubiera hablado del pozo, de haber sabido que iban a actuar inmediatamente. Se acercaba la puesta de sol y estaba ansioso por marcharse de allí. Pero no pudo evitar el dirigir miradas nerviosas al pozo, cosa que fue observada por uno de los policías, el cual le interrogó Ammi admitió que Nahum había temido a algo que estaba escondido en el pozo... hasta el punto de que no se había atrevido a

comprobar si Mervin o Zenas se hablan caído dentro. La policía decidió vaciar el pozo y explorarlo inmediatamente, de modo que Ammi tuvo que esperar, temblando, mientras el pozo era vaciado cubo a cubo. El agua hedía de un modo insoportable, y los hombres tuvieron que taparse las narices con sus pañuelos para poder terminar la tarea. Menos mal que el trabajo no fue tan largo como hablan creído, ya que el nivel del agua era sorprendentemente bajo. No es necesario hablar con demasiados detalles de lo que encontraron. Mervin y Zenas estaban allí los dos, aunque sus restos eran principalmente esqueléticos. Había también un pequeño cordero y un perro grande en el mismo estado de descomposición, aproximadamente, y cierta cantidad de huesos de animales más pequeños. El limo del fondo parecía inexplicablemente poroso y burbujeante, y un hombre que bajó atado a una cuerda y provisto de una larga pértiga se encontró con que podía hundir la pértiga en el fango en toda su longitud sin encontrar ningún obstáculo.

La noche se estaba echando encima y entraron en la casa en busca de faroles. Luego, cuando vieron que no podían sacar nada más del pozo, volvieron a entrar en la casa y conferenciaron en la antigua sala de estar mientras la intermitente claridad de una espectral media luna iluminaba a intervalos la gris desolación del exterior. Los hombres estaban francamente perplejos ante aquel caso y no podían encontrar ningún elemento convincente que relacionara las extrañas condiciones de los vegetales, la desconocida enfermedad del ganado y de las personas, y las inexplicables muertes de Mervin y Zenas en el pozo. Habían oído los comentarios y las habladurías de la gente, desde luego; pero no podían creer que hubiese ocurrido algo contrario a las leyes naturales. Era evidente que el meteoro había emponzoñado el suelo pero la enfermedad de personas y animales que no hablan comido nada crecido en aquel suelo era harina de otro costal. ¿Se trataba del agua del pozo? Posiblemente. No sería mala idea analizarla. Pero ¿por qué singular locura se hablan arrojado los dos muchachos al pozo? Habían actuado de un modo muy similar... y sus restos demostraban que los dos hablan padecido a causa de la muerte quebradiza y gris. ¿Por qué todas las cosas se volvían grises y quebradizas?

El coroner, sentado junto a una ventana que daba al patio, fue el primero en darse cuenta de la fosforescencia que había alrededor del pozo. La noche había caído del todo, y los terrenos que rodeaban la granja parecían brillar débilmente con una luminosidad que no era la de los rayos de la luna; pero aquella nueva fosforescencia era algo definido y distinto, y parecía surgir del negro agujero como la claridad apagada de un faro, reflejándose amortiguadamente en las pequeñas charcas que el agua vaciada del pozo había formado en el suelo. La fosforescencia tenía un color muy raro, y mientras todos los hombres se acercaban a la ventana para contemplar el fenómeno, Ammi lanzó una violenta exclamación. El color de aquella fantasmal fosforescencia le resultaba familiar. Lo había visto antes, y se sintió lleno de temor ante lo que podía significar. Lo había visto en aquel horrendo glóbulo quebradizo hacía dos veranos, lo había visto en la vegetación durante la primavera, y había

creído verlo por un instante aquella misma mañana contra la pequeña ventana enrejada de la horrible habitación del ático donde habían ocurrido cosas que no tenían explicación. Había brillado allí por espacio de un segundo, y una espantosa corriente de vapor le había rozado..., y luego el pobre Nahum había sido arrastrado por algo de aquel color. Nahum lo había dicho al final..., había dicho que era como el glóbulo y las plantas. Después se había producido la fuga en el patio y el chapoteo en el pozo..., y ahora aquel pozo estaba proyectando a la noche un pálido e insidioso reflejo del mismo diabólico color.

Una prueba fehaciente de la viveza mental de Ammi es que en aquel momento de suprema tensión se sintió intrigado por algo que era fundamentalmente científico. Se preguntó cómo era posible recibir la misma impresión de una corriente de vapor deslizándose en pleno día por una ventana abierta al cielo matinal, y de una fosforescencia nocturna proyectándose contra el negro y desolado paisaje. No era lógico..., resultaba antinatural... Y entonces recordó las últimas palabras pronunciadas por su desdichado amigo «Procede de algún lugar donde las cosas no son como aquí...», uno de los profesores lo dijo...

Los tres caballos que se encontraban en el exterior de la casa, atados a unos árboles junto al camino, estaban ahora relinchando y coceando frenéticamente. El conductor del carro se dirigió hacia la puerta para ver qué sucedía, pero Ammi apoyó una mano en su hombro. «No salga usted —susurró—. No sabemos lo que sucede ahí afuera. Nahum dijo que en el pozo vivía algo que sorbía la vida. Dijo que era algo que había surgido de una bola redonda como la que vimos dentro del meteorito que cayó aquí hace más de un año. Dijo que quemaba y sorbía, y que era una nube de color como la fosforescencia que ahora sale del pozo, y que nadie puede saber lo que es. Nahum creía que se alimentaba de todo lo viviente y afirmó que lo había visto la pasada semana. Tiene que ser algo caído del cielo, igual que el meteorito, tal como dijeron los profesores de la Universidad. Su forma y sus actos no tienen nada que ver con el mundo de Dios. Es algo que procede del más allá».

De modo que el hombre se detuvo, indeciso, mientras la fosforescencia que salía del pozo se hacía más intensa y los caballos coceaban y relinchaban con creciente frenesí. Fue realmente un espantoso momento; con los restos monstruosos de cuatro personas dos en la misma casa y dos en el pozo, y aquella desconocida iridiscencia que surgía de las fangosas profundidades. Ammi había cerrado el paso al conductor del carro llevado por un repentino impulso, olvidando que a él mismo no le había sucedido nada después de ser rozado por aquella horrible columna de vapor en la habitación del ático, pero no se arrepentía de haberlo hecho. Nadie podía saber lo que había aquella noche en el exterior; nadie podía conocer la índole de los peligros que podían acechar a un hombre enfrentado con una amenaza completamente desconocida.

De repente, uno de los policías que estaba en la ventana profirió una exclamación. Los demás se le quedaron mirando, y luego siguieron la dirección de los ojos de su

compañero. No había necesidad de palabras. Lo que había de discutible en las habladurías de los campesinos ya no podría ser discutido en adelante porque allí había seis testigos de excepción, media docena de hombres que, por la índole de sus profesiones, no creían más que lo que velan con sus propios ojos. Ante todo es necesario dejar sentado que a aquella hora de la noche no soplaba ningún viento. Poco después empezó a soplar, pero en aquel momento el aire estaba completamente inmóvil. Y, sin embargo, en medio de aquella tensa y absoluta calma, los árboles del patio estaban moviéndose. Se movían morbosamente y espasmódicamente, agitando sus desnudas ramas, en convulsivas y epilépticas sacudidas, hacia las nubes bañadas por la luz de la luna; arañando con impotencia el aire inmóvil, como empujados por una misteriosa fuerza subterránea que ascendiera desde debajo de las negras raíces.

Por espacio de unos segundos todos los hombres reunidos en la granja de Gardner contuvieron el aliento. Luego, una nube más oscura que las demás veló la luna, y la silueta de las agitadas ramas se disipó momentáneamente. En aquel instante un grito de espanto se escapó de todas las gargantas, ya que el horror no se había desvanecido con la silueta, y en un pavoroso momento de oscuridad más profunda los hombres vieron retorcerse en la copa del más alto de los árboles un millar de diminutos puntos fosforescentes, brillando como el fuego de San Telmo o como las lenguas de fuego que descendieron sobre las cabezas de los Apóstoles el día de Pentecostés. Era una monstruosa constelación de luces sobrenaturales, como un enjambre de luciérnagas necrófagas bailando una infernal zarabanda sobre una ciénaga maldita; y su color era el mismo que Ammi había llegado a reconocer y a temer. Entretanto, la fosforescencia del pozo se hacía cada vez más brillante, infundiendo en los hombres reunidos en la granja una sensación de anormalidad que anulaba cualquier imagen que sus mentes conscientes pudieran formar. Ya no brillaba: estaba vertiéndose hacia afuera. Y mientras la informe corriente de indescriptible color abandonaba el pozo, parecía flotar directamente hacia el cielo.

El veterinario se estremeció y se acercó a la puerta para echar la doble barra. Ammi estaba también muy impresionado y tuvo que limitarse a señalar con la mano, por falta de voz, cuando quiso llamar la atención de los demás sobre la creciente luminosidad de los árboles. Los relinchos de los caballos se habían convertido en algo espantoso, pero ni uno solo de aquellos hombres se hubiese aventurado a salir por nada del mundo. El brillo de los árboles fue en aumento, mientras sus inquietas ramas parecían extenderse más y más hacia la verticalidad. De pronto se produjo una intensa conmoción en el camino, y cuando Ammi alzó la lámpara para que proyectara un poco más de claridad al exterior, comprobaron que los frenéticos caballos habían roto sus ataduras y huían enloquecidos con el carro.

La impresión sirvió para soltar varias lenguas y se intercambiaron inquietos susurros. «Se extiende sobre todas las cosas orgánicas que hay por aquí», murmuró el médico forense. Nadie contestó, pero el hombre que había bajado al pozo aventuró la opinión de que su pértiga debió de haber removido algo intangible. «Fue algo terrible

—añadió—. No había fondo de ninguna clase. Únicamente fango, y burbujas, y la sensación de algo oculto debajo...».

El caballo de Ammi seguía coceando y relinchando desesperadamente en el camino exterior y casi ahogó el débil sonido de la voz de su dueño mientras éste murmuraba sus deshilvanadas reflexiones. «Salió de aquella piedra..., fue creciendo y alimentándose de todas las cosas vivas...; se alimentaba de ellas, alma y cuerpo... Thad y Mervin, Zenas y Nabby... Nahum fue el último... Todos bebieron agua del... Se apoderó de ellos... Llegó del más allá, donde las cosas no son como aquí..., y ahora regresa al lugar de donde procede...».

En aquel momento, mientras la columna de desconocido color brillaba con repentina intensidad y empezaba a entrelazarse, con fantásticas sugerencias de forma que cada uno de los espectadores describió más tarde de un modo distinto, el desdichado Hello profirió un aullido que ningún hombre hablo oído nunca salir de la garganta de un caballo. Todos los que estaban en la casa se taparon los oídos, y Ammi se apartó de la ventana horrorizado. Cuando miró de nuevo hacia el exterior, el pobre animal yacía inerte en el suelo bañado por la luz de la luna entre las astilladas varas de la calesa. Y allí se quedó hasta que lo enterraron al día siguiente. Pero el momento presente no permitía entregarse a lamentaciones, ya que casi en el mismo instante uno de los policías les llamó silenciosamente la atención sobre algo terrible que estaba sucediendo en el interior de la habitación donde se encontraban. Donde no alcanzaba la claridad de la lámpara podía verse una débil fosforescencia que había empezado a invadir toda la estancia. Brillaba en el suelo de tablas y en la raída alfombra, y resplandecía débilmente en los marcos de las pequeñas ventanas. Corría de un lado para otro, llenando puertas y muebles. A cada momento se hacía más intensa, y al final se hizo evidente que las cosas vivientes debían abandonar enseguida aquella casa.

Ammi les mostró la puerta trasera y el camino que conducía a las tierras altas. Avanzaron con paso inseguro, como sonámbulos, y no se atrevieron a mirar atrás hasta que llegaron al camino del Norte. Ninguno de ellos hubiera osado pasar por el camino que discurría junto al pozo... Cuando miraron atrás, hacia el valle y la distante granja de Gardner, contemplaron un horrible espectáculo. Toda la granja brillaba con el espantoso y desconocido color; árboles, edificaciones e incluso la hierba que no había sido transformada aún en quebradiza y gris. Las ramas estaban todas extendidas hacia el cielo, coronadas con lenguas de fuego, y radiantes goterones del mismo monstruoso fuego ardían encima de la casa, del granero y de los cobertizos. Era una escena de una visión de Fusell, y sobre todo el resto reinaba aquella borrachera de luminoso amorfismo, aquel extraño arco iris de misterioso veneno del pozo..., hirviendo, saltando, centelleando y burbujeando malignamente en su cósmico e irreconocible cromatismo.

Luego, súbitamente, la horrible cosa salió disparada verticalmente hacia el cielo, como un cohete o un meteoro, sin dejar ningún rastro detrás de ella y desapareciendo

a través de un redondo y curiosamente simétrico agujero abierto en las nubes, antes de que ninguno de los hombres pudiera expresar su asombro. Ningún espectador podría olvidar nunca aquel espectáculo, y Ammi se quedó mirando estúpidamente el camino que había seguido el color hasta mezclarse con las estrellas de la Vía Láctea. Pero su mirada fue atraída inmediatamente hacia la tierra por el estrépito que acababa de producirse en el valle. Había sido un estrépito, y no una explosión, como afirmaron algunos de los componentes del grupo. Pero el resultado fue el mismo, ya que en un caleidoscópico instante la granja y sus alrededores parecieron estallar, enviando hacia el cenit una nube de coloreados y fantásticos fragmentos. Los fragmentos se desvanecieron en el aire, dejando una nube de vapor que al cabo de un segundo se había desvanecido también. Los asombrados espectadores decidieron que no valía la pena esperar a que volviera a salir la luna para comprobar los efectos de aquel cataclismo en la granja de Nahum.

Demasiado asustados incluso para aventurar alguna teoría, los siete hombres regresaron a Arkham por el camino del Norte. Ammi estaba peor que sus compañeros y les suplicó que le acompañaran hasta su casa en vez de dirigirse directamente al pueblo. Por nada del mundo hubiera cruzado el bosque sólo a aquella hora de la noche. Estaba más asustado que los demás porque había sufrido una impresión que los otros se hablan ahorrado, y se sentía oprimido por un temor que por espacio de muchos años no se atrevió a mencionar. Mientras el resto de los espectadores en aquella tempestuosa colina había vuelto estólidamente sus rostros al camino, Ammi había mirado hacia atrás por un instante para contemplar el sombrío valle de desolación al que tantas veces había acudido. Y había visto algo que se alzaba débilmente para hundirse de nuevo en el lugar desde el cual el informe horror había salido disparado hacia el cielo. Era solamente un color..., aunque no era ningún color de nuestra tierra ni de los cielos. Y porque Ammi reconoció aquel color, y supo que sus últimos y débiles restos debían seguir ocultos en el pozo, nunca ha estado completamente cuerdo desde entonces.

Ammi no se acercaría a aquel lugar por nada del mundo. Hace cuarenta y cuatro años que sucedieron los hechos que acabo de narrar, pero Ammi no ha vuelto a pisar aquellas tierras y le alegra saber que pronto quedarán enterradas debajo de las aguas. También a mí me alegra la idea, ya que no me gustó nada ver cómo cambiaba de color la luz del sol al reflejarse en aquel abandonado pozo. Espero que el agua será siempre muy profunda, pero aunque así sea nunca la beberé. No creo que regrese a la región de Arkham. Tres de los hombres que habían estado con Ammi volvieron al día siguiente para ver las ruinas a la luz del día, pero en realidad no había ruinas. Únicamente los ladrillos de la chimenea, las piedras de la bodega, algunos restos minerales y metálicos, y el brocal de aquél nefando pozo. A excepción del caballo de Ammi, que enterraron aquella misma mañana, y de la calesa, que no tardaron en devolver a su dueño, todas las cosas que habían tenido vida habían desaparecido. Sólo quedaban cinco acres de desierto polvoriento y grisáceo, y desde entonces no ha

crecido en aquellos terrenos ni una brizna de hierba. En la actualidad aparece como una gran mancha comida por el ácido en medio de los bosques y campos, y los pocos que se han atrevido a acercarse por allí a pesar de las leyendas campesinas le han dado el nombre de «erial maldito».

Las leyendas campesinas son muy extrañas. Y podrían ser incluso más extrañas si los hombres de la ciudad y los químicos universitarios tuvieran el interés suficiente para analizar el agua de aquel pozo olvidado, o el polvo gris que ningún viento parece dispersar. Los botánicos podrían estudiar también la sorprendente flora que crece en los límites de aquellos terrenos, ya que de este modo podrían confirmar o refutar lo que dice la gente: que la zona emponzoñada está extendiéndose poco a poco, quizás una pulgada al año... La gente dice que el color de la hierba que crece en aquellos alrededores no es el que le corresponde y que los animales salvajes dejan extrañas huellas en la nieve cuando llega el invierno. La nieve no parece cuajar tanto en el erial maldito como en otros lugares. Los caballos —los pocos que quedan en esta época motorizada— se ponen nerviosos en el silencioso valle; y los cazadores no pueden acercarse con sus perros a las inmediaciones del erial maldito.

Dicen también que las influencias mentales son muy malas; y que todos los que han tratado de establecerse allí, extranjeros en su inmensa mayoría, han tenido que marcharse acosados por extrañas fantasías y sueños. Ningún viajero ha dejado de experimentar una sensación de extrañeza en aquellas profundas hondonadas, y los artistas tiemblan mientras pintan unos bosques cuyo misterio es tanto de la mente como de la vista. Y yo mismo estoy sorprendido de la sensación que me produjo mi único paseo solitario por aquellos lugares antes de que Ammi me contara su historia.

No me pregunten mi opinión. No sé: esto es todo. La única persona que podía ser interrogada acerca de los extraños días es Ammi, ya que la gente de Arkham no quiere hablar de este asunto, y los tres profesores que vieron el meteorito y su coloreado glóbulo están muertos. ¿Había otros glóbulos? Probablemente. Uno de ellos consiguió alimentarse y escapar, en tanto que otro no había podido alimentarse suficientemente y continuaba en el pozo... Los campesinos dicen que la zona emponzoñada se ensancha una pulgada cada año, de modo que tal vez existe algún tipo de crecimiento o de alimentación incluso ahora. Pero, sea lo que sea lo que haya allí, tiene que verse trabado por algo, ya que de no ser así se extendería rápidamente. ¿Está atado a las raíces de aquellos árboles que arañan el aire?

Lo que es, sólo Dios lo sabe. En términos de materia, supongo que la cosa que Ammi describió puede ser llamada un gas, pero aquel gas obedecía a unas leyes que no son de nuestro cosmos. No era fruto de los planetas y soles que brillan en los telescopios y en las placas fotográficas de nuestros observatorios. No era ningún soplo de los cielos cuyos movimientos y dimensiones miden nuestros astrónomos o consideran demasiado vastos para ser medidos. No era más que un color surgido del espacio..., un pavoroso mensajero de unos reinos del infinito situados más allá de la Naturaleza que nosotros conocemos; de unos reinos cuya simple existencia aturde el

cerebro con las inmensas posibilidades extracósmicas que ofrece a nuestra imaginación.

Dudo mucho de que Ammi me mintiera de un modo consciente, y no creo que su historia sea el relato de una mente desquiciada, como supone la gente de la ciudad. Algo terrible llegó a las colinas y valles con aquel meteoro, y algo terrible —aunque ignoro en qué medida— sigue estando allí. Me alegra pensar que todos aquellos terrenos quedarán inundados por las aguas. Entretanto, espero que no le suceda nada a Ammi. Vio tanto de la cosa..., y su influencia era tan insidiosa... ¿Por qué no ha sido capaz de marcharse a vivir a otra parte? Ammi es un anciano muy simpático y muy buena persona, y cuando la brigada de trabajadores empieza su tarea tengo que escribir al ingeniero jefe para que no le pierda de vista. Me disgustaría recordarle como una gris, retorcida y quebradiza monstruosidad de las que turban cada día más mi sueño.

El extraño vuelo de Richard Clayton

Robert Bloch

Richard Clayton se asió de tal forma que quedó erguido como si fuera un saltador esperando para zambullirse desde un alto trampolín hacia el azul. Realmente, era un saltador. Una espacionave plateada era su trampolín, y pensaba zambullirse no hacia abajo, sino hacia arriba, hacia el cielo azul. Y tampoco pensaba recorrer nueve o diez metros, sino que se zambulliría millones de kilómetros.

Con una profunda inspiración, el regordete y barbudo científico alzó sus manos hacia la fría palanca de acero, cerró los ojos y jaló. La palanca se movió hacia abajo.

Por un momento no sucedió nada.

Luego, un repentino estremecimiento lanzó a Clayton por el suelo. ¡La «Futuro» se estaba moviendo!

De alas de pájaro batiendo mientras se alzan al cielo, de alas de mosca zumbando en su vuelo, de estremecimientos que sacuden los músculos que saltan, de todas estas cosas estaba compuesto el golpe.

La espacionave «Futuro» vibraba locamente. Se agitaba de lado a lado, y un zumbido estremecía las paredes de acero. Richard Clayton yacía atontado mientras crecía un zumbido agudo en el interior de la nave. Se puso en pie, frotándose la magullada frente, y se tambaleó hasta su pequeña litera. La nave se estaba moviendo, y sin embargo la terrible vibración no disminuía. Contempló los controles y maldijo suavemente.

—¡Buen Dios! ¡El panel está roto!

Era cierto. El cuadro de mandos se había roto por el tirón. El cristal partido había caído al suelo, y los diales colgaban inútiles de la faz desnuda del panel.

Clayton se sentó desesperado. Esto era una gran tragedia. Sus pensamientos retrocedieron treinta años, hasta el tiempo en que, siendo un niño de diez años, había sido inspirado por el vuelo de Lindberg. Recordó sus estudios, y cómo había utilizado el dinero de su millonario padre para perfeccionar una máquina voladora que cruzaría el espacio mismo.

Durante años, Richard Clayton había trabajado, soñado y planeado. Había estudiado a los rusos y a sus cohetes, y organizado la fundación Clayton, y contratado mecánicos, matemáticos, astrónomos e ingenieros para trabajar con él.

Y entonces se había producido el descubrimiento de la propulsión atómica, y la construcción de la «Futuro». La «Futuro» era un casco de acero y duraluminio, sin ventanas y aislado por un procedo secreto. En su pequeña cabina había tanques de oxígeno y depósitos con tabletas alimenticias, productos químicos energizantes, un

sistema de aire acondicionado y el suficiente espacio como para que un hombre pudiera caminar seis pasos.

Era una pequeña celda de acero, pero en su interior Richard Clayton pensaba realizar sus ambiciones. Se ayudaría mediante cohetes para escapar de la esfera gravitatoria de la Tierra, y luego movería la nave mediante la propulsión por descargas atómicas. Clayton pensaba llegar a Marte y regresar.

Le llevaría diez años llegar a Marte, y otros diez el regresar. Porque el aterrizaje de la nave necesitaría de otras descargas de cohetes adicionales. A mil quinientos kilómetros por hora... No era una imaginaria travesía a la «velocidad de la luz», sino un viaje lento y pesado, pero científicamente cierto. Los paneles estaban dispuestos, y Clayton no tenía necesidad de guiar su navío. Era automático.

—Pero y ahora, ¿qué? —dijo Clayton, contemplando el cristal astillado. Había perdido contacto con el mundo exterior. Le había sido imposible averiguar su progreso en el panel, incapaz de juzgar el tiempo, la distancia y la dirección. Estaría ahí sentado durante diez, veinte años... sólo en la diminuta cabina. No había habido espacio para libros, o papel, o juegos con los que divertirse, Estaba prisionero en el negro vacío del espacio.

La Tierra ya debía de haberse esfumado muy lejos por debajo de él; pronto sería una esfera de ardiente fuego verde más pequeña que la esfera de rojo fuego situada delante: el fuego de Marte.

El campo se había llenado con multitudes para verlo partir; su asistente, Jerry Chase, las había controlado. Clayton se los imaginaba contemplando cómo su brillante cilindro de acero emergía del gaseoso humo de los cohetes y se abalanzaba como una bala hacia el cielo. Luego, su cilindro debía de haberse perdido en el cielo, y las multitudes se irían a sus casas y olvidarían.

Pero él permanecería aquí en la nave... durante diez, durante veinte años.

Sí, permanecería, pero ¿cuándo terminaría la vibración? El estremecimiento de las paredes y del suelo a su alrededor era difícil de soportar. Ni él ni los expertos habían contado con este problema. Los temblores le agitaban su dolorida cabeza. ¿Qué ocurriría si no cesaban? ¿Si duraban durante todo el viaje? ¿Cuánto tiempo podría resistir sin volverse loco?

Podía pensar. Se echó en su litera y recordó: repasó cada pequeño detalle de su vida desde su nacimiento hasta el presente. Y pronto hubo gastado toda la memoria en un tiempo ridículamente corto. Entonces volvió a notar la horrible pulsación a su alrededor.

—Puedo hacer ejercicio —dijo en voz alta. Y paseó por el piso: seis pasos hacia adelante, seis hacia atrás. Y se cansó de eso. Suspirando, Clayton se dirigió a las alacenas y tomó sus cápsulas—. Ni siquiera puedo pasar el tiempo comiendo —observó amargado—. Las trago, y ya está.

La vibración borró la sonrisa de su rostro. Era enloquecedora. De nuevo se recostó en la agitada litera, añadiendo oxígeno al sistema de aire. Dormiría entonces,

dormiría si es que ese maldito tamborileo se lo permitía. Soportó los horribles chasquidos, y gruñó durante todo el rato, cerrando la luz. Sus pensamientos giraron alrededor de su extraña posición: un prisionero en el espacio. Afuera giraban los ardientes planetas, y las estrellas se deslizaban por la negra oscuridad de la nada espacial. Aquí yacía seguro y cobijado, en una cámara vibratoria; a salvo del gélido frío; ¡si tan sólo cesasen aquellas terribles sacudidas!

Y no obstante, tenía sus compensaciones. No habría periódicos en el viaje, para atormentarle con los relatos de la inhumanidad del hombre con el hombre, ni tontos programas de radio o televisión para molestarle. Tan sólo esa maldita y omnipresente vibración...

Clayton durmió, atravesando el espacio.

No era de día cuando despertó. No era de día ni de noche. Tan sólo estaban él y la nave en el espacio. Y la vibración era continua, destrozándole los nervios en el incesante golpeteo contra su cerebro. Las piernas de Clayton temblaban, mientras se llegaba al armario y comía sus píldoras.

Luego, se sentó y comenzó a sufrir. Una terrible sensación de soledad estaba comenzando a asaltarlo. Estaba tan aislado aquí... tan separado de todo. No había nada que hacer. Era peor que estar prisionero en aislamiento confinado; al menos, los prisioneros tenían celdas más grandes, veían el sol, respiraban aire fresco, y contemplaban algún rostro ocasionalmente.

Clayton había pensado siempre ser un misántropo, un recluso. Ahora, deseaba ver otro rostro. A medida que pasaban las horas, tuvo extrañas ideas. Deseaba ver la vida, en cualquier forma... hubiera dado una fortuna por la compañía, aun de un insecto, en este calabozo volador. El sonido de una voz humana hubiera sido un cielo. Estaba tan «solo».

No había nada que hacer sino soportar los tirones, pasear por el estrecho suelo, comer sus píldoras, tratar de dormir. Nada en que pensar. Clayton comenzó a desear que llegase el momento en que sus uñas necesitasen ser cortadas. Haría que esa tarea durase horas.

Examinó cuidadosamente sus ropas, contempló durante horas en el pequeño espejo su barbudo rostro. Memorizó su cuerpo, escrutó todos los artículos que contenía la cabina de la «Futuro». Y sin embargo, no estaba lo suficientemente cansado como para dormir de nuevo. Sentía constantemente un pulsante dolor de cabeza. Al fin logró cerrar los ojos y sumergirse en otra duermevela, interrumpida por tirones que lo agitaban, haciéndole despertar.

Cuando finalmente se alzó y encendió la luz, al tiempo que dejaba pasar algo más de oxígeno, hizo un terrible descubrimiento.

«Había perdido todo sentido del tiempo».

El tiempo es relativo, le habían dicho siempre. Y ahora se daba cuenta de cuán verdadera era. No tenía nada con que medir el tiempo: ni reloj, ni posibilidad de ver el sol o la luna o las estrellas, ni tampoco actividades regulares. ¿Cuánto tiempo

llevaba viajando? Por mucho que tratase, no lograba recordarlo.

¿Había comido cada seis horas? ¿O cada día? ¿O cada veinte? ¿Había dormido una vez cada día? ¿Una vez cada tres o cuatro días? ¿Cuan a menudo había paseado?

Sin instrumentos con los que situarse, estaba totalmente perdido. Comió sus píldoras en forma irregular, tratando de pensar a pesar del atontamiento que abotargaba sus sentidos. Esto era tremendo. Si había perdido la medida del tiempo, quizá pronto perdería el conocimiento de su propia identidad. Enloquecería allí, en la astronave, mientras cruzaba por el vacío hacia los planetas. Solo, atormentado en una pequeña celda, tenía que aferrarse a algo. ¿Qué era el tiempo?

Ya no quería pensar en él. Ya no quería pensar en nada. Tenía que olvidar el mundo que había abandonado, o la memoria lo pondría frenético.

—Tengo miedo —murmuró—. Tengo miedo de estar solo en la oscuridad. Quizás haya pasado la Luna. Quizá me encuentre a millón y medio de kilómetros de la Tierra... o a quince millones.

Entonces Clayton se dio cuenta de que estaba hablando consigo mismo. En ese camino se hallaba la locura. Pero no podía detenerse, como tampoco podía parar la horrible vibración desmembradora que lo rodeaba.

—Tengo miedo —murmuró en una voz que sonaba a vacía en la pequeña habitación zumbante—. Tengo miedo. ¿Qué hora es?

Cayó dormido, todavía susurrando, y el tiempo siguió su marcha.

Se despertó con nuevo valor. Había perdido el control, razonó. La presión exterior, a pesar de la presurización, debía haber afectado sus nervios. Tal vez el oxígeno lo hubiera atontado, y la dieta de píldoras era mala. Pero ahora había pasado la debilidad. Sonrió, atravesando la cabina. Entonces volvieron de nuevo sus pensamientos: ¿Qué día era? ¿Cuántas semanas habían pasado desde que había partido? Quizá ya hubiesen, pasado meses, un año, dos años. Todo lo referente a la Tierra parecía lejano, casi parte de un sueño. Se sentía ahora más cercano a Marte que a la Tierra. Comenzó a anticipar en vez de recordar.

Durante un tiempo, todo había sido mecánico. Había encendido y apagado la luz cuando lo había necesitado, tomado las píldoras por hábito, recorrido el suelo sin pensar, atendido inconscientemente el sistema de aire, dormido sin saber cómo ni cuándo.

Gradualmente, Richard Clayton olvidó su cuerpo y los alrededores. El permanente zumbido en su cerebro se convirtió en una parte de él. Una dolorida parte que le decía que estaba zumbando a través del espacio en una bala plateada. Pero significaba algo más, porque Clayton ya no hablaba consigo mismo. Se olvidó de él mismo y soñó tan sólo con Marte que se hallaba enfrente. Cada pulsación de la nave decía:

—Marte... Marte... Marte.

Sucedió una cosa maravillosa: Aterrizó. El navío se clavó de proa, temblando. Luego se depositó suavemente sobre el gaseoso césped del planeta rojo. Durante

largo tiempo Clayton había sentido el tirón de la extraña gravitación. Sabía que los ajustes automáticos de su navío estaban disminuyendo las descargas atómicas y usando del tirón gravitacional natural del mismo Marte. Ahora, el navío aterrizó, y Clayton abrió la puerta. Rompió los sellos y salió fuera. Rebotó suavemente en el césped púrpura. Sentía su cuerpo libre, flotante. Había aire fresco, y la luz del sol parecía más fuerte, más intensa, aunque las nubes velaban el brillante globo.

A lo lejos se alzaban los bosques, los verdes bosques con la vegetación púrpura que cubría los árboles. Clayton abandonó la nave y se acercó al fresco bosque. El primer árbol tenía ramas que se inclinaban hacia el suelo como dos brazos.

¡Brazos... eran brazos! Se extendieron unos brazos verdes. Unas ramas lo asieron y lo alzaron. Fríos anillos, viscosos como los de una serpiente, lo mantuvieron así aferrado mientras era apretado contra un oscuro tronco de árbol. Y ahora estaba mirando a la inflorescencia púrpura que cubría las hojas.

Los crecimientos púrpura eran... cabezas.

Malvados rostros púrpura que lo miraban con ojos putrefactos como sapos muertos. Cada rostro estaba arrugado como una coliflor púrpura, pero bajo la masa pulposa había una gran boca. Cada rostro púrpura tenía una boca púrpura, y cada boca púrpura se abría para babear sangre. Ahora, los brazos vegetales lo apretaron más fuertemente contra el frío y palpitante tronco, y uno de los rostros púrpura, el rostro de una mujer, se acercaba para besarle.

¡El beso del vampiro! La sangre brillaba escarlata en los sensuales labios que se acercaban a los suyos. Se debatió, pero las extremidades lo aferraban fuertemente. Y llegó el beso, frío como la muerte. Su llamarada helada le recorrió todo su ser, y sus sentidos se ahogaron.

Entonces Clayton se despertó, y supo que era un sueño. Su cuerpo estaba cubierto de sudor. Esto le hizo darse cuenta de su propio cuerpo. Se acercó al espejo. Una sola mirada le hizo retroceder horrorizado. ¿Era esto también una parte del sueño? Mirando al espejo, Clayton vio reflejada la faz de un hombre envejecido. Las facciones estaban muy barbudas, y se veían pliegues y arrugas, mientras que las antes mofletudas mejillas estaban ahora hundidas. Los ojos eran lo peor... Clayton ya no reconocía sus propios ojos. Rojos y hundidos en sus huesudas cuencas, ardían con una asombrada mirada de horror. Tocó su rostro y vio como la mano cubierta de venas azules se alzaba en el espejo y recorría el canoso pelo.

Retornó un parcial sentido del tiempo. Había estado aquí durante años. ¡Años! ¡Se estaba haciendo viejo! Naturalmente, la poco normal vida lo hacía envejecer más rápidamente, pero no obstante debía haber pasado un gran intervalo de tiempo. Clayton sabía que pronto alcanzaría el final de su viaje. Deseaba alcanzarlo antes de tener más sueños. De ahora en adelante, la cordura y sus reservas físicas deberían combatir contra el invisible enemigo que era el tiempo. Trastabilleó de vuelta a la litera, mientras, temblando como un metálico monstruo volador, el «Futuro» cruzaba la negrura del espacio interestelar.

Ahora estaban golpeando el exterior de la nave; sus brazos de acero estaban rompiendo la puerta. Los negros monstruos metálicos entraron con un paso de hierro. Sus severos rostros tallados en acero no tenían ninguna expresión cuando aferraron a Clayton por los costados y lo arrastraron fuera. Se lo llevaron a través de la plataforma metálica, caminando tiesos con pies que claqueteaban al chocar contra el metal. Grandes tubos de acero se alzaban en plateadas espiras a todo su alrededor, y lo llevaron a una torre de hierro. Subieron las escaleras, clang, clang clang, resonaban los grandes pies metálicos.

Las escaleras de hierro, giraban sin fin. Y sin embargo, continuaban. Sus rostros estaban fijos, y el hierro no suda.

Nunca se cansaban, pero Clayton era una basura jadeante cuando alcanzaron el domo y lo empujaron ante la Presencia en la habitación de la cúpide. La voz metálica zumbó, mecánicamente, como un disco fonográfico roto:

—«Lo-hallamos-en-un-pájaro-oh-am».

—«Está-hecho-de-blandura».

—«Está-vivo-en-alguna-extraña-manera».

—«Un-a-ni-mal».

Y entonces la resonante voz del centro de la habitación de la torre:

—«Tengo-hambre».

Alzándose en un trono de hierro sobre el suelo, estaba el Amo. Simplemente una gran trampa de hierro, con mandíbulas metálicas similares a las de una pala mecánica. Las mandíbulas se abrieron con un click, y los horribles colmillos brillaron. Una voz llegó de las profundidades.

—«Alimentadme».

Lanzaron a Clayton hacia delante, con sus brazos de hierro, y cayó dentro de las mandíbulas-trampa del monstruo. Las mandíbulas se cerraron, masticando con gusto la carne humana...

Clayton se despertó chillando. El espejo brilló cuando sus temblorosas manos encontraron el interruptor de la luz. Contempló el rostro de un hombre envejecido, con el cabello casi blanco. Se estaba haciendo viejo. Y se preguntaba si su cerebro resistiría.

Comer píldoras, caminar en la cabina, escuchar la vibración, regenerar el aire, acostarse en la litera. Eso era todo ahora. Y el resto... esperar. Esperar en una zumbante cámara de tortura, durante horas, días, años, siglos, incontables eones.

Y cada eón, un sueño. Aterrizaba en Marte, y los fantasmas llegaban enroscándose desde una neblina grisácea. Eran formas en la neblina, como cenagoso ectoplasma, y podía ver a su través. Pero se retorcían y llegaban, y sus voces eran débiles susurros en su alma.

—Aquí hay Vida —susurraban—. Nosotros, cuyas almas han cruzado el Vacío tras la muerte, hemos esperado Vida para tener un festín. Tengámoslo ahora.

Y lo ahogaban bajo las grises sábanas, y sorbían con grises bocas chuponas su

sangre...

De nuevo aterrizaba en el planeta, y no había nada. Absolutamente nada. El suelo estaba desnudo, y se extendía hasta horizontes de nada. No había ni cielo ni sol, tan sólo el suelo sin fin en todas direcciones.

Puso cautamente el pie en él. Se hundió en la nada. La nada vibraba ahora, como vibraba la nave, y lo estaba tragando. Estaba cayendo a un profundo pozo sin lados, y la inexistencia se cerraba sobre él...

Clayton soñó esto último estando en pie. Abrió sus ojos ante el espejo. Sus piernas estaban débiles, y se sujetó con manos que temblaban por la edad. Miró al rostro en el espejo: la faz de un hombre de setenta años.

—¡Dios! —murmuró. Era su propia voz: el primer sonido que había oído ¿en cuánto tiempo? ¿En cuántos años? ¿Por cuánto tiempo no había oído nada, por encima de las infernales vibraciones de la nave? ¿Cuan lejos había llegado la «Futuro»? Ya era viejo.

Un horrible pensamiento mordió su cerebro. Tal vez algo había ido mal. Tal vez los cálculos eran defectuosos y se estaba moviendo demasiado lentamente en el espacio. Quizá nunca llegase a Marte. O tal vez, y ésta era una terrorífica posibilidad, había pasado a lo largo de Marte, errada la cuidadosamente calculada órbita al planeta. Y ahora estaba zambulléndose en los solitarios vacíos de más allá.

Tragó sus píldoras y yació en la litera. Se notaba algo más en calma ahora. Tenía que estarlo, por primera vez recordaba la Tierra.

¿Y si hubiera sido destruida? ¿Y si hubiera sido invadida por la guerra, o por la peste, o por las enfermedades, mientras él se había ido? ¿O si había sido golpeada por meteoros, o alguna estrella moribunda había llameado la muerte sobre ella desde cielos enloquecidos? Unas nociones fantasmales lo asaltaron: ¿y qué ocurriría si unos ' Invasores cruzaban el espacio para conquistar la Tierra, tal como él lo estaba cruzando hacía Marte?

Pero no tenía sentido el preocuparse acerca de esto.

El problema era alcanzar su propio objetivo. Tenía que esperar, inerte, mantener la vida y la cordura durante el tiempo suficiente para conseguir su objetivo. En el vibrante horror de su celda, Clayton se hizo una firme promesa con toda su desvaneciente fuerza. Viviría, y cuando aterrizase vería Marte. Muriese o no en el largo viaje de vuelta, existiría hasta alcanzar su meta. Lucharía contra los sueños desde este momento. No tenía forma de calcular el tiempo: tan sólo un largo anonadamiento, y el zumbido de esta infernal espacionave. Pero viviría.

Ahora llegaban voces desde el exterior de la nave. Los fantasmas aullaban en las oscuras profundidades del espacio. Llegaron visiones de monstruos y sueños torturadores, y Clayton los rechazó todos. Cada hora, o día, o año, ya no podía saber cuando, Clayton lograba arrastrarse hasta el espejo. Y siempre le mostraba que estaba envejeciendo rápidamente. Su cabello blanquecino y su rugoso rostro le recordaban su increíble senilidad. Pero Clayton vivía. Era ya demasiado viejo para pensar, y

estaba demasiado cansado. Simplemente, vivía en el zumbido de la nave.

Al principio no se dio cuenta. Estaba recostado en la litera, y sus agotados ojos estaban cerrados en una especie de estupor. Repentinamente, se dio cuenta de que la vibración había cesado. Sabía que debía estar soñando de nuevo. Se alzó dolorido, y se frotó los ojos. No, el «Futuro» estaba inmóvil. ¡Había aterrizado!

Estaba temblando incontroladamente. Los años de vibración habían producido esto. Los años de aislamiento con tan sólo sus locos pensamientos por compañía. Casi no podía ponerse en pie.

Pero éste era el momento. Esto era por lo que había esperado durante diez largos años. No, debían de haber pasado más años. Pero podía ver Marte. Lo había conseguido, había hecho lo imposible.

Era un pensamiento inspirador. Pero, en alguna forma, Richard Clayton lo habría dado todo por saber tan sólo en qué tiempo se hallaba, y oírlo en una voz humana.

Se tambaleó hasta la puerta: la puerta sellada hacía tanto tiempo. Allí había una palanca.

Su anciano corazón bombeó excitado cuando empujó la palanca hacia arriba, la puerta se abrió, la luz del sol se deslizó al interior, el aire sopló: aire que cosquilleó en sus pulmones y luz que no le hizo parpadear. Sus pies lo estaban llevando afuera.

Clayton cayó en brazos de Jerry Chase.

No sabía que era Jerry Chase. Ya no sabía nada. Había sufrido demasiado.

Chase estaba contemplando el debilitado cuerpo que yacía en sus brazos.

—¿Dónde está el señor Clayton? —murmuró—. ¿Quién es usted?

Contempló la envejecida y arrugada cara.

—Pero... ¡si es Clayton! —jadeó—. Señor Clayton, ¿qué es lo que ha ido mal? Las descargas atómicas fallaron cuando puso en marcha la nave, y lo que pasó fue que continuaron estallando. La nave nunca abandonó la Tierra, pero la violencia de las descargas nos impidió llegar hasta usted hasta ahora. No podíamos acercarnos al «Futuro» hasta que se detuvieron. Hace un poco, la nave dejó de temblar, la hemos estado vigilando de día y de noche. ¿Qué le pasó a usted, señor?

Los apagados ojos azules de Richard Clayton se abrieron. Su boca tembló mientras, débilmente, suspiraba:

—Perdí... la medida del tiempo. ¿Cuánto... cuánto tiempo he pasado en el «Futuro»?

El rostro de Jerry Chase era grave cuando miró de nuevo al viejo y respondió, suavemente:

—«Tan sólo una semana».

Y, mientras los ojos de Richard Clayton se helaban con la muerte, el largo viaje terminó.

Viernes

John Kippax

Semirrecostados en la almohadilla cuna de acero, Bailey y Kromm contemplaban el tablero de mandos mientras la nave exploradora descendía los últimos metros que la separaban de la rocosa superficie de Krodos siete. Tensos, expectantes, contemplaban el tablero y esperaban, sabiendo que podían morir si la nave no aterrizaba como era debido. Su viaje había estado lleno de sobresaltos.

Se produjo una sacudida, y cuatro luces cambiaron de color; Bailey, el más joven de los dos hombres, desconectó una hilera de interruptores con ansiosos golpecitos de sus largos dedos; se reclinó hacia atrás con un suspiro de alivio, y el brillo del sudor se reflejó en sus facciones ascéticas.

Kromm, mucho más robusto y menos dispuesto a poner de manifiesto sus emociones, volvió la cabeza y favoreció a su compañero con una lenta sonrisa.

—Lo hemos conseguido.

Bailey no sonrió.

—Por los pelos. Y cuando regrese al Oppie alguien va a pagar por esto. ¡Palabra!

Kromm se encogió de hombros y hurgó en sus bolsillos en busca de un cigarrillo; ofreció el paquete a Bailey, pero éste no aceptó la invitación, de modo que Kromm encendió un cigarrillo para él con dedos firmes.

—¿Crees que fue simplemente un caso de falta de combustible?

Bailey estalló:

—¿Qué otra cosa podría ser? He conseguido descender gracias al combustible de la reserva. ¡Y ahora casi lo hemos agotado también! ¡Hay un oficial mecánico llamado Ramírez, que va a oírme en cuanto le eche la vista encima! —Bailey se puso en pie y se acercó a una de las mirillas de observación—. El aspecto no es desagradable —dijo—. Como la Tierra, hace cincuenta millones de años. —Se volvió hacia Kromm, que seguía fumando su cigarrillo—. Vamos, Kurt. Pon en marcha la radio y diles lo que nos ha sucedido.

Kromm se sentó delante del transmisor. Pulsó un interruptor, y el pequeño altavoz instalado en la parte superior del aparato comprimido dejó oír una sucesión de ruidos atmosféricos. Todo, con la posible excepción del propio Kromm, era comprimido. Aquella pequeña nave de dos plazas era una de las cuatro del enorme Oppenheimer, dedicado a la tarea de explorar el sistema Krodos.

Bailey esperó, tamborileando impacientemente con los dedos. Kromm sabía que el orgullo profesional de Bailey había resultado herido por el accidente. El hombre más alto murmuró:

—No contestan. ¿Por qué?

Kromm dijo:

—No lo se.

—¿Estás seguro de que sale tu llamada?

—Escucha tu.

Kromm pulsó un interruptor e inmediatamente se oyó la señal de llamada, repitiéndose una y otra vez.

—Pero, ¿estás seguro de que sale?

Kromm suspiró pacientemente.

—De acuerdo, les llamaré directamente, con mi dulce voz. —Descolgó un micrófono Y lo acerco a sus labios—. X-2 llamando al Oppenheimer, X-2 llamando al Oppenheimer. Cinco tres siete, seis dos uno, cuatro siete ocho. Krodos siete, encallados en Krodos siete...

Repitió la llamada y esperó. A través del altavoz continuaron llegando los ruidos atmosféricos. Nada más. El rostro de Kromm había adquirido una desacostumbrada expresión de gravedad.

—Nada —dijo Bailey. Contempló el pequeño altavoz, que seguía hablando en un lenguaje espacial—. ¿Estás seguro de que el aparato funciona bien?

—Sí —respondió Kromm, con cierta sequedad—. Esto no lo revisa ningún mecánico. El responsable soy yo. ¿Quieres que lo desmontemos?

Bailey estaba mirando de nuevo al exterior.

—Vamos a comer algo —dijo—, y luego te echaré una mano.

Tres horas después sabían que la radio funcionaba normalmente. Kromm dejó conectada la llamada y fue a reunirse con Bailey, el cual estaba comprobando los datos acerca del aire y de la humedad.

Bailey dijo:

—Las condiciones son muy parecidas a las de la Tierra.

—El jefe estará contento.

—¿Tendremos la oportunidad de comunicárselo? —preguntó Kromm—. Nadie sabe que estamos aquí. Dentro de una semana, tendremos que dirigirnos a aquel hermoso valle que se extiende debajo de nosotros, en busca de algo que comer. En una época determinada me pareció estar interesado en la exploración preliminar de Krodos siete; ahora no soy más que un individuo interesado en saber de dónde le caerá el maná. Dame ese almanaque.

Bailey le entregó el voluminoso tomo, y su compañero lo ojeó unos instantes.

—Ahora, veamos si consigo recordar lo que significan esas señales... —murmuró Kromm.

—Una estrella verde —dijo Bailey— significa que la información tiene quinientos años de antigüedad.

—Es cierto, ahora lo recuerdo —dijo Kromm—. Algunos de aquellos hombres

primitivos llegaron bastante lejos, ¿verdad? —Consultó de nuevo el almanaque, deteniéndose de cuando en cuando a consultar la lista de señales. Días de veinticinco horas... inclinación axial insignificante... dos lunas... —Recorrió el final de la doble hilera de símbolos con un grueso pulgar—. Cuatro ies... Subrayado. —Su rostro cambió de expresión—. ¡Dios mío! Wallace dijo algo acerca de...

Encontró el significado del símbolo. Soltó el libro y miró a Bailey. Estaba muy pálido.

—¿Qué sucede? —preguntó Bailey.

—Es la clasificación de la ionosfera —dijo Kromm, en tono lúgubre.

—¿Y bien?

—Es muy elevada; en realidad, ése es el motivo de que no hayamos podido establecer contacto con el Oppenheimer. La ionosfera de este planeta es tan compacta que las señales de radio —por lo menos las emitidas por nuestro transmisor— no pueden atravesarla.

—Entonces, estamos encallados —dijo Bailey.

Descubrir que el paisaje de Krodos siete que podían divisar era agradable, fue una pobre compensación. Un cálido sol amarillo brillaba encima de las pardas rocas de la llanura; al otro lado del arrecife había valles cubiertos de vegetación de aspecto familiar; se oía el rumor de unas corrientes de agua, y en el fondo del suave declive que formaba la llanura había un pequeño lago, con una ancha playa arenosa.

Pasearon a lo largo de la playa hasta el lugar donde un riachuelo vertía sus aguas en el lago a través de un rumoroso canal. Llevaban unos buzos ligeros y una pistola en la cadera. Bailey no hablaba mucho, y Kromm pensó que se debía al hecho de que estaba enojado con él por su contratiempo; aunque, incluso suponiendo que hubiera sabido antes lo del grosor de la ionosfera, ¿qué podía haber hecho? ¿Instalar una radio más potente? Imposible; las naves exploradoras como la suya estaban sobrecargadas.

Kromm se sentó en una roca y contempló el riachuelo; luego algo los ojos hacia el lugar donde estaba la nave, inutilizada.

—Esto es casi como la Tierra —dijo.

—Uh —dijo Bailey.

—¿Sigues pensando en armar jaleo cuando regreses?

—Sí.

—Si es que regresas.

Bailey dijo:

—Vendrán a buscarnos.

—Desde luego; el problema consiste en saber cuándo. Podemos estar en el último de los cinco planetas que explorarán.

—Uh.

—A pesar de todo, podía haber sido mucho peor; podíamos haber caído en un

mundo helado, y vernos obligados a ponernos los trajes espaciales. —Enarcó las cejas al ver a un pequeño lagarto de pies espatulados; el brillante ojo del animal le miró fijamente—. ¿Te parece que empecemos tomando una muestra del agua?

Bailey asintió. Kromm llenó un frasco de agua. Luego echaron a andar a lo largo de la playa. Bailey se detuvo al lado de un segundo riachuelo.

—Mira —dijo rápidamente—. Fíjate en la pendiente que forman las orillas.

Kromm comprendió lo que quería decir.

—Según el almanaque, no hay habitantes humanoides.

—Entonces, ¿quién ha hecho ese canal tan recto?

—De acuerdo. —Kromm desenfundó su pistola. Luego echó a andar corriente arriba, donde el agua formaba un rugiente torbellino antes de precipitarse en el canal.

Bailey le acompañó. Kromm dijo:

—La corriente es muy rápida; es posible que el canal sea natural. —Alzó la mirada hacia la ladera rocosa—. Cerca de la cumbre hay una especie de cascada. ¿Quieres que subamos, o esperamos para ver qué animales bajan a beber?

—Vamos a subir —dijo Bailey.

Iniciaron la ascensión, manteniéndose cerca de la corriente de agua, pero no vieron ninguna prueba más de trabajo humano o humanoide.

Kromm, fatigado por la ascensión, gruñó:

—Aunque el almanaque no sea exacto, probablemente está en lo cierto al señalar que no hay humanoides. ¡Hola! ¿Qué es esto?

«Esto» era un angosto sendero que discurría a lo largo de la parte frontal de la ladera, invisible desde abajo, y que ahora se revelaba como un camino por el cual un hombre podía andar fácilmente.

Bailey ayudó a Kromm a subir; luego dijo:

—No te muevas. Mira este sendero. Fíjate en las rozaduras y en las señales que hay sobre la roca.

—¡Sí! —jadeó Kromm—. Por aquí hay algo; algo muy grande. —Empuñó su pistola—. Parece como si hubieran pasado algunos animales.

Dio un paso adelante, pero Bailey le cogió por el brazo.

—Un momento. Fíjate en las señales: una rozadura larga, y luego una rozadura más corta una yarda más adelante y dos pies a la izquierda de la primera. Luego se repite, casi sin variación.

Avanzó sin hacer ruido hacia el lugar donde el sendero empezaba a girar.

Kromm siguió a Bailey, murmurando:

—No sé qué pensar. Es un animal, pero...

Bailey le indicó que se callara y susurró:

—Sea cual sea ese animal, ahí está su madriguera.

La boca de la caverna tenía ocho pies por seis, aproximadamente, y era toscamente ovalada. Los dos hombres permanecieron inmóviles, mirando. La susurrante voz de Bailey sonó con un acento de triunfo.

—¿Conoces algún animal que se preocupe de dar una forma como ésa a la entrada de su madriguera? —preguntó—. ¿O que utilice herramientas?

Kromm apretó los labios y sacudió la cabeza. Empujó ligeramente a Bailey.

—Vamos —dijo—. Yo iré detrás.

Se deslizaron silenciosamente hasta la entrada de la cueva. Ahora podían ver claramente las señales que las herramientas habían dejado en la roca; el interior estaba a oscuras.

Kromm recogió una piedra y la arrojó al interior de la caverna; los dos hombres empuñaban sus pistolas, preparados para disparar. La piedra produjo un leve chasquido en su caída, y luego todo volvió a quedar silencioso.

Bailey encendió su linterna; Kromm le imitó. A continuación, los dos hombres penetraron en la cueva, andando con grandes precauciones, proyectando a uno y otro lado los rayos de sus linternas.

Los dos lo vieron al mismo tiempo. En el centro de la cueva había una pequeña mesa de acero, y pegada a una de las paredes había una cama, con los restos de sábanas y mantas. Apenas se fijaron en los otros muebles; su atención quedó presidida por la mesa: sentado en una silla y derrumbado sobre la mesa, había un esqueleto humano... Acercándose más, examinaron los restos. Humanos, desde luego, y antiguos, ya que los huesos estaban blancos y limpios.

—Quién sería —susurró Kromm. Paseó lentamente el rayo de su linterna por las paredes, observando los muebles de acero, los archivadores, los restos de lo que podía haber sido un traje espacial—. No es un espectáculo demasiado agradable —murmuró.

—Todos tenemos que morir algún día —dijo Bailey—. ¿Qué es esto? —Cogió lo que parecía ser un libro de un estante. Sopló con cuidado el polvo que lo cubría, y leyó la medio borrada inscripción: «Diario de navegación del Thunderer enero-diciembre de 2827».

—¿Qué fecha?

—Dos mil ochocientos veintisiete..., hace casi trescientos años.

Kromm se acercó a su campanero; estaba profundamente impresionado.

—Ábrelo —dijo.

Bailey alzó cuidadosamente la cubierta, pero su precaución no sirvió para nada: el papel de debajo no era ya papel, era polvo, polvo que se desintegró en el aire.

Kromm profirió una ahogada exclamación.

—Acaba de desvanecerse la posibilidad de enterarnos de las andanzas de ese Thunderer...

—¿Quién lo tripulaba? ¿Por qué aterrizó? ¿Qué cargamento llevaba? ¡Bah! No lo sabremos nunca... —Bailey se disponía a tirar la cubierta del diario, pero Kromm le cogió del brazo.

—¡Espera! Hay algo escrito en la parte interior de la cubierta.

Se dirigieron a la entrada de la cueva; las palabras estaban casi borradas, pero

resultaban legibles, en parte. Bailey murmuró:

—... no puedo vivir mucho más tiempo. De no haber sido por Viernes, creo que me habría vuelto loco... la valiosa carga perdida... ¿Qué te parece la firma?

—Creo que es G, Holland, Capitán —dijo Kromm.

—Trescientos años —murmuró Bailey.

—¿Vamos a seguir explorando?

—No. Regresaremos a la nave, y trataremos de poner en marcha la radio.

—Estamos de suerte —dijo Kromm en tono lúgubre—. Si tuviéramos una nave un poco mayor, llevaríamos un generador para la radio, en vez de baterías.

—Tenemos que seguir intentándolo —dijo Bailey. Alzó la mirada hacia la ladera rocosa—. ¿Probamos a regresar por ese camino?

—Será mejor que tomemos el camino de la playa —dijo Kromm.

Regresaron por el mismo camino que habían seguido al ir. La arena de la playa era del mismo color que las rocas; la vegetación era de un verde violento, el cielo intensamente azul. Aquella combinación de colores resultaba muy espectacular, pero no despertó el menor entusiasmo en Kromm.

Dijo:

—Me pregunto cuánto tiempo viviría el capitán Holland.

—Si él pudo vivir aquí, también nosotros podremos hacerlo; ahora me siento un poco más animado.

Kromm escupió en la arena.

—Me alegro de que lo estés; podemos pasarnos aquí una eternidad. Mañana tendremos que buscar el otro esqueleto.

—¿Qué otro esqueleto?

—El de Viernes.

—A lo mejor era un perro. Y si el tal Viernes murió antes que Holland, éste pudo haberle enterrado.

—Es posible.

Kromm se interrumpió, y se quedó contemplando el suelo arenoso con expresión de asombro. Luego se arrodilló para examinar las huellas más de cerca. Bailey le imitó.

—¡Una pisada humana!

Se miraron el uno al otro en silencio durante quince segundos. Kromm preguntó:

—¿Crees que lo es?

—Algo muy parecido, por lo menos.

—Los talones están hundidos más profundamente. ¿Por qué?

—Por el mismo motivo que sólo hay dos huellas. Había estado saltando de roca en roca; aquí las rocas están muy separadas, de modo que se vio obligado a saltar sobre la arena.

Kromm contempló pensativamente el hermoso paisaje que les rodeaba, acariciando su pistola.

—Ése... humanoide puede hacernos una visita, ¿no?

—Desde luego —Bailey se puso en pie, se sacudió la arena de sus rodillas y se dirigió hacia la roca más próxima—. Mira, aquí hay otras señales como las que encontramos en el sendero que conducía a la caverna.

Su compañero se acercó a mirar.

—Uh —dijo—. Me alegro de que no tropezáramos con él allí, sea lo que sea. ¿Vamos a probar con esa radio?

A la mañana siguiente comieron de un modo frugal. Kromm parecía experimentar un morboso placer enumerando los factores negativos de su situación.

—La comida nos durará otros seis días; el agua no va a faltarnos. Las baterías no durarán más de una quincena, aunque las utilicemos solamente un par de horas al día. Hay un esqueleto en una cueva, que espera ser enterrado, y Dios sabe cuántos humanoides vigilando todos nuestros movimientos. Un panorama encantador, ¿verdad?

Bailey aplastó su cigarrillo.

—¿Salimos? —inquirió. Se puso en pie y asomó las piernas por la portezuela de salida hasta que encontró la escalerilla—. Odio esta nave. Hubo una época en que creía que las naves de exploración eran algo magnífico, pero ahora he cambiado de parecer. Padezco claustrofobia, y tengo la impresión de ser un inepto, ya que una de estas naves, la reparación de cualquier avería es un trabajo de especialista. Ten cuidado, no vayas a darme en la cabeza con los pies...

En el exterior, a la esplendorosa claridad del sol matinal, se dirigieron de nuevo hacia la playa, ansiosos por ver las huellas de pasos, ansiosos por saber si habría más. Pero lo único que encontraron fueron las mismas huellas del día anterior, ligeramente borradas por el viento. Al llegar al segundo riachuelo volvieron a ascender la ladera hasta el sendero de roca.

—Pienso —dijo Bailey mientras avanzaban a lo largo del angosto camino— que Holland pudo utilizar otras cuevas. Ayer no pasamos de la cueva donde se encuentran sus huesos. Creo que deberíamos explorar a fondo estos alrededores. Tal vez descubramos algo útil.

Estaban en la entrada de la cueva. Kromm iba a encender su linterna, cuando se detuvo y aferró el brazo de Bailey.

—¿Qué sucede?

La voz de Kromm fue apenas audible; llegó como un leve susurro, mientras el propio Kromm sacaba su pistola.

—¡Algo se ha movido ahí dentro!

Bailey saltó hacia un lado de la entrada, y Kromm saltó hacia el otro. Desde el interior llegó un apagado sonido. El dedo pulgar de Kromm se echó hacia atrás, soltando el seguro de su arma; Bailey ya lo había hecho. El sonido se repitió: una especie de roce metálico. Los dos hombres permanecieron completamente inmóviles,

empuñando fuertemente sus pistolas.

Luego, una voz pronunció una palabra.

—Amo...

Era una voz monótona e inexpresiva.

Kromm miró a Bailey con la boca abierta por el asombro.

—¿Has oído...?

—Amo —repitió la voz, esta vez con más claridad. En el sombrío interior de la cueva se movió una figura. Los rayos luminosos de las linternas de los dos hombres iluminaron simultáneamente la oscuridad, posándose sobre una brillante forma humanoide—. Amo...

Bailey se asomó a la entrada de la cueva, proyectando de lleno la luz de su linterna sobre el robot.

—Ven aquí —ordenó.

El robot salió y se quedó de pie junto a la entrada. Tenía un metro ochenta de estatura, era completamente articulado, y su pequeña cabeza de forma oval parecía indicar que poseía un cerebro de tipo muy evolucionado. Kromm leyó una inscripción en una de sus planchas: «Robot U-E. Birmingham, Inglaterra. Número de serie 43.123. A/M».

—¿Qué significa A/M?

El propio robot contestó con su monótona voz:

—Soy un robot de Aptitudes Múltiples. Viernes.

—¿Viernes?

—Tengo un nombre, del mismo modo que lo tienen los humanos.

Bailey dijo:

—Cuéntenos cómo llegaste aquí.

Viernes dijo:

—El Thunderer fue uno de los primeros navíos espaciales de gran tonelaje utilizados para transportar mercancías. Tuvimos una avería en los motores, y esto nos alejó de nuestra ruta normal. Luego sufrimos otra avería, y nos vimos obligados a aterrizar aquí. Lo hicimos en las grandes montañas de bronce. Sólo sobrevivió el capitán Holland.

—¿Trabajabas a bordo de la nave? —preguntó Kromm, y después de haberla formulado se dio cuenta de que era una pregunta tonta.

—No. El cargamento era de robots... —Súbitamente, la voz tartamudeó—. Estoy débil. Pronto habré terminado como el capitán.

Bailey dijo:

—¡Pero eso ocurrió hace trescientos años!

—Sí —dijo Viernes—. Años. La medida de tiempo del hombre. Mucho tiempo, amo.

—Durante trescientos años —murmuró el asombrado Kromm—, esta máquina ha estado paseando por aquí, siguiendo las normas diseñadas para él por sus

constructores. ¡Trescientos años!

—¿Cómo has podido durar tanto tiempo? —preguntó Bailey.

—Ven —respondió el robot, y avanzó a lo largo del túnel hasta llegar a una cueva mucho mayor excavada en la roca. El robot se adentró unos pasos en la cueva y luego se detuvo—. Mira —dijo.

A la escasa claridad, pudieron ver cajas y envases de todos los tamaños, pero lo que atrajo su atención fueron los restos desmontados de varios robots.

—De este modo he podido sobrevivir —dijo Viernes—. El cargamento, como ya he dicho, estaba compuesto en su mayor parte de robots de aptitudes múltiples. Los he utilizado para continuar, incluso después de que el capitán terminó. Pero ahora ya no hay más piezas de repuesto. Pronto terminaré. ¿Puedo servirlos en algo?

—Vamos a echar una mirada ahí dentro —dijo Kromm. Entró en la cueva, paseando la luz de su linterna por todos los rincones—. ¡Mira, aquí hay cajas de provisiones! Tal vez podamos utilizarlas.

—¿Después de trescientos años? —preguntó Bailey, que se había acercado a mirar.

—Nunca se sabe... ¿Qué es esto?

Bailey leyó la inscripción que había en la caja. «Transmisor, A7. Alcance Inf».

Los dos hombres se miraron, y se dieron cuenta de que los dos estaban pensando lo mismo.

—Suponiendo que funcione —dijo Bailey—, ¿dónde vamos a procurarnos la energía?

Kromm hizo oscilar su linterna.

—¿Qué hay allí?

Según las etiquetas pegadas a una docena de botellas de plástico opaco herméticamente cerradas, había en ellas «Ácido para Cargar Baterías».

—¿Ácido para baterías? —preguntó Bailey.

Kromm estaba pensando con rapidez.

—Sí, desde luego. La acción química como fuente de energía eléctrica. Es lo que utilizaban. Si el transmisor está en buenas condiciones, podremos hacerlo funcionar. ¡Viernes, ven aquí!

El robot obedeció. Kromm señaló las cajas y las botellas que deseaba llevarse, y, utilizando un par de cajones como banco, Bailey y él levantaron el antiguo transmisor, increíblemente voluminoso para lo que estaban acostumbrados a ver.

Kromm trabajaba con entusiasmo, pero de repente se interrumpió, se dio un manotazo en la frente y empezó a gruñir.

—¿Qué sucede? —inquirió Bailey.

—Soy un estúpido. Tendremos que llevar todo esto hasta la nave.

—¿Por qué?

—Porque la única antena de que disponemos está allí, y será más rápido que Viernes lleve esto a la nave, que desmontar la antena y traerla. Viernes, ¿puedes

levantar esas cajas y transportarlas a una distancia de ochocientos pasos, aproximadamente?

—Estoy débil, pero lo intentaré.

Kromm contempló un momento al robot con expresión compasiva.

—Lo siento por él —dijo.

—Es una máquina —le recordó Bailey.

—Pero es el último eslabón con el capitán Holland. Vamos, tenemos mucho trabajo.

A Kromm le había sorprendido la sensación que experimentó al ver a Viernes tambaleándose bajo el peso de las cajas que contenían los elementos que necesitaban. Había tratado muy poco con robots, y el espectáculo de la máquina humanoide medio hundida bajo el peso de su carga le había afectado; y cuando habló con Viernes, y el robot le respondió con su monótona voz, le pareció que se sentía aún peor. Hacía trescientos años que existía aquella máquina, trescientos años, como si les hubiese esperado.

A última hora de la tarde, Kromm había montado el antiguo transmisor, y las baterías zumbaban silenciosamente mientras Kromm comprobaba las conexiones. Un delgado cable serpenteaba a través de la portezuela de salida: era la conexión con la antena.

—¿Está todo listo? —preguntó Bailey.

—Sí. —Kromm contempló una saeta que oscilaba ligeramente—. Este transmisor tiene una potencia dos veces superior a la del transmisor de la nave: lo que necesitábamos. Ahora, todo depende del lugar donde se encuentre el Oppie. Además, no tengo la menor idea de los efectos del sol sobre la transmisión. —Pulsó un interruptor y se encendió una diminuta lámpara amarilla. Kromm dio un suspiro de satisfacción. Luego miró a su alrededor—. ¿Dónde está Viernes?

El robot no se vela.

—No lo sé —respondió Bailey.

—Estaba debilitándose a ojos vistas —dijo Kromm.

—Es una máquina —dijo Bailey.

—Sí —dijo Kromm pensativamente—. No es más que una máquina... —Pulsó otro interruptor y empuñó el micrófono—. Nave de exploración dos llamando al Oppenheimer. Kromm llamando. Encallados en Krodos siete, Krodos siete.

Lo repitió varias veces, luego se interrumpió y escuchó. No se oyó nada... únicamente los ruidos atmosféricos a través del pequeño altavoz.

Kromm y Bailey se miraron.

—Bueno... —dijo Bailey.

Kromm dijo:

—Todavía es pronto. —Se quitó los auriculares, y se los entregó a Bailey—. Sigue transmitiendo; yo voy a buscar el repetidor de la nave y lo colocaremos aquí.

Cuando regresó con el repetidor, cinco minutos después, Bailey había dejado de

transmitir. Kromm grabó el mensaje y lo colocó en el repetidor, y luego los dos hombres se sentaron y fumaron, fingiendo que no estaban aguzando los oídos en espera de una voz humana procedente del altavoz.

—Trescientos años —murmuró Kromm—. Apenas puedo creerlo.

El altavoz carraspeo.

—Atención, Kromm... atención, Kromm. Oppenheimer llamando a Kromm.

Los dos hombres lanzaron un aullido al mismo tiempo. Kromm desconectó el repetidor y habló directamente. Hubo una pausa de casi tres segundos.

—¡Atención! ¿Quién está transmitiendo?

El operador del Oppenheimer se identificó.

—Aquí M'Bala. ¿Qué ha sucedido?

Kromm empezó a explicárselo, pero se vio interrumpido por Bailey, el cual se desahogó expresando la opinión que le merecían los mecánicos del Oppenheimer.

—¿Se encuentran ustedes bien?

—Ni un rasguño —dijo Kromm.

—Vamos a enviarles la nave exploradora número tres dentro de doce horas terrestres; seguiré la patrulla de reparaciones. Pónganse a la escucha dentro de diez horas terrestres. ¿Entendido? Corto.

—Entendido y corto —dijo Kromm, quitándose los auriculares y profiriendo un suspiro de alivio—. ¡Diablos! —exclamó—. Cada vez me siento más débil.

—Lo mismo que yo —dijo Bailey.

—Pero feliz: necesito decírselo a alguien. ¡Ya está! —exclamó Kromm—. Buscaré a Viernes y se lo diré a él. Sin él no habrían podido localizarnos. probablemente.

Bailey sonrió.

—Desde luego. Vamos a decírselo.

Recorrieron otra vez el mismo camino, hasta llegar a la entrada de la cueva. Allí estaba el robot, tendido en el suelo. La luz piloto había dejado de brillar en la parte delantera de su cabeza.

Kromm se inclinó sobre él.

—¡Viernes! —susurró.

Esta vez, Bailey no le recordó que Viernes no era más que una máquina. Kromm pulsó el interruptor de contacto del robot, inútilmente.

—No funciona —dijo Bailey.

Kromm se incorporó lentamente; por un instante, pensó en el esqueleto que había en el interior de la cueva; luego se volvió a mirar al robot.

—El último eslabón ha desaparecido —dijo.

A continuación, y en silencio, empezó a descender la ladera rocosa. Bailey le siguió. Cuando llegaron a la dorada playa y pudieron andar uno al lado del otro, Kromm se detuvo.

—Mañana enterraremos los huesos de Holland —dijo.

—Sí, mañana —dijo Bailey.

—¿Crees...? —empezó Kromm. Tras una breve vacilación, continuó—: ¿Crees que sería una estupidez hacer lo mismo con Viernes?

Bailey le miró pensativamente.

—No —dijo—. Creo que no.

Unos pasos más allá, Kromm volvió a detenerse. Esta vez no dijo nada. Se limitó a mirar lo que quedaba de las huellas de dos pisadas casi humanas, apenas visibles ya en la arena.

Planta química

Ian Williamson

El crucero averiado descendió rápido y casi sin control. De la plantilla de hombres que lo manejaba, diecisiete estaban inactivos a causa de la brutal desaceleración. Estaban diseminados en sus diferentes puestos por toda la nave; cada uno de ellos soportaba su cuerpo sentado, tumbado o en la postura que le parecía más cómoda; asidos a un raíl o a un puntal, con los dientes apretados y los ojos cerrados. Y en cierto modo esos diecisiete eran los más afortunados: sólo tenían que aguantar, mientras que los otros tres que estaban en la cabina de mando tenían que actuar además.

De los tres, el piloto, en cuyas manos estaba el escaso control de la situación que quedaba, era, naturalmente, el más afectado. Había tenido que luchar con la nave desde los niveles más altos del hidrógeno hasta la más baja troposfera, desde una incandescencia meteórica a un descenso brusco, casi suicida. Habían quedado fuera de servicio dos máquinas y estaba esperando que se inutilizara la tercera y última. Era una soberbia lección de pilotaje, porque el *Persephone* se había estado moviendo a velocidades interestelares poco tiempo antes. El capitán tenía instalado un micrófono delante de él y lanzaba con gran trabajo palabras a través de él, agotándose casi los pulmones. A su lado, el vigía estaba tumbado boca abajo delante de su teclado. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta, porque tenía un trozo de papel enguantado entre los dientes. Esto hacía disminuir el silbido de su respiración lo suficiente para que impidiera que se interfiriera con el torturado esfuerzo del capitán por transmitir sus órdenes con su micrófono. Manejaba el teclado de las llaves de control con mano trémula.

De pronto, milagrosamente, cesó la presión mortífera; despacio, deliberadamente, el gran elefante inercia levantó su pata de encima de cada uno. Dio media vuelta y se sentó.

—Hazle descender rápidamente —dijo el piloto, ahora que volvía a ser posible hablar normalmente— en cualquier momento podrán marchar.

El capitán Bascoinhe buscó en el desconocido paisaje para encontrar un punto identificable, un hito que le sirviera de señal. Por debajo de ellos había un continente de rocas peladas, de monótono paisaje. Al borde se veía un brillante mar azul. Había un estuario, un pequeño valle con mucha vegetación y un río con varios lagos. A pesar de lo apurado de la situación, el capitán tuvo ocasión de asombrarse.

—Sirius —dijo—, ¿qué demonios es esto? —y sin esperar respuesta dijo al piloto —: Haznos bajar aquí. Aquí no habrá dificultad alguna en localizarnos—. Y al vigía

—: Di que estamos aterrizando en el extremo oeste de un continente ecuatorial, cerca de cinco lagos de colores. Aterrizaremos —hizo otra pausa para examinar más de cerca el paisaje inclinado, que ahora veía cada vez con más claridad— cerca del rojo.

Al lado del lago se veía un espacio plano en medio de la vegetación y pensó que tendría suficiente espesor para aguantar la nave, a pesar del aterrizaje violento que tendrían que realizar. Las dos máquinas averiadas apenas ayudaban a contener la caída vertiginosa y el *Persephone* dio un fuerte choque contra el suelo.

El piloto separó las manos de los controles, puso los brazos con precaución encima del cuadro de distribución y apoyó la cabeza sobre ellos, gozando del lujo de una mera existencia pasiva. Nadie le daba golpecitos en la espalda ni le estrechaba la mano. Acababa de salvar las vidas de todos con una hazaña sin precedentes de pericia y tesón, pero en el Servicio Interplanetario no suele haber heroicidades de esta clase. Demostraron suficientemente su gratitud no molestándole, para que pudiera descansar mientras la tripulación celebraba el estar todavía con vida.

El último resto de energía de las baterías se agotó con las constantes llamadas angustiosas, y el capitán nombró a los que deberían entrar de guardia. Había poco más que hacer que esperar a que vinieran a rescatarlos. Los que no entraban de guardia se retiraron a dormir.

Durmieron durante cuatro horas, hasta que les despertaron bruscamente las voces de los que montaban guardia y el movimiento de la nave. Ésta estaba inclinada de una manera alarmante y todavía se movía. Una rápida inspección por los portillos laterales mostró en seguida a qué era debida esta inclinación. La vegetación azul sobre la cual la nave había aterrizado se había enrollado, formando un bulto debajo del casco, y poco a poco la fue inclinando por la ladera que acababa en el lago. Cuando habían llegado a esta conclusión, un nuevo empuje hizo que la nave volcara completamente. Todos corrieron hacia los portillos para salir, pero con el calor incandescente que sufrió al atravesar la atmósfera todo el metal del casco se había hecho una sola plancha y no se podía salir. Las baterías estaban agotadas y no había luz, y, por tanto, nada se podía hacer. Estaban sin medios de comunicación. Los soldados podrían haber abierto con el soplete un agujero para salir, pero sin energía eléctrica no se podía. Lentamente, pero con un continuado impulso, el navío interplanetario fue deslizándose metro a metro hasta el borde de la ladera...

Dos naves captaron las señales de socorro e inmediatamente fueron en su auxilio hacia el planeta indicado. La más pequeña, y más próxima, era la nave planetaria *Hannibal*, al mando del capitán Britthouse. La otra nave era la interplanetaria *Berenice*, cuyo comandante era Japp.

A ninguno de estos dos oficiales le agradó recibir la señal. Sus respuestas fueron rápidas, como no podían dejar de serlo, pero no se consideraban en la obligación de fingir impaciencia por ir a salvarlos.

El comandante Rupert Japp iba de camino a una reunión mucho más importante; de hecho, a la misma a la cual se dirigía el *Persephone* cuando su protección de

inercia voló. Esta reunión era nada menos que la reunión de toda la Flota del Sector a la terminación de las maniobras decenales en gran escala. El comandante Japp esperaba encontrarse mismamente delante de las narices del propio almirante y estaba ansioso por aparecer pronto allí. La señal de alarma puso fin a sus planes, y a los pocos minutos toda la nave estaba desalentada con su mal humor.

El capitán William Benjamin Britthouse estaba no menos disgustado que Japp. El también tenía una cita, pero no con una flota, ni tampoco con un almirante, sino con una chica. Tenía el anillo en el bolsillo. La señal de auxilio descompuso también sus planes, pero hizo un cálculo rápido y vio que no durmiéndose y trabajando intensamente podía emplear tres días en el salvamento y llegar a tiempo a su cita. Esto quería decir que disponía de cuatro horas para obtener la licencia, encontrarse con Jenny, declarársele, casarse con ella y llevarla a bordo del *Trans-Galactic* expreso con destino a la Tierra. Creía que tendría el tiempo justo para hacerlo todo. Pitó llamando a sus oficiales, tenientes Bob Crofton y John Michelson, para explicarles lo importante que era darse prisa.

Durante el tiempo que tardaron las dos naves en acudir al salvamento las Fuerzas Planetarias e Interplanetarias se enfrascaron en una de sus innumerables discusiones. La Fuerza Planetaria sostenía que desde el momento en que la nave averiada estaba en una superficie planetaria y además había lanzado una llamada pidiendo auxilio, era evidente que el caso caía de lleno en su jurisdicción y el dirigir la operación incumbía al capitán Britthouse. Los Interplanetarios, como es natural, eran contrarios a esto y alegaban que era una nave interplanetaria la que estaba en apuros, y un comandante, nada menos, que iba en su auxilio, no necesitaba para nada que un cerdo planetario metiese las narices en ello. De todos modos, con las vidas de veinte hombres en juego no podían plantear este problema oficialmente, contentándose con la presunción de que, evidentemente, la solución estaría en que el mando de la operación recayese en el de más edad de los dos oficiales en cuestión. El hecho de que el comandante Japp fuese mayor que el capitán Britthouse, y también su superior jerárquico, era, naturalmente, puramente fortuito. Puramente.

En un nivel estratosférico remoto en el orden jerárquico se llegó a un compromiso: la jefatura de la operación sería asumida automáticamente por el oficial que mandase la nave que primeramente entrase en la atmósfera del planeta en que el *Persephone* había sufrido su accidente. El mensaje pidiendo ayuda había llegado simultáneamente a las dos naves y justamente en el momento en que entraban en la atmósfera se comunicaron entre sí y continuaron navegando juntas.

El capitán Britthouse rió. Cuando Bill Britthouse reía se oía su risa en casi toda la parte delantera de la nave. Era un sonido muy familiar en esta nave de la Fuerza Planetaria, una cosa imperdonable en una nave oficial. Paseó el mensaje por delante de las narices de sus dos oficiales y se sentó, limpiándose las lágrimas; era todavía lo suficientemente joven para considerar la situación muy graciosa.

Cuando se quedó tranquilo y pudo hablar normalmente dijo:

—Bueno. Por lo menos, nos han dado algún trabajo que hacer. Podemos sacar a esos idiotas de ese hoyo donde se han metido y dejar a la superioridad que adjudique después a cada uno su parte —y volviéndose al operador de comunicaciones añadió —: Presénteles mis cumplidos al comandante de la nave interplanetaria y propóngale una conferencia para discutir a ver cómo vamos a cooperar en el salvamento.

El comandante Japp se sintió muy molesto al recibir este mensaje, porque esperaba que el otro se hubiera puesto a sus órdenes, ofreciéndole sus servicios; pero esta oferta de cooperación era prácticamente un insulto. «¡Cooperar! ¡Vaya! ¡Con un simple capitán!». Envió un mensaje al capitán exigiéndole ásperamente que rectificase inmediatamente esa intolerable situación. Entre tanto, se creyó en la necesidad de burlarse un poco de ese cachorrillo. Sugirió que lo mejor sería localizar primero la nave averiada. (De este modo el capitán Bascombe, del *Persephone*, no tendría más remedio que someterse a sus órdenes y esto lo arreglaría todo. Desgraciadamente no pudo, porque ya no existía el *Persephone*).

El capitán Britthouse estaba durmiendo cuando el teniente Michelson le llamó al cuarto de control. Envolvió lo que quedaba de su almuerzo en algo que se semejava a un *sándwich*, y se fue con ello en la mano. En ese momento estaban sobre el mar y se aproximaban a una costa. El mar *era* verdaderamente un mar de un azul brillante y no de ese azul oscuro de los mares de la profundidad y la dispersión. Era un azul que ofendía la vista.

—Bajemos aquí, Mike —dijo Britthouse—, para ver esto más de cerca. Es el mar más raro que he visto.

Cuando bajaron más, vieron que era vegetación. Billones de hojas sin forma, como nenúfares, cubrían la superficie del Océano, que parecía sólido, en una extensión de centenares de millas.

Se veían algunos canales ocasionales oscuros y amenazadores, con unas olitas blancas que señalaban la presencia de corrientes. Se volvieron a elevar un poco para seguir buscando el *Persephone*.

El teniente Michelson leyó y releyó la señal de socorro y no cogía bien el sentido de ella.

«... una fila de lagos de colores. Hemos aterrizado al lado del lago rojo. Tenemos las máquinas completamente destrozadas y las baterías...».

Aquí quedaba cortada.

—¿Por qué se preocupa? —le espetó al oído Britthouse. Se sentó enfrente de él, al otro lado de la mesa, señalando a la pantalla, donde se veía la costa—. Están ahí, ¿no es eso?

Efectivamente, allí había cinco maravillosos lagos en medio de la verde planicie; parecían joyas sobre terciopelo. Todos de diferentes colores. Había uno rubí, uno zafiro, uno esmeralda, otro...

—Pero ¿dónde está el *Persephone*? —preguntó Britthouse, extrañado.

Nadie pudo contestarle a esta pregunta, ya que el *Persephone* no había duda de que no estaba al lado del lago rojo.

De creer lo que habían dicho en la petición de auxilio, tenían las máquinas tan estropeadas cuando aterrizaron que el moverse por sus propios medios estaba fuera de lo posible. Localizar el sitio que habían dicho era fácil y seguro, y, sin embargo, no estaba allí.

Michelson bajó la nave otra vez, para inspeccionar el lugar más de cerca, y pasó sin ver a la nave *Berenice*, que estaba inspeccionando por encima del valle sin haber perdido tiempo en investigar sobre el mar... El *Hannibal* llegó hasta la boca del estuario y Britthouse dio un vistazo rápido a todo el conjunto. El color azul cielo del mar hacía fuerte contraste con una ancha franja en la orilla, que era de un color oscuro y llegaba hasta la playa.

—Parece como si la vida vegetal saliera del mar aquí —comentó Britthouse—. Parece un poco tarde, Bob. ¿Cómo está la atmósfera?

—Como la de la Tierra, aproximadamente, sólo que con un diez por ciento de oxígeno, poco más o menos.

—Entonces está bien —respondió—. Aterrizo aquí mismo, Mike, y luego vamos río arriba.

La planta marina crecía por todo el estuario del pequeño río, dejando solamente unos canales en el centro por donde corría el agua. El valle, con su serie de lagos, estaba lleno de vegetación, que lo cubría todo, incluso los lagos. Únicamente había una meseta más alta, por lo que se veía que no era todo un pantano.

—Quizá haya obrado sabiamente después de lo sucedido —dijo Britthouse—, pero lo que no hubiera hecho jamás es descender en semejante lugar. Es demasiado bonito para ser saludable.

Sus tenientes asintieron. Su larga experiencia de hombres planetarios les había enseñado que la vida suele hacer extrañas jugarretas a los incautos; por regla general, suelen ser escépticos hasta que están en dique.

—¿Por qué supone que lo ha hecho? —preguntó Crofton.

—La idea era bastante buena —dijo el capitán—, sabía que sus máquinas estaban acabadas y que su radio podía fallar de un momento a otro. No tenía tiempo de escribir un informe completo para el globo, y con una radio inutilizada no podía indicarnos un punto fijo. Así, pues, tenía que encontrar un mojón importante. Seguramente que así lo hizo, pero no tenía necesidad de aterrizar allí mismo. Podía haberse colocado en aquella meseta cercana y hubiese sido igualmente fácil encontrarla. La cuestión es que ahora no está ahí. Lo mejor será que enlace con el *Berenice*, y sugiérales que establezcamos una base en la meseta, en la cabeza del valle, y elaboremos un plan de acción.

El comandante Japp disintió. Estaba acostumbrado a operar desde su nave. Para él una superficie planetaria era o un puerto o un lugar que se debe evitar. De acuerdo con esto, invitó al capitán Britthouse a su nave, poniendo toda clase de facilidades a

su disposición.

—¡Valiente idiota! —exclamó Britthouse—. Facilidades a la punta de mi pie! Supongo que quiere decir que tiene una alfombra en el cuarto de mapas —y se volvió a sus oficiales—: Usted se queda mandando la nave, Mike. Bob, dile al sargento Davys que esté preparado para recibir la lancha del *Berenice*, y tú ven conmigo como ayuda moral. Y nada de «Conforme, jefe» —rezongó cuando Crofton le respondió: «A sus órdenes, señor»— y golpea tu tacón contra el otro cuando lo digas y saludes. Vamos.

Britthouse hubiera querido darle la mano a Japp al llegar, pero éste le recibió con un saludo muy frío y le hizo pasar al cuarto de oficiales. El capitán iba muy molesto mientras recorría el pasillo. No se había quitado el uniforme de diario, mientras que Japp estaba esplendente con uniforme de comandante de Subsector de Flota de Segunda Clase. Iba por el pasillo muy ufano, resplandeciente y engallado. Pero cuando entraron en el cuarto de oficiales Britthouse se quedó asombrado. Había una mesa preparada para una comida. Los oficiales del *Berenice* estaban formados en dos filas de azul y plata y la mesa brillaba con la magnífica cristalería y las fuentes de plata.

Britthouse estaba más que asombrado; se quedó molesto y horripilado pensando que, no lejos de allí, había veinte hombres de esa misma flota perdidos, quizá en peligro de muerte, y este mamarracho daba una fiesta a todo lujo. No estaba de acuerdo en conformarse con esto, y dando media vuelta, salió del cuarto.

—Comandante Japp —dijo—: Quiero hablarle en privado, si no le molesta.

La cara del comandante se quedó impasible. Ya esperaba esto y tenía preparada la trampa. El tono que empleó al contestarle fue francamente despreciativo.

—Si lo considera necesario, capitán Britthouse, muy bien.

Su tono indicaba claramente que sólo un palurdo planetario podía tener tan malos modales. Volvió al cuarto y, dirigiéndose a los oficiales, dijo:

Caballeros, pónganse cómodos; no les haremos esperar mucho tiempo.

Una vez en su camarote, se quedó mirando al hombre planetario. Resultaba unas pulgadas más alto que él, a pesar de su inclinación de hombros.

—Y bien, Britthouse, ¿qué hay?

Hacía lo posible por resultar insultante usase o no el tratamiento. Britt dominó muy bien los nervios.

—Estimo, comandante, que es un momento poco a propósito para celebrar la hospitalidad que me ofrece de una manera tan pomposa. En mi opinión debíamos continuar con nuestra investigación lo más activamente posible. No hemos...

Japp le cortó la palabra de un modo brusco:

—Ya he mandado los mensajes necesarios —dijo—, y todo el Sector de Flota viene ya hacia acá a toda velocidad. Llegarán dentro de unas ocho horas. Mientras tanto, no hay nada que hacer.

Britt se encontró cogido con esta salida inesperada, perdió el resuello, quedándose

de momento sin poder contestar.

—Pero..., pero ¿por qué llamar a la Flota? —dijo a todo evento—. ¿No podríamos nosotros solos hacernos cargo de la situación?

Esta respuesta era mejor de lo que Japp esperaba, pero no por ello dejó de tenderle su bien cebada trampa.

—Sería completamente suicida, mi querido capitán, emprender una empresa de esta naturaleza con sólo dos pequeñas naves contra una civilización hostil. De todos modos es algo que está claramente prescrito en mis ordenanzas. No tengo autoridad para exponer mi nave contra una inteligencia organizada.

Si Britt quedó antes atónito, ahora quedó completamente fulminado. Dudaba cuál de los dos había perdido la razón. Aquel hombre parecía que hablaba una lengua extraña. Por fin encontró una idea concreta que exponer.

—¿Qué inteligencia organizada? —preguntó—. ¿Qué es lo que ha encontrado para convencerse de que hay una inteligencia organizada?

—Yo creo que la cosa es evidente —respondió Japp fríamente—. Un crucero ligero Mark Noveno, con una masa inerte de ocho mil toneladas, desaparece completamente a las veinte horas de haber aterrizado en una corriente de agua evidentemente artificial y sin dejar rastro. Solamente un sistema bien organizado puede tener medios para transportar un navío de ese volumen y de ese peso en tan poco tiempo y sin dejar la menor huella. Pero resulta más significativo todavía que solamente una inteligencia organizada es capaz de desear hacer tal cosa. ¿Qué criatura sin una gran inteligencia sería capaz de acercarse siquiera a un objeto desconocido de ese tamaño? ¿O es que tiene otra explicación que ofrecer?

Britt estaba completamente anonadado. Naturalmente, no tenía ninguna explicación que dar. Ni siquiera había cavilado sobre el asunto. Necesitaba recoger algunos hechos primero. Para él resultaba demasiado pronto para empezar a hacer hipótesis. Además, no veía esperanza de poder explicarle su punto de vista a este... griego; conocía el tipo. El argumentar con este individuo era perder el tiempo. De repente se acordó de su cita con Jenny y le dominó una desesperación feroz y un gran deseo de abandonar por completo el asunto.

—Lo siento, comandante —dijo—, no estoy de acuerdo con usted, y le ruego que nos excuse. Deseo ir a mi nave inmediatamente.

No se habló ninguna otra palabra. En completo silencio los dos hombres planetarios pasaron por delante de la guardia que rendía honores y bajaron a la lancha, que se los llevó. Britt se sentía miserablemente consciente de haber hecho una mala faena. La situación le había caído del cielo, no pensó que podía haber sido deliberadamente, y él había estropeado un buen caso, y lo había estropeado por su reacción. No le gustaba que le indujeran a tomar decisiones rápidas. Por instinto se inclinaba a examinar cualquier situación con detalle antes de sacar conclusiones. Japp era aparentemente uno de esos héroes legendarios «famoso por su habilidad para tomar decisiones rápidas en un caso de emergencia». Britt siempre había

menospreciado esta habilidad, era simplemente incapacidad para ver más de una posibilidad en cada caso. La entrevista que acababa de tener no le hizo cambiar de opinión. Comprendió que no debía abandonar la empresa y dejar el campo libre a Japp para que actuara a su antojo. Mientras hubiera una posibilidad, aunque fuese remota, de que los hombres del *Persephone* estuvieran todavía vivos, no podía dejar de hacer todo lo posible.

Se afirmó más en su determinación de continuar su investigación con urgencia, con o sin la ayuda de Japp, y no iba a faltar a su cita con Jenny.

—Así, pues, mañana por la mañana temprano —dijo a sus oficiales— vamos a salir y recorreremos todos esos lagos de comedia musical, a ver lo que encontramos por allí.

El día del planeta tenía unas treinta horas, de las cuales había doce de noche y dieciocho de día, condiciones ideales para el hombre decidido a trabajar como una fiera. Para Britt era muy lamentable tener que hacerlo en estas condiciones, pero creía que su obligación era llegar hasta el límite.

El madrugar tanto tuvo su recompensa, pues la oblicuidad de los rayos solares hacía que las irregularidades del terreno se acusaran con mucho relieve, y lo mismo pasó con el bulto que hacía el *Persephone* al otro lado del lago rojo. No perdieron el tiempo. Michelson hizo bajar la nave rápidamente sobre las rocas desnudas a una plataforma, donde tenía buen asiento, muy cerca del lago.

El sargento Davys puso en marcha el *Jenny*, el pequeño vehículo que podía andar por cualquier terreno, e inmediatamente se subieron Britt, Bob, Crofton y el sargento. Bajaron por la rampa dentro de él, subieron por la ladera hasta el valle en un ángulo alarmante, chirriando al andar sobre las rocas. El sargento Davys era un experto conductor y el cochecillo estaba hecho para moverse por cualquier terreno, por muy inverosímil que fuera. Era prácticamente indestructible y sus pequeños motores nucleares estuvieron en una ocasión completamente sumergidos y no por eso dejaron de funcionar al atravesar un pantano en Sirio IV bajo una gravedad de 4.2. Ni siquiera ratearon cuando, bajo las instrucciones de Britt, el sargento los condujo hasta un macizo grande de vegetación.

Era como una maleza de arbustos y cañas de unos cuatro pies de altura coronados por unas hojas grandes y planas que se parecían a las hojas del ruibarbo venenoso. El *Jenny* estaba en su elemento y consideraba aquello como pienso de pollos. Irrumpió en medio de la maleza con gusto, dando bandazos y saltos entre los húmedos tallos, aplastando una pulpa jugosa y haciendo de ella una especie de papilla. Salpicaduras y pedazos saltaban en tal cantidad que el *Hannibal* se veía turbio y parecía una caricatura.

—Está bien, Britt —dijo la voz de Michelson en el teléfono—; está a unos pocos metros del lugar donde están ustedes.

Este aviso ya era innecesario, porque se veía claramente el bulto que hacía la nave desde el nivel del suelo, porque la vegetación que había allí no era más alta de lo

normal. Lo más extraño e inexplicable era que la meseta pelada, diferente del terreno que la rodeaba, era exactamente del tamaño necesario para que el *Persephone* hubiera podido aterrizar en ella.

El *Jenny* había andado en varias direcciones sin encontrar resto de la nave, hasta que iba a darse por vencido, cuando Michelson tuvo una inspiración.

—¿Cómo es el terreno por ahí? ¿Está tapado con verde?

La respuesta fue que no, que lo que había era roca al descubierto, los huesos desnudos del planeta.

—¿No hay tierra? —dijo Michelson—. Entonces, ¿dónde están las raíces de esas plantas?

La respuesta a esto fue también negativa.

—No tienen raíces. Los tallos parecen salir de una tela metálica que forman unas ramas encima de la roca.

Siguiendo la mayor de estas ramas vieron que algunas bajaban y entraban en el lago y otras seguían alrededor del lago, pero la mayoría recorrían el valle a todo lo largo y por la playa, entrando en el agua.

En ese momento Britthouse comenzaba a sentirse fracasado. La única señal del desaparecido *Persephone* era el extraño pequeño *plateau* de vegetación, porque estaba convencido de que las plantas y los lagos de colores raros estaban relacionados en cierto modo con el misterio. Le parecía que solamente una inspección biológica en gran escala podía dar la suficiente información sobre la naturaleza de esta producción. No creía que hubiera animales de ninguna clase en aquellas tierras, mucho menos seres superiores. El planeta era evidente que pertenecía al período Silúrico y no era muy cierto que en esta temprana edad hubiera animales en la tierra y en el mar.

Había muchos ejemplos de planetas que alcanzaban inclusive el carbonífero superior sin ninguna aparición de animales. Su proyecto de llegar a tiempo a su cita con *Jenny* parecía que se iba alejando. De los tres días que tenía ya se le había ido medio sin resultado práctico alguno. En una de sus transformaciones acostumbradas, súbitamente abandonó sus concentrados pensamientos y se convirtió en una trepidante dinamo de energía. En cinco minutos discurrió un plan para efectuar una inspección ultrarrápida y diez minutos más tarde había tres grupos exploratorios que habían llegado del *Hannibal* siguiendo cada uno el plan que le había sido asignado.

Tuvieron un día sorprendente y agotador, encontrándose al final del mismo, en la playa cerca del estuario, al borde del mar muerto y sin olas, con el peso de su flotante capa de vegetación azul.

—Conforme —dijo Britthouse, cuando se reunieron en torno suyo—. Vamos a ver tus informes, Mike.

—Yo creo —respondió Mike— que el valle era originariamente un glaciar; pero desde entonces ha habido una considerable erosión debida al agua. El nivel superior sobre la línea de vegetación fue seguramente un valle helado y colgante. Hay una

gran falla en el nivel y una cascada. Los lagos geológicamente son un rompecabezas; Podrían corresponder a terminales de los restos glaciales, pero son demasiado regulares para eso. Es muy difícil formar conclusiones sobre el valle bajo, porque está completamente cubierto por la vegetación, y hasta los lagos también están cubiertos. Al parecer, también crece la vegetación en el fondo de ellas. La gran escala geológica es suficientemente sencilla. En este sitio, al parecer, la erosión, al cabo de muchísimo tiempo, ha acabado por formar una planicie, que viene a ser una de las más viejas en la superficie del planeta. Probablemente ésta debe ser la mayor meseta del planeta, puesto que, por lo que yo he visto, en ninguna parte hay planicies de más de unos cuantos metros, sin contar las playas y los estuarios.

—Esto puede ser muy significativo —dijo Britt—. Ahora tú, Bob.

—Sencillamente, la confirmación de lo que ya suponíamos esta mañana: toda la superficie que hemos recorrido es simplemente una maraña en raíces inmensa, correspondiente a una planta única, enorme. Lo mismo pasa con las algas. Crecen raíces en las playas y en los estuarios; pero la planta en el valle es una extensión de la planta del mar. Las hojas son mayores y más oscuras, eso es todo. ¿Tú qué has visto, Britt?

—Una cosa extraña: aunque la planta flota en la superficie del mar, nace en el fondo de los lagos.

—La gravedad del agua del mar —dijo Bob.

—Seguramente —respondió Britt—. Esto explica por qué se hunde, pero no por qué crece, y crece todo alrededor de los lagos; el agua tiene que circular a través de ellas metros y metros entre un lago y otro.

—¿Qué me cuentas del color de los lagos? Esto es lo que más sorprende cuando se les divisa desde el aire.

—No resulta tan extraño cuando se los ve desde tierra —dijo—; pero el agua tiene un color diferente en cada lago. Mañana vamos a ir a dar una vuelta por todos ellos y traeremos muestras de agua de cada uno y también muestras de vegetación. Haremos algunos análisis. Ya sé que parece muy remota la utilidad que esto pueda tener para nuestro propósito; pero creo que si conseguimos averiguar la razón de la existencia de estos lagos, tendremos una clave sobre la desaparición del *Persephone*.

Se volvió hacia el vigía:

—¿Ha tomado todo esto en el magnetófono?

—Sí, señor.

—Bueno, embóbínelo y mande una copia al comandante Japp con mis respetos.

La contestación del comandante Japp, que se recibió a la mañana siguiente, era francamente ofensiva; le rogaba que informara al capitán Britthouse que a él no le interesaban nada las investigaciones botánicas que estaban haciendo sobre el planeta y sugería que reservara su información para la autoridad competente. De hecho, estaba asombrado. La actividad desarrollada por la tripulación del *Hannibal* no había dejado de llegar a sus oídos y tenía la desagradable sospecha de que Britthouse

todavía se obstinaría en continuar. Había oído desconcertantes rumores sobre lo chismosa que era la gente planetaria. Deseaba fervientemente que hubieran conservado sus narices fuera de este asunto, que no era de su incumbencia. Sin embargo, veía que se le pedía alguna acción de su parte; alguna teoría detallada sobre la desaparición del *Persephone*.

Una noche entera de estar preocupado pensando en el asunto no dio ningún resultado. No se le ocurrió consultar con sus oficiales; sin expresar claramente sus pensamientos, inconscientemente pensaba que él, como comandante, resultaba automáticamente la persona más indicada para resolver el problema. Una ducha fría y un buen desayuno le reconfortaron mucho. Tomó papel y lápiz con la idea de dejar arreglado este asunto. Empezó a hacer un resumen con las informaciones que tenía, a la manera de una demostración de Euclides:

I. El *Persephone* un Mark IX crucero ligero de 8.000 toneladas aterriza cerca de una corriente de agua, al parecer artificial, sin máquinas, y solamente con la reserva de energía suficiente para transmitir una señal pidiendo auxilio.

II. A las veinte horas al *Persephone* ha desaparecido y no se ve trazo alguno de lucha ni ninguna máquina que hubiese servido para moverlo, excepto una pequeña planicie con mucha vegetación en el sitio donde es presumible que haya aterrizado. (No hacia más que utilizar la información de Britt).

III. Por tanto, parece evidente que se lo han llevado por el aire y que la plataforma de vegetación no es más que un modo rápido de disfrazar el sitio donde, al aterrizar, aplastó la vegetación.

IV. De aquí se deduce que estamos ante a una inteligencia hostil y organizada con gran habilidad mecánica.

V. Orden. Sección XVI. Capítulo 473. Párrafo 28673: Prohíbe expresamente intervenir en semejante caso con menos de tres navíos. De ser así, hay que poner el caso en conocimiento del más próximo Sector de Fuerza.

Esto parecía suficiente, pero pensó que sería mejor dar una información más amplia en vista de los esfuerzos de ese Britthouse, ¡que así reviente! ¿Por qué había sido secuestrado el *Persephone*? Supongamos que no haya sido secuestrado, sino sencillamente destruido en el mismo lugar donde estaba y la plataforma camuflada. Esto parecía lo más verosímil. Pero ¿por qué? Supongamos que la corriente de agua artificial tuviese un significado religioso y que las que la han consumido han destruido el *Persephone* en un acto de rabia y después se asustaron de las consecuencias y trataron de ocultar el asesinato. De repente se dio cuenta de que ésta era la solución. El próximo paso sería rápido. En cuanto llegase el Sector de la Flota tenían que asolar todo el valle como represalia, lo cual, inevitablemente, traería consigo el descubrimiento de los autores, que habrían de abandonar sus refugios para que el Sector de Flota les prendiese y asumiera el control de la situación.

El Consejo Sociológico protestaría, naturalmente, pero sería demasiado tarde. Se regocijaba pensando en el ridículo que iba a hacer Britthouse con su descripción

detallada de la botánica de un valle quemado.

Japp no perdió tiempo en componer un informe oficial con estas conclusiones para dirigirlo al próximo sector de Flota. Después de pensarlo, se vio forzado, aunque a disgusto, a enviar una copia a Britthouse. La acción del joven idiota de enviar copias de sus informes le ponía a él en la obligación de cierta reciprocidad. «Tiene, sin embargo, una ventaja —pensó con satisfacción— Esto, probablemente, evitaría que continuase molestando y revolviendo».

La gente de Britt estaba en este momento con el *Jenny* en la cabeza del valle cuando el vigía del *Hannibal* lanzó el segundo mensaje. El sargento Davys sacó el original de la máquina y se lo entregó al capitán. Lo leyó dos veces y lo pasó a Mike y Bob, y se sentó, dando un gruñido de furia.

—¿No es esto propio de estos malditos idiotas interplanetarios? —preguntó—. No hay más que un remedio para esto: tráete el calentador pesado, que vamos a demostrarles quién es el que manda. Vamos a bajar al valle, y si no hemos terminado nuestras «investigaciones botánicas» van a tener que esperarse los condenados a que acabemos antes que empiecen a bombardear. ¿Por qué no podrán dejar de meter las narices en todo? Éste es un asunto planetario.

—Pero el Sector de la Flota no actuará solamente empujado por Japp, ¿no es verdad? —preguntó Bob inocentemente.

—Si cuando vengan no hemos encontrado al *Persephone*, lo harán, aunque no sea más que para azuzar a Japp contra estos cerdos planetarios. Todavía no conocéis a estos muchachos felices, llenos de galones.

Se quedó de pie impaciente, indicando el camino del barranco.

Ahora estaban en el límite superior de la vegetación, al borde del precipicio, en la cabeza del valle, con su masa azul oscura de árboles por debajo de ellos. El lago amarillo brillaba allá abajo con unas olas amarillo limón que rompían en la playa. Más lejos estaba el lago rojo, que marcaba un fuerte contraste con el borde azul. A lo lejos se veían más pequeños el lago verde y el lago azul, y luego, apenas visible, estaba el quinto y último, que era el lago morado, que tenía detrás el mar azul brillante.

—Nunca me acostumbraré a esto —declaró Bob Crofton—. Cada vez que lo miro me da dolor de cabeza. ¿Tienes bastantes fotos, Mike? Si Japp y su banda queman todo esto y queda aniquilado, quiero tener alguna prueba de que ha existido y no es un sueño mío.

—Deja de chismorrear y ven a ver esto —llamó Britt.

En este momento la pequeña corriente de agua, que bajaba de la montaña pelada, había abierto un corte en el escarpado borde, formando una cascada sobre el lago amarillo. La vegetación azul se había extendido barranco arriba: unos tallos largos y azules, sin hojas, crecían hacia arriba y se introducían por las grietas e intersticios de las rocas.

—¿Has visto alguna vez un valle como éste en un terreno tan antiguo

geológicamente hablando? —preguntó Britt.

Mike miró hacia arriba y abajo tratando de escudriñar lo grande y profundo que era, antes de contestar:

—No —dijo—. Parece como si hubiera sido cortado; pero para eso resulta demasiado áspero. Además, ¿quién ha podido cortarlo? ¿Creéis que Japp, después de todo, pueda tener razón?

—No lo sé —respondió Britt—; pero empiezo a creer que esta vegetación, al menos, no se ha formado de manera natural.

Bajó por la ladera hasta el mismo barranco, un poco embarazado por su traje protector y su casco, pero iba encontrando salientes de la piedra y huecos donde afianzar los pies y las manos y se agarraba a las raíces azules.

Se agachó por retirar una rama, se paró súbitamente para poder pasar por delante: había una rama más gruesa que sobresalía de la roca. Por debajo de esta rama apareció un filón de mineral de un material negro-azulado que rutilaba con un brillo metálico. Cogió unos trozos que se habían desprendido al mover él la rama y se volvió barranco arriba. Enseñó a los otros la muestra de mineral que había cogido y les explicó que recorriesen todo el barranco para averiguar la extensión del filón. Los dos tenientes se miraron y se encogieron de hombros. Bill Britthouse tenía fama de que encontraba siempre una explicación para los hechos más inverosímiles, pero esto le parecía que era ir demasiado lejos.

Mientras estaban ocupados en tan ardua tarea, él se sentó al borde, sin hacer nada más que estar sentado mirando. Cuando sus disgustados subalternos acabaron su inspección, él ya había visto lo que quería. Varios fragmentos de roca y de mineral desprendidos de los lados del corte fueron arrastrados por la corriente de agua hasta el lago.

—¿Y bien? —preguntó cuando regresaron.

—Cubre la mayor parte de las laderas del barranco —le informó Bob—. Es un filón bastante ancho y viene a correr paralelo al fondo del barranco.

—Bueno —respondió Britt—, coge estas muestras de mineral, llévatelas al *Hannibal* y haz un análisis espectral. Necesito únicamente saber qué metales contiene. ¡Date prisa!

Bob salió corriendo aturdido.

—Tú ven conmigo, Mike. Vamos a tomar muestras de agua en cada uno de estos malditos lagos y de su vegetación. Me parece que, por fin, vamos a averiguar algo.

Doce horas después ya no estaba tan seguro. Habían trabajado como demonios durante cinco horas haciendo un recorrido relámpago por todo el valle en el *Jenny*, cogiendo muestras, y otras siete horas de trabajo agotador en el pequeño laboratorio de la nave, analizando las muestras recogidas. Aunque los resultados tenían interés para Britt, no veía la conexión que pudiera haber con la desaparición del *Persephone*. Envió a sus oficiales a la cama y se quedó dándole vueltas en la cabeza a sus problemas. También hizo una lista, para ayudar al proceso de sus pensamientos; pero

fue una lista muy poco parecida a la que había hecho Japp:

1. Mineral: Cromo.
2. Equivalencia clorofílica: también Cr.
3. Lagos-Cr.: amarillo-alkalino; rojo-ácido; verde-alkalino; azul-oxidizado; púrpura-intermediario para Clorofila-eq.
4. ¿*Persephone*...?

Eventualmente abandonó el trabajo, esperando que una noche de sueño le refrescaría el cerebro. Desgraciadamente, la mañana siguiente le trajo poca inspiración y sí solamente un oficio áspero de Japp para que estuviera dentro de una hora en los alrededores del área indicada, porque el Sector de la Flota estaba al llegar, preparado para empezar las operaciones.

—Que me condene si voy —gruñó Britthouse— Sargento Davys, saca el Jenny. Vamos a recorrer arriba y abajo todo el valle hasta que Tapp esté negro. Me quedaré allí hasta que se solucione el asunto y ¡que reviente si se atreve...!

Cinco minutos después, el fiel sargento se presentó en el cuarto de control con una cara muy apurada:

—Lo siento, capitán, pero me temo que el *Jenny* esté inservible.

—¿Por qué?

—La corrosión, señor. Los ejes están muy gastados y los cojinetes también tienen mucha holgura. No me atrevo a salir con ella.

—Pero ese metal es prácticamente inoxidable.

—Ya lo sé, señor. Por eso no lo comprendía el primer día, pero el líquido que se les ha metido dentro ayer los ha puesto mucho peor.

—¿El líquido? ¿Qué líquido?

—El líquido, la savia de esas plantas, señor. El líquido que las ha estado impregnando durante dos días completos. Esto es lo que ha oxidado todo, señor.

—¡Fuego sagrado! —exclamó Britt—. ¡De todos estos destilados idiotas!...

—Lo siento, señor —respondió el sargento—. No pensé en ello.

—¡No usted, sargento! —exclamó Britt—. El idiota soy yo. De acuerdo. Ahora tenemos que movernos. Tenemos que sacarlo antes que este loco de Japp empiece sus bombardeos. Hay que darse mucha prisa, Mike.

—¿Usted sabe dónde está el *Persephone*? —preguntó el piloto asombrado.

—Seguro —dijo Britt con una ancha sonrisa—. En el fondo del lago rojo.

No hubo más oportunidad de hablar porque puso la nave en marcha, se elevó del sitio donde estaba y marchó valle abajo hasta que describió un semicírculo y fue a aterrizar bruscamente (de un modo que se subía el estómago) justamente cerca del lago rojo, frente a la cascada que caía sobre el lago. Los sirvientes de las piezas estaban justamente metiendo dos torpedos en los tubos cuando se recibió el mensaje de la Flota Interplanetaria, que estaba firmado nada menos que por el propio

almirante. Sencillamente repetía el parte anterior de Japp, pero añadía que si no cumplía esta orden, daría parte de ello «a la autoridad competente».

Britt demoró bastante el cumplir la orden y ya se divisaban en lontananza las naves del Sector de Flota que se proyectaba sobre el cielo azul.

—¡Caramba, qué aspecto más formidable! —dijo Britt—. Sirio, ya conoce la clase de holgazanes que llevan, pero construyen buenas naves. Siento tener que estropearles su diversión. ¡Artilleros! ¿Listos? ¡Fuego!

Mientras los dos torpedos de explosión retardada buscaban en el agua del lago rojo, Britt elevó el *Hannibal* de un salto que los dejó sin respiración.

Quince segundos después, del lago rojo surgió un gran géiser de agua y humo. La capa de vegetación que lo cubría se partió en dos y la presión del agua que había debajo hizo que ésta subiera, saliendo como un torrente hasta que se fue vaciando el lago.

—Esto debió de ser bueno —dijo Britt—; fíjense en el sitio donde se mezclan las dos corrientes de agua.

Tenía razón, era más que bueno: era espectacular. Donde se mezclaba el agua roja con el agua azul, se producían unas nubes de vapor y unos chorros de líquido hirviendo, de lodos pardos y verdes que ascendían por el aire. Grandes cantidades de vegetación de varios colores eran proyectadas a los lados y una fuerte niebla producida por el vapor se fue acumulando en el fondo del valle.

En este momento el vigía anunció que el almirante de la Sección de la Flota estaba en la pantalla y que quería que el capitán Britthouse hiciese el favor de ponerse al aparato.

La cara del almirante era un modelo de frío desprecio.

—Le he de advertir, capitán Britthouse —dijo—, que de esta chiquillada de querer adelantármeme en esta tarea daré parte a sus superiores. ¿Será usted tan amable de retirar su nave del campo de mis operaciones sin más demora?

Britt tenía los dedos índice y corazón cruzados y ocultos debajo de la mesa.

—¿Y si estuviese equivocado?

Por un momento dejó de mirar a la pantalla; después vio que el almirante estaba esperando su respuesta y le dirigió una sonrisa seráfica.

—Gracias por su valiosa cooperación, señor —dijo—. Le voy a rogar que suspenda su fuego por un momento, hasta que el objeto que empieza a hacerse visible en el segundo lago pueda ser identificado.

Cortó la comunicación y se llevó el *Hannibal* a la playa del lago rojo. El agua había bajado mucho y en el fondo del lago se veía un gran bulto. Estaba cubierto de hojas, tallos de vegetación pardusca y todo sucio y negro, pero su figura no dejaba lugar a duda: era el *Persephone*.

Gradualmente fue bajando el agua hasta que quedó completamente al descubierto. Parecía como si lo hubieran cubierto de guirnaldas parduscas; los metales estaban oxidados y picados y en algunos sitios tenían incluso agujeros.

—¡Oh Dios! —gruñó Mike—, no debe de haber nadie vivo aquí dentro.

Pero con la punta de una barra abrió un boquete en el casco. Pronto los hombres que había dentro hicieron una gran abertura en el metal oxidado, y con sus trajes espaciales, dando traspiés, se escurrían entre los charcos y el barro y fueron llegando a donde estaba Britthouse esperándolos, de pie, junto al *Hannibal*. Según avanzaban saludaban igualmente al hombre planetario y a la tripulación de la Flota Interplanetaria. Britt se quedó el tiempo necesario para saludar al primer hombre que salió a la playa, le estrechó la mano, le dio palmaditas en la espalda y se tocó el casco, mientras decía unas breves palabras.

Entonces saludó al abandonado barco interplanetario que ostentaba su majestuoso volumen detrás de su nave. Subió al *Hannibal*, que en menos de diez minutos ya no era más que un puntito en el cielo.

—Muy sencillo —les estaba diciendo a sus tenientes—; en cierto modo, el viejo Japp tenía razón: fue una inteligencia organizada la que movió al *Persephone*.

—Pero ¿cómo...? Pero ¿dónde...?

—La planta —dijo— es el primer ejemplar de vegetación artificial en el universo. Es notable, pero los jóvenes estaban decididos a no dejar esto sin que lo explicara.

—Estas plantas, esta planta, ¿es artificial? —preguntaron—. ¿Cómo lo sabe? No hacen nada.

—¿Y qué cosa querían ustedes que hiciera una planta artificial? —preguntó Britt—. ¿Lucir un diploma? ¿O tirar de sus raíces y andar por ahí pretendiendo ser un animal? Un vegetal, aunque sea artificial, es siempre un vegetal, ¡so cretinos! Hace lo que todo vegetal necesita hacer: come. Y los vegetales comen minerales. Y éste no tenía el cromo necesario que precisa para su propia clase de clorofila, y así buscó una fuente suplementaria de él. Siguió arroyo arriba, desde el mar, hasta localizar la fuente del mineral, e hizo que el río se convirtiera en una factoría química que le proporcionara su alimento. Estos lagos eran sus depósitos de agua mineral. Producían las aguas ácidas y alcalinas sin necesidad de complicados procedimientos.

—Pero ¿qué relación guarda esto con el *Persephone*?

—Esto me tuvo preocupado algún tiempo. Después descubrí que la savia corroe el acero cromado. El *Persephone* se debe de haber impregnado todo él de savia cuando aterrizó. Aún más, estaba posado sobre este ácido activo. Entonces lo que hace es un terrible esfuerzo y empuja todo este don de los dioses al tanque para que se disuelva.

—Buen trabajo hicimos al desecar el lago a tiempo —dijo Bob.

—No estaba en ningún peligro —replicó Britt—; tenía reserva bastante de aire y de comida para varias semanas. Me figuro que tendrían todas las salidas bloqueadas y no podían salir. Sea como sea, lo único que podían hacer era esperar hasta que el ácido de la planta disolviera el casco, y entonces, con sus trajes de espacio, podrían nadar hasta la playa. El peligro grande para ellos provenía de ese endemoniado griego, Japp, porque los gruesos cañones de la Flota los hubieran frito vivos en diez

minutos.

—¿Griego? —preguntó Michelson—. ¿Es que es griego?

—¡Oh!, ¿No lo saben? —masculló Britt—. Escuchad. Hubo una vez un grupo de pensadores griegos (esto era en tiempo de Aristóteles) que estuvieron toda una noche discutiendo furiosamente sobre el número de dientes que tiene un caballo en la boca, y no pudiendo ponerse de acuerdo, interpelaron a un transeúnte, que resultó ser un árabe, y le persuadieron para que fuera el árbitro de la discusión. Escuchó atentamente todos sus argumentos y, en seguida, sin decir una palabra, se alejó. Al cabo de un momento volvió y les dio la contestación exacta.

—¿Cómo te arreglaste para decidir? —le preguntaron.

¿De quién fue el mejor argumento, en qué lógica te has apoyado?

—¡Al diablo la lógica! —respondió—. Yo no he hecho más que ir al establo y contar los dientes de mi caballo.

Refugio para esta noche

Robert Moore Williams

I

La música que sonaba en el aparato de radio del automóvil murió en un susurro, y el locutor de la que en otra época había sido Emisora KTP, de Denver, pudo ser oído mientras se aclaraba la garganta disponiéndose a hablar. Sam Jones, ex miembro de los Laboratorios Corless, frenó el antiguo Mercury modelo 72 para que el asmático traqueteo del coche no ahogara la emisión.

—*Éste es el resumen de noticias de las doce*—dijo el locutor.

El inglés era perfecto. Sólo un levísimo acento revelaba que el locutor era un hombre de la Federación.

—*Tenemos grandes noticias para ustedes*—continuó—. *Esta mañana han atracado ocho buques en puertos orientales con alimentos, medicinas y vacunas. Millares de médicos, enfermeras, auxiliares y técnicos se encuentran ya en América; diariamente están llegando otros.*

«¡Al diablo!», exclamó Jones. La barba de varios días que cubría la piel amarillenta de su rostro le daba un aspecto siniestro. La metralleta que reposaba en el asiento, a su lado, aumentaba aquella impresión. Se quedó mirando el aparato de radio con el ceño fruncido.

—*Además de los especialistas que se encuentran ya aquí, decenas de millares de trabajadores han sido enviados a este país*—y hay más en camino—*para ayudar en la terrible tarea de reconstruir este arrasado territorio. Los Estados Unidos agradecemos sinceramente los denodados esfuerzos de la Federación al enviar alimentos, ropas, medicinas y obreros para ayudarnos...*

«¡Hijo de...!», exclamó Jones. Desconectó la radio y pisó de nuevo el acelerador. Inmediatamente se reprodujo el traqueteo.

Por espacio de cincuenta millas Jones había estado fingiendo que no oía los estertores del motor, cada vez más agónicos, anunciándole que no tardaría en detenerse definitivamente. Y entonces Jones tendría que continuar a pie. Bueno, pensó resignado, había recorrido un montón de millas en aquel viejo cacharro desde que lo había robado en las afueras de St. Louis. Había cruzado con él tres Estados, hasta... Jones contempló con gesto enfurruñado los derruidos edificios a ambos lados de la carretera, tratando de descubrir una señal que le indicara hasta dónde le había conducido el automóvil.

El poste de señales estaba caído. Decía: *Ala...g...do 1.0 m. llas*. La flecha apuntaba hacia arriba, hacia el cielo occidental.

Jones se preguntó si el poste de señales era una profecía. Alamogordo se encontraba a un determinado número de millas de allí, pero tal vez las personas que seguían aquella carretera acababan su viaje en el cielo.

Era una idea fúnebre. Sam Jones era un hombre fúnebre. Los tiempos eran fúnebres. Y la muchacha que estaba tendida en el suelo, junto al poste de señales que apuntaba hacía el cielo, era también fúnebre. Se había dormido.

El ruido del automóvil la despertó. Llevaba unos pantalones muy sucios y el pelo sujeto con una cinta deshilachada. Se puso en pie de un salto.

—Hola —dijo Jones.

La muchacha no iba armada. Jones soltó la metralleta que había agarrado con una mano, disponiéndose a mostrarse amistoso, ya que acababa de fijarse en la tonalidad amarillenta del cutis de la muchacha, el mismo tono amarillento de su propio rostro. Sintió lástima por ella, sabiendo lo que había pasado. Pero ella había salido con vida de la prueba. Muy pocos podían decir lo mismo.

Por lo que él había visto, no estaba seguro de que el vivir fuera una ventaja..., al menos para los que habían creído en la República, y en las cosas que la República había aportado: libertad de palabra y de pensamiento, hombres libres de un modo libre. Pero él estaba vivo y la muchacha estaba viva, y se disponía a mostrarse amistoso.

La muchacha, de pie, le miraba. Jones calculó que tendría unos veintitrés años. En su demacrado rostro se reflejaba el hambre: tejido hambriento de proteínas, de grasas, de hidratos de carbono; y en sus ojos había otra clase de hambre: hambre de amor, de seguridad, de hogar..., de las cotidianas y sencillas satisfacciones que proporcionaba el vivir en un mundo que había desaparecido para siempre: niños rollizos y máquinas de lavar y un asado dorándose en el horno, esparciendo fragantes aromas. Cosas que habían formado parte de aquel mundo. Y Navidades, y cines, y el alto taburete enfrente de la barra de un bar...

Jones se negó a seguir recordando.

La muchacha, como un conejo asustado, dio media vuelta... y escapó a través de la puerta de lo que al parecer había sido el taller de reparaciones de una estación de servicio, al mismo tiempo que tienda de comestibles y restaurante.

Simultáneamente, con un par de estertores finales, el motor murió. La leve columna de humo que se alzó encima del radiador puso de manifiesto que había muerto de sed. Maldiciendo en voz baja, Jones cogió la metralleta y se apeó del automóvil.

Desde las oscuras sombras proyectadas por los coches que estaban en el taller de reparaciones, pudo ver a la muchacha que le estaba espiando.

—Necesito un poco de agua —dijo.

La muchacha no respondió. Pero permaneció allí, entre las sombras, más allá de

la puerta abierta, mirándole ávidamente. Jones avanzó hacia ella, y la muchacha se deslizó fuera de su campo visual. Jones se detuvo en el umbral de la puerta.

Unos rayos de sol, filtrándose a través de las grietas del techo de planchas de hierro, proyectaban unas franjas de claridad amarillenta a través de las sombras. En el interior del taller había varios coches averiados, con los neumáticos deshinchados y los cuerpos cubiertos de polvo. Algunos habían sido saqueados en busca de piezas de recambio. De una cadena colgada del techo pendía un motor cubierto de polvo. Como el ataúd de Mahoma, pensó Jones, colgado entre el cielo y la tierra. El motor era un mudo *memento* del mecánico que lo había alzado, sujeto a la cadena, y luego había interrumpido su trabajo unos instantes, para tomarse un pequeño descanso, que se había prolongado indefinidamente. ¡Sólo un pequeño descanso, sólo un par de minutos! «Me siento muy cansado, y mi corazón está brincando. Voy a tomarme un pequeño descanso».

Así fue como ocurrió. Un pequeño descanso. Nada grave, desde luego. Simple fatiga. Uno de cada cien se levantaron de aquel pequeño descanso.

Jones trató de localizar el cadáver del mecánico. No estaba a la vista. Alguien lo había enterrado, probablemente, lo cual era más de lo que la mayoría de cadáveres habían obtenido.

—¡Eh, nena! —gritó—. No me como a las muchachas.

—¿Seguro que no? —inquirió ella, sin dejarse ver.

—¿De qué tiene usted miedo?

—Simple precaución —respondió la muchacha.

Estaba al otro lado del primer automóvil, contemplándole. De pronto, brilló la llama de un fósforo: la muchacha acababa de encender un cigarrillo.

—¿Tiene usted cigarrillos? —preguntó ávidamente Jones.

—Unos cuantos. ¿Quiere uno?

—¿Que si quiero uno? El último paquete que conseguí robar fue en Topeka. Hace una semana que no he visto un cigarrillo.

La muchacha avanzó unos pasos, con aire vacilante, y le tendió un paquete. Jones entró en el taller.

Como sombras arrojadas, dos hombres harapientos se precipitaron contra él desde ambos lados de la puerta.

II

Los dos hombres harapientos se ocuparon en primer lugar de la metralleta, y consiguieron echarle mano antes de que Jones pudiera moverse. En el forcejeo, el arma cayó al suelo. Nariz Aplastada agarró las dos muñecas de Jones. Patillas, el otro hombre harapiento, corrió a situarse detrás de él y trató de hacer presa en su cuello. Jones dio un violento tirón y consiguió librar su muñeca izquierda; su puño salió disparado contra la barbilla de Nariz Aplastada, el cual retrocedió, tambaleándose, hasta que su espalda chocó contra el automóvil averiado.

Patillas había rodeado el cuello de Jones con su antebrazo. Jones se agachó rápidamente. Extendiendo las manos hacia atrás, las unió alrededor de la cabeza del hombre y apretó con todas sus fuerzas. Patillas gimió sordamente mientras Jones le hacía volar por encima de su hombro.

—¡Eh! —gritó alguien.

Jones buscó la metralleta. La vio. La tenía la muchacha. Había alzado el seguro. Por lo visto, sabía cómo debe utilizarse un arma automática y le estaba apuntando directamente al estómago.

La expresión de sus ojos era inequívoca: estaba dispuesta a enviarle una rociada de plomo. Jones levantó los brazos. La muchacha no dudaría en matarle.

—Aparte eso, nena.

Podía vencer a los dos hombres harapientos —en realidad, ya lo había hecho—, pero la muchacha tenía su metralleta. Y no prestaba la menor atención a sus brazos levantados. Estaba dispuesta a matarle.

—¡Eh, Jean, conozco a ese hombre! —gritó alguien. Un tercer hombre salió de detrás del automóvil y agarró el arma que empuñaba la muchacha. Jones se dejó caer al suelo. El seguro estaba levantado. Luego, el hombre se apoderó de la metralleta—. ¡Le conozco! —le dijo a la muchacha. Se volvió hacia Jones—. ¡Hola, Sam!

Jones se puso lentamente en pie.

—¡Hola, Jake! —dijo—. La última vez que te vi fue en...

Trató de recordar.

—En Washington, la noche en que la volaron —dijo Jake Cross.

Jones asintió. Ahora lo recordaba. Aquella noche, aquel hombre de rostro endurecido no era más que un mozalbete que acababa de recibir su título de piloto y estaba muy orgulloso de sus alas de plata. Se estrecharon la mano.

—¿Formas parte de este grupo de malhechores? —preguntó Jones.

Jake Cross trató de justificarse.

—Necesitábamos tu automóvil —explicó.

—¿No se os ha ocurrido pensar que también yo podía necesitarlo?

—Bueno, creímos que eras un maldito espía de la Federación. Una persona que conduce un automóvil por esta parte del país en pleno día, tiene probablemente

buenas relaciones con la Federación.

—Entonces —dijo Jones—, si creíais que era un Federado, ¿por qué no me liquidasteis?

—Lo hubiéramos hecho —dijo Cross—, pero no disponíamos de un arma. Ayer fuimos atacados por un helicóptero y perdimos nuestro automóvil y nuestras armas. Te presentaré a mis compañeros. Ésta es Jean Crane... Sam Jones.

La muchacha asintió, con expresión fatigada, pensó Jones.

—De modo que el truco del poste de señales no era más que un cebo, ¿verdad?

La muchacha se encogió de hombros. En su actitud no había remordimiento ni hostilidad. Sí, había sido el cebo para conducir a un hombre a la muerte. ¿Y qué? ¿Qué importaba vida de un hombre, a fin de cuentas? Jones sonrió a la muchacha.

—Sin rencor —dijo.

—Sin rencor —repitió Jean Crane, devolviéndole la sonrisa.

—Éste es Bob Talbot... y Chuck Baine.

Nariz Aplastada resultó ser Bob Talbot. Su piel tenía el mismo tinte amarillento, pero no parecía albergar ninguna animosidad a causa del puñetazo en la barbilla, y estrechó cordialmente la mano de Jones. La piel de Baine era también amarillenta, pero sus ojos eran verdes... y evasivos. Jones se preguntó que estarían haciendo aquí, en Nuevo Méjico. Creía adivinarlo..., y Jake Cross respondió inmediatamente a su pregunta.

—Lo mismo que estás haciendo tú, Sam. Buscando un botón que apretar.

Su voz era dura y estaba cargada de odio.

—Personalmente, eso es lo que estoy haciendo. Por eso voy hacia el Oeste. Recogí a Jean en Memphis. A Talbot en Little Rock. Baine estaba sentado en la cuneta, a unas cincuenta millas de aquí.

—Un botón que apretar, ¿eh? —dijo Jones.

—Sí —dijo Jake Cross—. El botón de una bomba atómica.

Jones se rascó la barbilla.

—¿Quieres hacer volar a alguien?

Jake Cross le contempló unos segundos con ojos llameantes. Luego apartó la mirada.

—Eso es lo que me propongo.

—¿Alguien como..., ejem..., la Federación Europea?

Cross asintió. Los otros permanecían en silencio, escuchando. Jones sacudió la cabeza.

—Si apretaras el botón de una bomba atómica que por casualidad se encontrara en una rampa de lanzamiento, apuntando a una de las ciudades de la Federación, sería un acto de guerra, Jake. Y no hay ninguna guerra.

—¿De veras? —preguntó sarcásticamente Cross.

—Acabo de oír una emisión de radio en la cual se hablaba de los esfuerzos que está realizando la Federación para ayudar a esta pobre y desdichada nación —dijo

Jones—. No querrás hacer volar a nuestros amigos, ¿verdad?

—Sam —dijo Cross en tono grave—, te aseguro que si puedo descubrir una de esas ocultas rampas de lanzamiento va a haber una guerra. Puedes apostar lo que quieras a que habrá una guerra. —Se echó a reír, pero su risa sonó a falso—. Si consigo encontrar una bomba atómica, la enviaré hacia su blanco. Será una buena broma que voy a gastarle a la Federación.

Sin soltar la metralleta, dio media vuelta y se hundió en la oscuridad del taller.

Jones se encontró enfrentado con tres pares de ojos suspicaces.

—¿Qué le pasa a Jake? —preguntó.

—Su esposa cogió la gripe amarilla —respondió la muchacha.

—¡Oh! —murmuró Jones. Por un instante se sintió lleno de compasión por Jake Cross; luego se encogió de hombros y apartó la idea de su cerebro, un truco mental que había realizado con tanta frecuencia para evitar volverse loco, que había acabado por convertirse en una segunda naturaleza. Miró los tres rostros que seguían contemplándole con expresión suspicaz—. De modo que todos ustedes tratan de difundir el rumor de que teníamos un par de centenares de bombas atómicas instaladas en rampas de lanzamiento secretas y apuntando a las ciudades más importantes del mundo, dispuestas a ser utilizadas en caso de que el país fuese atacado ¿no? ¡Bien! —Volvió a encogerse de hombros—. Personalmente, creo que el rumor es un bulo. No creo que haya ninguna bomba atómica dispuesta para ser lanzada. Tenía interés en saber como reaccionarían.

—Habla usted como un hombre que tuviera la cabeza llena de aserrín —gruñó Talbot.

—No hay ninguna duda de que tenemos las bombas —dijo Baine—. Los Federados han descubierto ya una de las rampas.

—Bien —dijo Jones—. Parece que estamos llegando a alguna parte... ¿Cómo sabe usted eso?

—Me lo dijo un hombre en Amarillo, hace un par de semanas —respondió Baine—. Estaba en las Colinas Negras. Los proyectiles dirigidos, con cabezas atómicas, se hallaban a punto de ser disparados.

—¿Qué le hace creer que esos informes son simples bulos, Sam? —preguntó Talbot—. ¿Acaso trata de tirarnos de la lengua?

Jones se encogió de hombros.

—Si hubiésemos tenido bombas atómicas, las habríamos utilizado.

Se lo había repetido a sí mismo un millar de veces. Jake Cross se hizo de nuevo visible y le respondió:

—¿Cómo podíamos utilizarlas? Oficialmente, no estábamos en guerra; y ni siquiera podíamos estar seguros de que se trataba de una guerra oficiosa. Cuando abrimos los ojos a la realidad, la mitad de nuestra población había muerto a consecuencia de la gripe amarilla, y los que habían quedado vivos solo deseaban encontrar un lugar seguro donde ocultarse. Apuesto a que en las rampas no había un

solo soldado vivo cuando llegó la orden de disparar..., si es que llegó esa orden, lo cual es más que dudoso, ya que los oficiales que podían darla probablemente estaban también muertos. Si crees que la historia de las bombas ocultas no es más que un bulo sin fundamento, ¿qué diablos estás haciendo aquí, en la parte del país donde se encuentran las rampas de lanzamiento secretas?

Su voz era acerada como un cuchillo, y empuñaba la metralleta con una fría determinación.

Jones volvió a encogerse de hombros y sonrió.

—Bueno, Jake, debo admitir que trataba de tiraros un poco de la lengua, para proteger mi propia piel en el caso de que uno de vosotros resultara ser un espía. En cuanto a lo que estoy haciendo aquí, pensé que si mantenía los ojos bien abiertos, tal vez podría encontrar una rampa de lanzamiento... y apretar un botón, o empujar una palanca, o algo así.

Mientras hablaba, los rostros se distendieron. Era uno de ellos. Y era lo que querían saber. Jake Cross sonrió, palmeó la espalda de Jones y le devolvió su metralleta.

—¡Uf! —gruñó Talbot—. Confieso que me ha hecho pasar usted un mal rato, Sam.

Sólo Baine parecía conservar una parte de sus sospechas, y trató de disimularlo mirando en otra dirección.

—Las rampas de lanzamiento existen —dijo Jean Crane. En su voz había una nueva animación—. Los otros ya saben lo que voy a decirle, Sam. Las rampas existen..., y yo tengo el mapa de una de ellas.

—¿Eh? —exclamó Sam Jones excitadamente—. ¿Qué es lo que está diciendo, muchacha? —Estaba realmente impresionado—. *¿Que tiene usted un mapa de una de ellas? ¿Dónde diablos lo consiguió, y dónde está?*

—Era enfermera del Ejército en un hospital de Baltimore —respondió Jean Crane—. Uno de mis pacientes era el general Deepers. La fiebre le hacía delirar, y en su delirio habló del mapa; cuando falleció, busqué el mapa entre sus pertenencias y lo encontré.

—¡Cielo santo! —exclamó Jones. Era un milagro, desde luego. ¡Un mapa de una de las rampas de lanzamiento!

—¡Ssst! —susurró Jake Cross súbitamente.

El sibilante sonido era apenas audible. Pero todos ellos conocían su significado. ¡Las aspas de un helicóptero!

—¡Cuerpo a tierra! —rugió Jake Cross.

Se aplastaron rápidamente contra el suelo. La bomba cayó muy cerca, detrás del taller.

III

La bomba era probablemente de las ligeras: cincuenta libras, a lo sumo. El blanco debía de haber sido el automóvil de Jones, ya que la bomba lo cogió de lleno, haciéndolo volar por los aires, completamente destrozado. En su caída, los fragmentos del vehículo repiquetearon en el techo metálico del taller.

Mientras duraba el repiqueteo, Sam Jones vivió de nuevo la terrible destrucción de América, y cómo se había producido. En primer lugar se presentó la gripe amarilla, desde luego; la gente se acatarraba, tenía fiebre durante un par de días; se curaba. Creía haber pasado un simple resfriado. Los médicos opinaban lo mismo. Pero la epidemia de resfriados atacó a todas las ciudades del país al mismo tiempo, y se extendió como fuego sobre una capa de aceite. Las infecciones eran benignas; no necesitaban mucho tratamiento, aunque exigían guardar cama, y todo el mundo se reponía... o parecía reponerse. Tres meses más tarde, la piel adquiría un tono amarillento. Si se permanecía completamente inmóvil, sin mover un solo músculo, existían posibilidades de curación. Pero el menor esfuerzo provocaba un colapso cardíaco. Millares de personas habían muerto a consecuencia del esfuerzo que realizaron para sentarse en la cama. Durante los tres meses transcurridos desde que se presentó el «resfriado», el virus de la gripe amarilla había atacado los músculos del corazón.

Sam Jones había estado de suerte. Había sido atacado por la enfermedad cuando ya se sabía que una inmovilidad absoluta representaba una posibilidad de salvarse. Durante diez días no había movido nada, excepto los ojos.

La Muerte Negra en la Europa de la Edad Media no había creado el pánico provocado por la gripe amarilla. Los moribundos eran abandonados mientras millones de personas huían de las ciudades, para descubrir que el virus de la gripe amarilla era igualmente mortal en el campo. En todos los pueblos y aldeas se alzaron barricadas para detener la loca huida de los refugiados portadores de la infección. Pero la corriente humana enloquecida por el pánico fluyó alrededor de las barricadas, por encima de ellas y a través de ellas.

Se realizaron grandes esfuerzos para aislar el virus, para elaborar vacunas. Si hubiera habido tiempo —y si los investigadores hubieran vivido lo suficiente—, los esfuerzos hubiesen tenido éxito. Existía una vacuna. De no existir, ¿cómo se explicaría la inmunidad de los buques cargados de «trabajadores» que la Federación Europea enviaba para ayudar al país? Los médicos de la Federación, las enfermeras, los soldados (para mantener el orden) no contraían la enfermedad. ¿Por qué eran inmunes?

La primera vez que esa pregunta fue formulada públicamente, Washington fue volado. Los jefes de la Federación quedaron horrorizados por el desgraciado accidente (evidentemente, una de las bombas atómicas que los Estados Unidos

poseían habían estallado por casualidad), y se apresuraron a enviar más barcos cargados de trabajadores. Luego, teniendo en cuenta que los escasos miembros del gobierno que habían escapado a la gripe amarilla murieron en la catástrofe, y el país se encontraba sin una dirección responsable, fue necesaria declarar la ley marcial, a fin de controlar a la población superviviente e impedir la extensión de la infección que asolaba al país.

Hubo una época en que la falange fue un arma nueva. Roma la utilizó para conquistar un imperio. Más tarde, la guerra total fue un arma nueva. Hitler casi consiguió conquistar un imperio con ella. A finales del siglo XX, había sido descubierta una nueva técnica para conquistar imperios. Consistía en diezmar a la población por medio de la guerra bacteriológica, seguida por la invasión de ejércitos disfrazados de expediciones de «socorro».

Quienquiera que hubiese sobrevivido a la gripe amarilla y que pensara en voz alta que América había sido destruida y ocupada, era evidentemente un fascista... y un fuera de la ley. Todos los americanos leales tenía la ineludible obligación de colaborar con los humanitarios esfuerzos de la Federación, en todos los sentidos. Y, dado que las rampas de lanzamiento secretas constituían una amenaza para la seguridad pública, todos los americanos leales tenían el deber de informar a las autoridades de la Federación de todo lo que supieran acerca de ellas.

Mientras existieran aquellas rampas, la Federación no estaría tranquila. La espada de Damocles estaba ahora forjada con uranio. Cualquier funcionario, técnico u oficial del ejército que poseyera información...

Nadie parecía poseer tal información. Nadie dio un paso al frente. Los soldados de la Federación, acuciados por las órdenes emanadas de su Mando Supremo, buscaban desesperadamente las rampas de lanzamiento... para mellar el filo de uranio de la espada de Damocles. Había otros que las buscaban, también, con la misma desesperación, aunque no por los mismos motivos. Sam Jones, Jake Cross, Jean Grane —centenares tal vez millares—, buscaban con una sola idea en la mente: apretar un botón, empujar una palanca.

Pero... ¿dónde estaba oculto el botón? Los altos oficiales que lo sabían, habían muerto. *Botón, botón, ¿quién tiene el botón?*

Debajo del automóvil averiado, Sam Jones estornudó.

—Ahí llega otra —dijo Jake Cross. La segunda bomba cayó al lado mismo del edificio. El techo voló. Las paredes se desplomaron.

—Nos matarán a todos —gimió Baine—. Voy a salir de aquí.

—No se mueva —dijo Jones.

—Tenemos a un helicóptero de la Federación sobre nuestras cabezas. La próxima vez acertarán.

—Si echa usted a correr, le ametrallarán. No se mueva. Si no ven ningún movimiento, tal vez no lancen más bombas.

Baine empezó a refunfuñar, pero se quedó quieto.

—¿Está usted bien? —le preguntó Jones a la muchacha.

—¿Cómo puedo saberlo? —respondió Jean.

—Están aterrizando —anunció Jake Cross.

En efecto, el helicóptero estaba tomando tierra a unas cincuenta yardas del revuelto montón de escombros que en otros tiempos fuera estación de servicio y taller de reparaciones. Era un aparato americano, requisado por la misión de «socorro», y sin duda figuraba en los informes oficiales como asignado al transporte de alimentos y medicamentos a las comunidades que tan desesperadamente los necesitaban. Iba tripulado por tres hombres, incluido el piloto. Una vez en el suelo, el piloto detuvo las aspas y montó una ametralladora ligera de modo que su negra boca cubriera lo que quedaba del edificio. Luego encendió un cigarrillo y se inclinó hacia atrás, mientras los dos soldados se acercaban a investigar. Llevaban el uniforme verde-gris de la Federación, con los simbólicos eslabones unidos en las hombreras. Iban armados con metralletas. Se detuvieron en el cráter abierto por la primera de las bombas, inclinándose a mirar en su interior...

Jones, debajo del automóvil, apuntó al piloto y apretó el gatillo, suavemente, tiernamente, acariciadoramente.

El piloto se derrumbó sobre la ametralladora. A continuación, Jones disparó contra los dos soldados. Vivieron un poco más que el piloto..., aunque no lo suficiente para encontrar un blanco a sus disparos. Jones salió de debajo del automóvil arrastrándose, quitó el cargador de su metralleta y volvió a llenarlo de proyectiles del 45 que sacó de uno de sus bolsillos.

Mientras recargaba el arma, Jake Cross y Bob Talbot salieron del taller y se acercaron a los dos soldados muertos, para apoderarse de sus armas y municiones. Cross alzó la mirada hacia el helicóptero.

—Puedo volar con cualquier cosa que tenga alas —dijo.

—¡Estupendo! —exclamó Jones—. ¡Y yo que me imaginaba que tendría que ir a pie!

Se oyó un ruido procedente del taller. Jones volvió la cabeza. La muchacha estaba tratando de apartar una plancha de hierro que le impedía moverse. Los automóviles averiados la habían salvado, del mismo modo que habían salvado a sus compañeros. Jones la ayudó a ponerse en pie.

—¿Había dicho usted algo acerca de un mapa? —inquirió.

La muchacha introdujo la mano en su seno y sacó una bolsa de tela sucia y desgastada. En el interior de la bolsa había un mapa y unas gafas.

A simple vista, el mapa era un anuncio de una estación de servicio. «*Compre gasolina Sky y llegue puntual a su cita, lo mismo por tierra que por aire*». Había también un dibujo, representando a los mozos de una estación de servicio atendiendo a un automóvil. Más atrás, otros mozos atendían a un helicóptero. En último término había palmeras y un océano. Al contemplar el anuncio, Jones suspiró. Todo aquello había desaparecido para siempre. Los que habían redactado el anuncio, los

dibujantes, el público al que iba destinado, las máquinas que lo habían impreso... No, las máquinas no habían desaparecido. Una de las ventajas de la conquista por medio de la guerra bacteriológica y las expediciones de socorro era el hecho de que los recursos materiales del país conquistado quedaban intactos.

—Ahora, póngase las gafas y vuelva a mirarlo —dijo la muchacha.

Jones obedeció. A través de los cristales de las gafas, pudo ver dos finísimas líneas rojas que se cruzaban en un punto de las montañas de Colorado.

—Cuando el general Deepers estaba delirando —dijo Jean Grane—, habló de una mina abandonada.

—¡Hum! —murmuró Jones. En su interior se sentía helado, temeroso de moverse. No había experimentado aquella sensación desde que tuvo la gripe amarilla—. ¡Botón, botón! —susurró. ¿Tenía ya el botón en sus manos? Sus manos empezaron a temblar. La muchacha le contemplaba con ojos inquietos y pensativos.

Baine se deslizó fuera del taller. Nadie se fijó en él.

Las aspas del helicóptero empezaron a girar. Jones, absorto en la contemplación del mapa, no se enteró.

—¿Por qué tiembla usted? —preguntó Jean.

—Estaba pensando que el apretar botones no nos devolverá a los muertos —respondió Jones.

—¿No estará usted sugiriendo que no debemos apretar ningún botón? —dijo la muchacha.

—No —dijo Jones—. Pero usted sabe, lo mismo que yo, que la República ha muerto definitivamente, y que apretar botones no va a devolvérsela. Tenemos que enfrentarnos con los hechos, Jean: América ha perdido una guerra, irremediablemente.

El rostro de Jean quedó nublado por una sombra de tristeza.

—Lo sé —susurró—. Todos lo sabemos, aunque ninguno de nosotros quiera admitirlo. Y sabemos que el destruir a nuestros enemigos no nos devolverá nada de lo que amábamos.

—No —dijo Jones—. Después de la Guerra Civil, cuando la Confederación quedó destruida, ¿qué hicieron algunos de los soldados confederados? Emigraron. Muchos de ellos se marcharon al Brasil. Allí fundaron una pequeña colonia de irreductibles rebeldes.

—¿Qué les sucedió?

—No lo sé —respondió Jones—. Ni creo que importe. Lo que quería decirle es que me gustaría que hubiera algún Brasil para nosotros, algún refugio donde pudiéramos mantener vivo al menos el recuerdo de la América que existió. Unas hectáreas de terreno, la ladera de una montaña, un lugar donde un hombre pudiera formar un hogar, donde algún día pudiera contarle su historia a sus hijos...

La muchacha estaba ahora muy cerca de él. Jones percibió el anhelo que reflejaban sus ojos.

—¿Dónde está ese lugar? La Federación tiene un brazo muy largo.

Jones sonrió sin la menor alegría. Miró a su alrededor, buscando el poste de señales que indicaba el camino hacia Alamogordo. Había sido alcanzado por los efectos de una de las bombas lanzadas por el helicóptero, y la flecha apuntaba ahora rectamente al cielo.

—Allí está el único lugar que conozco: el cielo.

Jake Cross se acercó, sonriendo.

—Vuelo final —dijo—. Dentro de un par de minutos despegaremos. Y en la próxima parada empezaremos a apretar botones.

Le siguieron hasta el helicóptero.

IV

Empezaba a oscurecer cuando el helicóptero aterrizó en el valle. A la derecha se erguía la enorme mole de una montaña. A la izquierda, en la ladera de una colina, veíanse los edificios en ruinas de una pequeña mina desierta.

El aire era limpio, perfumado con los colores de las montañas y agradablemente fresco. Jones aspiró profundamente. Alzó la mirada hacia las cumbres que se perdían en la distancia.

—Hermoso sitio para vivir —dijo.

Jake Cross contempló excitadamente los edificios de la mina.

—Un mapa estupendo, Jean —aprobó—. A nadie podría ocurrírsele la existencia de rampas de lanzamiento en este lugar. Vamos a apearnos, Sam. Los botones nos están esperando.

Jones descendió del helicóptero... y dio un salto al ver lo que estaba oculto entre la hierba. Jean, que estaba a punto de apearse, siguió la dirección de la mirada de Jones y lanzó un grito.

—¡Un esqueleto!

El esqueleto llevaba uniforme y de su cinto colgaba la funda de un revólver de reglamento. Jones se inclinó. Cuando volvió a incorporarse, llevaba en la mano una insignia de plata.

—Parece que su mapa es exacto, Jean —dijo—. Ese hombre era un coronel. Y los coroneles no eran utilizados para misiones de poca importancia.

—¿Qué le sucedería? —preguntó Cross.

—Supongo que vino aquí a apretar un botón —respondió Jones—. Y no pudo llegar más lejos. —Inclinándose de nuevo, recogió un trozo de cuerda y un fragmento de nylon—. Fue lanzado en paracaídas.

Jake Cross saludó gravemente al esqueleto.

—Apretaremos un botón por usted, coronel —dijo.

Jones apartó la mirada. La fijó en las montañas y en el lejano cielo que ardía con los esplendores de la puesta de sol. En aquel cielo se movían unos puntitos. Jones los siguió con los ojos, sin preocuparse de su significado. Eran helicópteros..., ocho o nueve helicópteros. De repente, dándose cuenta de lo que representaban, lanzó un grito.

—¡Nos han localizado con su radar, y se están acercando!

—Hijos de... —empezó Jack Cross.

—Vámonos a la mina —dijo Jones—. No tardarán en localizar nuestro helicóptero, y no nos queda tiempo para ocultarlo. Y no podemos huir por el aire.

Echaron a correr hacia la mina.

—Si pudiera apretar un solo botón antes de que me cojan... —jadeó Cross—. ¡Uno solo, Dios mío!

Apretar un botón se había convertido para él en una obsesión.

Si Jones hubiera visto aquella mina en otras circunstancias, no le hubiera prestado la menor atención; pero, con la evidencia del mapa, tenía la esperanza de que fuera realmente una de las rampas de lanzamiento secretas... o tal vez incluso el cuartel general secreto que los rumores públicos situaban en algún lugar de aquella región occidental.

Los que habían abierto la mina habían construido el túnel de entrada al pie de la ladera de la colina. Junto a él habían levantado un cobertizo de planchas metálicas. Los edificios de madera tenían aspecto de viviendas y de almacenes. En el túnel había una puerta que giraba sobre un solo gozne. La empujaron..., y se detuvieron, asombrados.

El negro cañón de una ametralladora les estaba apuntando. Detrás del cañón, contemplándoles a través del punto de mira, había un hombre. Les miró de un modo impersonal.

—Dejen caer las armas al suelo —dijo.

Sam Jones alzó los ojos al cielo.

—Están llegando los helicópteros de la Federación —dijo.

El hombre asintió.

—Lo sé. Los vi antes que ustedes. Por eso están ustedes vivos.

—¿Qué?

—Si no hubiera visto que los Federados les perseguían, les hubiera derribado... a causa de los emblemas de su helicóptero. Pero, si huían ustedes de los Federados, aunque fuera en un helicóptero con los emblemas de la Federación, pensé que debía concederles una oportunidad para hablar. De modo que si tiran las armas al suelo, podrán hablar. Si no quieren tirarlas, obraré en consecuencia. Y les advierto que será mejor que inventen algo bueno, porque por bueno que sea, queda en pie el hecho de que han conducido a los soldados de la Federación hasta el laboratorio bacteriológico secreto.

—¿Al qué? —balbució Jones.

—Al Laboratorio de Guerra Bacteriológica —respondió el hombre—. Cuando hayan dejado caer las armas díganme qué diablos creían ustedes que era esto.

Dejaron caer las armas. Se miraron el uno al otro. Jones miró a la muchacha.

—Ese general Deepers, ¿a qué arma pertenecía?

—Al..., al Cuerpo Médico —respondió Jean.

—¿Deepers? —El hombre que estaba detrás de la ametralladora pareció súbitamente interesado—. Estaba al mando de este laboratorio. ¿Saben qué ha sido de él?

—¡Maldición! —exclamó Jones—. Deepers era un médico. Y, desde luego, su mapa conducía a un maldito laboratorio bacteriológico.

—¿Qué mapa? —preguntó el hombre.

Le contaron la historia, con frases entrecortadas. Fuera, en el prado donde habían

dejado el helicóptero, estalló la primera bomba.

—Tendré que permitirles la entrada —dijo el hombre—. Este lugar no es lo que ustedes pensaban, pero pueden pasar, de todos modos. Recojan sus armas y ayúdenme a transportar ésta. Toda la montaña es un laberinto de cuevas. El laboratorio está debajo de nosotros.

En el exterior estalló otra bomba. Al oír la explosión, Jake blandió su puño.

—Algún día, malditos...

El centinela encendió una linterna y les guió por el túnel. Delante de ellos se oyó un crujido. A la débil claridad de la linterna se hizo visible un hombre. Al mirarle, Jones se estremeció. El hombre era alto y estaba increíblemente delgado. Llevaba una larga barba y sus ropas estaban sucias y rotas.

—¿Es usted, Raymond? —le preguntó al centinela.

—Uh-uh —fue la respuesta—. ¿Qué está usted haciendo aquí, Joe?

De repente, su voz se había hecho amable, con cierto acento de tristeza.

—Iba a salir a contemplar las estrellas —respondió el espectro—. Quiero verlas otra vez. Todos vamos a ir allí, ya sabe.

—Desde luego, lo sé —dijo el centinela amablemente—. Pero será mejor que no salga ahora, Joe. Ahí fuera hay unos hombres malos... ¡Eh, amigo! ¿Qué le pasa?

Sam Jones no oyó la pregunta. En su precipitación por avanzar, había empujado al centinela.

—¿Doctor Corless? —susurró. Sus piernas temblaban y su corazón latía tumultuosamente—. Supongo que no se acordará usted de mí, señor, pero...

El demacrado rostro se volvió hacia él, mientras el centinela le iluminaba de lleno con su linterna; luego, los hundidos ojos se cerraron, como si el hombre tratara de concentrarse, escarbando en sus recuerdos.

—Soy Jones, señor —continuó Sam—. Samuel Jones, señor.

—¿Jones? —El hombre pareció saborear la palabra, masticarla casi, tratando de descubrir los recuerdos que iban unidos a ella. Al cabo de unos instantes añadió—: Hubo un Jones en mi plantilla. Un hombre muy brillante. Sentí mucho tener que decepcionarle. Jones... ¡Ah!

Las conexiones de la memoria habían vuelto a romperse.

—Aquel Jones era yo, señor —dijo Sam. Y se irguió al decirlo. Había conocido a aquel hombre, a aquel fantasma, uno de los físicos más eminentes del mundo, antes —incluso el recuerdo era penoso—, antes de que la Propulsión Corless fracasara. Recordaba los espectaculares titulares de los periódicos: UN CIENTÍFICO PRETENDE HABER DESCUBIERTO UN SISTEMA DE PROPULSIÓN PARA LAS NAVES ESPACIALES.

Aquello había sucedido antes de que llegara la gripe amarilla, y podía haber sido uno de los motivos de que se produjera la epidemia. Corless había estado trabajando durante años con dinero suministrado por el Departamento de Guerra. Los generales

se enorgullecían de él. Se retrataban frecuentemente a su lado. Había descubierto un sistema de propulsión para las naves espaciales. Había construido un modelo. ¡Una nueva era en el transporte! ¡Naves para alcanzar los planetas! ¡Naves para alcanzar las estrellas! No proyectiles cohete, pesados y peligrosos, sino naves propulsadas por un principio completamente nuevo: la Propulsión Corless. Se había preparado una demostración pública de aquel sensacional invento. Allí estaban los generales, los miembros del Congreso, los Senadores, el Presidente, los periodistas, los operadores de la televisión, los de los noticiarios cinematográficos... Para los hombres que trabajaban en los Laboratorios Corless había sido un día glorioso, el día en que los sueños iban a convertirse en realidad.

La demostración fue un completo fracaso. La nave-modelo ni siquiera había despegado.

Al día siguiente, un senador se levantó en el Congreso para preguntar por qué motivo el dinero público estaba siendo utilizado para financiar los inventos de un demente.

Aquello había representado el fin para Corless. Se anunció públicamente que estaba bajo los cuidados de un psiquiatra. El laboratorio había sido suprimido, el proyecto abandonado. Jones suponía que Corless había muerto. Y ahora, en un túnel que olía a humedad, le encontraba de nuevo, tratando de recordar una época desaparecida, hablando de contemplar las estrellas —«Todos vamos a ir allí, ya sabes»—, mientras en el exterior estallaban las bombas de la Federación.

—¿No se acuerda usted de mí, señor? —susurró Jones.

—Por un instante creí recordarle —respondió Corless—. Pero el recuerdo ha desaparecido. Han desaparecido tantas cosas...

—Lo siento, Joe —intervino el centinela—. Tenemos que darnos prisa, y usted debe venir con nosotros. Podrá salir a contemplar las estrellas otra noche.

Su voz era amable, pero firme.

—¿Otra noche? —repitió vagamente Corless—. Hace tanto tiempo que oigo eso...

Luego, con un gesto de impotencia que conmovió a Jones, dio media vuelta y echó a correr por el túnel.

Jones se alegró de la oscuridad que les rodeaba. Así podía ocultar la humedad de su rostro. Pero el estremecimiento de sus hombros reveló lo que la oscuridad ocultaba. Notó la mano de la muchacha sobre su brazo.

—¿Tanto significaba para usted? —susurró Jean.

—Le idolatraba —dijo Jones—. Corless era Mr. América.

—No comprendo...

Jones trató de encontrar palabras que expresaran fielmente lo que sentía.

—Ya sabe usted los calificativos que solían darnos las naciones extranjeras. Tío Shylock, explotadores, esclavos del dólar... Era verdad. Estábamos tratando de

apoderarnos de algo, todos nosotros tratábamos de conseguirlo, pero no eran dólares. Eran... las estrellas Durante los últimos veinte años no había un solo muchacho que tuviera uso de razón que no creyera ciegamente que nuestro destino estaba en las estrellas... y que Joseph Corless nos llevaría allí.

—¿Y fracasó?

—No sé si fracasó él o fracasamos nosotros. Pero lo cierto es que alguien fracasó.

Los dedos de Jean se cerraron alrededor de su brazo, cariñosamente. Delante de ellos, como el fantasma de un profeta cuyas predicciones hubieran fallado, Joseph Corless desapareció en una revuelta del túnel.

Al llegar a aquella revuelta, el centinela empujó una puerta que se abría hacia adentro. Se encontraron en otro túnel que descendía ligeramente. Cruzaron otras dos puertas. La última se abría a una amplia cueva, de techo muy bajo, iluminado por luces fluorescentes. En el suelo, enfrente mismo de la puerta, un bebé gordinflón se arrastraba sobre sus manos y sus rodillas. Su madre le vigilaba desde una cavidad que tenía aspecto y olor a cocina. Al ver a los recién llegados, la mujer corrió a levantar al niño.

—El doctor Morrison es nuestro jefe —dijo el centinela—. Ahora hablarán con él.

El doctor Morrison era un hombre alto y pálido... y no se alegró de verles, ni de oír su historia.

—Nunca hemos negado refugio a nadie —les dijo—. Y ya es demasiado tarde para empezar a hacerlo. Sin embargo, preferiría no haberles conocido.

—Lo siento —dijo Jones. Y era sincero al decirlo.

Morrison se encogió de hombros, con un gesto de cansancio.

—Tal vez no nos descubran. Este lugar queda perfectamente oculto, y el trabajo fue realizado por especialistas. Tal vez crean que han huido ustedes a las montañas. —Se dirigió al centinela—: Encárguese de que coman algo.

La madre del bebé gordinflón les sirvió venado asado.

—Los hombres salen a cazar de cuando en cuando —explicó la mujer—. Las provisiones almacenadas aquí se están terminando.

—¿Cuántas personas hay en este refugio? —preguntó Baine.

—Setenta y un hombres, treinta y nueve mujeres y ocho niños, la mayoría de ellos nacidos aquí, como Piernas Gordas. —Y señaló a su hija.

—Está muy desarrollado —dijo Jean Grane.

—Hasta ahora, la comida para los niños no ha escaseado, aunque no creo que las provisiones duren otro año.

—¿Qué ocurrirá entonces? —preguntó Talbot.

La mujer se encogió de hombros.

—No me he parado a pensarlo. Aquí hemos dejado de pensar. Hola, Joe —le dijo al espectro que acababa de entrar—. ¿También usted tiene hambre?

Corless sacudió la cabeza y se acercó a Sam Jones.

—¿Jones? —dijo—. Jones, tengo algo...

—Sí, señor —dijo Jones, poniéndose en pie—. ¿De qué se trata?

Pero Corless estaba sacudiendo la cabeza, y su rostro volvía a ser inexpresivo.

—Se ha ido —murmuró—. Hace un momento lo tenía aquí —señaló su cabeza—, pero se ha ido.

Murmurando en voz baja, dio media vuelta y salió de la cueva.

—¿Le dejan ir y venir a su antojo? —preguntó Sam Jones.

La mujer se encogió de hombros.

—Es inofensivo. A veces transcurren semanas enteras sin que aparezca por aquí. Luego se presenta una mañana, pidiendo el desayuno. Nadie se preocupa por él.

A lo lejos, se oyó el estallido de una bomba.

—Me pregunto qué estarán bombardeando —dijo Jake.

—Los árboles, y unos a otros, en la oscuridad —respondió Jones—. Eso espero.

Suspiró. En el exterior había hombres con bombas y ametralladoras y otras armas inventadas por los humanos para la destrucción de sus semejantes, incluidas la guerra bacteriológica y las expediciones de «socorro». Pero allí, en la cueva, había paz; allí había seguridad, aunque quizá sólo por una noche. Aquél era un lugar de refugio... para la noche.

Se preguntó si llegaría el momento de encontrar un refugio para todo un año, o para toda una vida. Había un montón de cosas en las cuales le gustaría trabajar, si tenía tiempo. De un modo especial en la Propulsión Corless.

—Necesito hablar con usted —dijo Jean Crane.

Cogió a Jones del brazo y pasearon a través de la cueva. Hombres y mujeres les miraron, asintieron y continuaron sus tareas, fingiendo indiferencia a las bombas que estallaban en el exterior. Su indiferencia no era más que una máscara destinada a cubrir su miedo desesperado, pensó Jones. ¿O era verdadera indiferencia? ¿Había alcanzado aquella gente el punto donde nada importa, donde la muerte supone un alivio? ¿Era la muerte el verdadero refugio para la noche... y el único, para ellos? La idea le impresionó.

—Siento lo del mapa —dijo Jean Crane.

—Olvídelo —respondió Jones.

—No puedo olvidarlo. No dejo de pensar en lo que le he hecho a esta gente.

—Lo peor que ha hecho usted ha sido anticipar un poco un día que de todos modos iba a llegar. Tienen provisiones para otro año, quizá. Pero están condenados a muerte, y lo saben. Este lugar fue planeado como laboratorio, pero el trabajo se ha interrumpido, lo cual demuestra que saben lo que se avecina. Cuando el trabajo se interrumpe, la esperanza ha muerto.

En aquel momento pasó junto a ellos el doctor Morrison. Al verles, se detuvo.

—Corless le estaba buscando —le dijo a Jones.

—Ya me ha encontrado —respondió Sam, y explicó lo que había sucedido.

—Parece recordarle usted algo —aventuró el doctor—. Pero no acaba de precisar

el recuerdo.

—Lo sé —dijo Jones—. Le recuerdo la época en que era el científico más eminente de la nación... cuando esto era una nación.

—En ese caso, probablemente será mejor que no recuerde —dijo Morrison, y se alejó.

Encontraron una cueva que había sido arreglada como sala de descanso, con estanterías de libros en las paredes, y lámparas de pie, y cómodas butacas, para las horas libres del personal del laboratorio. Se sentaron. Jones no supo cómo había ocurrido, pero al cabo de cinco minutos la muchacha estaba con la cabeza apoyada en su hombro y profundamente dormida. Dormía como una niña, con el rostro distendido y tranquilo.

—Dulces sueños, Jeanie —murmuró Jones.

Dulces o amargos, los sueños era lo único que les quedaba.

Jones no supo cuándo se quedó dormido. Su cuerpo estaba intoxicado por la fatiga. Ni sabía el tiempo que había transcurrido, cuando le despertó el tableteo de una ametralladora.

Jones estaba soñando en el Brasil cuando la ametralladora le despertó. Como un fantasma, el sueño huyó de su mente mientras se ponía en pie. Jones y la muchacha corrieron hacia la puerta de la sala de descanso.

La mayoría de las luces habían sido apagadas, pero unas cuantas seguían ardiendo. Al final del pasillo, las luces iluminaban a unos hombres que trabajaban desesperadamente, levantando una barricada alrededor de una puerta que había sido arrancada. La ametralladora, manejada por Raymond, estaba montada allí... y disparaba a través de la oscura abertura.

—Al parecer, tenemos visita —murmuró Jones.

Avanzaron pegados a la pared del túnel. Talbot, con un ensangrentado vendaje en la frente, estaba ayudando a tres hombres a colocar una pesada mesa enfrente de la entrada.

—Aquel hijo de perra, Baine —dijo Talbot—, era un espía de la Federación. Se deslizó fuera, acuchilló al centinela y ha traído hasta aquí a los Federados.

La caverna estaba llena de sonidos. En el otro extremo, una larga procesión se movía a través de una salida lateral, obedeciendo a un preestablecido plan de evacuación en caso de ataque. Morrison llegó corriendo. Les entregó a cada uno de ellos una pastilla blanca.

—Los otros ya la tienen —dijo.

—¿Qué es esto? —preguntó Jones.

—Cianuro —respondió Morrison.

Jones le miró fijamente. El sueño seguía nublando su cerebro, impidiéndole pensar con claridad.

—Pero esa gente no puede suicidarse —protestó—. No tienen que morir.

—Ya hemos estudiado el asunto y llegado a una conclusión —dijo Morrison—. Lo sometimos a votación. Nadie votó en favor de la rendición.

—¡Pero, aquí hay niños! —exclamó Jean.

—Supongo que en el Cielo habrá espacio para los niños —dijo Morrison, y se alejó.

Jake Cross se acercó a ellos.

—La última barricada —dijo.

¡Booom!

El montón de mesas y muebles acumulados delante de la entrada desapareció. El trueno rugió en la caverna, y volvió a rugir. La ametralladora se levantó como si le hubieran brotado alas, y Raymond con ella. Raymond cayó al suelo, trató de arrastrarse y repentinamente se inmovilizó.

En medio del silencio que siguió, un chiquillo asustado empezó a sollozar.

—Me pregunto cuánto tardarán en presentarse —dijo Jake Cross. Cambió el

cargador de su metralleta—. Bueno, puedo esconderme a un lado. Luego, cuando entren, puedo cargarme a unos cuantos. —Consultó su reloj—. Son las seis de la mañana. Ya ha amanecido.

En alguna parte, un hombre agonizaba. El último de la hilera avanzaba apresuradamente hacia la salida..., ¿hacia dónde, ahora?

A su lado, una mujer que había estado ayudando a levantar la barricada se sentó en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared. Introdujo la mano en su seno y sacó una cajita en forma de corazón. La abrió. La cajita contenía una sola pastilla blanca. La mujer se la tragó. Luego se quedó muy quieta, el rostro tranquilo, los ojos serenos.

El tableteo de las ametralladoras resonaba cada vez más cerca. Jake Cross levantó su arma.

—Puedo detenerles aquí durante un par de horas —dijo—. Corran, ustedes dos, y traten de salvarse.

En la oscura caverna, una voz gritó súbitamente:

—¡Jones!

Sam Jones alzó la cabeza. En sus ojos había una expresión sorprendida.

—¡Estoy aquí, Gabriel! —gritó—. ¡Aquí!

La muchacha se aferró a su brazo, sollozando.

—¡Sam! —murmuró.

Pero Jones no la oyó.

—¡Jones! ¡Samuel Jones! —volvió a gritar la voz.

—Estoy aquí, Gabe —respondió Jones.

Una delgada figura surgió de la oscuridad y avanzó hacia ellos. Era Corless.

—¡Jones! —jadeó Corless—. Por fin me he acordado de usted. Luego lo he recordado todo.

Jones asintió, con aire ausente.

—Me alegro que haya recordado usted a Sam Jones —murmuró.

—¡Sam!

Los dedos de la muchacha se clavaron en su brazo, pero Jones no lo notó. Corless le miró fijamente. Jones se inclinó.

—Gabriel, permítame que le presente a mi compañera, Miss Jean Grane. Es una muchacha encantadora, Gabriel. Acomódelo lo mejor que pueda, por favor.

Corless le sacudió fuertemente por los hombros.

—¡Escuche! Sé que he estado loco, pero ahora no lo estoy. Sabía *dónde* estaba, pero no podía recordar *qué* era... hasta que le vi a usted. Usted desbloqueó mi memoria.

—¡Ah! —murmuró Jones.

—¡Escuche, por favor! Este laboratorio bacteriológico no era más que una tapadera de algo mucho más importante. Necesitábamos un pretexto para el trabajo que estábamos realizando aquí. El laboratorio era el pretexto, pero existe otra cueva

secreta.

Sam Jones parpadeó. El tono de Corless era completamente normal.

—¿Y qué estaban haciendo ustedes en esa segunda cueva? —preguntó Jones.

—Una nave espacial —respondió Corless.

—Gabriel tiene una nave espacial —dijo Jones.

—La primera que se ha construido —dijo Corless.

—La primera... —repitió Jones. Luego, su voz sonó furiosamente—. ¡No empiece usted otra vez, Gabriel! Soy un mono muerto, y me alegro de serlo. Déjeme ser un mono muerto, Gabe.

Corless extendió las manos en un gesto de desesperación.

—Por favor —susurró—. Se trata de la primera nave espacial construida con el sistema de propulsión Corless.

—El sistema de propulsión Corless fracasó —dijo Jones—. Yo estaba allí.

Corless se secó el sudor que empapaba su rostro.

—Aquel fracaso fue preparado de antemano —dijo—. Tuvimos que hacerlo... para tratar de ocultar el hecho de que el sistema era un éxito.

—¿Por qué? —preguntó Jones.

—Porque sabíamos que existía la Federación, y porque sabíamos que planeaba la guerra bacteriológica contra nosotros. Sabíamos, también, que si los gobernantes de la Federación tenían motivos para creer que habíamos construido una nave espacial, lanzarían sus bacterias contra nosotros inmediatamente... para impedir que termináramos el arma más decisiva conocida hasta entonces.

Jones empezó a sudar. Se pasó la mano por el rostro y trató de pensar.

—Creí que la bomba atómica era una arma decisiva —dijo—. Oí decir que el pensar en las bombas atómicas instaladas en las rampas de lanzamiento había preocupado a la Federación durante mucho tiempo... y sigue preocupándole.

—No hay una sola rampa de lanzamiento secreta en todos los Estados Unidos —dijo Corless—. Ni la ha habido nunca. Esa historia fue inventada por los servicios de información. Propalaron el rumor, con la esperanza de que la amenaza frenaría a cualquier posible atacante, hasta que la guerra fuese declarada ilegal. Se trataba de ganar tiempo...

La expresión asustada de los ojos de Jones eran un pálido reflejo del temor que experimentaba su corazón. Corless estaba contando algo tan lógico, que podía ser verdad. Y Jones temía dejarse convencer. Lo único que sabía a ciencia cierta era que Corless había estado loco, y que podía estarlo todavía.

—Pero, su proyecto fue abandonado, y usted mismo fue puesto bajo los cuidados de un psiquiatra...

—En efecto, ésa fue la versión oficial. Y crea que me partió el corazón tener que prescindir de los hombres que habían trabajado conmigo, dejar creer a los que habían confiado ciegamente en mí que había fracasado. Recluté una nueva plantilla de colaboradores, los cuales fueron traídos aquí, después de jurar que guardarían el

secreto, y empezamos a trabajar en la construcción de mi nave. Tenía a más de mil hombres trabajando para mí en aquella cueva. Y construyeron la nave.

—¿Qué ha sido de ellos? —preguntó Jones.

—La gripe amarilla —respondió Corless—. Todos murieron, y yo quedé vivo. Y el día que el último de ellos murió, enloquecí de veras... —Se pasó una mano por delante de los ojos como para espantar el recuerdo—. Lo sé —continuó—. Cuando usted llegó aquí anoche, yo estaba loco; la gente de esta cueva creía que estaba loco. Y lo estaba. Ni siquiera recordaba el motivo de mi presencia aquí. Mi memoria estuvo bloqueada, hasta que le vi a usted. Usted fue el eslabón que mi mente necesitaba.

Jones sudaba de angustia. El grano de lógica se había convertido en una montaña. La historia era verosímil, pero...

—Lo creeré, cuando vea la nave —dijo.

—Ése es uno de los motivos de que haya venido a buscarle —dijo Corless—. Quiero que embarque usted en la nave. Le necesito. Es usted el último de mi antigua plantilla de colaboradores, y le necesito desesperadamente.

Jones se volvió hacia la muchacha.

—Gabe quiere que nos marchemos con él —dijo.

Las ametralladoras seguían tableteando más allá de la destrozada barricada. Jake Cross disparó rabiosamente. Le miraron, y Cross agitó una mano.

—Lo he oído todo —dijo—. Váyanse con él, y traten de salvarse.

—Ven con nosotros, Jake —dijo Jones.

Cross sacudió la cabeza.

—Ésta es mi última barricada —dijo—. Y la lucha no termina hasta que ha caído la última barricada.

Había encendido un cigarrillo. Vieron la rojiza punta brillar en la oscuridad, cuando el hombre ya no era visible, como una diminuta estrella de esperanza parpadeando encima del último reducto.

Se unieron a la cola de la procesión que salía de la cueva. Una vez en el túnel, Corless les llevó en otra dirección. El túnel desembocó en una zona inmensa, completamente a oscuras.

—Hay unos generadores de emergencia —dijo Corless en medio de la oscuridad—. No se muevan de aquí. Voy a encender las luces.

Una súbita claridad inundó la cueva, iluminando la enorme masa de una aeronave. Un murmullo surgió del grupo que esperaba. Un murmullo que creció más y más, expresando una nueva esperanza.

Corless se acercó a Sam Jones, con el rostro radiante.

—Sigo sin ver claro —dijo Jones—. La Federación domina la Tierra, y ninguna nación se atreverá a concedernos asilo. Sacar esa nave de aquí, significará entregarla a la Federación.

—No lo ha comprendido usted —respondió Corless—. No vamos a buscar

refugio en la Tierra. La nave dispone de combustible y de provisiones para volar hasta los planetas... y más allá de nuestro sistema solar, si es necesario.

Sam Jones irguió bruscamente la barbilla.

—¡Entonces, Gabriel, condúzcanos a ellos!

Alrededor de la mina desierta zumbaba un enjambre de helicópteros. Habían acudido desde todas las direcciones, transportando más patrullas. La Federación sabía que allí había algo, aunque ignoraba lo que era. En el exterior de la mina hormigueaban los soldados; y en su interior luchaban por abrirse paso.

De repente, la montaña fue sacudida por una serie de terribles explosiones, y en su cima se abrió un oscuro agujero. Los helicópteros volaron rápidamente hacia allí.

La enorme nave surgió majestuosamente a través del agujero. Ascendió y ascendió, ganando velocidad. El sistema de propulsión no era visible, aunque no consistía en cohetes. Desde las mirillas de observación, numerosos rostros miraban hacia abajo.

Los pilotos de los helicópteros, acuciados por órdenes frenéticas, disparaban contra la nave. Los proyectiles se estrellaban inútilmente contra una coraza de acero. La nave continuó ascendiendo.

Sam Jones tenía el rostro pegado a una de las mirillas de observación. Uno de los helicópteros estaba realizando un terrible esfuerzo a fin de mantenerse a la altura de la nave espacial.

Por primera vez en mucho tiempo, Sam Jones soltó una carcajada.

—Tendréis que veros las caras con los hijos de mis nietos —dijo—. Voy en busca de un rincón donde pueda instalarme. Tendréis que veros las caras con mis descendientes.

Era una tontería, sí; y Sam Jones lo sabía. Sus nietos serían dueños de sus propias decisiones; y para ellos, que heredarían planetas, las guerras intestinas de un planeta menor llamado Tierra podrían carecer de importancia.

A su lado, Jean Crane sonrió.

En el suelo de la nave, Piernas Gordas trataba de arrastrarse sobre manos y rodillas, sin conseguirlo. La aceleración le desconcertaba. Pero seguía intentándolo. Se caía una y otra vez, y se levantaba riendo, para intentarlo de nuevo, adaptándose a la nueva vida que acababa de empezar.

Sam Jones se sintió embriagado por la vibración de la nave. Una vibración provocada por una poderosa fuerza que le conducía a un último refugio, que no era para una noche..., sino para siempre.

«Hemos perdido un continente... y ganado las estrellas», susurró.

Parecía una excelente transacción.

Ahora: Cero

J. G. Ballard

Usted me preguntaba cómo descubrí este poder absurdo y fantástico. Como al doctor Fausto, ¿me lo otorgó el mismísimo Diablo a cambio de mi alma? ¿Lo obtuve acaso por medio de algún extraño objeto talismánico —un ojo de ídolo, una pata de mono— desenterrado de un viejo baúl o legado por un marinero moribundo? ¿O me lo habré encontrado mientras investigaba las obscenidades de los Misterios Eleusinos y de la Misa Negra, percibiendo de pronto todo el horror y magnitud de ese poder entre nubes de incienso y humo sulfuroso?

Nada de eso. En realidad el poder se me reveló de manera bastante accidental, en el curso de trivialidades cotidianas: se me apareció disimuladamente en las puntas de los dedos, como un talento para el bordado. Fue algo tan inesperado, tan gradual, que tardé en darme cuenta.

Y ahora usted preguntará por qué tengo que contarles todo esto, describir el increíble y todavía insospechado origen de mi poder, catalogar libremente los nombres de mis víctimas, la fecha y la forma exacta de esas muertes. ¿Estaré tan loco que busco realmente justicia: el proceso, el birrete negro y el verdugo que me salta a la espalda, como Quasimodo, y me arranca de la garganta la campanada de la muerte?

No (¡ironía perfecta!), la extraña naturaleza de mi poder es tal que puedo difundirlo sin temor a todos aquellos que deseen oírme. Soy esclavo de ese poder, y cuando lo describo no hago más que servirlo, llevándolo fielmente, como se verá, a su conclusión definitiva.

Pero empecemos por el principio.

Rankin, mi superior inmediato en la compañía Seguros Siemprevida se transformó en el desgraciado instrumento de ese destino que me revelaría el poder.

Yo detestaba a Rankin. Rankin era engreído y terco, de una vulgaridad innata, y había alcanzado la posición que ocupaba ahora mediante una astucia de veras desagradable, negándose una y otra vez a recomendar mi ascenso a los directores. Había consolidado su puesto de gerente de departamento casándose con la hija de uno de los directores, una bruja horripilante, y era por lo tanto invulnerable.

Nuestra relación tenía como fundamento el desprecio mutuo, pero mientras yo aceptaba mi papel, convencido de que mis propias virtudes se impondrían al fin a la atención de los directores, Rankin abusaba deliberadamente de su posición, ofendiéndome y denigrándome en cuanta oportunidad se le presentaba.

Rankin socavaba sistemáticamente mi autoridad sobre el personal de secretaria, que tácitamente estaba bajo mis órdenes, nombrando caprichosamente a los

empleados. Me daba trabajos largos y de poca importancia, que me aislaban de los demás. Pero principalmente trataba de molestarme con impertinencias. Cantaba, silbaba, se sentaba en mi mesa mientras charlaba con las dactilógrafas; luego me llamaba a su despacho y me hacía esperar mientras leía en silencio todos los papeles de un archivo.

Aunque yo trataba de contenerme, mi odio por Rankin era cada vez más despiadado. Salía de la oficina hirviendo de cólera, y hacia todo el viaje en tren con el periódico abierto, pero la rabia no me dejaba leer. La indignación y la amargura me arruinaban las noches y los fines de semana.

No podía evitar que en mi mente nacieran pensamientos de venganza, sobre todo cuando sospeché que Rankin estaba dando a los directores informes desfavorables sobre mi trabajo. Pero era difícil encontrar una venganza satisfactoria. Por último la desesperación me llevó a adoptar un método que me parecía despreciable: el anónimo; no a los directores, pues sería muy fácil descubrir el origen de las cartas, sino a Rankin y a su mujer. Las primeras cartas, con las acostumbradas denuncias de infidelidad, nunca las envié. Me parecían ingenuas, inadecuadas, obra evidente de un paranoico rencoroso. Las guardé bajo llave en una pequeña caja de acero, más adelante las redacté de nuevo, suprimiendo las crudezas más gastadas y cambiándolas por algo más sutil: insinuaciones de perversión y obscenidad que dejaran huellas profundas e inquietantes en la mente del lector.

Mientras escribía la carta a la señora Rankin, enumerando en un viejo cuaderno las cualidades más despreciables de su marido, descubrí que el lenguaje amenazador del anónimo (que es en verdad una rama especializada de la literatura, de normas ya clásicas y recursos apropiados y lícitos), y el ejercicio de la denuncia, la descripción de las maldades y la depravación del sujeto descrito y de la terrible venganza que le aguardaba, me producían un curioso alivio. Desde luego, este tipo de catarsis es bien conocido por todos aquellos que acostumbran hablar de sus experiencias desagradables con el sacerdote, el amigo o la esposa, pero para mí, que llevaba una vida solitaria y desamparada, ese descubrimiento me conmovió particularmente.

Fue entonces cuando adopté la costumbre de escribir todas las noches, ya de vuelta en casa, un breve resumen de las perversidades de Rankin, analizando sus motivos y anticipando incluso las ofensas y las injurias del día siguiente. Todo eso lo vertía en forma de narración, y me permitía una gran libertad, introduciendo diálogos y situaciones imaginarias que subrayaban el comportamiento atroz de Rankin y mi estoica paciencia.

Esta compensación fue oportuna, pues la campaña de Rankin aumentaba día a día. Se volvió abiertamente insultante; criticaba mi trabajo delante de los empleados y hasta amenazaba con quejarse a los directores. Una tarde me enfureció tanto que estuve a punto de agredirlo. Corrí a casa, abrí la caja, y busqué alivio en mis diarios. Escribí página tras página, reproduciendo en la narración los sucesos del día, adelantándome luego a nuestro encuentro final de la próxima mañana, y culminando

en el accidente que me salvaría del despido.

Las últimas líneas decían:

... Poco después de las dos de la tarde siguiente, mientras espiaba como siempre desde la escalera del séptimo piso a los empleados que regresaban tarde del almuerzo, Rankin perdió de pronto el equilibrio, cayó por encima de la baranda y se estrelló en el piso del vestíbulo.

Mientras escribía, pensé que esta escena imaginaria no era otra cosa que una justicia todavía insuficiente, pero lejos estaba de sospechar que ahora tenía entre mis dedos un arma de enorme poder.

Al día siguiente, cuando volvía a la oficina después de almorzar, me sorprendió encontrar junto a la puerta a un pequeño grupo de gente, un patrullero y una ambulancia detenidos en la calle. Mientras subía los escalones unos policías salieron del edificio, abriendo paso a los enfermeros que llevaban una camilla; le habían echado encima una sábana que mostraba las formas de un cuerpo humano. No se le veía la cara, y por las conversaciones que oí deduje que alguien había muerto. Aparecieron dos de los directores, sorprendidos y consternados.

—¿Quién es? —pregunté a uno de los chicos de la oficina que había venido a curiosear.

—El señor Rankin —me susurró. Señaló el hueco de la escalera—. Resbaló junto a la baranda del séptimo piso, cayó al vacío y rompió una baldosa grande junto al ascensor...

El muchacho siguió hablando pero yo me volví, aturdido por la violencia física que flotaba en el aire. La ambulancia partió, la gente se dispersó, los directores regresaron a sus despachos, intercambiando gestos de asombro y pesar con otros miembros del personal, los porteros se llevaron los trapos y los baldes; atrás quedó una mancha roja y húmeda, y la baldosa destrozada.

Una hora más tarde yo estaba repuesto. Sentado frente al despacho vacío de Rankin, mirando a las mecanógrafas que caminaban como perdidas de un lado a otro, aparentemente sin poder convencerse de que el jefe no volvería nunca, sentí que el corazón se me encendía y cantaba. Me transformé: acababan de quitarme de encima aquel peso agobiante; se me tranquilizó la mente, las tensiones y la amargura desaparecieron. Rankin se había ido, al fin. La época de injusticias había terminado.

Contribuí generosamente a la colecta que se hizo en la oficina; asistí al entierro, gozando por dentro mientras el féretro se hundía en la tierra, sumándome groseramente a las expresiones de pesar. Me preparé a ocupar el escritorio de Rankin, mi legítima herencia.

No es difícil imaginar mi sorpresa unos pocos días después cuando Carter, un hombre más joven y de mucha menos experiencia, considerado en general como mi subalterno, fue promovido para ocupar el sitio de Rankin. Al principio me sentí desconcertado; no podía entender la lógica tortuosa que ofendía de ese modo todas las leyes de la precedencia y los méritos. Concluí que Rankin me había denigrado con

verdadera eficacia.

Sin embargo, acepté el desaire, le ofrecí a Carter mi lealtad y lo ayudé a reorganizar la oficina.

Superficialmente esos cambios fueron menores. Pero más adelante me di cuenta de que eran mucho más deliberados de lo que habían parecido al principio, y que trasladaban a manos de Carter la mayor parte del poder dentro de la oficina, dejando en mis manos el trabajo de rutina que nunca salía de la sección y que por lo tanto no llegaba a manos de los directores. También vi que durante el último año Carter se había estado familiarizando cuidadosamente con todos los aspectos de mi tarea y que se atribuía a si mismo trabajos que yo había hecho durante la época de Rankin.

Por último desafié abiertamente a Carter. Lejos de mostrarse evasivo, Carter recalcó simplemente mi papel subalterno. Desde entonces ignoró mis intentos de reconciliación y me acosó sin descanso.

El insulto final llegó cuando Jacobson se incorporó a la sección ocupando el antiguo puesto de Carter y fue oficialmente nombrado ayudante de Carter.

Esa noche saqué la caja de acero donde guardaba las notas de las persecuciones de Rankin y describí mis sufrimientos a manos de Carter.

Hice una pausa, y la última anotación en el diario de Rankin me llamó la atención:

... Rankin perdió de pronto el equilibrio, cayó por encima de la baranda y se estrelló en el piso del vestíbulo.

Las palabras parecían estar vivas, con unos vibrantes y extraños armónicos. No sólo predecían con notable exactitud la suerte de Rankin: tenían también una peculiar fuerza compulsiva y magnética, que las separaba nítidamente del resto de las notas. En algún sitio dentro de mi cerebro, una voz, inmensa y sombría, las recitó lentamente.

En un repentino impulso volví la página, busqué una hoja en blanco y escribí:

... A la tarde siguiente Carter murió en un accidente de tráfico frente a la oficina.

¿Qué juego infantil era ése? Tuve que sonreír: me sentía primitivo e irracional, como un brujo haitiano que traspasa con alfileres una imagen de barro.

Yo estaba en la oficina, al día siguiente, cuando un chillido de frenos en la calle me clavó en la silla. El tráfico se detuvo bruscamente y hubo un repentino alboroto seguido de silencio. Sólo el despacho de Carter daba a la calle; Carter había salido hacia media hora; nos apretamos detrás del escritorio asomándonos a la ventana.

Un coche había patinado, atravesándose en la acera, y un grupo de diez o doce hombres lo levantaba ahora llevándolo a la calle.

El coche no estaba dañado, pero algo que parecía aceite corría por el pavimento. Entonces vimos el cuerpo de un hombre, extendido bajo el coche, los brazos y la cabeza torcidos desmañadamente.

El color del traje me pareció extrañamente familiar.

Dos minutos más tarde supimos que era Carter.

Aquella noche destruí la libreta y todos mis apuntes acerca del comportamiento de Rankin. ¿Sería coincidencia, o yo habría deseado de algún modo su muerte, y del mismo modo la muerte de Carter? Imposible: no podía haber ninguna relación imaginable entre los diarios y las dos muertes; las marcas de lápiz en las hojas de papel eran líneas arbitrarias de grafito, representaciones de ideas que sólo existían en mi mente.

Pero la posible respuesta a mis dudas y especulaciones era tan obvia que no podía esquivarla.

Cerré la puerta con llave, abrí la libreta en una página en blanco y busqué algo adecuado. Tomé el diario de la tarde. Habían suspendido la ejecución de un joven, acusado de matar a una anciana. La cara del acusado miraba desde una fotografía: una cara grosera, ceñuda, desalmada.

Escribí:

... Frank Taylor murió al día siguiente en la cárcel de Pentonville.

El escándalo creado por la muerte de Taylor casi provocó la renuncia del ministro del Interior y de los directores de la cárcel. Durante los días siguientes los diarios lanzaron acusaciones violentas en todas direcciones, y al fin trascendió que Taylor había sido brutalmente muerto a golpes por los guardias. Leí atentamente las pruebas y toda la información reunida por el tribunal, esperando que pudiesen arrojar alguna luz sobre el instrumento malévolo y extraordinario que vinculaba las notas en mis diarios con las inevitables muertes al día siguiente.

Sin embargo, como lo temía, no encontré nada de interés. Mientras tanto yo seguía tranquilamente en la oficina, llevando adelante el trabajo, de modo automático, obedeciendo sin comentarios las instrucciones de Jacobson, con la mente en otra parte, tratando de descubrir la identidad y el significado de ese poder que me había sido concedido.

Todavía sin convencerme, decidí hacer una prueba definitiva, donde yo daría instrucciones minuciosas, para descartar de una vez toda posibilidad de coincidencia.

Jacobson era el sujeto ideal.

Entonces, luego de echar la llave a la puerta, escribí con dedos trémulos, temiendo que el lápiz me saltase de la mano y se me hundiese en el corazón:

... Jacobson murió a las dos y cuarenta y tres de la tarde del día siguiente, luego de cortarse las muñecas con una navaja de afeitar en el segundo compartimiento de la izquierda en el cuarto de baño de hombres del tercer piso.

Puse la libreta en un sobre, lo cerré y lo guardé bajo llave en la caja de acero, y me quedé despierto durante toda la noche; las palabras me resonaban en los oídos, resplandeciendo ante mis ojos como joyas del infierno.

Luego de la muerte de Jacobson —exactamente según las instrucciones— dieron a los empleados de la sección una semana de vacaciones (en parte para alejarlos de periodistas curiosos que empezaban a oler algo raro, y también porque los directores creían que Jacobson había sido morbosamente influido por las muertes de Rankin y

Carter). Durante esos siete días esperé impaciente la hora de volver al trabajo. Toda mi actitud hacia ese poder misterioso había cambiado de modo considerable. Habiendo verificado su existencia, aunque no su origen, mi mente se volvió otra vez hacia el futuro. Más confiado, entendí que si me habían dado ese poder era mi obligación utilizarlo, reprimiendo mis temores. Me dije que quizá yo no era sino el instrumento de una fuerza superior.

¿Y no sería el diario nada más que un espejo del futuro, no me adelantaría yo de algún modo fantástico veinticuatro horas en el tiempo cuando describía las muertes, mero cronista de hechos ya ocurridos?

Esas preguntas me perseguían incesantemente.

Cuando volví al trabajo me encontré con que muchos miembros del personal habían renunciado, y que sus puestos habían sido cubiertos con dificultad; la noticia de las tres muertes, en especial el suicidio de Jacobson, había llegado a los diarios. Aproveché todo lo posible el reconocimiento de los directores, que agradecían a los miembros más antiguos del personal que se quedaran en la firma, para consolidar mi posición. Por fin tome el mando del departamento, pero eso no era más que hacer justicia a mis méritos; mis ojos estaban ahora puestos en el directorio.

Literalmente me pondría los zapatos de los muertos.

En breve, mi estrategia consistía en precipitar una crisis en los asuntos de la firma, lo que obligaría a la junta a buscar nuevos directores ejecutivos entre los gerentes de sección. Esperé por lo tanto a que faltara una semana para la próxima reunión de directorio, y entonces hice cuatro anotaciones, una para cada director ejecutivo. Tan pronto como fuese director, estaría en posición de saltar rápidamente a la presidencia del directorio, designando mis propios candidatos a medida que fuesen apareciendo vacantes. Como presidente me correspondería una silla en el directorio de la casa central, donde repetiría el proceso con las variantes necesarias. Tan pronto como tuviese a mi alcance un verdadero poder, el ascenso a la supremacía nacional, y ulteriormente mundial, sería rápido e irreversible.

Si esto parece candorosamente ambicioso, recuerden que yo no había apreciado aún la finalidad y las dimensiones reales del poder, y pensaba todavía dentro de los estrechos límites de mi mundo y mi formación.

Una semana más tarde, mientras expiraban simultáneamente las sentencias de los cuatro directores, yo estaba en la oficina sentado, pensando en la brevedad de la vida humana, esperando la inevitable citación al directorio. Por supuesto, cuando llegó la noticia de las muertes, ocurridas en una sucesión de accidentes de tránsito, hubo una consternación general en la oficina, que yo aproveché fácilmente, pues fui el único que no perdió la serenidad.

Con asombro, al día siguiente yo y el resto del personal recibimos un mes de sueldo en concepto de despido. Completamente pasmado —al principio creí que había sido descubierto— protesté volublemente ante el presidente pero se me aseguró que aunque apreciaban de veras todo lo que yo había hecho, la firma no estaba en

condiciones de seguir funcionando como unidad viable e iba a liquidación forzada.

¡Qué farsa! Se había hecho una justicia tan grotesca. Aquella mañana, cuando salía de la oficina por última vez, me di cuenta de que en el futuro tendría que usar de mi poder sin ninguna piedad. La vacilación, el ejercicio del escrúpulo, el cálculo de sutilezas, lo único que me habían dado era una mayor vulnerabilidad frente a las inconstancias y barbaridades del destino. En adelante yo sería brutal, despiadado, audaz. Tendría además que actuar sin demora. Nada me aseguraba que el poder no iba a esfumarse, dejándome indefenso, en una posición aún menos afortunada que cuando se me reveló por primera vez.

Mi tarea inmediata era establecer los límites exactos de mi poder. Durante la semana siguiente llevé a cabo una serie de experimentos, subiendo progresivamente en la escala del asesinato.

Ocurría que mis habitaciones estaban a unos cien metros por debajo de uno de los principales corredores aéreos de entrada en la ciudad. Durante años yo había sufrido el rugido insoportable de los aviones que pasaban por encima a intervalos de dos minutos, haciendo temblar las paredes y el techo, destruyendo todo posible pensamiento. Saqué las libretas. Aquí tenía una oportunidad de unir la investigación con el placer.

Usted se preguntará: ¿no me remordían la conciencia esas setenta y cinco víctimas arrojadas a la muerte en el cielo nocturno veinticuatro horas más tarde, ni me compadecía por los familiares, ni dudaba de la sabiduría de ese poder increíble?

Mi respuesta es ¡no! Yo no actuaba caprichosamente; llevaba a cabo un experimento vital para el perfeccionamiento de mi poder.

Decidí tomar un rumbo más osado. Yo había nacido en Stretchford, un oscuro distrito comercial que había hecho todo lo posible por mutilarme el cuerpo y el espíritu. Al fin la existencia de Stretchford podría encontrar alguna justificación probando la eficacia de mi poder sobre una zona amplia.

Escribí en la libreta una declaración breve y simple:

Todos los habitantes de Stretchford murieron al mediodía siguiente.

A la mañana salí y compré una radio, y la tuve encendida todo el día, esperando pacientemente la interrupción inevitable de los programas de la tarde, los primeros informes horrorizados del inmenso holocausto.

¡Pero no informaban de nada! Yo estaba asombrado, la cabeza me daba vueltas, temía perder la razón. ¿El poder se habría disipado, esfumándose tan rápida e inesperadamente como había aparecido? ¿O las autoridades estarían ocultando toda mención del cataclismo, por temor a una histeria nacional?

Tomé en seguida el tren para Stretchford.

En la estación hice algunas preguntas discretas, y se me aseguró que la ciudad seguía existiendo. Pero, mis informantes ¿no serían parte de la conspiración de silencio del gobierno? ¿El gobierno se habría dado cuenta de que estaba en presencia de una fuerza monstruosa, y esperaba atraparla de algún modo?

Pero la ciudad estaba intacta, las calles colmadas de tránsito, el humo de innumerables fábricas flotando por encima de las azoteas ennegrecidas.

Volví tarde esa noche, y encontré a la casera que me esperaba para importunarme, reclamándome el pago del alquiler. Conseguí postergar esas demandas por un día, y prestamente saqué el diario y pronuncié sentencia contra ella, rogando que el poder no me hubiese dejado del todo.

Fácil es imaginar el dulce alivio que sentí a la mañana, cuando la encontraron al pie de la escalera del sótano; un repentino ataque al corazón la había arrebatado al otro mundo.

¡Entonces el poder no me había abandonado!

Durante las semanas siguientes se me fueron revelando las principales características del poder. En primer lugar, sólo operaba dentro de los límites de lo posible. Teóricamente la muerte simultánea de todos los pobladores de Stretchford podría haber sido causada por las explosiones coincidentes de varias bombas de hidrógeno, pero como este hecho era aparentemente imposible (huecos son, en verdad, los alardes de nuestros líderes militaristas) la orden no se cumplió.

En segundo lugar, el poder se limitaba a la sentencia de muerte. Traté de dominar o predecir los movimientos de la bolsa, los resultados de las carreras de caballos, la conducta de mis jefes en mi nuevo empleo, pero todo fue en vano.

En cuanto al origen del poder, nunca lo conocí. Me pareció que yo no era más que el agente, el empleado voluntarioso de un macabro némesis que unía como una parábola la punta del lápiz con el pergamino de los diarios.

A veces tenía la impresión de que las breves anotaciones eran citas fragmentarias de algún inmenso libro de los muertos que existía en otra dimensión, y que mientras yo escribía mi escritura se sobreponía a la de ése escriba mayor, a lo largo de la fina línea de lápiz que intersectaba nuestros respectivos planos de tiempo, sacando de pronto de la zona eterna de la muerte una sentencia definitiva sobre alguna víctima de este mundo tangible.

Guardaba los diarios en una caja fuerte de acero, y hacía todas mis anotaciones con el mayor cuidado y reserva, para evitar cualquier sospecha que pudiese relacionarme con la ola creciente de muertes y desastres. La mayoría eran sólo experimentos, y no me beneficiaban particularmente.

Por eso fue muy grande mi sorpresa cuando descubrí que la policía me vigilaba de cuando en cuando. Lo noté por primera vez cuando vi al sucesor de mi casera conversando subrepticamente con el policía de la zona, señalando mi habitación y dándose palmaditas en la cabeza, quizá para indicar mis poderes telepáticos y mesmerianos. Luego, un hombre que —ahora puedo asegurarlo— era un detective vestido de civil me detuvo en la calle con algún débil pretexto e inició una conversación delirante acerca del clima, con el propósito evidente de sacarme información.

Nunca me acusaron, pero pronto mis jefes empezaron también a mirarme de una

manera curiosa. Concluí entonces que la posesión del poder me había dado un aura visible y distinta, y era eso lo que estimulaba la curiosidad de las gentes.

Cuando esta aura fue detectada por más y más personas (la advertían ya en las colas de los ómnibus y en los cafés), y por alguna razón la gente comenzó a señalarla abiertamente, haciendo comentarios divertidos, supe que el período de utilidad del poder estaba terminando. Ya no podría ejercerlo sin miedo de que me descubrieran. Tendría que destruir el diario, vender la caja fuerte que durante tanto tiempo había guardado mi secreto, y quizá hasta abstenerme de pensar en el poder, no fuera que eso generase el aura.

Verme obligado a abandonar el poder cuando estaba solo en el umbral de sus posibilidades, me parecía una vuelta cruel del destino. Por razones que todavía me estaban vedadas yo había logrado traspasar el velo de lo familiar y lo trivial, que encubre el mundo interior de lo preternatural y lo eterno. ¿Tendría que perder para siempre el poder y la visión que se me habían revelado?

Me hice esta pregunta mientras hojeaba el diario por última vez. Ya estaba casi completo ahora, y se me ocurrió que era quizá uno de los textos más extraordinarios aunque inéditos, en la historia de la literatura. Allí se mostraba de modo irrevocable la primacía de la pluma sobre la espada.

Mientras saboreaba este pensamiento, tuve de pronto una inspiración de una fuerza y una brillantez notables. Había tropezado con un método ingenioso pero sencillo que preservaría el poder en su forma más letal y anónima sin tener que ejercerlo directamente ni anotar los nombres de las víctimas.

Éste era mi plan: yo escribiría y publicaría un relato aparentemente ficticio, una narración convencional, donde describiría, con toda franqueza, mi descubrimiento del poder y la historia subsiguiente. Daría los nombres auténticos de las víctimas, citaría las circunstancias de la muerte, el crecimiento de mi diario, mis sucesivos experimentos. Sería escrupulosamente sincero, y no ocultaría nada. Por último explicaría mi decisión de abandonar el poder y publicar un relato completo y desapasionado.

En efecto, luego de un considerable trabajo, el relato fue escrito y publicado en una revista de amplia circulación.

¿Usted se sorprende? Lo entiendo; es como si yo mismo hubiese firmado mi propia sentencia de muerte con tinta imborrable, enviándome directamente a la horca. Sin embargo, omití una sola pieza de la historia: el desenlace, el final inesperado, la vuelta de tuerca. Como todos los cuentos respetables, éste también tiene su vuelta, una vuelta por cierto tan violenta como para arrancar a la Tierra de su órbita. No fue escrito con otro propósito.

Mediante esta vuelta de tuerca el cuento mismo se aparece de pronto como mi última orden al poder, mi última sentencia de muerte.

¿Contra quién? ¡Naturalmente, contra el lector del cuento!

Ingenioso, de veras, admitirá usted de buena gana. Mientras queden en

circulación ejemplares de la revista (y esto está asegurado por la muerte misma de las víctimas) el poder continuará aniquilando. El único a quien no irán a molestar será al autor, pues ningún tribunal aceptará testimonio indirecto, ¿y quién vivirá para dar testimonio directo?

Pero dónde, pregunta usted, fue publicado el relato, temiendo comprar inadvertidamente la revista, y leerla.

Yo le respondo: ¡Aquí! Es el relato que tiene usted delante de los ojos. Saboréelo bien, cuando termine de leerlo usted también terminará. Mientras lee estas últimas líneas se sentirá abrumado de horror y revulsión, luego de miedo y pánico. El corazón se le encoge... le tiembla el pulso... se le nubla la mente... la vida se le escapa... se está hundiendo, poco a poco... unos segundos más y entrará usted en la eternidad... tres... dos... uno...

¡Ahora!

Cero.

El hombre del tiempo

Theodore L. Thomas

Y el nombre «Oficina del Tiempo» continuó siendo utilizado, aunque la organización en sí cambió de forma.

El Congreso del Tiempo se componía de tres secciones. En primer lugar había la sección política, el Consejo del Tiempo. En segundo lugar, la sección científica, los Asesores del Tiempo. Y finalmente la sección ejecutiva, la Oficina del Tiempo. Las tres secciones eran relativamente independientes, y cada una de ellas...

ENCICLOPEDIA COLUMBIA, trigésimo segunda edición. Publicaciones de la Universidad de Columbia.

Jonathan H. Wilburn abrió los ojos e inmediatamente notó la tensión en el día. Permaneció tendido en la cama, intrigado, buscando la fuente de aquella sensación. No era más que el comienzo de otro día en Palermo. Los ruidos de la calle eran normales, su apartamento estaba tranquilo y él se encontraba perfectamente. Era eso. Se encontraba bien, muy bien, lleno de vigor y pletórico de ideas, y con la impresión de estar preparado para todo lo que pudiera ocurrir.

Con un solo movimiento apartó la manta a un lado y se levantó de un salto. No estaba mal para un hombre que había cumplido los cincuenta la semana anterior. Entró en el cuarto de baño, se duchó y, después de vestirse, permaneció inmóvil en el centro de la habitación. La tensión no había desaparecido. Se peinó y, mientras se estaba poniendo la americana, supo lo que le ocurría.

En un momento determinado de su sueño, aquella noche, había decidido que tenía que hacer algo. Acababa de cumplir los cincuenta años, se había labrado cuidadosamente una buena reputación, y había llegado todo lo lejos que podía llegarse en el curso normal de los acontecimientos. Había llegado el momento de empujar, de aventurarse. Para alcanzar la cumbre en política hay que aventurarse.

Wilburn terminó de ponerse la americana. Se sonrió a sí mismo en el espejo. Ahora sabía por qué el día era distinto. Pero conocer el motivo no disminuía la tensión. A partir de aquel momento, viviría sumergido en ella. A partir de entonces, su existencia sería una perpetua vigilia, al acecho de una oportunidad favorable.

Durante un cuarto de siglo se había movido cautelosamente, planeando cada uno de sus movimientos, asegurándose del éxito antes de dar un paso. Había trepado lentamente los empinados caminos de la política: la Cámara, el Senado, las Naciones Unidas, una embajada, varias presidencias provisionales, y, finalmente, el más escogido de los organismos, el Congreso del Tiempo. Su reputación estaba labrada, era conocido como un brillante y hábil diplomático, poseedor de una habilidad

especial para hacer coincidir los más encontrados pareceres. Había creado una atmósfera amistosa entre los doscientos miembros del Consejo del Tiempo. Pero en política, como en todo, cuanto más alto se trepa, más difícil resulta la ascensión. Wilburn acababa de darse cuenta de que durante los últimos cuatro años no había hecho el menor progreso. Y había cumplido los cincuenta.

Jonathan Wilburn desayunó con su esposa. Harriet era una mujer sensata, poseída de su papel de esposa de un miembro del Consejo del Congreso del Tiempo. Inmediatamente se dio cuenta de que su marido estaba tenso como un alambre, y se apresuró a servirle una taza de café. Mientras Wilburn sorbía el café, su esposa le aderezó unos huevos fritos con su salsa preferida, al tiempo que comentaba las noticias que publicaba el periódico de la mañana. Wilburn desayunó en silencio, gruñendo un monosílabo de cuando en cuando. Luego besó a Harriet y salió a dar un paseo.

Bajo el suave aire siciliano, se sintió muy complacido de la fortaleza de sus piernas. Allá a lo lejos podía ver la cúpula del edificio principal del Consejo, y el verla le recordó el problema que le preocupaba. Pero, al pensar en él, sabía que no había nada que pudiera prever por anticipado. Sería algo que tendría que aprovechar en el momento en que se produjera. Y tendría que permanecer alerta para reconocerlo cuando llegara.

Wilburn dio por terminado su paseo y se dirigió al Consejo.

Entró en el Gran Vestíbulo por la escalinata norte, y caminó a lo largo de la pared oriental hacia su propio despacho. Un grupo de visitantes eran conducidos a través del Gran Vestíbulo por un guía uniformado, que les describía las maravillas que encerraba. Cuando el guía vio llegar a Wilburn, interrumpió su conferencia para decir:

—Y avanzando hacia nosotros, a la izquierda, vemos al Consejero Wilburn, de un Distrito occidental de los Estados Unidos, del cual habrán oído hablar todos ustedes y cuya intervención en el debate que va a celebrarse hoy para decidir si se corta el envío de agua sobre la zona septentrional de Australia, será decisiva.

Los visitantes se detuvieron, empujándose unos a otros ante la inesperada presencia de un personaje de tanta categoría. Wilburn sonrió y agitó una mano en amistoso saludo, y esto les emocionó todavía más, pero no se detuvo a hablar con ellos. Por las observaciones del guía sabía que en el grupo no figuraba ninguno de sus electores; se lo hubiera advertido, a fin de que pudiera obrar en consecuencia. Wilburn sonrió para sí: un representante tiene muchas ventajas sobre un simple candidato de representante.

Un poco más adelante se encontró con el Consejero Georges DuBois, de la Europa Central. DuBois dijo:

—¿Ha decidido ya cómo va a votar en el problema australiano, Jonathan?

—Me inclino por el sí, pero todavía no lo he decidido. ¿Y usted?

—Me encuentro en el mismo caso —dijo DuBois, sacudiendo la cabeza—. Es un

asunto muy peliagudo. Me preocupa la posibilidad de hacer sufrir a unos hombres. Y mucho más la posibilidad de que los que sufran sean mujeres y niños.

Caminaron unos pasos en silencio, y en el preciso instante de separarse, Wilburn dijo:

—Mi esposa siempre está de acuerdo con lo que yo hago, George.

DuBois le miró, pensativo, unos instantes y luego dijo:

—Sí, comprendo lo que quiere decir. Las mujeres cometen los mismos errores que los hombres, y merecen el mismo castigo. Sí, esta idea me ayudará, en caso de que vote afirmativamente. Le veré a usted en el Consejo.

Se despidieron con un silencioso gesto de mutuo respeto y comprensión. DuBois era uno de los Consejeros que calibraba en todo su alcance la terrible responsabilidad que pesaba sobre los hombros de la sección política del Congreso del Tiempo.

Wilburn saludó con un gesto a su personal cuando cruzaba la oficina exterior. Una vez en su despacho, se ocupó de los asuntos pendientes. El pequeño montón de documentos apilados en el centro de su escritorio disminuyó rápidamente a medida que los iba cogiendo, dictaba las palabras que debían resolverse acerca de su contenido y los dejaba caer en otro montón.

Estaba terminando, cuando una amable voz masculina dijo a través del altavoz:

—¿Dispone usted de unos minutos para dedicarlos a un amigo?

Wilburn sonrió y se puso en pie para ir a abrir la puerta de su oficina, donde esperaba ya el Consejero Gardner Tongareva. Los dos hombres se estrecharon la mano, y Tongareva se instaló cómodamente en una de las butacas de Wilburn. Era un hombre de piel amarillenta, un polinesio, viejo, arrugado y sensato. Llevaba unos pantalones anchos y usados. Su pelo era blanco, y su rostro tenía una expresión afectuosa. Tongareva era uno de aquellos raros hombres cuya sola presencia pone sonrisas en los rostros de sus compañeros y paz en sus corazones. Era un hombre que ejercía una gran influencia en el Consejo únicamente en méritos de su personalidad.

Su distrito se hallaba a 15-30 grados de latitud norte y 150-165 grados de longitud este, es decir, la extensión de quince grados de longitud y quince de latitud que correspondía a los distritos de cada uno de los otros Consejeros. Pero, en el caso de Tongareva, la zona habitada era muy pequeña. La única porción de tierra que había en toda la región era la isla Marcus, de una milla cuadrada de superficie y habitada por cuatro personas. Una población irrisoria, comparada con los 100 millones de personas que vivían en el distrito de Wilburn, situado a 30-45 grados de latitud norte y 75-90 grados de longitud oeste. Sin embargo, una y otra vez, cuando eran contados los votos obtenidos por los doscientos Consejeros, se hacía evidente que Tongareva había influido sobre un gran porcentaje del mundo entero.

Wilburn se retrepó en su asiento y preguntó:

—¿Ha llegado ya a una decisión acerca del problema australiano, Tongareva?

El anciano asintió.

—Sí. Creo que no nos queda otra alternativa que la de someterles a un año de

sequía. Los hijos rebeldes tienen que ser castigados, y durante dos años esa gente ha insistido en mantener una actitud egoísta y petulante. Lo que está en juego ahora, Jonathan, es el prestigio del Congreso del Tiempo y su autoridad sobre los pueblos del mundo. Los habitantes de Queensland y del Territorio Septentrional son una gente muy difícil. No creen que estemos dispuestos o podamos castigarles controlando el agua que reciben. Tienen que ser castigados inmediatamente, a fin de evitar que otros pueblos del mundo imiten su conducta. Tal como están ahora las cosas, un año de sequía bastará. Verán interrumpida su insolente prosperidad. Más adelante, podría ser necesario hacerles sufrir, y ninguno de nosotros desea que las cosas lleguen a ese extremo. Sí, Jonathan, votaré a favor de la sequía australiana.

Wilburn asintió sobriamente. Ahora estaba casi seguro de que el voto del Consejo sería a favor del castigo. La mayoría de los Consejeros parecían considerarlo necesario, aunque se mostraban reacios a causar sufrimientos. Pero cuando Tongareva expusiera sus puntos de vista tal como acababa de hacerlo, terminarían las vacilaciones.

Wilburn dijo:

—Estoy de acuerdo con usted, Gardner. Ha expresado usted de un modo claro lo que la mayoría de nosotros pensamos del asunto. Votaré con usted.

Tongareva no dijo nada, pero continuó mirando fijamente a Wilburn. No era una mirada desconcertante; nada de lo que hacía Tongareva era desconcertante. Finalmente, el anciano dijo:

—Esta mañana parece usted un hombre distinto, amigo mío. Durante las últimas tres semanas he notado un cambio en usted. Creo que ha resuelto lo que le preocupaba, y me alegro. No —levantó una mano, al ver que Wilburn se disponía a hablar—, no diga nada. Cuando me necesite, me tendrá a su disposición. —Se puso en pie—. Y, ahora, tengo que ir a discutir la situación australiana con otros Consejeros.

Sonrió y se marchó antes de que Wilburn pudiera decir nada.

Wilburn le contempló mientras se alejaba, maravillado de la intuición de Tongareva. Sacudió la cabeza, como para sobreponerse a sus propias impresiones, y se dirigió a la sala de visitas para recibir a la docena de personas que esperaban verle.

—Lamento mi retraso —les dijo—, pero esta mañana hay un poco de marea en el Consejo, como creo que ya sabrán ustedes. Les ruego que me perdonen por no recibirles por separado, pero dentro de unos instantes nos avisarán para la reunión. No he querido perder la ocasión de verles, aunque sólo sea por unos instantes. Espero que esta tarde o mañana por la mañana podremos hablar con más extensión.

Y Wilburn estrechó la mano a todos sus visitantes, fijando en su mente el nombre de cada uno de ellos. Había dos que no eran electores: se trataba de cabilderos que representaban los distritos septentrionales australianos, e inmediatamente empezaron a protestar por la posibilidad de que se tomaran medidas punitivas contra aquellos distritos.

Wilburn levantó la mano y dijo:

—Caballeros, este asunto no puede ser discutido aquí. Escucharé los argumentos en pro y en contra en la Sala del Consejo, y en ninguna otra parte. Esto es todo.

Sonrió, disponiéndose a marcharse. Pero el más joven de los dos cabilderos le cogió del brazo y se encaró con él, diciendo:

—Tiene usted la obligación de escucharnos. Aquella pobre gente va a sufrir por los actos de unos cuantos de sus cabecillas. No puede usted...

Wilburn dio un violento tirón para librar su brazo, se acercó rápidamente a la pared y pulsó un botón. El cabildero palideció y dijo:

—¡Oh! No pretendía causarle ningún daño, Consejero. Le ruego que no presente ninguna protesta contra mí. Por favor...

Dos hombres con el uniforme del Congreso del Tiempo aparecieron en la puerta. La voz de Wilburn era tranquila y su rostro se mantenía impassible, pero sus ojos brillaban como cristales de hielo. Se dirigió a los guardias:

—Este hombre me ha agarrado del brazo tratando de obligarme a escuchar sus argumentos sobre asuntos que son de la competencia del Consejo. Presento una protesta contra él.

Todo ocurrió con tanta rapidez, que el resto de los visitantes apenas podían recordar exactamente lo que había sucedido. Pero el fichero electrónico entró en funciones, y Wilburn supo que el cabildero no podría poner nunca más los pies en el edificio del Congreso del Tiempo. El otro cabildero dijo:

—Lo lamento, Consejero. Me siento responsable de la conducta de mi compañero; es un novato.

Wilburn asintió y se disponía a decir algo, pero en aquel momento se oyó una especie de repiqueteo musical y el Consejero cambió de parecer. Dirigiéndose a todos los presentes, dijo:

—Les ruego que me perdonen. Tengo que ir inmediatamente a la Sala del Consejo. Si lo desean, pueden presenciar la sesión desde el Auditorio de los Visitantes. Gracias por su visita, y espero que en otra ocasión podremos charlar más extensamente.

Agitó una mano, sonrió y se encaminó a su oficina.

Pasó una rápida revista a su personal para comprobar si estaban preparados para el asunto del día. Todos conocían perfectamente el papel que debían desempeñar en el próximo debate. A continuación, Wilburn se dirigió a la Sala, pasando por el vestíbulo público de modo que pudiera ser visto. Cuando se acercaba a la puerta principal, varios periodistas solicitaron de él unas palabras, pero se negó a pronunciarlas; lo único que deseaba era ocupar su pupitre y empezar a trabajar.

Cruzó la puerta y el amplio vestíbulo que conducía a la Sala. Entró en la inmensa estancia y avanzó por el pasillo central en dirección a su pupitre. En la Sala había ya unos cuantos Consejeros, y cuando el ujier pronunció el nombre de Wilburn, levantaron la mirada y le dirigieron un saludo. Wilburn agitó la mano y continuó

avanzando hacia su pupitre, situado en un lugar preferente. Se sentó y empezó a pulsar los interruptores que le pondrían en contacto con todo lo que iba a suceder. Inmediatamente, brilló una lucecita indicando que uno de los Consejeros presentes deseaba hablar con él. El Consejero Hardy, del distrito 165-180 longitud oeste y 30-45 latitud sur —que incluía a la mayor parte de Nueva Zelanda—, le dijo:

—Bien, Jonathan, ¿ha hablado usted ya con Tongareva?

—Sí, George.

—¿Votará de acuerdo con él?

—Sí, aunque antes de decidirme definitivamente quiero oír todos los argumentos en contra. ¿Y usted?

Se produjo una breve pausa, y luego:

—Probablemente votaré en contra, a menos que alguien exprese el desagrado del Consejo por votar en favor de la sequía.

—¿Por qué no lo expresa usted, George?

—Tal vez lo haga. Gracias, Jonathan.

Y cortó la comunicación.

Wilburn miró a su alrededor y, como siempre, se sintió un poco impresionado por lo que veía. Era algo más que las formidables hileras que formaban los doscientos pupitres, la regia silla del Presidente, el gran tablero mural que señalaba el estado del tiempo en aquellos instantes en todas las partes de la superficie terrestre. En aquella enorme sala había una especie de aura captada por todos los hombres que entraban en ella para trabajar o, simplemente, de visita. El destino de la Tierra se decidía allí desde hacía cincuenta años. De aquella Sala surgían las decisiones que controlaban el mundo.

El Congreso del Tiempo era el supremo organismo de la Tierra, capaz de someter a su voluntad a los Estados, naciones, continentes y hemisferios. ¿Qué dictador, qué país, podría sobrevivir después de una sequía absoluta de un año de duración? ¿O qué dictador, qué país podía sobrevivir sumergido debajo de cincuenta pies de nieve y hielo? El Congreso del Tiempo podía helar el río Congo o secar el Amazonas. Podía inundar el Sahara o la Tierra del Fuego. Podía deshelar la tundra, y aumentar o disminuir a voluntad los niveles de los océanos. Y allí, en aquella Sala, se habían tomado todas las decisiones políticas, y la Sala parecía haber retenido algunos de los sentimientos que habían sido expresados durante los últimos cincuenta años, desde los tormentosos días de antaño, hasta el más estabilizado y reflexivo presente. Era una Sala poderosa, y hacía sentir su poder a los que se sentaban en ella.

Muchos Consejeros habían ocupado ya sus asientos. Se oyó otro repiqueteo, y los Consejeros empezaron a ser informados de las reclamaciones acerca del tiempo. El Secretario leía los informes, y sus palabras eran audibles desde todos los pupitres gracias a un diminuto altavoz. Al mismo tiempo, las reclamaciones por escrito aparecían en una enorme pizarra. De este modo, los Consejeros podían atender a otras obligaciones mientras se enteraban de los informes.

La primera reclamación, como de costumbre, procedía de los Amigos de los Cactus: pedían menos lluvia y más sequía en el Valle de la Muerte, para evitar la extinción del Barrel Cactus.

Wilburn estableció comunicación con el pupitre de Tongareva y dijo:

—¿Con cuántos Consejeros ha hablado usted, Gardner?

—Con unos cuarenta, Jonathan. Hablé con un grupo muy numeroso mientras tomaban una taza de café.

—¿Ha hablado usted con Maitland?

Se produjo una larga pausa. Maitland se oponía siempre a todo lo que procedía de Wilburn. Su distrito era el 60-75 longitud oeste y 30-45 latitud norte, contiguo al de Wilburn, e incluía las ciudades de Nueva York y Boston. Maitland no se recataba en afirmar que consideraba a Wilburn inadecuado para la influyente posición que ocupaba en el Consejo.

—No —dijo finalmente Tongareva, y Wilburn pudo ver cómo sacudía su enorme cabeza—, no he hablado con Maitland.

Wilburn cortó la comunicación, y escuchó y miró. El presidente de Bolivia se quejó de que la región contigua a Cochabamba se estaba enfriando más de lo debido. El alcalde de Avigait, Groenlandia, afirmó que la cosecha de maíz era aquel año un diez por ciento más baja, debido a un exceso de dos pulgadas de lluvia y a la superabundancia de nubes. Wilburn asintió; éste era un caso que debía ser tratado seriamente, y pulsó un botón de su pupitre que llevaba la indicación «Favorable», para asegurarse de que el asunto sería discutido por el Consejo en pleno.

Sonó su teléfono. Era un elector que solicitaba su presencia en la reunión anual del Combined Rotary Club que iba a celebrarse el 27 de octubre. Wilburn consultó a su secretario para asegurarse de que tenía libre aquella fecha. La respuesta fue afirmativa.

—Encantado —dijo Wilburn, aceptando la invitación—. Le agradezco la oportunidad que me brinda de ponerme en contacto con ustedes.

Sabía que no había estado en aquella zona desde hacia un año, y que no le convenía mantenerse tan desconectado de sus electores.

Un granjero de Gatrún, Libia, deseaba un control más eficaz sobre el agua de su vecino, a fin de que todas sus cosechas tuvieran la misma altura.

A continuación se celebró una conferencia entre media docena de Consejeros para discutir el orden de las intervenciones acerca de la situación australiana. Mientras lo decidían, Wilburn anotó una petición procedente de Ceilán para que permitieran el cultivo del arroz en algunas zonas, con la consiguiente regulación pluviométrica. Wilburn pulsó el botón «Favorable».

Decidieron que Georges DuBois, de la Europa Central, presentara la resolución en favor de la sequía, en términos adecuadamente renuentes.

Un tal George Andrews, de Holtville, California, deseaba ver caer la nieve antes de morir, hecho que se produciría muy en breve. Comprendía lo anormal de su

petición, ya que estaban en pleno julio, pero se encontraba imposibilitado de abandonar la zona semitropical de Holtville.

Tongareva apoyaría la resolución, y luego escucharían los argumentos que presentaran los Consejeros de los distritos australianos para oponerse a las medidas punitivas.

La ciudad de Estocolmo, puerto marítimo, solicitaba un aumento adicional de quince centímetros del nivel del mar Báltico. Kobdo, Mongolia, se quejaba de dos desastrosos aludes producidos por el exceso de nieve caída. Y en aquel preciso instante, los cabellos de la nuca de Wilburn empezaron a erizarse.

Se irguió en su asiento y miró a su alrededor para tratar de localizar la fuente de aquella extraña sensación. Le Sala era un hervidero de actividad, como de costumbre. Wilburn se puso en pie, pero no consiguió ver nada más. Se dio cuenta de que Tongareva le estaba mirando. Se encogió de hombros, volvió a sentarse y clavó los ojos en el juego de luces de su pupitre. La extraña sensación persistió. ¿A qué se debía? Wilburn se agarró al borde de su pupitre, cerró los ojos y se obligó a pensar. ¿Cuál era el origen de su excitación? ¿El problema australianos? No, no era eso. Era..., era algo relativo a los informes presentados al Consejo acerca del tiempo. Abrió los ojos, dio marcha atrás a la pequeña pantalla y volvió a leer todos los informes.

Aludes, nivel del mar Báltico, nieve en la California meridional, cultivo de arroz en Ceilán, el granjero de Libia, el alcalde... ¡Un momento! Ya lo tenía, de modo que volvió a dar marcha atrás y lo leyó lentamente.

George Andrews, de Holtville, California, deseaba ver caer la nieve antes de morir, y no podía abandonar la zona semitropical del sur de California. Cuanto más lo miraba, más le parecía haber encontrado lo que necesitaba. Tenía «impacto»: la petición final de un moribundo. Sería difícil: nunca se había oído hablar de nieve en julio en la California meridional; Wilburn no sabía siquiera si sería factible. Era una petición extravagante, casi absurda; el Consejo no se había enfrentado nunca con una petición como aquella. Cuanto más pensaba en el asunto, más convencido estaba de haber encontrado una causa por la cual arriesgar su carrera. La población mundial le apoyaría en sus esfuerzos. Recordó el hecho de que los Presidentes de los Estados Unidos buscaron la popularidad mostrando un ocasional interés por algún individuo sin la menor importancia. Si fracasaba, lo más probable sería el final de su carrera política, pero tenía que aventurarse. Y el nombre de George Andrews despertaba en Wilburn un vago recuerdo que no conseguía precisar, algo que le había impulsado inconscientemente a fijarse en aquella petición. No importaba. Había llegado el momento de poner en acción todas las fuerzas de que disponía.

Estableció contacto con su oficina y cortó todos los demás circuitos. Dijo:

—Estoy considerando la posibilidad de apoyar la petición de George Andrews. —
Hizo una pausa para permitir que su secretario digiriera la noticia; una sonrisa asomó a sus labios al pensar en la expresión de sorpresa de su interlocutor al otro lado del

hilo; nunca le había oído decir nada tan absurdo. Recojan todos los informes posibles acerca de George Andrews. Asegúrense de que su petición está hecha de buena fe y de que no se trata de una trampa para un ingenuo Consejero como yo. De un modo especial, comprueben si existe alguna relación entre George Andrews y el Consejero Maitland. Pónganse en contacto con Greenberg, de la sección científica, para que les informe de las posibilidades que existen de provocar una nevada en el sur de California en pleno mes de julio y en una zona sumamente limitada. Obtenida la respuesta, hablen con la Oficina —probablemente Hechmer—, y comprueben las posibilidades que hay de llevar la idea a la práctica. Necesito todos estos datos... inmediatamente.

Wilburn miró a su alrededor. Las reclamaciones y peticiones habían terminado, y el Consejero Yardley había abandonado su pupitre para ocupar su puesto de Presidente.

—Disponen ustedes de cuatro horas para reunir toda la información —continuó Wilburn—. En marcha, y buena suerte. Esta vez vamos a necesitarla.

Mientras Wilburn ponía la investigación en marcha, las llamadas a su pupitre se habían acumulado. Empezó a ocuparse de ellas en tanto que el Presidente Yardley reclamaba la atención del Consejo, anunciando que iba a empezar el debate sobre la situación australiana. A continuación, el Consejero DuBois presentó la resolución en favor de la sequía, expresando el profundo pesar que experimentaba el Consejo al reclamar aquella medida punitiva, que se había hecho necesaria para salvaguardar los principios del Congreso del Tiempo. Un buen discurso, pensó Wilburn. La sinceridad de DuBois era evidente, y cuando leyó el texto de la resolución, había lágrimas en sus ojos y su voz era temblorosa. Luego tomó la palabra el primero de los Consejeros australianos para oponerse a la resolución.

Wilburn conectó el receptor portátil, marcó la señal que indicaba que estaba escuchando a través del receptor y salió de la Sala. Muchos de los otros Consejeros hicieron lo mismo, y la mayoría de ellos se encaminaron al Restaurante Privado de los Consejeros, donde podrían tomarse una taza de café sin ser molestados por los electores, periodistas, cabilderos o cualquiera de una multitud de organizaciones. Sorbieron su café, mordisquearon pastelillos y hablaron. La conversación giraba alrededor de la próxima votación, y era fácil comprobar que las opiniones eran casi unánimes en favor de la resolución. Los Consejeros hablaban en voz baja, a fin de poder seguir el curso de los argumentos que se esgrimían en la Sala; cada uno de los Consejeros llevaba su receptor portátil y escuchaba a través del diminuto micrófono colocado detrás de una oreja. Poco a poco, la charla fue haciéndose más ruidosa, como si se hiciera evidente que el Consejero Australiano era incapaz de presentar más argumentos que los gastados de «no causen sufrimientos y concédannos otra oportunidad». El resultado de la votación estaba fuera de toda duda.

Wilburn regresó a la sala. Se levantó a pronunciar un breve discurso en favor de

la resolución, expresando su pesar por la necesidad de tomar tal medida. Luego, mientras los argumentos en pro y en contra empezaban a llegar a su término, se presentaron las primeras informaciones acerca de George Andrews.

George Andrews tenía ciento veintiséis años, estaba enfermo del corazón y los médicos no le hablan concedido más allá de seis semanas de vida. No existía la menor relación entre Andrews y el Consejero Maitland. Wilburn interrumpió para preguntar:

—¿Quién ha comprobado eso?

—Jack Parker —fue la respuesta.

Parker era uno de los investigadores más sagaces del distrito, y Wilburn anotó mentalmente que el miembro de su personal que había acudido a Jack Parker para aquella investigación tenía que ser gratificado. Por lo menos, Wilburn podía ahora tomar una decisión sin el temor de caer en una trampa política. Pero el informe continuó:

—Como usted seguramente sabrá, Andrews estuvo a punto de convertirse en uno de los hombres más famosos del mundo hace un centenar de años. Durante una temporada pareció que Andrews se llevaría la fama de haber inventado las naves sesiles, pero finalmente fue derrotado por Hans Daggensnurf. Hubo algunas personas que insistieron en afirmar que Andrews fue el verdadero inventor, y que políticos deshonestos, abogados comprados, corporaciones sin escrúpulos y dinero sucio, se aliaron para quitarle de en medio. El nombre «naves sesiles» era el nombre que Andrews dio a las naves solares, y ha permanecido. A nadie se le ha ocurrido llamarlas «naves Daggensnurf».

Wilburn supo ahora el motivo de que su subconsciente le hubiera hecho fijarse de un modo especial en la petición de George Andrews. Andrews había sido el George Seldon de la industria del automóvil, el William Kelly del llamado procedimiento Bessemer para el acero. Todos eran hombres olvidados; otros hombres les habían robado la inmortalidad. En el caso de Andrews, se trataba, según algunos, del hombre que había inventado las naves solares, los maravillosos ingenios que habían hecho posible el Congreso del Tiempo. Deslizándose sobre una delgadísima capa de carbono gaseoso, las naves sesiles cruzaban de un extremo a otro la superficie solar, provocando la actividad necesaria para producir el agua deseada. Sin las naves sesiles, no existiría una Oficina del Tiempo dirigida por unos hombres capaces de influir en el sol de acuerdo con las exigencias del Consejo del Tiempo. Sí, Wilburn había sido muy afortunado al tropezar con aquella antigua historia en el preciso instante en que la necesitaba.

El informe continuó.

—Hemos consultado a los Asesores del Tiempo, especialmente a Bob Greenberg. Dice que existe una leve posibilidad de que puedan encontrar el medio de provocar una nevada en el sur de California en esta época del año, aunque no puede garantizar nada. Uno de sus hombres está experimentando una nueva teoría que podría dar

resultado, y nuestra petición podría servir para someterla a prueba. Pero no desea ser citado en relación con este asunto. Se le plantearía un problema con el genio que haría el trabajo si nuestra petición fuera oficial.

Wilburn preguntó:

—¿Qué pasa con la Oficina?

—Hemos hablado con Hechmer, tal como sugirió usted. Dice que la Oficina sólo dispone de un navegante solar con los suficientes redazos e imaginación, y que en estos momentos tiene planteado un problema hogareño. Pero Hechmer asegura que si nos presentamos con algo especial, encontrará el modo de hacer trabajar a ese hombre.

Wilburn escuchó los otros detalles relativos a la situación de Andrews. Su secretario había añadido por su cuenta una encuesta a la investigación, demostrando con ello por qué era el mejor pagado de todos los miembros del personal de Wilburn. La encuesta, efectuada rápidamente, tenía por objeto averiguar cuál sería la reacción de los electores de Wilburn ante un decidido apoyo a la petición de Andrews. El resultado era el previsto: si la petición no tropezaba con obstáculos, y si la nieve caía, Wilburn sería un hombre inteligente, humano y generoso. Si el debate degeneraba en discusión, y si la nieve no caía, Wilburn sería un hombre que habría cometido un gravísimo error.

El informe terminó. Wilburn liquidó rápidamente todos los asuntos pendientes en su pupitre y echó una mirada a la Sala.

El debate estaba llegando a su final. Los Consejeros estaban deseosos de que se iniciara la votación, y era evidente que su resultado sería abiertamente favorable a la sequía. Wilburn se retrepó en su asiento para pensar.

Sin embargo, conocía ya la respuesta a sus pensamientos; no tenía que tomar ninguna decisión: iba a hacerlo. El único problema era: ¿cómo? Y mientras daba vueltas en su cerebro a la cuestión, comprendió que tenía que plantearla inmediatamente. ¿Qué mejor momento que éste, cuando el Consejo acababa de enfrentarse con un asunto desagradable? La resolución en apoyo de la petición de Andrews ayudaría a quitar el mal sabor de las bocas de los Consejeros. Estaba decidido. Al cabo de diez minutos empezó la votación.

Y veinte minutos después había terminado. La resolución en favor de la sequía fue aprobada por 12 votos contra 8. El Presidente levantó su mazo para dar por terminada la sesión. Wilburn se puso en pie.

—Señor Presidente —dijo—, antes de que termine esta sesión, deseo llamar respetuosamente la atención de los honorables miembros de este Consejo acerca de la Petición Número 18, con fecha de hoy.

Hizo una pausa mientras los Consejeros, con aspecto algo intrigado, hacían marcha atrás en sus pantallas para revisar la petición de Andrews. Wilburn esperó hasta que la mayoría de los rostros se hubieron vuelto hacia él con una expresión de

incredulidad. Entonces dijo:

—Señores Consejeros, nos encontramos ante un caso de estricta justicia...

Y planteó el caso de Andrews, recordando a grandes rasgos la carrera de aquel hombre y la deuda que con él tenía contraída la raza humana, una deuda que nunca había sido pagada. Mientras hablaba, Wilburn sonreía interiormente pensando en las llamadas que en aquel momento corrían de pupitre en pupitre por toda la Sala. «¿Qué le pasa a Jonathan?». «¿Acaso Wilburn se ha vuelto loco?». Y así por el estilo.

Wilburn expresó la dificultad de saber a ciencia cierta si la petición podría ser satisfecha con las actuales posibilidades técnicas. Sólo los Asesores del Tiempo podrían decirlo. Y, aun suponiendo que fuera factible, la Oficina podría encontrarse ante dificultades insuperables. Pero tales consideraciones no debían impedir que el Consejo lo intentara. Y concluyó con la afirmación de que aquel acto demostraría al mundo que el Consejo estaba formado por hombres que nunca perdían de vista al individuo.

Se sentó en medio de un impresionante silencio. Luego, Tongareva se puso en pie, y con amables palabras y modales suaves apoyó la petición, subrayando su aspecto humano en unos momentos en que muchos se inclinarían a pensar que el Consejo se mostraba demasiado duro. Cuando Tongareva se sentó, se levantó Maitland. Ante el asombro de Wilburn, Maitland apoyó también la petición. Pero, a medida que escuchaba sus palabras, Wilburn comprendió que Maitland apoyaba la petición sólo porque veía en ella un fracaso para Wilburn. Era un acto muy arriesgado. Maitland no podía saber lo que se proponía Wilburn, pero estaba dispuesto a confiar en su intuición, la cual le advertía que su adversario había cometido un error, y estaba dispuesto a sacar partido de él.

Wilburn respondió a las llamadas de varios Consejeros, los cuales deseaban saber si quería que se levantaran a apoyar la petición. Algunos de ellos eran amigos suyos, otros le debían algún favor. Wilburn les contestó que apoyaran la petición con un breve discurso. Durante cuarenta minutos, los Consejeros fueron levantándose y pronunciando un corto parlamento. Cuando llegó el momento de la votación, se llegó a uno de los pocos votos unánimes en la historia del Consejo. La sequía australiana quedó olvidada, lo mismo en la Sala que en las pantallas de televisión de todo el mundo. Todos los pensamientos se volvieron hacia la pequeña ciudad de Holtville, California.

Wilburn oyó el mazazo que daba por terminada la sesión. y supo que estaba definitivamente comprometido. Su destino estaba ahora en manos de otros; su tarea había terminado posiblemente para siempre.

Pero, después de todo, si se desea alcanzar la cumbre en política, hay que aventurarse.

Anna Brackney subió la amplia escalinata del edificio de los Asesores del Tiempo con media hora de anticipación, como de costumbre. Al llegar a lo alto se detuvo y echó una mirada a la perspectiva de la ciudad de Estocolmo que se divisaba desde

allí. Era una hermosa ciudad, amodorrada bajo sus tejados, centelleando al sol matutino, plácida y tranquila. Estocolmo era un lugar excelente para los Asesores. En realidad, era un lugar tan adecuado para la clase de trabajo que los Asesores realizaban, que Anna volvió a preguntarse cómo era posible que los hombres la hubieran escogido. Dio media vuelta y siguió avanzando.

El Jefe de los Servicios de Limpieza, Hjalmar Froding, manejaba la Máquina Pulidora alrededor del vestíbulo. Al ver a Anna Brackney se apresuró a dirigir la máquina de modo que borrara las pisadas que la recién llegada había dejado en el encerado suelo, y luego se inclinó ante Anna. Ésta le devolvió el saludo y continuó su camino. A Anna Brackney le gustaba Froding; casi nunca hablaba ni sonreía, y la trataba como si fuera la reina de Suecia. Era una verdadera lástima que los otros hombres que la rodeaban no se decidieran a tratarla del mismo modo.

Para llegar a su oficina, tenía que pasar a través de la principal Sala del Tiempo. Un enorme globo terráqueo ocupaba el centro de la estancia. El globo era similar al mapa que había en el Consejo del Tiempo, pero tenía unas cuantas características adicionales. En el globo aparecían todas las corrientes, variaciones de densidad, inversiones, frentes, isobaras, isotermias, zonas de precipitaciones, zonas nubosas y masas de aire. El globo era una masa de brillantes colores, indescifrables para un ojo inexperto, que sólo tenían sentido para los matemeteorólogos que constituían la plantilla técnica de los Asesores. Las curvadas paredes de la estancia estaban cubiertas con los instrumentos que constituían la Red del Tiempo, los sentidos de los Asesores. La estancia tenía un aspecto de pesadilla con su enorme globo central y sus cambiantes juegos de luces. Anna la cruzó de un modo maquinal, sin fijarse en lo que la rodeaba. Se encaminó directamente al telégrafo privado del Consejo del Tiempo, para comprobar si había llegado ya aquella extraña petición.

El centinela que montaba guardia ante la puerta del Consejo de Comunicaciones la saludó y se hizo a un lado para permitirle el paso. Anna entró, se sentó y empezó a revisar los mensajes nocturnos procedentes del Consejo. Cogió el relativo a la sequía impuesta a la Australia septentrional y lo leyó. Cuando hubo terminado la lectura, hizo un gesto desdeñoso y se dijo a sí misma en voz alta: «Nada, no hay problema. Un chiquillo sabría cómo hacerlo». Y continuó revisando los mensajes.

Finalmente, encontró el que buscaba y lo leyó un par de veces. Era exactamente lo que la radio había anunciado: nieve en julio en una zona de una milla cuadrada del sur de California. En el mensaje se citaban la latitud y la longitud de aquella zona. Pero Anna Brackney se sintió muy excitada. Era el problema más peliagudo con que se enfrentaban los Asesores desde hacía décadas, un problema que probablemente no podría ser resuelto por los técnicos «del montón». Anna se mordió pensativamente el labio inferior. Aquí estaba lo que había esperado durante tanto tiempo. La posibilidad de demostrar que su teoría era cierta. Lo único que tenía que hacer era convencer a Greenberg para que pusiera el problema en sus manos. Anna volvió a apilar cuidadosamente los mensajes y se dirigió a su despacho.

Era un despacho pequeño, de apenas diez metros cuadrados de superficie, pero Anna Brackney lo encontraba aún demasiado grande. El escritorio estaba colocado en un rincón, de cara a la pared, para infundirle la sensación de que se encontraba más aislada. Cuando trabajaba, Anna no podía soportar la sensación de los espacios abiertos. El despacho no tenía ventanas, ni cuadros en las paredes, ni nada que pudiera distraer la atención. Otros Asesores tenían ideas muy distintas acerca del ambiente adecuado para un lugar de trabajo. Algunos utilizaban brillantes manchas de color, otros preferían las escenas campestres o marítimas, Greenberg tenía las paredes de su oficina cubiertas con un laberinto en blanco y negro. Anna se estremeció al pensar en ello.

En vez de sentarse en su escritorio, permaneció de pie en el centro de la pequeña habitación, pensando en cómo podría convencer a Greenberg para que le asignara el problema Andrews. Sabía que Greenberg no simpatizaba con ella, y sabía también que se debía únicamente al hecho de que él era un hombre y ella una mujer. Ninguno de los hombres simpatizaba con ella, con el resultado de que su trabajo no recibía nunca la consideración que merecía. En un mundo de hombres, una mujer no es juzgada nunca sobre la base de su trabajo. Pero, si conseguía hacerse cargo del problema Andrews, les daría una lección. Les daría una lección a todos.

El tiempo apremiaba. El problema Andrews tenía que ser resuelto inmediatamente. A veces, los programas de los Asesores tardaban semanas en ser puestos en marcha, pero en el presente caso no podían permitirse esa demora. El problema tenía que ser analizado sin dilación, para comprobar si disponían del tiempo necesario. Anna salió corriendo de su oficina. Abordaría a Greenberg en cuanto llegara.

Tuvo que esperar diez minutos. Ni siquiera le dio tiempo a entrar en el ascensor.

—Doctor Greenberg —le dijo—, estoy dispuesta a empezar a trabajar inmediatamente en el problema Andrews. Creo...

—¿Estaba usted esperándome? —inquirió Greenberg.

—Creo que estoy en condiciones de resolver el problema Andrews, ya que exigirá procedimientos nuevos, y...

—¿Qué diablos es el problema Andrews?

—El que ha llegado durante la noche —respondió Anna—. Y me gustaría encargarme...

—Bueno, me ha asaltado usted antes de que pudiera enterarme de nada. ¿Cómo sabe qué problemas han llegado durante la noche? No he estado aún arriba.

—Pero, habrá oído hablar del asunto... Lo ha anunciado la radio.

—La radio habla a veces más de la cuenta, y no todo lo que dice es verdad. Será mejor que espere a que pueda enterarme del asunto de un modo oficial.

Entraron juntos en el ascensor, en silencio, Greenberg molesto por verse acosado de aquel modo, y Anna molesta por la actitud reticente de su jefe.

Greenberg se disponía a entrar en su oficina, pero Anna le dijo:

—El mensaje está en el Consejo de Comunicaciones, no en su oficina.

Greenberg empezó a decir algo, pero, pensándolo mejor, entró en el Consejo de Comunicaciones y leyó el mensaje.

—¿Puedo hacerme cargo del asunto? —preguntó Anna.

—Mire, esa petición va a ser tratada como todas las demás, hasta que comprendamos sus posibles derivaciones. Voy a entregársela a Upton, como hago con las otras, para que haga un informe preliminar y recomiende a quién debe asignarse. Cuando tenga el informe, decidiré. Ahora, haga el favor de no importunarme hasta que Upton se haya ocupado del caso.

Vio que los labios de Anna temblaban, y que sus ojos se humedecían. Se había enfrentado más de una vez con aquellas sesiones de llanto, y no le gustaban.

—La veré a usted más tarde —concluyó y corrió a encerrarse en su oficina.

En el edificio de los Asesores había una norma inflexible: una puerta cerrada era inviolable. Significaba que la persona que se encontraba en el interior no deseaba ser molestada, y la naturaleza del trabajo era tal, que el deseo había de ser siempre respetado.

Anna Brackney regresó a su oficina, enfurecida. Otra vez lo mismo. Una mujer no tenía allí la menor oportunidad; se negaban a tratarla como a un hombre. Luego se dirigió a la oficina de Upton, para explicarle lo que sucedía.

Upton era un hombre de aspecto grave y una mente tan afilada como una navaja de afeitar. Inmediatamente se dio cuenta de que el único modo de quitarse a Anna de encima era revisar la petición de Andrews. Pidió que se la presentaran, la leyó, dejó escapar un silbido y se sentó delante de un enorme cerebro electrónico. Durante media hora lo aumentó de datos que el cerebro masticaba para escupir después los resultados. El trabajo creció, de modo que Upton pidió ayuda y otros tres hombres empezaron a manejar otros tantos cerebros. Al cabo de tres horas, Upton se acercó a Anna, que no se había movido de la oficina.

—¿Tiene usted alguna idea acerca de esto? —le preguntó.

Anna asintió.

—¿Le importaría hablarme de ella?

Anna vaciló, y luego dijo:

—Bueno, no la he desarrollado aún del todo. Pero creo que podría hacerse por medio de... —Hizo una pausa y miró a Upton, como si quisiera comprobar por adelantado si se estaba riendo de ella—. Por medio de un frente vertical.

Upton se quedó con la boca abierta.

—Un fren... ¿Se refiere usted a un verdadero frente en posición perpendicular a la superficie de la Tierra?

Anna asintió, y se llevó un dedo a la boca. Lejos de reírse, Upton se quedó mirando al suelo unos instantes, y luego se dirigió a la oficina de Greenberg.

Entró sin llamar y dijo:

—Hay un cuarenta y seis por ciento de posibilidades de atender a la petición de

Andrews mediante técnicas corrientes. Y, a propósito, ¿qué mosca le ha picado al Consejo? Hasta ahora, nunca se les había ocurrido pedir una estupidez semejante. ¿Qué es lo que tratan de hacer?

Greenberg sacudió la cabeza y dijo:

—No lo sé. Hace poco me ha llamado Wilburn, interesándose por este asunto. Tengo la desagradable impresión de que tratan de comprobar lo que podemos hacer, una especie de prueba antes de someternos un problema realmente importante. Ayer votaron una sequía para la Australia septentrional, y tal vez desean asegurarse de nuestra capacidad técnica.

Upton dijo:

—¿Sequía en Australia? Bueno, se están mostrando un poco duros, ¿no le parece? Son métodos demasiado radicales... ¿Alguna dificultad con la sequía australiana?

—No. Se trata de un problema tan sencillo, que ni siquiera se lo he presentado a usted para que lo informara. Se lo he pasado directamente a Hiromaka. Pero detrás de este asunto de Andrews hay algo raro, y no me gusta. Será mejor que encontremos el modo de resolverlo.

Upton dijo:

—Bueno, Brackney tiene una idea lo suficientemente descabellada como para que dé resultado. Podemos dejar que la desarrolle, y veremos si es más aplicable que cualquiera de las técnicas corrientes.

Anna Brackney estaba cerca de la puerta. Entró en la oficina y dijo, en tono furioso:

—¿Por qué es descabellada mi idea? Es completamente lógica. Digan que no desean que sea yo la que resuelva el caso. Digan...

—No, no, Anna —dijo Greenberg—, no es eso. Se encargará usted del asunto, de modo que no...

—De acuerdo, empezaré ahora mismo —dijo Anna, y salió rápidamente de la oficina.

Los dos hombres se miraron. Upton se encogió de hombros, y Greenberg alzó los ojos al techo, sacudió la cabeza y suspiró.

Anna Brackney se sentó en su rincón y se quedó contemplando la pared. Eso ocurrió diez minutos antes de que se llevara un dedo a la boca, y veinte minutos antes de que cogiera un bloc y un lápiz y empezara a hacer anotaciones. A continuación, su trabajo avanzó con rapidez. Con su primera ecuación anotada en una cuartilla, salió de su oficina para ir en busca de un ayudante de matemático; no quiso utilizar el altavoz de su oficina para llamar a uno de ellos.

Los ayudantes estaban sentados ante sus pupitres en una amplia habitación, y cuando entró Anna inclinaron la cabeza sobre su trabajo, como si estuvieran muy ocupados. Ignorando su actitud, Anna se acercó al pupitre de Betty Jepson y colocó la cuartilla encima de él. Sin más preliminares, dijo:

—Hágame un análisis regresivo de esto —y su dedo recorrió la ecuación, cuya

fórmula era $y = a_1 \times i + a_2 \times 2 + \dots + a_n \times n$, teniendo en cuenta que, en este caso, u equivale a 46. Tome los datos de observación del calculador Número Ochenta y Tres. Necesito una aproximación superior al noventa por ciento.

Y Anna dio media vuelta y regresó a su oficina.

Media hora más tarde se presentó de nuevo con otra ecuación para Charles Bankgead, y luego con otra para Joseph Pechio. Una vez obtenidos los análisis-tipo, pidió la ayuda de un matemeteorólogo, y Greenberg le asignó a Mbert Kropa. Kropa escuchó de labios de Anna una explicación algo incoherente de lo que trataba de hacer, y luego se dio una vuelta por la habitación, mirando por encima del hombro de los ayudantes lo que estaban haciendo. Paulatinamente, comprendió el asunto y se dirigió a su propia oficina para empezar a trabajar en las relaciones polinómicas.

Cada una de las ecuaciones exigía la utilización de un calculador 16×50 y del personal a su cargo, bajo la dirección de un ayudante, más seis horas de tiempo para llegar a una aproximación preliminar. A medida que Anna y Kropa elaboraban las necesarias ecuaciones básicas, se hacía evidente que iba a emplearse demasiado tiempo para desarrollarlas de un modo individual. Anna invirtió dos horas en encontrar un sistema que permitiera a un calculador 22×30 explorar los factores necesarios en cada uno de los análisis regresivos. El calculador empezó a producir las ecuaciones requeridas a un promedio de una cada diez minutos, de modo que Anna y Kropa dirigieron su atención a un sistema de correlacionar el alud de datos que caería sobre ellos cuando cada uno de los análisis quedara completado. Al cabo de media hora se hizo evidente que no podrían terminar aquella fase del problema antes de que los datos empezaran a llegar. Solicitaron y obtuvieron la ayuda de otros dos matemeteorólogos.

Los cuatro se trasladaron a la Sala del Tiempo, de modo que pudieran estar juntos mientras trabajaban. Las ecuaciones correlacionadas empezaron a desdoblarse, y fueron llamados todos los ayudantes para trabajar en ellas. Al cabo de una hora todos los calculadores 16×50 estaban ocupados, y Greenberg llamó a la Universidad de Estocolmo para que le permitieran utilizar los suyos. Al cabo de veinte minutos, extendió la llamada a media docena de fabricantes de calculadores de la ciudad. Pero esto no fue suficiente. La red de calculadores empezó a ampliarse por todo el Continente, y dos horas más tarde alcanzó a las ciudades de la costa oriental de los Estados Unidos. La autoridad de los Asesores cuando se trataba de resolver un problema relacionado con el tiempo era absoluta.

Fue necesario que Upton se uniera al grupo, y cuando el propio Greenberg ocupó una silla en el amplio círculo de la Sala del Tiempo, se produjo una breve interrupción en el trabajo para dar paso a algunas cuchufletas y observaciones afectuosamente sarcásticas. El encierro de los Asesores era total.

Anna Brackney no pareció darse cuenta. Sus ojos brillaban y hablaba con frases breves y cortantes, en contraste con su habitual languidez. Parecía adivinar cuándo iba a producirse una interrupción en la corriente de datos, y se adelantaba a establecer

la necesaria continuidad. Dieron las tres antes de que Hiromaka observara que ninguno de ellos había almorzado Greenberg pidió que les enviaran comida. A las once de la noche lo volvió a pedir y otra vez a las tres de la madrugada.

Todo el mundo tenía un aspecto terrible, con las mejillas hundidas, las ropas arrugadas y unos profundos semicírculos morados debajo de los ojos. Pero todas las miradas ardían, incluso las de los ayudantes más novatos, con un fuego nacido de la participación en el problema más complicado con que se habían enfrentado los Asesores hasta entonces.

Upton se encargó de la tarea de reunir las pautas matemáticas relativas al planeta Tierra. Mantuvo bajo su control los análisis regresivos acerca de variables tales como las diversas distancias posibles de la Tierra al Sol; las posiciones rotatorias de la Tierra en relación con el Sol; la forma, posición, densidad, variación y carga de los cinturones de radiación Van Allen; la velocidad, temperatura, dirección, anchura y masa de mil cuatrocientas corrientes; el calor generado por las más importantes corrientes oceánicas; el efecto Coriolis; y sobrepuso a todos esos factores, y muchos más, el efecto del clima existente y previsto sobre la superficie de toda la Tierra.

Greenberg se ocupó del Sol y trabajó con los resultados acerca del movimiento de cada mancha solar; las rotaciones del Sol: las temperaturas fluctuantes y presiones en la fotosfera, cromosfera y corona; variaciones del espectro, y la potencia relativa del ciclo carbónico y de la cadena protón-protón.

Anna iba de un lado para otro, ora mirando por encima del hombro de Upton, ora consultando los resultados que llegaban de los calculadores de Washington, ora guiando a un ayudante en su tarea, ora inventando un nuevo sistema de anotaciones para simplificar la alimentación de los calculadores con pautas matemáticas derivadas. Andaba como una sonámbula, pero cuando le formulaban una pregunta sus respuestas eran vivaces y agudas. Más de un ayudante, varios de los encargados de manejar los calculadores y el propio Upton se sintieron mordidos por alguna de las cortantes frases de Anna, señalando lo que podía haber sido un evidente error. A medida que transcurría el tiempo y que el trabajo se hacía más frenético, los rasgos del rostro de Anna, habitualmente duros, fueron suavizándose; asimismo, andaba muy erguida, en vez de caminar ligeramente encorvada, como tenía por costumbre. Varios de la matemetereólogos, que hasta entonces no le habían dirigido la palabra a menos que fuera absolutamente necesario, se encontraron dirigiéndose a ella en busca de ayuda o de consejo.

La primera solución parcial quedó terminada a las once de la mañana siguiente. Tenía solamente un ochenta y uno por cierto de aproximación, pero tratándose de la primera no estaba mal. Sin embargo, Upton le encontró un fallo.

—No sirve.

—Esta solución aumentaría también la proyectada sequía australiana en una proporción de doce. ¡Todo un éxito! Pongámosla en práctica, y nos enviarán a todos a la escuela elemental.

La observación provocó una carcajada general. Las risas se hicieron más y más agudas, como si la prolongada tensión encontrara finalmente una válvula de escape en aquella histérica hilaridad. Transcurrieron varios minutos antes de que las personas reunidas en la Sala del Tiempo recobraran la compostura y se dedicaran de nuevo a su trabajo.

Greenberg dijo:

—Bueno, ése es el peligro que corremos. No necesariamente en Australia, sino en cualquier otra parte. Tenemos que asegurarnos de que no vamos a provocar una desastrosa reacción en alguna parte.

Anna Brackney le oyó y dijo:

—DePinza está trabajando en un análisis definitivo para asegurarse de que no se producirá ninguna reacción indeseable. Lo tendrá listo dentro de una hora.

Cuando la serie final de ecuaciones quedó terminada eran las tres de la tarde. La aproximación alcanzaba un noventa y cuatro por ciento, y la comprobación contra el análisis de DePinza fue de un ciento dos por ciento. Los ayudantes y los matemeteorólogos se reunieron alrededor de la amplia mesa mientras Greenberg estudiaba los resultados. Finalmente, Greenberg se frotó las barbudas mejillas y dijo:

—No sé si continuar con esto o no. Podemos informar que el procedimiento no puede aplicarse sin una previa experimentación.

Los ojos de todos los presentes se volvieron hacia Anna Brackney, la cual permaneció absolutamente impasible, como si el asunto no la afectara para nada. Upton expresó lo que estaba en la mente de todos.

—Ahí —dijo, señalando las ecuaciones— hay un trocito del corazón de cada uno de nosotros. Puesto que representan lo mejor que podemos hacer, no veo el motivo de que informemos que no pueden ser utilizadas. Esas ecuaciones representan lo mejor que los Asesores pueden hacer; y en este sentido son los Asesores. Nosotros y la gente que nos puso aquí tenemos que confiar en nuestro esfuerzo, en los éxitos y en los fracasos.

Greenberg hizo un gesto de asentimiento, entregó los dos folios a un ayudante y dijo:

—Encárguese de hacer llegar esto a la Oficina del Tiempo. Espero que no sudaran como hemos sudado nosotros. —Se frotó las mejillas—. Bueno, a fin de cuentas, para eso nos pagan.

El ayudante cogió los folios y se marchó. Los demás fueron saliendo también de la Sala, hasta que quedaron únicamente en ella Greenberg y Upton.

Upton dijo:

—Anna Brackney se apuntará un tanto. No sé dónde ha encontrado la inspiración.

—Ni yo tampoco —dijo Greenberg—. Pero, si vuelve a meterse el dedo en la boca, presento la dimisión.

Upton sonrió.

Si consigue resolver este problema, creo que los que tendremos que aprender a

ponernos el dedo en la boca seremos nosotros.

James Eden saltó de su camastro y tendió el oído. Sí, en cubierta había conciliábulo, en voz baja, apenas audible. Eden sacudió la cabeza; el sol tenía un aspecto borrascoso y el día se presentaba malo. Si la Base sostenía un conciliábulo, las naves sesiles serían difíciles de manejar. Lo de siempre: una tarea ardua, y había que trabajar en las peores condiciones posibles; una tarea rutinaria, y las condiciones eran perfectas. Pero esto era lo que cabía esperar de la Oficina.

Eden se afeitó y se vistió, preguntándose cómo sería el trabajo que le esperaba. Siempre eran los últimos en enterarse a pesar de que tenían a su cargo la parte más dura de la tarea. Todo el Congreso del Tiempo dependía de la Oficina. El Consejo no era más que un montón de orondos políticos que se rascaban la espalda el uno al otro y pasaban el tiempo cocinando Grandes Negocios. Los Asesores eran un montón de chiflados que se dedicaban a leer en voz alta las tonterías que elaboraban sus cerebros electrónicos. Pero la Oficina era algo distinto, un organismo en cuyas filas formaban hombres de capacidad de sacrificio, que realizaban un trabajo para que la Tierra pudiera prosperar.

Eden no podía apartar de su pensamiento el problema que le había estado torturando durante todo el viaje. Se pasó una mano por la barbilla, maravillándose de nuevo de la perversidad de las mujeres. Rebecca, de cabellera negra y ojos negros, con una cálida piel blanca, le esperaba al final de aquel viaje, pero sólo si abandonaba la Oficina. A Eden le parecía verla de nuevo, muy cerca de él, mirándose profundamente en sus ojos, la suave palma de su mano apretada contra su mejilla, diciéndole: «No quiero compartirme con ninguna persona ni con ninguna cosa, ni siquiera con tu amada Oficina. Quiero un marido completo. Escoge: la Oficina o yo». Con tras mujeres, Eden se hubiera echado a reír, tomando el asunto a broma. Pero Rebecca, la Rebecca de la larga cabellera negra, era distinta. ¡Todo un problema!

Eden salió de su camarote y se dirigió al comedor. Cuando entró había ya media docena de hombres, charlando y riendo. Pero se interrumpieron al verle llegar y le saludaron.

—Hola, Jim...

—Parece que se te han pegado las sábanas...

—Me alegro de verte, muchacho...

Eden reconoció los síntomas. Estaban tensos, y hablaban y reían en voz demasiado alta. Se sentían aliviados al verle.

Necesitaban apoyarse en alguien y Eden les compadeció un poco por ello. Ahora no tendrían que realizar ningún esfuerzo para aparecer normales. También ellos habían oído el conciliábulo en la cubierta.

Eden se sentó y dijo:

—Buenos días. ¿Hay algo en la pizarra acerca del próximo trabajo?

Los otros sacudieron la cabeza, y Pisca dijo:

—Ni una palabra. Siempre esperan al último momento para decírnoslo. Todo el

mundo sabe lo que va a pasar menos nosotros. Lo único que sabemos son simples rumores.

—Bueno —dijo Eden—, no olvidéis que las comunicaciones con la Oficina no resultan fáciles. No podemos esperar enterarnos de todo en cuanto sucede. Pero, de todas formas, estoy de acuerdo con vosotros en que podrían tenernos mejor informados de las cosas que suceden en la Tierra.

Los otros asintieron, y luego se dedicaron al desayuno. Cuando estaban tomando el café, resonó un repiqueteo en toda la Base. Llamada general. Había llegado el momento del informe, y se encaminaron a la sala de mandos, situada en la parte alta de la Base. El Comandante Hechmer se encontraba ya allí cuando entraron y ocuparon sus asientos. Eden vigiló cuidadosamente mientras buscaba una silla y se sentaba. En el pasado se había preguntado algunas veces si Hechmer lo consideraba a él de un modo especial: una mirada más, una mayor atención cuando hacía una pregunta, hablar con él más que con los otros en el curso de un informe, pequeños detalles, aunque cargados de importancia.

El comandante John H. Hechmer se había convertido en un personaje legendario en la Oficina del Tiempo a la edad de cuarenta y cinco años. Había desarrollado y perfeccionado la técnica Corriente Punta de Alfiler, mediante la cual una finísima corriente de protones podía ser extraída de un nivel de 4.560 grados de una mancha solar y dirigida contra cualquier parte soleada de la Tierra. Durante la época en que Hechmer era el Jefe de Naves de la Oficina, se realizaron grandes avances en el control del tiempo. Había desarrollado unas pautas climatológicas que asombraron a los expertos. Hechmer había asesorado incluso a los Asesores, demostrándoles las inmensas posibilidades de la Oficina. Nadie había podido competir nunca con él en el manejo de una nave solar, y uno de los objetivos de la carrera de Eden —si decidía quedarse en la Oficina—, era que se hablara de él como el hombre que se había aproximado más a Hechmer.

Cuando Hechmer levantó la mirada de la mesa, Eden tuvo la impresión de que su ojos, al recorrer el grupo de hombres, se posaban en él con cierta insistencia, como si deseara asegurarse de que estaba allí. Eden no podía estar seguro de esto, pero la posibilidad de que fuera cierto le hizo mantenerse muy erguido en su silla.

Hechmer dijo:

—Aquí está la Fase Primera de la próxima operación, tal como ha sido recibida de los Asesores.

Proyectó la adecuada parte de la página en la pantalla situada a su espalda. A Eden le bastó una rápida mirada para darse cuenta de que representaba una desviación fundamental de los procedimientos acostumbrados. Inmediatamente empezó a hundirse en su asiento, mientras se perdía en el estudio del modo de manejarlo. No se dio cuenta de que Hechmer se había fijado en su inmediata comprensión del problema. Transcurrieron varios minutos antes que unos silbidos

anunciaran que también los otros habían comprendido.

Hechmer permaneció sentado tranquilamente mientras los hombres estudiaban la página. Todos ellos pensaban en las modificaciones que tendría que sufrir el informe para que la Oficina pudiera utilizarlo. Los Asesores se enorgullecían siempre de formular sus soluciones en una terminología clara y explícita. Pero, en la práctica, sus soluciones eran completamente inaplicables tal como se recibían, ya que no mencionaban muchas de las condiciones del sol con las que tenía que enfrentarse la Oficina. Existen factores que no pueden ser explicados matemáticamente. Una de las bromas preferidas de la Oficina consistía en escuchar la charla de un Asesor acerca de lo completo de su solución y acerca de lo cómodo que resultaba el trabajo para la Oficina, que no se veía obligada a pensar, y luego preguntarle al Asesor lo que sabía acerca de la «granulación inversora». Nadie, a excepción de un miembro activo de la Oficina, podía experimentar aquella extraña fluctuación que a veces se encontraba en las zonas inferiores de la capa inversora.

El silencio se prolongó. La frente de Eden estaba arrugada a causa de la intensa concentración mientras trataba de encontrar la solución al problema. Finalmente, vio una posible salida, y cogió unas cuartillas que empezó a llenar de notas. Hechmer dedicó su atención a sus propias cifras, mientras el resto contemplaba la página proyectada en la pantalla, como si estuvieran hipnotizados. Transcurrieron diez minutos antes que otro de los hombres empezara a hacer anotaciones.

Eden se retrepó en su asiento y repasó lo que había escrito. Con creciente excitación, se dio cuenta de que su posible respuesta no había sido ensayada hasta entonces. Al estudiarla con más atención, comprendió que no era factible: se trataba de una aproximación radical, que exigía de las naves un esfuerzo no realizado hasta el momento, y probablemente irrealizable.

Hechmer dijo:

—Caballeros, vamos a empezar. En primer lugar, aquí está mi respuesta. Formulen las objeciones que estimen pertinentes.

Eden la examinó. Era distinta, también, pero difería en que exigía la utilización de todas las Naves individuales sobre el sol, una cosa que hasta entonces no había sido necesaria. La respuesta de Hechmer consistía en extraer de diversos niveles de la atmósfera solar la totalidad de las corrientes necesarias para provocar el clima deseado en la Tierra. Pero a medida que la examinaba, Eden empezó a encontrarle fallos. Las corrientes, al ser extraídas de distintas partes de la superficie solar, chocarían contra la Tierra y sus alrededores en ángulos ligeramente distintos de los exigidos. La respuesta de Hechmer podía dar resultado, pero no parecía tan buena como la respuesta de Eden.

Hechmer dijo:

—La principal característica errónea de este plan es la amplia dispersión de las corrientes incidentes. ¿Se les ocurre algún medio para superar esa dificultad?

A Eden no se le ocurría, pero su mente estaba más ocupada con su propio plan. Si

podiera estar seguro de que las Naves soportarían la inmersión en la superficie solar durante el tiempo necesario, habría pocos problemas. ¡Oh! Las comunicaciones serían más difíciles, pero con una sola Nave en acción la necesidad de las comunicaciones quedaría muy reducida; la Nave tendría éxito o no, y ninguna de las instrucciones llegadas de otra parte podrían servirle de ayuda.

Uno de los otros hombres estaba empezando a sugerir la imposibilidad de que todas las Naves trabajaran juntas, un grave error, ya que las Naves no podían controlar sus collarinos con la suficiente exactitud.

Eden le interrumpió bruscamente.

—Aquí hay una posible respuesta —dijo.

Y dejó caer su cuartilla sobre el pupitre.

Hechmer continuó mirando al hombre que había estado hablando, esperando cortésmente que terminara. El hombre evitó una situación embarazosa diciendo:

—Vamos a ver lo que nos ofrece Jim antes de continuar con esto.

Hechmer proyectó la cuartilla de Eden en la pantalla, y todos se dedicaron a estudiarla. Al menos tenía la ventaja de ser fácilmente comprensible, y todos empezaron a hablar a la vez, la mayoría diciendo que era irrealizable.

—Se perderá la Nave.

—Sí, y sus tripulantes; no lo olviden.

—No dará resultado, aunque la Nave resistiera.

—No puede llevarse una Nave a esa profundidad.

Eden contempló cuidadosamente el rostro de Hechmer mientras estudiaba el plan. Vio que los ojos de Hechmer se ensanchaban, y luego volvían a estrecharse, y Hechmer se dio cuenta de que Eden le miraba atentamente. Por un instante, la habitación se borró de la mente de Hechmer, reemplazada por otra habitación similar, hacía muchos años, cuando un Hechmer más joven y más temerario contemplaba ansiosamente a su superior mientras éste examinaba un nuevo tipo de plan. Sin apartar los ojos de la página proyectada en la pantalla, Hechmer dijo:

—Suponiendo que la Nave pueda llegar allí, ¿por qué es irrealizable este plan?

—Bueno —dijo el hombre que había afirmado que el plan era irrealizable, las corrientes no quedarían proyectadas necesariamente en la dirección...

Pero, mientras hablaba, se dio cuenta de que la energía del campo de la mancha solar era acanalada para servir de lente de concentración, y se calló.

Hechmer hizo un gesto aprobatorio.

—Me alegro de que lo haya visto. ¿Alguna otra objeción? ¿Algún fallo, una vez que la Nave llegue allí y permanezca el tiempo suficiente? —Los hombres no pudieron encontrar ningún fallo, y dieron la callada por respuesta. Hechmer continuó —: De acuerdo. Ahora, ¿por qué no ha de soportar una Nave ese tipo de inmersión?

Uno de los hombres respondió:

—El efecto sesil no es tan intenso en la parte superior. Se desintegraría a consecuencia del roce.

Eden se apresuró a replicar:

—No. Lo único que hay que hacer es aumentar el suministro de carbono a los collarinos de la parte superior.

Discutieron por espacio de media hora. Eden y otros dos hombres defendieron el plan, y al final no hubo más oposición. Todos se dedicaron a pulir los detalles a fin de reducir los riesgos al mínimo. Cuando terminaron, Hechmer no tenía que tomar en realidad ninguna decisión. El grupo de capitanes de Nave había aceptado el plan, y quedó tácitamente acordado que la Nave de Eden sería la que efectuara la inmersión. Disponían apenas de media hora para iniciar la operación, de modo que disolvieron la reunión para ir a prepararse.

Eden luchó con el traje de plomo, murmurando las mismas maldiciones que todos los tripulantes de naves solares habían murmurado desde que se efectuó el primer vuelo. Las Naves disponían de protección suficiente, y los trajes de plomo sólo estaban destinados a proporcionar protección en el caso de que se produjera una grieta en el casco de la nave. Pero, si se producía una grieta, el traje de plomo no serviría para nada, puesto que las radiaciones del sol eran tan intensas que los tripulantes ni siquiera se darían cuenta de lo que los había herido. Un trago de plomo sería como tratar de tapar un volcán con una pluma. Sin embargo, los trajes de plomo eran preceptivos.

Entrar en la Nave desde la Base era siempre una maniobra complicadísima. El collarino situado encima de la compuerta de cierre no era una parte permanente de la compuerta, y, sí se movía, el campo gravitatorio del sol podía aplastar al tripulante, metiendo todo su cuerpo en el interior de sus zapatos. Eden se deslizó en la Nave y efectuó la rutinaria ronda de inspección, antes de ocupar su asiento e iniciar la maniobra de despegue.

En primer lugar comprobó la reserva de carbono, el material que se vaporizaba y luego, en forma de una delgada película, protegía a la Nave del implacable calor de la superficie solar. Las Naves se deslizaban por la capa de carbono vaporizado, del mismo modo que una gota de agua se desliza sobre una plancha calentada al rojo: éste era el efecto sesil. A continuación revisó el collarino superior. Allí, en un camino circular, viajaban unas cuantas onzas de protones a una velocidad aproximada a la de la luz. A aquella velocidad, las escasas onzas de protones pesaban incalculables toneladas, y de este modo contrapesaban la enorme atracción gravitatoria del propio sol. La misma cinta magnética que suministraba el campo para mantener a los protones en su estado de masa— pesada, servía también para mantener una polaridad equivalente a la de la contigua superficie solar. En consecuencia, el collarino y la superficie solar se repelían mutuamente. Los objetos situados debajo del collarino estaban sujetos a dos campos gravitatorios, uno de los cuales, el del collarino, anulaba al de la superficie solar, aunque no del todo. Por lo tanto, los hombres trabajaran en las Naves y en la Base en un campo 1-G.

Eden revisó una por una las diversas partes operantes de la Nave. Su tripulación

de cuatro hombres trabajaba con él. cada uno de ellos a cargo de una sección de la Nave. Cinco minutos antes de despegar, el tablero estaba verde. A la hora cero, la Nave emprendió el vuelo.

Poco después Eden preguntó por el teléfono interior:

—¿Cómo andamos, muchachos?

Le respondió un coro de «estupendamente», de modo que Eden inclinó la Nave un poco más para aumentar su velocidad. Se encontraba ante un viaje difícil, y la distancia a recorrer era muy grande... Como siempre, Eden se sintió eufórico a medida que la velocidad aumentaba, e hizo lo que siempre había hecho cuando experimentaba aquella sensación.

Cuidadosamente, apartó uno tras otro los paneles amortiguadores del sonido del mamparo contiguo a la cabina del piloto. Después de apartar el octavo panel pudo oírlo débilmente. Pero, durante el brevísimo espacio que podía resistir el décimo el rugido llenó la pequeña cabina del piloto. Eden se sintió bañado en un atronador rugido que sacudió con furia su cuerpo, borrando de su mente todas las impresiones, excepto la necesidad de luchar y de seguir adelante. Lo que descendía sobre él era el rugido directo del propio sol, la atronadora concatenación de un millón de bombas atómicas estallando cada fracción infinitesimal de segundo. Su sonido y su furia eran enloquecedores, y un hombre no podía soportarlos durante mucho tiempo sin volverse demente, de modo que apartó el noveno con lentitud, y al apartarlos, le hacían sentir con aterradora fuerza la magnitud de los poderes que controlaba, advirtiéndole al mismo tiempo de la necesidad de concentrar su atención en lo que estaba haciendo.

Ésta era una cosa que Eden no le había dicho nunca a nadie, y nadie se la había dicho nunca a él. Era su secreto, y suponía que era el único de los pilotos que lo hacía, y puesto que en aquellas condiciones no podía pensar con claridad, nunca se le ocurrió preguntarse cómo era que el aterrador sonido quedaba localizado en el asiento del piloto.

Durante media hora, Eden guió a la Nave hacia su primer punto de acción, una tarea relativamente fácil, ya que consistía únicamente en comprobar que el sistema de pilotaje por inercia funcionaba adecuadamente, y que no se veía afectado de un modo fundamental por los nuevos procedimientos aplicados en esta operación. Cuando se acercaban al punto de acción, Eden cerró los paneles y estableció contacto con la tripulación.

—Faltan cuatro minutos para iniciar la maniobra —dijo—. ¿Qué color tienen ustedes?

Las respuestas llegaron de los cuatro extremos de la Nave:

—Todo verde, jefe.

La operación había empezado. Cada tripulante repasó su propio programa, con los dedos apoyados en los pulsadores y los pies sobre los pedales, esperando que la Nave alcanzara la posición requerida.

Súbitamente, las cápsulas en forma de torpedo salieron despedidas hacia las entrañas del sol, donde bramaba el ciclo carbono-nitrógeno. A una temperatura de tres punto cinco millones de grados, la cabeza de la cápsula se desintegró y soltó en el infierno una carga de nitrógeno pesado. El nitrógeno pesado, apareciendo como lo hacía al final del ciclo carbono-nitrógeno, rompió la estabilidad ambiente y produjo una riada de helio que sirvió para humedecer y enfriar las reacciones de fusión de toda la zona. El subsiguiente choque térmico en el interior, provocó un inmediato colapso seguido de un increíble aumento de la presión, con la consiguiente elevación de la temperatura. La enorme explosión se abrió camino hasta la superficie y se convirtió en una gran protuberancia encarada hacia la Tierra y dirigiendo gigantescas masas de protones hacia el lugar previamente escogido en la vecindad de la Tierra. La fase inicial de la Operación parecía haberse desarrollado de un modo satisfactorio.

La siguiente hora transcurrió trasladándose de un lugar a otro y depositando las cargas adecuadas, ora para colocar una vasta descarga de electrones en el ángulo apropiado, ora para amortiguar un chorro de fuego, ora para desviar la trayectoria de una corriente de protones. En dos Ocasiones, los instrumentos señalaron que las detonaciones no se habían producido en el lugar exacto, de modo que tuvieron que ser lanzadas cargas adicionales. Se mantenían en constante, aunque difícil, contacto con las otras tres Naves y con la Base. Ninguna de las Naves lo sabía de un modo específico, pero durante la segunda hora fueron puestos en movimiento los comienzos de la sequía australiana.

A medida que se acercaba el momento de la Gran Operación, en la Nave de Eden aumentó la tensión, a pesar de que todos los tripulantes estaban sumamente ocupados. Cuando llegó el momento, Eden comprobó la red de comunicaciones y redujo la polaridad del campo magnético del collarino superior. La Nave descendió rápidamente, dejando atrás la fotosfera. Eden no perdió de vista el indicador de temperaturas mientras caían; cuando el efecto sesil empezó a disminuir, quiso conocer el motivo. Las paredes internas empezaron a recalentarse más pronto de lo que esperaba, y, una vez iniciado, el proceso de recalentamiento progresó con inusitada rapidez. Una breve comprobación señaló que el nivel de recalentamiento era más rápido que su nivel de descenso; no podían alcanzar la profundidad deseada sin que la temperatura se hiciera insoportable. La nave no podía resistir las temperaturas que Eden había previsto que resistiría. «Demasiado calor, demasiado calor», dijo en voz alta. Comprobó la profundidad, tenían que descender media milla más. Sería completamente inútil tratar de soltar el agua desde el lugar donde se encontraban. Tenían que descender, necesariamente, media milla más. El plan estaba a punto de fracasar.

Eden no se detuvo a pensarlo. Se limitó a cortar la corriente de los generadores del control de polaridad del collarino, y la Nave cayó como una piedra hacia el centro del Sol. Descendió la media milla en cuarenta segundos, los últimos centenares de yardas en una violenta deceleración a medida que Eden aumentaba el nivel de

energía. La caída fue tan rápida, que el recalentamiento adicional apenas se notó. Diez segundos más tarde, un chorro de Oxígeno y emprendía su camino hacia la Tierra. El plan, al menos, había llegado a su culminación.

Eden aumentó el nivel de energía del collarino y la Nave empezó a ascender a la relativa seguridad de la superficie. El tiempo transcurrido en el nivel más bajo había sido lo suficientemente corto para que la temperatura interior de la Nave no sobrepasara unos soportables 120 grados Fahrenheit. El cuadro de mandos no reveló ninguna anomalía hasta que ascendieron a un millar de yardas de la superficie.

La ascensión se hizo más lenta y finalmente quedó interrumpida. La Nave se bamboleó de un lado para otro, y luego encontró un nivel y permaneció completamente inmóvil. No había modo de aumentar la polaridad del collarino. Los instrumentos señalaban que la energía había alcanzado su nivel más alto, y que era insuficiente. Eden inició una revisión. Apenas había empezado, cuando una voz habló a través del teléfono interior:

—Una parte de la espiral exterior no funciona, jefe. Posiblemente se ha quemado la bobina; voy a comprobarlo.

Eden volvió su atención a las espirales exteriores y comprobó que, efectivamente, la espiral de la derecha había dejado de funcionar. Activó todas las conexiones térmicas y no tardó en comprender lo que había ocurrido. No se había quemado la bobina de inducción, sino los cables de titanio-molibdeno que la conectaban con la espiral. En el ángulo inferior de la nave, el efecto sesil había sido ligeramente menos eficaz que en las otras partes. El inesperado aumento del calor provocado por la fricción de la caída había actuado sobre la película de vapor de carbono y destruido una parte de los cables. En consecuencia, la espiral no recibía la energía suficiente para aumentar la polaridad y hacer que la Nave se elevara.

Eden empuñó el teléfono interior y explicó la situación a la tripulación. Una alegre voz respondió:

—Me encanta oír que no ocurre nada grave. Lo único que pasa es que no podemos movernos. ¿No es eso, jefe?

—Por ahora, sí. ¿Alguna sugerencia?

—Sí, jefe. Solicito unos días de permiso.

—Concedidos —dijo Eden—. Ahora, vamos a ver cómo salimos de esto. Voy a tratar de establecer contacto con la Base.

Durante diez minutos, Eden trató de hablar con la Base o con otra Nave con su transmisor de onda superlarga. Estaba a punto de renunciar al intento cuando oyó una débil respuesta. Forzando la atención, pudo reconocer la llamada de la Nave pilotada por Dobzhansky. Transmitió su situación, una y otra vez, de modo que la otra Nave pudiera completar las partes inaudibles de cualquier otro mensaje. Luego escuchó, y eventualmente se enteró de que la Nave de Dobzhansky había comprendido y pasaba el mensaje a la Base. Pero, mientras permanecían a la escucha de la débil retransmisión, todos los sonidos se apagaron. Una comprobación de su situación

demostró que se habían deslizado fuera del alcance de la radio, de modo que Eden inclinó la Nave y empezó a trazar un círculo. De cuando en cuando se detenía a escuchar. No se oía absolutamente nada.

Uno de sus hombres dijo:

—No está mal la cosa. Podemos movernos fácilmente en todas direcciones, excepto en la única dirección que nos interesa movernos...

Súbitamente, Eden oyó a la Base que hablaba a través de la otra Nave. Reconoció la voz de Hechmer. Lo único que dijo fue: «Procuren resistir hasta que encontremos una solución».

A bordo de la Nave reinaba ahora un absoluto silencio. La Nave flotaba a un millar de yardas encima de la superficie del sol, y empezaban a darse cuenta de que su situación era irremediable. Unos cables destruidos, y la Nave estaba tan indefensa como un pájaro herido en un ala. Los tripulantes permanecieron sentados, inmóviles y silenciosos, con la mirada fija en sus instrumentos.

Un rostro enmarcado en una cabellera negra flotó delante del cuadro de mandos de Eden, y éste pudo ver la expresión de reproche de aquel rostro. A esto se había referido Rebecca al decir: «No quiero compartirte con nada». Eden comprendió, ya que ahora Rebecca sentiría pena por él, atrapado en un lugar donde los hombres no habían estado nunca.

—Hemos perdido de nuevo contacto, jefe.

Aquellas palabras le sacudieron. Inclinó la Nave y volvió a trazar un círculo. La imagen de Rebecca estaba aún delante de él, pero repentinamente se sintió muy enojado consigo mismo. ¿Qué le sucedía? ¿La preocupación de una mujer interponiéndose en su trabajo? No podía permitirse aquella clase de debilidades. Tenía que mantener despiertas todas sus energías, concentrarse en lo que estaba haciendo..., y súbitamente encontró la solución.

Mientras completaba el círculo, repasó los mapas y localizó la mancha solar más próxima. Estaba a una hora de distancia. Se colocó de nuevo al alcance de la radio y le dijo a Dobzhansky que iba a dirigirse a la mancha solar y que desde allí ascendería a la superficie. A medida que se acercaban a su objetivo, aumentaba la velocidad de la Nave. Penetraron en la discontinuidad magnética que definía a la mancha solar a un millar de yardas por encima de la superficie del Sol.

Giraron en dirección opuesta a la de su rotación, y las grandes espirales de la Nave cortaron las líneas de la enorme fuerza magnética. El movimiento generó energía, la energía adicional afluyó al collarino, y la Nave empezó a ascender. Era una buena mancha, de cinco mil millas de diámetro. La Nave giró contra la dirección de su rotación y ascendió en lentas espirales. El ascenso era apenas perceptible, pero prolongaron sus esfuerzos hora tras hora hasta que consiguieron situarse por encima de los bordes de la mancha. Allí les abordó la Base.

Eden informó a Hechmer. La nueva técnica había sido un éxito; lo único que había que solucionar era el problema de los cables de la bobina de inducción: un

problema que no era insoluble, ni mucho menos.

—Bueno —dijo Eden al final de su informe, tensando sus agotados músculos—, tendré que emprender el viaje de regreso dentro de una hora. Esto no me dará mucho tiempo para descansar.

Entonces, Hechmer pronunció las palabras que hicieron que Eden se alegrara de haber decidido quedarse en la Oficina.

—Ejem..., ejem... Ha sido una operación perfecta —dijo Hechmer, consultando el cronómetro. Buen trabajo, Eden.

George Andrews estaba muy cansado, y le costaba un gran esfuerzo llenar de aire sus pulmones. Descansaba sobre un blando lecho bajo el cálido sol de California, y sus dedos se aferraban nerviosamente a la delgada manta que le cubría. Estaba en la cumbre de una colina. Luego observó la extraña nube de forma cilíndrica que pareció elevarse del nivel del suelo y abrirse camino a través de los dispersos cúmulos que salpicaban el cielo azul. George Andrews sonrió, ya que ahora podía ver claramente cómo se acercaba. El cilindro vertical de nubes heladas avanzaba hacia él, y cuando los copos empezaron a caer George Andrews apartó la manta a un lado para que la nieve le cayera directamente encima. George Andrews se sintió extrañamente dichoso.

Aquí estaba la nieve, la nieve que tanto había amado cuando era un chiquillo. Y el hecho de que estuviera allí, era una prueba inequívoca de que los hombres no habían cambiado mucho, después de todo, ya que su petición había sido una locura, y el atenderla otra locura todavía mayor. Ya no tenía dificultades con el aire; no lo necesitaba. Permaneció tendido bajo la manta de nieve, y era una buena manta.

Haga una pregunta estúpida

Robert Sheckley

El contestador estaba construido para durar tanto como fuera necesario; algunas razas pensaban que era mucho tiempo y otras juzgaban que era muy poco. Pero para el Contestador era suficiente.

En cuanto a su tamaño, el Contestador era grande para algunos y pequeño para otros. Se lo podía considerar complejo, aunque algunos opinaban que era muy simple.

El Contestador sabía que era tal como debía ser. Por encima de todas las cosas, era el Contestador. Y Sabía.

De la raza que lo había construido, era mejor no hablar mucho. Ellos también Sabían y nunca dijeron si el conocimiento les había sido grato.

Construyeron el Contestador por prestar un servicio a razas menos avanzadas, y partieron por un medio desconocido. Hacia dónde, sólo el Contestador lo sabe.

Porque el Contestador lo sabe todo.

Sobre su planeta, siempre circunvalando su propio sol, permanecía el Contestador. La eternidad proseguía, larga, según algunos la consideran, breve, según otros. Pero tal como debía ser, para el Contestador.

En su interior estaban las respuestas. Conocía la naturaleza de las cosas y porqué las cosas son como son y qué son y qué significa todo.

El Contestador podía responder a cualquier pregunta, siempre que fuera legítima. ¡Y lo deseaba mucho! ¡Estaba ansioso por responder!

¿De qué otro modo podía hacer un Contestador?

¿Qué otra cosa podía hacer un Contestador?

Por lo tanto, aguardaba a que las criaturas vinieran a preguntarle.

—¿Cómo se siente, señor? —preguntó Morran, mientras se acercaba flotando hasta donde yacía el anciano.

—Mejor —respondió Lingman, tratando de sonreír.

La ausencia de peso era un gran alivio. Aunque Morran había gastado una enorme cantidad de combustible para salir al espacio con una mínima aceleración, el débil corazón de Lingman se había resentido. El corazón de Lingman se detuvo, trabajó de mala gana, golpeó iracundo contra la frágil caja torácica, vaciló y tomó demasiada velocidad. Por un momento pareció que el corazón de Lingman iba a detenerse por puro resentimiento.

Pero después, la ausencia de peso fue un gran alivio y el débil corazón había vuelto a marchar.

Morran no tenía tales problemas. Su vigoroso cuerpo estaba hecho para el

esfuerzo y la tensión. Sin embargo, no debía experimentarlos en ese viaje, si deseaba que el viejo Lingman sobreviviera.

—Sobreviviré —murmuró Lingman, como respuesta a la pregunta no formulada—. Lo bastante como para descubrirlo.

Morran tocó los controles y la nave se deslizó hacia el subespacio como una anguila en el aceite.

—Lo descubriremos —musitó Morran, ayudando al anciano a soltar sus correas—. ¡Encontraremos al Contestador!

Lingman asintió. Ambos socios se habían prestado mutuo apoyo durante muchos años. En un principio, el proyecto de obra de Lingman. Después, Morran, al graduarse en la Universidad Tecnológica de California se unió a él. Juntos habían rastreado los rumores que circulaban por el sistema solar, la leyenda de la antigua raza humanoide que sabía la respuesta a todos los interrogantes, los que habían construido el Contestador antes de partir.

—Piénselo —dijo Morran—: ¡La respuesta a todos los interrogantes!

Morran, como físico, tenía muchas preguntas que formular. La expansión del Universo; la fuerza aprisionada en el núcleo atómico; las novas y las supernovas; la formación de los planetas; el efecto Doppler, la relatividad y otras mil cosas,

—Sí —dijo Lingman.

Se acercó a duras penas al visor, para contemplar la desierta pradera del subespacio ilusorio. Era anciano y biólogo. Tenía dos preguntas a formular.

¿Qué es la vida?

¿Qué es la muerte?

Tras un muy largo período de recoger púrpura, Lek y sus amigos se reunieron a conversar. La púrpura escaseaba siempre en las proximidades de las estrellas múltiples (el por qué, nadie lo sabía), y estaba bien hablar.

—¿Sabéis? —dijo Lek—. Creo que iré a buscar ese Contestador.

Al decirlo, utilizó el idioma Ollgrat, el de las decisiones inminentes.

—¿Por qué? —preguntó Ilm, en la lengua Hvest de la chanza ligera —¿Por qué quieres saber? ¿No te alcanza con el trabajo de juntar púrpura?

—No —respondió Lek, aún en el idioma de las decisiones inminentes—, no lo es.

La gran tarea de Lek y los suyos consistía en recoger púrpura. La encontraron incrustada en muchos lugares de la inmensa fábrica del espacio, en cantidades minúsculas. Lentamente, iban levantando una inmensa montaña. Para qué serviría esa montaña, nadie lo sabía.

—¿Le preguntarás qué es la púrpura? —preguntó Ilm, apartando una estrella del camino para acostarse.

—Lo haré —dijo Lek—. Hemos permanecido en la ignorancia por demasiado tiempo. Debemos averiguar la verdadera naturaleza de la púrpura y su importancia dentro del diagrama total. Debemos saber por qué rige nuestra vida.

Para decir todo esto, Lek había utilizado el Ilgret, o sea el idioma del conocimiento incipiente.

Ilm y los otros no trataron de discutir ni siquiera en la lengua de las discusiones. Sabían que el conocimiento era importante. Desde el alba misma de los tiempos, Lek, Ilm y los otros habían recogido púrpura. Ya era tiempo de conocer las respuestas últimas a todo el Universo: qué era la púrpura y para qué serviría el montículo.

Y allí estaba el Contestador para decírselo. Todos habían oído hablar del Contestador, construido por una raza no muy diferente a ellos, ausente desde hacía mucho tiempo.

—¿Le preguntarás alguna otra cosa? —inquirió Ilm.

—No sé —dijo Lek—. Quizá le pregunte sobre las estrellas. En realidad, no hay ninguna otra cosa de importancia.

Puesto que Lek y sus hermanos vivían desde el alba de los tiempos, no pensaban en la muerte. Por otra parte, siendo su número invariable, no tenían en cuenta la incógnita de la vida.

Pero, ¿y la púrpura? ¿Y el montículo?

—¡Allá voy! —gritó Lek, en el idioma de las decisiones puestas en marcha.

—¡Buena suerte! —respondieron sus hermanos, en la jerga de la mayor amistad.

Y Lek se marchó a grandes pasos, saltando de estrella en estrella.

El Contestador seguía esperando, solitario en su pequeño planeta, la llegada de los Interrogadores. De tanto en tanto murmuraba las respuestas para sí. Era su privilegio. El Sabía.

Pero aguardaba (y el tiempo no era ni demasiado largo ni demasiado breve) a que cualquier criatura del espacio viniera a preguntar.

Eran dieciocho en un mismo lugar.

—Invoco la regla de los dieciocho —gritó uno. Y apareció uno más, que no existía hasta ese momento, nacido por la regla de los dieciocho.

—Debemos acudir al Contestador —exclamó uno—. Nuestra vida está gobernada por la regla de los dieciocho. Donde haya dieciocho, habrá diecinueve. ¿Por qué es así?

Nadie fue capaz de contestar.

—¿Dónde estoy? —preguntó el decimonoveno, el recién nacido.

Uno de ellos lo llevó aparte para proporcionarle instrucción.

Quedaron diecisiete, un número estable. Otro gritó:

—Y debemos descubrir por qué todos los sitios son diferentes, aunque no existan las distancias.

Ése era el dilema. Uno está aquí. De pronto, uno está allá. Así, sin movimiento, sin razón. Y, sin embargo, sin moverse, uno aparece en otro lugar.

—Las estrellas son frías —gritó uno.

—¿Por qué?

—Debemos acudir al Contestador.

Porque habían sabido de la leyenda, conocían la historia. «Había una vez una raza, muy parecida a nosotros, y ellos Sabían..., y enseñaron al Contestador. Más tarde, partieron hacia donde no hay sitios, sino mucha distancia».

—¿Cómo llegaremos allí? —preguntó el recién nacido, ya ahíto de conocimiento.

—Yendo.

Y los dieciocho desaparecieron. Quedó uno solo, contemplando melancólico la tremenda expansión de una estrella de hielo. Después, él también desapareció.

Las antiguas leyendas tenían razón —exclamó Morran—. Allí está.

Habían surgido del subespacio en el sitio indicado por las leyendas; ante ellos se extendía una estrella diferente a todas las demás. Morran inventó una clasificación que se ajustara a sus características, pero eso no importaba. No había trabajo igual.

A su alrededor giraba un planeta, distinto también a todos los planetas. Morran inventó causas, pero no importaron. El planeta era único.

—Abróchese las correas, señor —dijo Morían—. Descenderé con tanta suavidad como sea posible.

Lek llegó junto al Contestador, avanzando con rapidez de estrella a estrella. Alzó el Contestador en la mano y lo contempló.

—Tú eres el Contestador —dijo.

—Sí —respondió el Contestador.

—En ese caso, responde —pidió Lek, poniéndose cómodo en un vacío abierto entre dos estrellas—. Dime quién soy yo.

—Una parcialidad —dijo el Contestador—. Un indicio.

—Caramba —musitó Lek, herido en su amor propio—, puedes responder mejor. A ver: el propósito de mi especie es recolectar púrpura y levantar con ella una montaña. ¿Puedes decirme cuál es el significado de todo eso?

—Tu pregunta no tiene sentido —respondió el Contestador.

Sabía qué era la púrpura y para qué serviría el montículo. Pero la explicación estaba incluida en una explicación mayor. Sin ella, la pregunta de Lek era inexplicable y Lek no había formulado la pregunta real.

Lek formuló otras preguntas y el Contestador fue incapaz de responderle. Lek veía las cosas según un punto de vista particular, extraía una parte de verdad y se negaba a ver el resto. ¿Cómo explicarle a un ciego la sensación del verde?

El Contestador no lo intentó. No era su deber.

Al fin, Lek dejó escapar una risa burlona y despectiva. Una de las piedrecitas en las cuales se apoyaba fulguró ante el sonido de su carcajada y se apagó en seguida hasta volver a su intensidad habitual.

Lek se marchó a paso rápido, de estrella en estrella.

El Contestador Sabía. Pero previamente debía recibir la pregunta correcta. Estudió sus limitaciones, mientras contemplaba las estrellas, que no eran ni demasiado grandes ni demasiado pequeñas, sino del tamaño exacto.

Las preguntas correctas. La raza que lo construyera debió haber tenido eso en cuenta. Debieron haber incluido cierta tolerancia para con las tonterías semánticas, permitiéndole encarar aquella maraña.

El Contestador se contentó con murmurar las respuestas para sí.

Dieciocho criaturas llegaron hasta el Contestador, sin caminar ni volar, sino apareciendo, simplemente. Estremecidas bajo el resplandor frío de las estrellas, contemplaron la enorme masa del Contestador.

—Si no hay distancias —preguntó una—, ¿cómo es que las cosas pueden estar en otro lugar?

El Contestador sabía qué significaba distancia y qué significaba lugar. Pero no podía responder a esa pregunta. Había distancia, pero no tal como esas criaturas la entendían. Y había lugares, pero en un sentido diferente al que ellos pensaban.

—Formula tu pregunta en otros términos —sugirió el Contestador, con alguna esperanza.

—¿Por qué somos pequeños aquí —preguntó uno— y altos allá? ¿Por qué somos gruesos allá y delgados aquí? ¿Por qué son frías las estrellas?

El Contestador lo sabía todo. Sabía porqué eran frías las estrellas, pero no podía explicarlo en términos de estrellas o de frío.

—¿Por qué —preguntó otro— existe la regla de los dieciocho? ¿Por qué, cuando se reúnen dieciocho, aparece uno nuevo?

Pero la respuesta, naturalmente, era parte de una pregunta mayor, que no había sido formulada.

Apareció una nueva criatura merced a la regla de los dieciocho y las diecinueve se esfumaron.

El Contestador murmuró para sí las preguntas correctas y las respondió.

—Lo conseguimos —dijo Morran—. Bien, bien.

Palmeó a Lingman en el hombro..., con mucha suavidad, porque el anciano podía romperse.

Lingman estaba cansado. Tenía el rostro sumido, amarillento y arrugado. La forma de la calavera asomaba ya en sus dientes oscuros y grandes, en la pequeña nariz achatada, en los pómulos salientes. La matriz comenzaba a revelarse.

—Sigamos —dijo.

No quería perder más tiempo. No tenía tiempo que perder.

Se colocaron los cascos y recorrieron el pequeño sendero.

—Más despacio —murmuró Lingman.

—Está bien —dijo Morran.

Caminaron juntos por el sendero oscuro de aquel planeta diferente a todos los

planetas, único satélite de un sol diferente a todos los soles.

—Por aquí —dijo Morran.

Las leyendas eran explícitas. El sendero llevaba a unos escalones de piedra. Los escalones de piedra a una explanada. Y allí... ¡el Contestador!

Para el criterio humano, el Contestador parecía una pantalla blanca ubicada en una pared y era muy simple.

Lingman apretó las manos entrelazadas. Aquélla era la culminación de una vida entera de trabajo, inversiones, discusiones, de hurgar entre fragmentos de leyendas. Y todo terminaba allí, en ese momento.

—Recuerde —advirtió a Morran—. Nos sorprenderá. La verdad no será como la hemos imaginado.

—Estoy preparado —dijo Morran, con los ojos extáticos.

—Muy bien —replicó entonces Lingman, con su vocecita débil —contestador, ¿qué es la vida?

Una voz respondió en el cerebro de cada uno:

—La pregunta no tiene significado alguno. Al decir «vida», el interrogador se refiere a un fenómeno parcial, que resulta inexplicable, excepto en términos de su total.

—¿De qué total forma parte la vida? —preguntó Lingman.

—La pregunta, en su formulación presente, no admite respuesta. El interrogador sigue considerando la «vida» desde un punto de vista personal y limitado.

—Responde en tus propios términos, en ese caso —dijo Morran.

—El Contestador sólo puede responder a preguntas formuladas.

El Contestador volvió a pensar en las tristes limitaciones que le impusieran sus creadores. Silencio.

—¿Está el Universo en expansión? —preguntó Morran, con mayor confianza.

—«Expansión» es un término inaplicable a la situación. El Universo, tal como el interrogado lo considera, es un concepto ilusorio.

—¿Hay algo que puedas decirnos?

—Puedo responder a cualquier pregunta válida con respecto a la naturaleza de las cosas.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Creo que sé lo que quiere decir —observó Lingman, tristemente—. Nuestras preguntas básicas son erróneas. Todas ellas.

—No puede ser —dijo Morran—. La física, la biología...

—Verdades parciales —dijo Lingman, con un gran cansancio en la voz—. Al menos, hemos averiguado eso. Hemos descubierto que nuestras suposiciones con respecto a los fenómenos observados son erróneas.

—Pero la regla de la hipótesis más simple...

—Es sólo una teoría —dijo Lingman.

—Considérelo de este modo —dijo Lingman—. Suponga que usted desea

preguntar: «¿Por qué nací bajo la constelación de Escorpio, en conjunción con Saturno?». Yo no podría responder a su pregunta hablándole del zodiaco, pues el zodiaco no tiene nada que ver con eso.

—Comprendo —dijo Morran, con lentitud—. No puede responder a las preguntas que formulamos basándonos en nuestras premisas.

—Así parece. Y no puede alterar nuestras premisas. Está limitado a responder preguntas válidas... lo que implica, según parece, un conocimiento que no poseemos.

Y se volvió al Contestador, preguntando:

—¿Qué es la muerte?

—No puedo explicar un antropomorfismo.

—¡La muerte es un antropomorfismo! —dijo Morran, mientras Lingman se volvía rápidamente —¡Ahora estamos avanzando un poco!

Y preguntó:

—¿Son irreales los antropomorfismos?

—Los antropomorfismos pueden clasificarse, a modo de prueba, en: a) verdades falsas, o b) verdades parciales referidas a una situación parcial.

—¿A qué clasificación corresponde este caso?

—A ambas.

Eso fue lo más que pudieron conseguir. Morran no logró extraer más datos del Contestador. Ambos lo intentaron durante varias horas, pero la verdad se les escurría a distancia cada vez mayor.

—Es enloquecedor —dijo Morran, después de un rato—. Este objeto contiene la respuesta al Universo entero y no puede dárnosla a menos que formulemos las preguntas correctas. Pero ¿cómo saber la pregunta correcta?

Lingman se sentó en el suelo y se recostó contra un muro de piedra, con los ojos cerrados.

—Salvajes, eso es lo que somos —dijo Morran, recorriendo la explanada a grandes pasos, frente al Contestador—. Imagínese que un bosquimano fuera a preguntarle a un físico por qué no puede clavar su flecha en el sol. El científico sólo podría explicarlo en sus propios términos. ¿Qué ocurriría entonces?

—El científico no lo intentaría siquiera —respondió Lingman, con voz apagada —, conociendo las limitaciones del interrogador.

—Qué bonito —exclamó Morran, irritado —¿Cómo explicar la rotación de la Tierra a un bosquimano? O mejor aún, ¿cómo explicarle la relatividad, siempre sin dejar a un lado el rigor científico, por supuesto?

Lingman no contestó. Seguía con los ojos cerrados.

—Somos bosquimanos. Pero tal vez el abismo es mucho mayor en este caso. Un gusano y un superhombre. El gusano desea saber la naturaleza del polvo y por qué existe en tan grandes cantidades. ¡Oh!, vaya.

Y, volviéndose hacia Lingman, sugirió:

—¿Nos marchamos, señor?

El anciano siguió con los ojos cerrados y sin responder. Sus dedos estaban crispados y las mejillas se habían hundido más aún. La calavera iba emergiendo.

—¡Señor, señor!

Y el Contestador supo que ésa no era la respuesta.

Sólo en su planeta, que no es grande ni pequeño, sino del tamaño preciso el Contestador aguarda. No puede ayudar a quienes llegan hasta él, pues aun el Contestador encuentra restricciones.

Sólo puede responder a las preguntas válidas.

¿Universo? ¿Vida? ¿Muerte? ¿Púrpura? ¿Dieciocho? Verdades parciales, verdades a medias, pequeños fragmentos de la gran pregunta.

Pero el Contestador, solitario, murmura las preguntas para sí, las verdaderas preguntas, las que nadie puede comprender.

¿Cómo podrían comprender, entonces, las verdaderas respuestas?

Las preguntas jamás serán formuladas y el Contestador recuerda algo que sus constructores aprendieron y olvidaron.

Para formular una pregunta, es necesario saber de antemano gran parte de la respuesta.

El martillo de Vulcano

Philip K. Dick

1

Pitt notó el tumulto en cuanto salió de la oficina de la *Unidad* y empezó a cruzar la calle. Se detuvo en la esquina, junto a su automóvil, y encendió un cigarrillo. Abriendo la portezuela del vehículo, estudió a la multitud, apretando fuertemente su cartera de mano.

La multitud estaba formada por unas cincuenta o sesenta personas. Gente de la ciudad; obreros y pequeños comerciantes; oficinistas con gafas de montura de acero; mecánicos y conductores de camión; amas de casa; un tendero con su delantal blanco. Los de siempre: clase media baja.

Pitt subió al automóvil y se inclinó sobre el micrófono que había en el tablero de mandos.

—*¡Emergencia!*

Se movían silenciosamente, ahora, llenando la calle y avanzando hacia él. Le habían identificado, indudablemente, por sus ropas de la *clase T*: camisa blanca y corbata, traje gris, sombrero blanco. Cartera de mano. El brillo de sus zapatos negros. El lápiz de rayos brillando en el bolsillo superior de su americana. Descolgó el tubo dorado.

—Cartwrigh —dijo el altavoz del tablero de mandos.

—Habla Pitt.

—¿Dónde está usted?

—No he salido aún de *Cedar Groves*. Hay una muchedumbre hormigueando a mi alrededor. Supongo que tienen las calles bloqueadas. Parece que se ha reunido aquí toda la ciudad.

—¿Hay algún *Curador*?

A un lado, en la curva, había un anciano de cabeza maciza con el pelo muy corto. Llevaba una túnica de color parduzco, con una cuerda de nudos alrededor de la cintura, y calzaba sandalias.

—Uno —dijo Pitt.

—Trate de obtener una instantánea para *Vulcan III*.

—Lo intentaré.

La multitud rodeaba ahora el automóvil. Pitt pudo oír sus manos, palpando el

vehículo, explorándolo cuidadosamente... con tranquila eficiencia. Se reclinó hacia atrás y dio una doble vuelta de llave a las portezuelas. Las ventanillas estaban cerradas; la capota estaba echada. Pitt puso el motor en marcha. En la curva, el hombre de la túnica no se había movido. Estaba rodeado de un pequeño grupo de personas vestidas con ropas ciudadanas. Pitt enfocó su cámara.

Una piedra chocó contra un costado del automóvil, debajo de la ventanilla; el coche se estremeció. Una segunda piedra dio en el cristal.

Pitt dejó caer la cámara.

—Voy a necesitar ayuda. Tienen ganas de jaleo.

—Hay una patrulla en camino. Trate de obtener una instantánea de ese hombre.

Pitt sonrió sin alegría. Una de las ventanillas de la parte trasera acababa de romperse; unas manos penetraron ciegamente en el automóvil.

—Tengo que salir de aquí, Cartwright.

—No se deje ganar por el pánico.

Pitt soltó el freno. El automóvil avanzó unos cuantos metros... y se paró en seco. El motor había dejado de zumbar. Pitt sintió una extraña opresión en la boca del estómago: tenía miedo. Con dedos temblorosos, sacó del bolsillo su lápiz de rayos. Cuatro o cinco hombres se habían encaramado a la capota, obstruyéndole la visión; otros estaban montados sobre la carrocería encima de su cabeza. Se oyó un repentino zumbido: estaban cortando la carrocería con un soplete.

—¿Cuánto tardarán? —murmuró Pitt—. Se me ha atascado el motor.

—Se presentarán de un momento a otro.

—¡Ojalá lleguen a tiempo!

El automóvil se estremeció, sacudido por una granizada de piedras. Luego se balanceó peligrosamente; estaban levantándolo de un lado, tratando de volcarlo. La mano de un hombre se alargó hacia el pestillo de la portezuela.

Pitt redujo la mano a cenizas con su lápiz de rayos. El muñón retrocedió precipitadamente.

—He alcanzado a uno.

—Si pudiera obtener unas cuantas instantáneas para nosotros...

Aparecieron más manos. En el interior del vehículo, el calor era sofocante; el soplete seguía zumbando.

—No me gusta tener que hacer esto...

Pitt enfocó su lápiz de rayos hacia su cartera de mano hasta que quedó desintegrada. A continuación desintegró el contenido de sus bolsillos, todo lo que había en el compartimiento de los guantes y sus documentos de identificación.

—Aquí están —murmuró, mientras se desgarraba el techo de la carrocería.

—Trate de resistir, Pitt. La patrulla está a punto de...

Bruscamente el altavoz se calló. Surgieron unos rostros ante Pitt. Rostros endurecidos, como de piedra, agitándose a su alrededor. Aumentando en número. Hongos blanquecinos por todos lados. Pitt ahogó un grito. Enfocó el lápiz de rayos al

azar, quemando rostros y manos; el aire se llenó de una acre humareda.

Unas manos le agarraron, arrastrándole fuera del asiento. Pitt lanzó un aullido. Una piedra se estrelló contra su rostro; el lápiz de rayos cayó al suelo. Una botella rota se incrustó en sus ojos y en su boca. Los cuerpos pululaban a su alrededor.

A lo lejos, las sirenas de la patrulla aullaron lúgubrementemente.

William Barris examinó cuidadosamente la fotografía. Sobre su escritorio, el café se enfriaba, olvidado entre un montón de documentos. El edificio de la *Unidad* vibraba con los sonidos de innumerables máquinas de calcular, videófonos, teletipos, máquinas de escribir eléctricas y aparatos archivadores. Funcionarios y oficinistas se movían hábilmente entre el laberinto de oficinas, las incontables celdillas en las cuales trabajaban los hombres de la *clase T*.

—Esta cara no es corriente —murmuró Barris—. Fíjese en sus ojos, y en el acusado reborde sobre las cejas.

—Frenología —dijo Cartwright en tono indiferente.

Barris soltó la «foto».

—No me extraña que tengan tantos seguidores. Con organizadores como éste... ¿Cómo se llama?

—Padre Fields —Cartwright sacó una tarjeta de su archivo—. Cincuenta y nueve años. Técnico electricista. Uno de los mejores durante la Guerra. Nacido en *Macon, Virginia*, en 1970. Se unió a los *Curadores* hace dos años..., es decir, en los primeros momentos: es uno de los fundadores. Pasó dos meses en el *Laboratorio de Corrección Psicológica* de Atlanta. Se escapó... sin recibir tratamiento —Cartwright devolvió la foto al archivo—. Es la primera vez que oímos hablar de él desde entonces.

—¿Conocía usted a Pitt?

—Un poco —Cartwright se puso en pie—. Su llamada fue provocada por el Padre Fields.

—Y la policía llegó demasiado tarde. Siempre llega unos minutos tarde. —Barris contempló atentamente a Cartwright—. Raro, ¿no cree?

Cartwright se encogió de hombros.

—Cuando toda una ciudad está organizada contra uno, no lo es. Bloquean las carreteras, cortan los cables telefónicos y telegráficos, obstruyen los canales videofónicos...

—Si consigue detener a ese Padre Fields, envíemelo. Quiero examinarle personalmente.

Cartwright sonrió.

—Desde luego. Pero no creo que consigamos detenerle. —Bostezó y se dirigió hacia la puerta—. Será muy difícil; es un hombre muy escurridizo.

—¿Qué es lo que sabe usted acerca de eso? —preguntó Barris.

Cartwright se echó a reír.

—No me lo pregunte a mí, pregúnteselo a *Vulcan III*; ésa es su misión.

Los ojos de Barris centellearon.

—Ya sabe usted que *Vulcan III* no ha dado ninguna información desde hace más de quince meses.

—Tal vez no tengan nada que decir —Cartwrigh abrió la puerta que daba al vestíbulo; sus guardaespaldas le rodearon inmediatamente—. Puedo decirle a usted una cosa. Los *Curadores* tienen un solo objetivo; todo lo demás es hablar por hablar..., todos esos rumores de que desean destruir la sociedad y aniquilar la civilización.

—¿Qué es lo que pretenden, en realidad?

—Desean aplastar a *Vulcan III*; quieren esparcir sus restos por todo el país. Lo de hoy, la muerte de Pitt y todo lo demás, ha sido una tentativa de llegar hasta *Vulcan III*.

—¿Quemó Pitt sus documentos?

—Supongo que sí. No encontramos nada, ningún resto suyo ni de su equipo.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Barris conectó su telepantalla de circuito cerrado. Apareció el monitor local de la *Unidad*.

—Póngame con el *Mando de la Unidad* en *Ginebra*.

Sorbió su café, pensativo. Padre Fields. Un rostro duro. Unas cejas espesas. Un hombre que en otra época había instalado circuitos eléctricos en los departamentos de la *clase T*. Podía haberle visto, incluso haberle dado un empleo. Y si no a Fields, a otros miembros del *Movimiento*. Mecánicos, fontaneros, carpinteros, mayordomos, camareros. A cualquiera de los peones de la clase baja que entraban y salían, ignorados e invisibles.

Se oyó un chasquido en la telepantalla.

—*Mando de la Unidad*.

—Habla el Director americano Barris. Deseo hablar urgentemente con *Vulcan III*.

—¿Alguna información importante que ofrecer?

—Nada que no esté ya registrado.

—Entonces, tendrá que formular su petición por conducto reglamentario. —El monitor de *Ginebra* consultó una cuartilla—. El período de retraso es ahora de tres días.

—¿Qué está haciendo *Vulcan III*? ¿Estudiando una nueva apertura de ajedrez?

—Lo siento, Mr. Barris. El retraso es válido incluso para el personal Directivo.

—Entonces, póngame en comunicación con Jason Dill.

—El Director General Dill se encuentra en una reunión. No puede ser molestado.

Barris desconectó furiosamente la telepantalla. ¡Tres días! La eterna burocracia de la organización monstruo. Barris sorbió un poco de café frío y apartó la taza a un lado. ¿En qué estaba pensando *Vulcan III*? Tal vez no estaba preocupado por el movimiento, por la revolución a escala mundial que se proponía —tal como había dicho Cartwrigh— aplastar su estructura metálica y esparcir sus relés, sus válvulas y sus cables a los cuatro vientos.

Pero, no era culpa de *Vulcan III*, desde luego; era la organización, el *Sistema de la Unidad* lo que fallaba: los interminables funcionarios y oficinistas, expertos, estadísticos y Directores. Y Jason Dill. ¿Estaba Dill aislando deliberadamente a los otros directores, desconectándolos de *Vulcan III*? Tal vez *Vulcan III* había contestado y la información había sido escamoteada.

Barris escogió un formulario y anotó sus preguntas cuidadosamente, estudiando cada una de las palabras. El formulario le permitiría hacer diez preguntas; se limitó a anotar dos.

- A) ¿SON REALMENTE IMPORTANTES LOS CURADORES?
- B) ¿POR QUE NO CONTESTA USTED A SU EXISTENCIA?

Barris contempló pensativamente cómo el formulario era tragado por el transmisor. A centenares de millas de distancia, sus preguntas se unirían a las que fluían de una parte a otra del mundo, desde las oficinas de la *Unidad* de todos los países. Veintitrés directorios, correspondientes a otras tantas divisiones del planeta. Cada uno con su Director, su plantilla de personal y las oficinas de la Subdirección de la *Unidad*. La organización mundial que gobernaba el planeta, la vasta jerarquía que culminaba en los veintitrés Directores. Y en la cumbre, *Vulcan III*.

Dentro de tres días, Barris recibiría la respuesta a sus preguntas. Al igual que todos los miembros de la *clase T*, sometía todos los problemas importantes al enorme cerebro electrónico enterrado en una fortaleza subterránea, cerca de *Suiza*.

No le quedaba otra alternativa. Todos los asuntos eran decididos en último término por *Vulcan III*; ésa era la ley.

—¿Qué os trae a la memoria el año 1992? —preguntó Agnes Parker, contemplando a sus alumnos.

—El año 1992 me recuerda el final de la *Primera Guerra Atómica* y el comienzo de la *década de reglamentación internacional* —dijo Peter Thomas.

—Apareció la *Unidad* —añadió Patricia Edwards—. Un orden mundial racional. Mrs. Parker hizo una anotación en su cuaderno.

—Correcto. Y, ahora, tal vez alguien pueda hablarme del *Acuerdo de Lisboa* de 1993.

La clase permaneció silenciosa. Unos cuantos alumnos se movieron inquietos en sus asientos; en el exterior, el cálido aire de junio chocaba contra la ventana. Un pájaro descendió de la rama de un árbol en busca de alguna lombriz.

Finalmente, Hans Stein dijo:

—Ese año fue construido el *Vulcan III*.

Mrs. Parker sonrió.

—El *Vulcan III* fue construido mucho antes; el *Vulcan III* fue construido durante la guerra. El *Vulcan I* en 1970. El *Vulcan II* en 1985. Antes de la Guerra, a mediados

de siglo, existían ya cerebros electrónicos. La serie de los *Vulcan* fue desarrollada por Otto Jordan, que trabajó con Nathaniel Greenstreet durante los primeros días de la Guerra...

Mrs. Parker se esforzó por contener un bostezo; no podía permitirse aquellas ligerezas. El Director General Jason Dill y su estado mayor estaban recorriendo las escuelas, revisando la educación ideológica. Se rumoreaba que el *Vulcan III* había formulado algunos reparos acerca de las desviaciones que se apreciaban en sus programas básicos escolares.

—¿Ninguno de vosotros conoce el *Acuerdo de Lisboa* de 1993? —repitió Mrs. Parker.

Por un instante, no hubo ninguna respuesta. Las hileras de rostros permanecían inexpresivas. Luego, bruscamente, increíblemente, se alzó una voz infantil, procedente de los últimos bancos.

Una voz de muchacha, tranquila, severa y penetrante.

—El *Acuerdo de Lisboa* destronó a Dios.

Mrs. Parker despertó de su amodorramiento. Parpadeó, sorprendida.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó. La clase hirvió de murmullos. Las cabezas se volvieron interrogadoramente hacia atrás—. ¿Quién ha sido?

—¡Ha sido Jeannie Baker! —gritó un chiquillo.

—¡No ha sido ella! ¡Ha sido Dorothy!

Mrs. Parker se puso rápidamente en pie.

—El *Acuerdo de Lisboa* de 1993 —dijo en tono severo—, constituye la legislación más importante de los últimos quinientos años... —Hablaba con nerviosismo, rápidamente; poco a poco, todas las miradas se volvieron hacia ella—. Todas las naciones del mundo enviaron representantes a *Lisboa*. La organización mundial convino en que los grandes cerebros electrónicos desarrollados por *Inglaterra* y los *Estados Unidos*, y hasta entonces utilizados únicamente como elementos de consulta, tuvieran poder absoluto sobre los gobiernos nacionales para la determinación de su política de alto nivel. Esta decisión de transferir la autoridad definitiva de las distorsionadas mentes de los humanos a la mente absolutamente racional y realista de un cerebro electrónico, completamente libre de subjetivismos...

Pero en aquel momento el Director General Jason Dill entró en la clase, y Mrs. Parker guardó un respetuoso silencio.

Jason Dill era un hombre que respiraba energía por todos sus poros. Tenía unos cincuenta años, un rostro astuto, unos ojos penetrantes y una expresión de confianza en sí mismo. Su estado mayor entró con él, tres hombres y dos mujeres, todos con el uniforme gris de la *clase T*. Los chiquillos les contemplaron con asombro, olvidados de todo.

—Éste es el Director General Jason Dill —dijo Mrs. Parker—, el Coordinador del *Sistema de la Unidad*. —En su voz había una nota de temor—. El Director General Dill es el único responsable ante *Vulcan III*. Ningún ser humano, a excepción del

Director Dill, tiene acceso al *Vulcan III*.

El Director Dill asintió amablemente.

—¿Qué estáis estudiando, muchachos? —preguntó, en tono amistoso, el tono de un competente jefe de la *clase T*.

Los alumnos se agitaron en sus asientos, nerviosamente.

—Historia —dijo un chiquillo.

—¿Historia? ¿Moderna o comparada?

—Moderna.

—¿Qué habéis aprendido hoy?

—El *Acuerdo de Lisboa* —dijo una voz.

—Muy bien, muy bien —asintió afablemente el Director Dill. Hizo un gesto a su estado mayor y todos echaron a andar hacia la puerta—. A ver si sois buenos estudiantes y obedecéis a vuestra profesora —añadió.

—¡Mr. Dill! —dijo una voz femenina—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Un repentino silencio planeó sobre la clase. Mrs. Parker se estremeció. *La voz*. La muchacha, otra vez. ¿Quién era? Se sintió invadida por el terror. ¡Dios mío! ¿Qué iría a preguntarle aquel diablillo al Director General?

—Desde luego —dijo Dill, deteniéndose junto a la puerta. Echó una ojeada a su reloj de pulsera, sonriendo un poco forzosamente.

—El Director Dill tiene prisa —consiguió decir Mrs. Parker—. Tiene que atender a muchas obligaciones. Creo que será mejor que le permitamos marcharse.

Pero la voz de la niña continuó inflexible.

—Director Dill, ¿no se siente avergonzado de sí mismo por permitir que una máquina le diga lo que tiene que hacer?

La sonrisa del Director Dill no se borró de su rostro. Con lentitud, se apartó de la puerta, y se enfrentó con la clase, tratando de localizar a la chiquilla que había hablado.

—¿Quién ha hecho esa pregunta? —inquirió, en tono amable.

Silencio.

El Director Dill avanzó lentamente, con las manos en los bolsillos. Se frotó la barbilla con aire ausente. Nadie se movió ni habló. Mrs. Parker y el estado mayor de la *Unidad* contenían la respiración, en una horrorizada inmovilidad. Algo estaba ocurriendo, algo iba a suceder, extraño y terrible. Incluso los niños estaban asustados.

Pero el Director Dill no se había inmutado. Se detuvo enfrente de la pizarra. Cogió un trozo de tiza y dibujó una cifra en la negra superficie: 1992.

—El final de la Guerra —dijo.

A continuación escribió: 1993.

—El *Acuerdo de Lisboa* del que hoy os ha hablado vuestra profesora. El año en que todas las naciones del mundo decidieron federarse. Subordinarse a sí mismas, y sus intereses nacionales, a una autoridad supranacional común, para el bien de todo el género humano.

El Director Dill se apartó de la pizarra, mirando pensativamente al suelo.

—Hacía muy poco que había terminado la Guerra; la mayor parte del planeta estaba en ruinas. Debía adoptarse alguna medida drástica, ya que otra guerra significaría la destrucción definitiva del género humano. Era necesario algo, algún principio de organización definitivo. Un control internacional. Leyes que ni los hombres ni las naciones pudieran quebrantar. Se necesitaban *Guardianes de la Paz*.

»Pero, ¿quién controlaría a los *Guardianes*? ¿Cómo podíamos estar seguros de que ese organismo supranacional estaría libre del odio y de las pasiones animales que habían empujado al hombre contra el hombre, a través de los siglos? ¿No caería ese organismo, al igual que todos los demás organismos creados por el hombre, en los mismos vicios, haciendo que predominara el interés sobre la razón, la emoción sobre la lógica?

»Había una sola respuesta: durante años habíamos estado utilizando cerebros electrónicos, máquinas gigantescas construidas por centenares de especialistas, destinadas a ofrecer datos objetivos y exactos. Las máquinas estaban libres del egoísmo y de los sentimientos que emponzoñan la mente del hombre... Eran capaces de realizar los cálculos objetivos que para el hombre serían siempre un ideal, nunca una realidad. Si las naciones estaban dispuestas a renunciar a su soberanía, a subordinar su poder a las directrices objetivas e imparciales de...

De nuevo, la voz de la chiquilla interrumpió la perorata del Director General.

—Mr. Dill, ¿cree usted realmente que una máquina es mejor que un hombre? ¿Que el hombre no puede dirigir su propio mundo?

Las mejillas de Jason Dill se tiñeron de púrpura. Furioso y sorprendido, abandonó el tono amable que había utilizado hasta entonces.

—¿Quién eres tú? —preguntó con voz enronquecida—. ¿Cómo te llamas? —Señaló hacia los últimos bancos, hacia una niña pelirroja, que permanecía sentada tranquilamente—. ¡Dime! ¿Cómo te llamas?

La niña sostuvo valientemente su mirada. Tenía las manos plegadas sobre el pupitre.

—Marion Fields —dijo, en voz alta—. Y no ha contestado usted a *mi* pregunta.

El edificio del *Mando de la Unidad* ocupaba virtualmente toda la zona comercial de *Ginebra*, una imponente mole cuadrada de hormigón y acero. Sus interminables hileras de ventanas brillaban bajo los últimos rayos del sol; la estructura estaba rodeada de césped y de arbustos por todas partes; hombres y mujeres vestidos de gris andaban apresuradamente a través de los amplios vestíbulos y pasillos. El zumbido de las máquinas calculadoras podía ser oído continuamente, un sonido controlado, eficiente y agradable, como el suave murmullo de una gran colmena.

El automóvil de Jason Dill se detuvo ante la entrada reservada a los Directores. Dill se apeó rápidamente y mantuvo abierta la portezuela.

—Baja —ordenó.

Marion Fields se deslizó lentamente fuera del vehículo.

—¿Por qué?

Dill la cogió de la mano y entró en el enorme edificio.

—Quiero volver a casa —murmuró la niña.

Cruzaron un pasillo y entraron en un despacho. Dill miró el montón de informes acumulados sobre su escritorio.

—Siéntate —ordenó, y él mismo se sentó detrás de la mesa. Estudió atentamente a la niña.

—¿Qué desea usted? —preguntó Marion.

—¿Qué edad tienes?

—Nueve años.

—¿Quién te ha dicho que hables de ese modo acerca de la *Unidad*? ¿Quién te ha enseñado todo eso?

—No me lo ha enseñado nadie.

Sobre el escritorio de Dill estaba el informe de la policía. Marion Fields había sido puesta bajo la tutela del gobierno a raíz de la detención de su padre y de su internamiento en una institución de *Corrección Psicológica* de los *Estados Unidos*. Una nota marginal señalaba que se había fugado y no había vuelto a ser capturado.

—¿Por qué fue detenido tu padre? —preguntó Dill.

La niña se encogió tristemente de hombros.

—No lo sé.

Dill se reclinó en su butaca.

—¿No crees que esas cosas que dices son un poco estúpidas? Destronar a Dios... Alguien te ha estado diciendo que se vivía mejor en los antiguos tiempos... antes de que existiera la *Unidad*, cuando había estados nacionales y guerra cada veinte años, ¿verdad? —Hizo una breve pausa. Luego inquirió—: ¿De dónde han sacado su nombre los *Curadores*?

—No lo sé.

—¿No te lo explicó tu padre?

—No.

—Yo puedo decírtelo. Se aprovechan de la superstición de las masas. Las masas son ignorantes, ¿sabes? La masa, en su conjunto, tiene una mente que..., que no es como la tuya o la mía, ¿comprendes? Una mente que no puede pensar como pensamos tú y yo. Una mente que cree en cosas absurdas: magia, dioses, milagros, curaciones... Y ese grupo está actuando sobre histerias emotivas básicas, familiares a todos nuestros sociólogos, manejando a las masas como rebaños, utilizándolas para conquistar el poder. Las masas experimentan la necesidad de la religión, el consolador bálsamo de la fe. ¿Comprendes lo que estoy diciendo?

Marion asintió débilmente.

—No viven de acuerdo con la razón. No pueden; no poseen el valor y la disciplina que se precisan para vivir al margen de la emoción. Exigen los absolutos metafísicos que ofrece una fe emotiva. La razón implica tentativas constantes y no hipótesis absolutas, sujetas a continuas revisiones y cambios ante la aparición de nuevos hechos. Esto introduce elementos de incertidumbre, y la masa no puede soportar ninguna clase de incertidumbre; quiere verdades absolutas.

—¿Puedo marcharme ahora? —preguntó Marion.

—¿Qué es lo que están tratando de conseguir los *Curadores*? ¿Qué se proponen?

Marion no dijo nada, y Jason Dill le alargó un informe.

—¡Lee esto! Se refiere a un hombre llamado... Robin Pitt, un americano. ¿Has oído hablar de él?

—No.

—Ha sido asesinado esta mañana. Asesinado por una turba. —Dill empujó impacientemente el informe hacia la niña—. Vamos, léelo.

Marion cogió el informe y lo examinó, moviendo lentamente los labios.

—La turba —dijo Dill— estaba acaudillada por tu padre. ¿Comprendes? Ese hombre fue bárbaramente asesinado cuando se disponía a subir a su automóvil. La multitud le sacó del interior del coche y le despedazó. ¿Qué opinas de eso?

Marion devolvió el informe sin hacer ningún comentario.

—¿Te sientes orgullosa de tu padre? ¡Asesinos! —Dill cogió el informe y lo devolvió al montón que se apilaba sobre la mesa—. Esos otros informes..., más asesinatos, por todo el mundo. Todos los días, hombres asesinados, golpeados, robados por turbas de dementes, excitadas por esos *Curadores*. Por tu propio padre. ¿Apruebas todo eso? ¿Crees que es bueno?

Marion se encogió de hombros.

—Una pandilla de criminales, que se aprovechan de la masa ignorante. —Dill se inclinó hacia la niña—. ¿Por qué? ¿Qué es lo que pretenden? ¿Quieren resucitar los viejos tiempos, las guerras, los odios y la violencia internacional? La antigua bestia está despertando de nuevo en todo el mundo. Esos locos tratan de arrastrarnos de nuevo al caos y a la oscuridad del pasado, a la época en que los hombres eran bestias.

¿Te sientes orgullosa de tu padre por esa hazaña? ¿Apruebas esos asesinatos y esas violencias?

—No.

—Entonces, ¿qué objeto tienen? ¿Qué diablos se proponen?

—Quieren el *Vulcan III*.

—¿Están tratando de localizarlo? Pierden lastimosamente el tiempo. El *Vulcan III* cuida de sí mismo y atiende a sus propias reparaciones; sólo tenemos que proporcionarle los datos y las piezas que necesita. Nadie sabe dónde está. Pitt no lo sabía.

—Usted lo sabe.

—Sí, lo sé. De modo que quieren destruir el *Vulcan III*... Luego, la *Unidad* quedaría disuelta y habría estados nacionales, setenta países, cada uno con su propio idioma, sus costumbres y sus odios. Otra vez guerras. Otra vez el antiguo mundo.

—El hombre no tiene que ser esclavo de una máquina.

—¿Quién te ha enseñado a decir eso?

—Nadie.

—¡Es una estupidez! No somos esclavos. Gracias a la *Unidad* estamos gobernados de un modo racional, y no por pasiones animales sobre ella. Representa el final de la ley. —Dill se puso bruscamente en pie—. ¿Por qué destruyeron el *Vulcan II*?

Marion parpadeó.

—¿El *Vulcan II*? ¿El antiguo cerebro electrónico?

El rostro de Dill se endureció inmediatamente.

—Olvídalo. —Empezó a pasear nerviosamente por la habitación—. Posiblemente no sabes nada acerca de eso. ¿Estás en contacto con tu padre?

—No.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—Lástima. Me gustaría hablar con él. Es un personaje importante en el *Movimiento*, ¿no es cierto?

—Tal vez sea su caudillo; no lo sé.

Dill se pasó nerviosamente las manos por sus grises cabellos.

—Te quedarás aquí, en las oficinas de la *Unidad*, desde luego; volveré a verte más tarde.

Apretó un pulsador y dos guardias armados de la *Unidad* aparecieron en la puerta.

—Bajen a esta niña al tercer piso subterráneo; cuiden bien de ella.

Marion Fields salió del despacho acompañada por los guardias. Dill les contempló, pe, hasta que la puerta se cerró detrás de ellos.

Luego abandonó el edificio del *Mando de la Unidad* para dirigirse a su hogar particular. Unos instantes después volaba por el cielo crepuscular en dirección a la fortaleza subterránea que albergaba al gran *Vulcan*, cuidadosamente oculto de la raza

humana.

Aterrizó y se sometió al minucioso reconocimiento del puesto de control de la superficie. Cuando le permitieron el paso, descendió rápidamente a las profundidades de la fortaleza subterránea. Detuvo el ascensor en el segundo piso. Un momento después estaba de pie ante una enorme puerta corrediza de acero, esperando que los centinelas le permitieran pasar.

—Todo en orden, Mr. Dill.

La puerta se deslizó hacia un lado. Dill penetró en un largo pasillo, completamente desierto. Los ecos de sus pasos resonaban, lúgubres. El aire era pegajoso y las luces parpadeaban caprichosamente. Dill giró a la derecha y se detuvo, mirando a través de la amarillenta claridad.

Allí estaba. El *Vulcan II*, o lo que quedaba del *Vulcan II*: un montón de hierros retorcidos, cables y tubos destrozados. Una enorme ruina polvorienta, silenciosa y olvidada.

A Dill le producía una extraña sensación contemplar los restos de lo que en otra época había sido un gran cerebro electrónico. Dill podía recordar los antiguos tiempos, antes de que fuera construido el *Vulcan III*..., los tiempos en que el *Vulcan II* había sido su orgullo y su alegría. En el *Sistema de la Unidad* había muy pocos que recordaran aquellos tiempos. Los jóvenes habían ido apartando a los viejos... del mismo modo que *Vulcan III* había reemplazado a *Vulcan II*. Esta ruina cubierta de polvo había sido su esperanza, en otros tiempos. Durante la Guerra, *Vulcan II* era una compleja estructura dotada de una gran precisión, un instrumento consultado diariamente por los jefes de la *Unidad*.

Dill dio un puntapié a un informe montón de chatarra.

El cambio, la increíble transformación que había experimentado el *Vulcan II* hasta convertirse en eso, seguía asombrándole. Por enésima vez, se preguntó mentalmente: ¿Cómo ocurrió? ¿Cómo lo consiguieron? Y... ¿Por qué?

Resultaba absurdo. El *Vulcan II* dejó de funcionar cuando entró en servicio el *Vulcan III*. Si habían conseguido entrar en la fortaleza, si uno de ellos había llegado hasta allí, ¿por qué habían perdido el tiempo en eso... con el *Vulcan III* situado solamente seis pisos debajo?

Tal vez había sido un error; tal vez habían destruido el cerebro electrónico más pequeño, la máquina que no funcionaba, creyendo que era el *Vulcan III*. Tal vez había sido un error.

O tal vez no. Quizás hubo un motivo. Hacía quince meses que había sucedido: el ataque repentino; el terrible asalto en medio de la noche; y luego eso... y nada más. Un cuidadoso y sistemático destrozo de todos los elementos vitales.

Había sucedido sin previo aviso. Aquella tarde, Dill había estado formulando una serie de preguntas al *Vulcan II*. Secretamente, por su propia cuenta, había continuado consultando al cerebro electrónico fuera de servicio, cuando las preguntas eran lo bastante sencillas como para poder someterlas a su consideración. Había formulado

las preguntas y obtenido las respuestas. Y luego, aquella noche, la catástrofe.

Dill palpó uno de los bolsillos de su americana. Aún seguían allí: las respuestas que *Vulcan II* le había dado, respuestas que le habían intrigado y continuaban intrigándole. Había intentado pedir una aclaración, pero la catástrofe lo había impedido.

Sumido en profundos pensamientos, Dill salió de la estancia y regresó al ascensor. Descendió hasta el piso más bajo y cruzó una complicada red de puestos de control. Centinelas armados le permitieron el paso hacia las cámaras centrales, donde el enorme *Vulcan III* aguardaba silenciosamente ser interrogado.

Dill se detuvo a examinar los formularios de preguntas que habían llegado. Larson, el encargado de la sección de datos, le mostró las preguntas que habían sido rechazadas.

—Mire esto —Larson hojeó un montón de formularios hasta encontrar el que buscaba—. Aquí está; tal vez sea preferible que lo devuelva usted personalmente, para evitar dificultades.

El formulario procedía del Director norteamericano, Barris. Contenía dos preguntas:

A) ¿SON REALMENTE IMPORTANTES LOS CURADORES?

B) ¿POR QUE NO CONTESTA USTED A SU EXISTENCIA?

Dill frunció el ceño. Barris, de nuevo. Uno de los jóvenes brillantes que trepaban rápidamente la escalerilla de la *Unidad*. Barris, Reynolds, Aderson..., avanzando confiadamente, eficientemente, hacia la posición de Director General.

—¿Hay muchos formularios como éste?

—No, señor, pero existe un aumento general de la tensión; varios Directores, además de Barris, están preguntando por qué *Vulcan III* no se pronuncia acerca del *Movimiento*.

—Déjeme ver el resto del material.

Larson le entregó los formularios.

—¿Está usted seguro que no ha llegado a *Vulcan III* nada relacionado con los *Curadores*? —preguntó Dill.

—Nada, que yo sepa.

Dill garabateó unas líneas en la parte inferior del formulario enviado por Barris.

—Devuélvaselo dentro de unos días; no ha anotado su número de identificación. Dígale que lo he rechazado por no ajustarse a las normas.

Larson enarcó las cejas.

—Eso no retrasará mucho el problema. Barris se apresurará a enviar de nuevo el formulario debidamente cumplimentado. ¿Qué va usted a hacer cuando no haya errores técnicos a que agarrarse? Tarde o temprano, Barris y los demás se darán cuenta de que alguien está boicoteando deliberadamente sus formularios.

—Los Directores no me preocupan —dijo Dill a media voz, como si hablara consigo mismo—. Si *Vulcan III* descubre que he estado escamoteándole ciertos datos y preguntas...

—¿Por qué? —preguntó Larson—. ¿Por qué diablos está haciendo esto? ¿Qué se propone al escamotearle esa información?

—Eso es asunto mío.

El rostro de Dill se endureció peligrosamente.

—Haga lo que le ordenan, y ahórrese las preguntas.

—Mi equipo está corriendo enormes riesgos; la responsabilidad puede recaer sobre nosotros. Estamos trabajando de acuerdo con sus órdenes, sin saber qué se propone.

—A veces es preferible trabajar sin comprender.

Dill se volvió bruscamente hacia la cerrada puerta.

—Abra y permítame entrar; tengo prisa.

Larson se encogió de hombros.

—Como usted mande, señor Director.

Apretó un pulsador y la puerta se abrió.

Dill entró en la gran cámara y las puertas se cerraron detrás de él; estaba solo con *Vulcan III*. El enorme cerebro electrónico se erguía delante de él, una inmensa masa de piezas y manómetros.

Vulcan III estaba enterado de su presencia. A través del amplio rostro metálico e impersonal brilló el reconocimiento, una cinta de fluidas letras que aparecieron brevemente y se desvanecieron.

—¿HA QUEDADO COMPLETA LA INSPECCIÓN DE LOS SISTEMAS EDUCATIVOS?

—Casi —dijo Dill—. Faltan unos días.

—NECESITO LOS DATOS INMEDIATAMENTE.

—El equipo de alimentación se está ocupando ya de eso.

Vulcan III estaba..., bueno, la palabra exacta era excitado. Despedía un brillo rojizo: el origen del nombre de la serie. Aquellos destellos rojos le habían recordado a Nathaniel Greenstreet la fragua del antiguo dios, el dios que había forjado los rayos para Zeus, en una época pretérita.

—EXISTE ALGÚN ELEMENTO QUE NO FUNCIONA COMO ES DEBIDO. UNA SIGNIFICATIVA DESVIACIÓN EN LA ORIENTACIÓN DE DETERMINADAS CLASES QUE NO PUEDE SER EXPLICADA A TRAVÉS DE LOS DATOS QUE ME HAN SIDO FACILITADOS. SE ESTA PRODUCIENDO UNA REAGRUPACIÓN DE LA PIRÁMIDE SOCIAL, EN RESPUESTA A FACTORES HISTÓRICOS-DINÁMICOS DESCONOCIDOS PARA MI. DEBO OBTENER MÁS DATOS SI TENGO QUE OCUPARME DEL PROBLEMA.

Una sensación de alarma invadió a Dill. ¿Sospechaba algo *Vulcan III*?

—Le facilitaremos todos los datos tan pronto sea posible.

—PARECE PRODUCIRSE UNA DEFINIDA BIFURCACIÓN DE LA SOCIEDAD. ASEGÚRESE DE QUE SU INFORME ACERCA DE LOS SISTEMAS EDUCATIVOS ES COMPLETO. NECESITO TODOS LOS HECHOS SIGNIFICATIVOS.

Tras una breve pausa, *Vulcan III* añadió:

—TENGO LA SENSACIÓN DE QUE SE ACERCA UNA CRISIS.

—¿Qué clase de crisis? —preguntó Dill nerviosamente.

—IDEOLOGÍA. UNA NUEVA ORIENTACIÓN PARECE ESTAR ADQUIRIENDO FORMA VERBAL. UNA ACTITUD DERIVADA DE LA EXPERIENCIA DE LAS CLASES INFERIORES. RUMIANDO SU INSATISFACCIÓN.

—¿Insatisfacción? ¿Por qué?

—ESENCIALMENTE, LAS MASAS RECHAZAN EL CONCEPTO DE ESTABILIDAD. EN TÉRMINOS GENERALES, LOS QUE NO POSEEN BIENES SUFICIENTES PARA ESTAR FIRMEMENTE ARRAIGADOS, ESTÁN MÁS INTERESADOS EN LA GANANCIA QUE EN LA SEGURIDAD. PARA ELLOS, LA SOCIEDAD ES UNA AVENTURA. UNA ESTRUCTURA EN LA CUAL ASPIRAR A ALZARSE A NIVELES SUPERIORES DE PODER. UNA SOCIEDAD ESTABLE, RACIONALMENTE CONTROLADA, DEFRAUDA SUS DESEOS. EN UNA SOCIEDAD INESTABLE Y SUJETA A MUDANZAS, LAS CLASES INFERIORES TIENEN UNA POSIBILIDAD DE ASCENDER AL PODER. FUNDAMENTALMENTE, LAS CLASES INFERIORES SON AVENTURERAS Y CONCIBEN LA VIDA COMO UN JUEGO, MÁS QUE COMO UNA TAREA. UN JUEGO CUYA PUESTA ES EL PODER SOCIAL.

—Muy interesante —murmuró Dill.

—LA INSATISFACCIÓN DE LAS MASAS NO ESTA BASADA EN LA INFERIORIDAD ECONÓMICA, SINO EN UNA SENSACIÓN DE INEFICACIA. SU OBJETO FUNDAMENTAL NO ES UN AUMENTO DEL NIVEL DE VIDA, SINO LA ADQUISICIÓN DE MÁS PODER SOCIAL. DEBIDO A SU ORIENTACIÓN EMOCIONAL, SE PONEN EN PIE Y ACTÚAN CUANDO UN CAUDILLO CON PERSONALIDAD CONSIGUE COORDINARLAS EN UNA DISCIPLINADA UNIDAD, REUNIENDO EN UN SOLO HAZ SUS CAÓTICOS Y DISPERSOS ELEMENTOS.

Dill permaneció silencioso. Era evidente que *Vulcan III* había digerido los datos que le habían sido facilitados y había extraído unas incómodas conclusiones. A pesar de no disponer de datos directos acerca de los *Curadores*, *Vulcan III* era capaz de deducir, partiendo de principios históricos generales, los conflictos sociales en desarrollo. La frente de Dill quedó empapada en sudor; estaba tratando con una mente poderosísima..., más poderosa que la de cualquier hombre o la de cualquier grupo de hombres.

—Apresuraré la inspección de los sistemas educativos —murmuró—. ¿Necesita

algo más?

—EL INFORME ESTADÍSTICO ACERCA DE LA LINGÜÍSTICA RURAL NO HA LLEGADO. ¿POR QUÉ? ESTABA A CARGO DE LA SUPERVISIÓN PERSONAL DEL SUBDIRECTOR PITT.

Dill ahogó una exclamación. ¡Santo cielo! *Vulcan III* no omitía un solo detalle.

—Pitt sufrió un accidente —dijo en voz alta, mientras su cerebro pensaba desesperadamente—. Su coche sufrió un despiste en una carretera de las montañas de Colorado.

—EL INFORME PUEDE SER COMPLETADO POR OTRA PERSONA. LO NECESITO. ¿FUERON GRAVES LAS HERIDAS?

Dill vaciló.

—En realidad, no hay grandes esperanzas de que viva. Dicen...

—¿POR QUÉ HAN MUERTO TANTAS PERSONAS DE LA CLASE T DURANTE EL PASADO AÑO? QUIERO MAS INFORMACIÓN ACERCA DE ESTO. SEGÚN MIS ESTADÍSTICAS, SÓLO UNA QUINTA PARTE DE ESAS PERSONAS HAN FALLECIDO POR CAUSAS NATURALES. ALGÚN FACTOR VITAL ESTA FALLANDO. NECESITO MÁS DATOS.

—De acuerdo —murmuró Dill—. Le facilitaremos mas datos; todos los que desee.

—ESTOY PENSANDO EN LA POSIBILIDAD DE CONVOCAR UNA REUNIÓN ESPECIAL DEL CONSEJO DIRECTIVO. QUIERO INTERROGAR PERSONALMENTE A LA PLANTILLA DE DIRECTORES.

—¿Qué? Pero...

—NO ESTOY SATISFECHO DEL SISTEMA DE SUMINISTRO DE DATOS. VOY A PEDIR QUE LE SUSTITUYAN A USTED Y QUE SE ESTABLEZCA UN NUEVO SISTEMA DE SUMINISTRO.

Dill abrió la boca y volvió a cerrarla. Temblando visiblemente, se encaminó hacia la puerta.

—A menos que desee usted algo más, voy a regresar a *Ginebra*.

—NADA MÁS. PUEDE USTED MARCHARSE.

Dill ascendió a la superficie sumido en negros pensamientos. Las cosas se estaban poniendo feas. Si el cerebro electrónico sospechaba lo que estaba ocurriendo...

Mientras su nave rugía sobre Europa, Dill se sintió invadido por siniestros presagios: *Curadores* en todas partes, en todas las ciudades y pueblos; figuras vestidas de color parduzco y calzadas con sandalias moviéndose entre la multitud, en las angostas calles y carreteras, en las plazas y alrededor de los antiguos edificios. Sus rostros hostiles se alzaban silenciosamente para contemplar el paso de la nave. Rostros intensos. Hombres de rasgos pétreos que se detenían con las manos en las caderas, contemplándole rencorosamente mientras regresaba a su oficina. En un campo de labor, un labriego agitó su puño; los obreros de una mina interrumpieron su trabajo y contemplaron el paso de la nave con expresión sombría. Dill era odiado.

Todos los miembros de la *Unidad* eran odiados. Y ahora, *Vulcan III* sospechaba de él, por añadidura. Era odiado e inspiraba sospechas desde arriba y desde abajo. Todo iba cerrándose a su alrededor por todas partes. Estaba cansado..., y estaba solo, sin nadie a quien volverse...

Al cabo de unos días el Director William Barris recibió el formulario que le había sido devuelto. En su parte inferior había una anotación: *Indebidamente cumplimentado. Falta el número de identificación.*

Barris tiró el formulario sobre su escritorio y se puso en pie. Se acercó a la telepantalla.

—Póngame con el *Mando de la Unidad* en *Ginebra*.

Apareció el monitor de *Ginebra*.

—¿Diga?

Barris blandió el formulario ante la pantalla.

—¿Quién ha devuelto esto? ¿Quién ha hecho esta anotación? ¿El jefe del equipo de alimentación?

—No, señor. —El monitor consultó unos datos—. Fue el Director General en persona.

—¡Dill!

Barris tembló de rabia.

—¡Quiero hablar inmediatamente con Dill!

—El Director Dill se encuentra en una reunión. No puede ser molestado.

Barris desconectó la pantalla furiosamente. Durante unos instantes permaneció en pie, pensando. De repente volvió a conectar la pantalla.

—Póngame con el aeródromo. Dese prisa.

Al cabo de un momento apareció el monitor de la torre del aeródromo.

—¿Diga?

—Aquí, Barris. Preparen inmediatamente una nave de primera clase.

—¿Para ir a dónde, señor?

—A *Ginebra*. —Barris apretó firmemente la mandíbula—. Tengo una cita con el Director General Dill.

Y añadió para sus adentros:

—Le guste o no le guste a Dill.

Barris cruzó la barrera de oficinistas y secretarias que defendían el acceso al despacho del Director General. Sus galones de Director eran un convincente argumento. Se abrió la última puerta... y Barris se encontró delante de Dill.

Jason Dill alzó la mirada lentamente, apartando a un lado un montón de informes.

—¿Quién es usted?

—William Barris. —Barris cerró la puerta del despacho detrás de él—. Deseo hablar con usted.

Dill enarcó las cejas.

—Rellene un formulario, solicitando una entrevista; sabe usted perfectamente...

Barris le interrumpió.

—¿Por qué ha devuelto usted mi formulario de preguntas? ¿Está escamoteándole información a *Vulcan III*?

Silencio.

El color abandonó el rostro de Dill.

—Su formulario no estaba debidamente cumplimentado. De acuerdo con el *Apartado Seis, Artículo 10, del Reglamento de la Unidad...*

—Está usted impidiendo que *Vulcan III* reciba determinados informes; por eso no se define acerca de ellos. —Barris contempló fríamente al Director General—. ¿Por qué? Es absurdo. Y, además, un delito. ¡Traición! Boicotear la información, falsificar deliberadamente los datos... Puedo hacer que le detengan. —Se inclinó hacia Dill—. ¿Está tratando de aislar a *Vulcan III*? ¿Está...?

Se interrumpió. Dill le estaba apuntando con un lápiz de rayos, con una expresión desesperada en los ojos.

—Ahora, cállese, Barris —ordenó con voz ronca—. Siéntese y escuche.

Barris obedeció.

Dill abrió la boca un par de veces, como un pez recién salido del agua que trata de llenar sus pulmones de aire. Su rostro estaba gris; en su arrugada frente brillaba el copioso sudor.

—¿Quiere usted saber por qué estoy escamoteándole datos a *Vulcan III*? —Introdujo la mano izquierda en uno de sus bolsillos, sin dejar de apuntar a Barris con el lápiz de rayos—. Mire esto.

Dejó caer dos paquetitos encima del escritorio.

Barris recogió los paquetes y empezó a desliarlos con grandes precauciones.

—¿Qué hay aquí? —preguntó.

—Cintas magnetofónicas. Supongo que no estará usted familiarizado con ellas. *Vulcan II* no respondía en una pantalla visual; grababa sus respuestas en una cinta.

—Y estas cintas, ¿proceden de *Vulcan II*?

—Efectivamente. Son las últimas cintas; sus últimas respuestas.

Barris reaccionó violentamente.

—¿Acaso ha sido destruido *Vulcan II*?

—Hace quince meses.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Aplastado. Sistemáticamente destruido. Ignoro los motivos, aunque debe de haber alguno.

—¿Los *Curadores*?

—Pueden haber imaginado que se trataba de *Vulcan III*... De un cajón de su escritorio sacó un pequeño magnetófono.

—Permítame...

Cogió una de las cintas y la colocó en el aparato. Se oyó un zumbido y luego una voz metálica, impersonal.

«... ese Movimiento puede ser más importante de lo que parece a simple vista..., es evidente que el movimiento va dirigido contra Vulcan III y no contra los cerebros electrónicos en general... hasta que haya podido digerir todos los aspectos de la información, sugiero que Vulcan III no sea informado del asunto...».

—Le pregunté por qué —dijo Dill—. Aquí está la respuesta.

Colocó la segunda cinta en el magnetófono.

«... teniendo en cuenta la diferencia básica entre Vulcan III y los anteriores cerebros electrónicos... sus decisiones son algo más que simples evaluaciones de datos objetivos..., fundamentalmente, está creando una política del más alto nivel... Vulcan III se ocupa de problemas teológicos... el significado de todo esto no puede ser deducido inmediatamente..., necesito más tiempo para estudiarlo...».

—Ésa fue la última cinta —dijo Dill.

—¿No le hizo usted más preguntas?

—Aquella misma noche fue destruido.

Dill recogió las cintas y volvió a metérselas en el bolsillo.

—De modo que escamotea usted los datos, atendiendo a la sugerencia de *Vulcan II*... Y lo ha estado haciendo durante quince meses.

—Sí, aproximadamente.

—¿Sin saber por qué?

Dill vaciló; dio unos golpecitos con su lápiz de rayos sobre el escritorio, con nerviosismo.

—En primer lugar, tiene usted que comprender la clase de relación que me unía a

Vulcan II. Siempre habíamos trabajado juntos. *Vulcan II* era limitado, desde luego. Comparado con *Vulcan III*, era anticuado. No hubiera podido ocupar la posición que actualmente ocupa *Vulcan III*... decidiendo la política a seguir en todas las cuestiones.

—Tal como dice en la cinta.

—*Vulcan II* era un cerebro electrónico antiguo; necesitábamos un instrumento más acabado para decidir los problemas básicos. *Vulcan II* quedó relegado a un segundo término. Pero yo siempre acudía a él cuando creía que podía contestar a mis preguntas. Estaba... encariñado con él, ¿comprende? Y me había acostumbrado a él, también. Hicimos juntos toda la Guerra y nunca me defraudó, dentro de los límites de su capacidad.

—Y, ahora, el *Vulcan II* ha sido destruido —murmuró Barris—. Resulta increíble pensar que ha mantenido usted esa política durante quince meses. Más de un año.

—*Vulcan II* fue destruido antes de que pudiera facilitarme más información. Y yo seguí actuando de acuerdo con sus últimos consejos... —Dill se mordió el labio inferior—. Pero, no es eso todo. *Vulcan III* me ha amenazado con convocar una reunión del Consejo para... destituirme.

Barris le miró asombrado.

—¿Eso ha hecho?

Los ojos de Dill estaban llenos de temor.

—La verdad, Barris, es que le tengo un pánico atroz. —El lápiz de rayos se deslizó de su mano, resbaló sobre el escritorio y cayó al suelo—. Me encuentro entre la espada y la pared. Por un lado, los *Curadores*, y por otro esa maldita pesadilla suspendida sobre mi cabeza. Temo a *Vulcan III*, Barris; es más complicado de lo que imaginamos. Temo lo que pueda hacer..., lo que es capaz de hacer. Es peligroso... y *Vulcan II* lo sabía.

Barris se detuvo junto a la puerta, contemplando las polvorientas ruinas que llenaban la estancia. Los silenciosos montones de metal y las piezas retorcidas, formando una masa amorfa.

—No ha quedado mucho —dijo, finalmente.

—El que atacó a *Vulcan II* sabía exactamente lo que tenía que hacer; todo el sistema de cables está destruido, sin reparación posible.

—¿Ha mantenido usted en secreto esta información? ¿La conoce alguien?

—Absolutamente nadie. Todos los Directores suponen que *Vulcan II* ha sido puesto fuera de servicio, simplemente. Yo era la única persona que le consultaba.

Barris se inclinó a recoger un puñado de cables fundidos y tubos.

—¿Ha intentado reconstruir esto?

—¿El cerebro electrónico? Como ya le he dicho, la destrucción era tal...

—Los tubos —Barris alzó un tubo cuidadosamente—. La envoltura ha desaparecido, desde luego, pero los elementos interiores parecen intactos.

—¿Cree usted...?

—Este tipo de cerebro electrónico almacena sus datos en forma de cargas eléctricas polarizadas permanentemente a través de los elementos de esos tubos. Tal vez consigamos reactivar a *Vulcan II* lo suficiente como para reconstruir su teoría.

—¿Quiere usted decir que puede tener aún algunas partes..., vivas?

—¿Vivas? Mecánicamente intactas. Partes que pueden ponerse de nuevo en funcionamiento. Me gustaría saber lo que opinaba *Vulcan II* antes de ser destruido. Sería interesante descubrir las conclusiones a que había llegado acerca de *Vulcan III*.

—Me encargaré de que un grupo de mecánicos examine cuidadosamente todo esto y vea lo que puede hacerse. Le enviaré a usted una videofoto de su informe.

Barris sonrió.

—¿De veras? Toda su historia depende de *Vulcan II*. Usted dice que *Vulcan II* le dio instrucciones; tal vez lo hizo..., o tal vez no. —Barris recogió otros dos tubos aplastados y los unió a los que tenía en la mano—. En lo que a mí respecta, es usted un traidor hasta que se demuestre lo contrario. Esas cintas pueden ser falsas. Tal vez fue usted quien destruyó a *Vulcan II*.

—¿Yo? Pero...

—Hasta que disponga de más elementos de juicio, consideraré su historia como una hipótesis metafísica en espera de hechos empíricos que la justifiquen.

Arrancó un trozo de cable retorcido.

—¿Qué está usted haciendo?

—Voy a llevarme estos tubos y haré que los examinen mis propios mecánicos; me pondré en contacto con ellos desde mi nave. —Barris contempló seriamente a Dill—. A partir de ahora, mi oficina se encargará de esto. Le daré a conocer los resultados que obtengan. —Se puso en pie—. Será interesante saber lo que dice *Vulcan II*, suponiendo que consigamos reconstruir estos tubos.

Barris regresó a *Nueva York* inmediatamente después de que los restos de *Vulcan II* fueron sacados de la fortaleza subterránea y cargados en una unidad de transporte norteamericana. Mientras cruzaban el *Atlántico*, Barris estableció contacto con Cartwrigth y le ordenó que dispusiera el envío de una patrulla al aeropuerto para hacerse cargo de los restos y de los mecánicos encargados de trabajar en ellos.

Cartwrigth tenía noticias: el poder de los *Curadores* iba en aumento; se habían producido nuevos atentados; una parte cada vez más importante de la población obedecía sus instrucciones. Cartwrigth no había podido —o no había querido— detener al Padre Fields. El macizo rostro había sido fotografiado a menudo, en las proximidades de una muchedumbre enfurecida, dirigiendo tranquilamente sus actividades mientras caían sobre algún miembro de la *clase T*.

Los *Curadores* estaban tratando de localizar a *Vulcan III*. Pero sólo unos cuantos hombres sabían dónde se encontraba. Entretanto los asesinatos y las destrucciones continuaban, los *Curadores* reunían sus fuerzas, preparándose para un ataque en masa a la *Unidad*. Un ataque que podía producirse en cualquier momento.

La *Unidad* controlaba el mundo..., o, mejor dicho, una delgada corteza, un filete de la superficie. Dentro, en las fundidas profundidades, las violentas corrientes emotivas ascendían y volvían a caer, mostrándose en ominosas ondulaciones que surgían a través de la corteza.

La *Unidad* gobernaba desde el plano más elevado; en un plano algo inferior operaba la influencia de la *clase T*, uniformada de gris, hasta que finalmente, en el fondo, el control racional se perdía en la homogénea masa de oficinistas, dependientes, camareros, conductores de autobús, amas de casa, obreros manuales..., hombres y mujeres anónimos que no podían ser distinguidos unos de otros.

Debajo de la nave de Barris estaba aquel mundo, el mundo de las masas indiferenciadas..., la horda de seres humanos que odiaba a la *Unidad*, que odiaban todo control racional, el elaborado sistema de expertos, técnicos, directorios y departamentos.

Cerca de *Boston*, un grupo de chiquillos dejó de jugar y permaneció en silencio mientras la nave de Barris volaba sobre sus cabezas. Barris vio interminables hileras de rostros vueltos hacia arriba..., rostros llenos de odio y de rencor, siguiendo con la mirada el vuelo de las naves de la *Unidad*. La mayoría de las ciudades pequeñas estaban en manos de los *Curadores*..., y todo el campo, las granjas y las aldeas y las zonas rurales. Las grandes ciudades eran islas, fortalezas, pero también en ellas estaban los *Curadores*. Y con ellos el odio hacia la *Unidad*.

Incluso en *Nueva York* hacían acto de presencia. Barris vio una procesión de *Curadores*, con sus túnicas pardas, desfilando por una calle del *Bowery*, solemnes y dignos en sus toscas vestimentas. La multitud les contemplaba con respetuosa admiración. En otra calle había un automóvil de la *Unidad* destruido por la multitud después de asesinar a su ocupante. Como le había sucedido a Pitt. Inscripciones hechas con alquitrán en las paredes. Consignas.

Mientras su nave descendía para aterrizar, Barris pudo verles alrededor de su propia oficina. En las esquinas de la calle, un *Curador* estaba arengando a una multitud, de pie sobre una improvisada plataforma. Rostros encendidos, palabras llameantes. Banderas. Y la multitud engrosaba.

Siempre más. Atraídos como por un imán por los hombres de túnicas pardas que prometían el derrumbamiento del odiado sistema, el retorno de los antiguos tiempos. Los *Curadores* empujaban al género humano hacia atrás, arrastrándole hacia el pasado, con su mezcla de mito, sueño y leyenda.

Y, frente a todo aquello, la estructura racional y científica de la *Unidad*: la sociedad del presente. Ciencia, ley y control de la naturaleza. *Clase T*, el cuerpo de adiestrados expertos, especialistas en campos claramente definidos. Una sociedad científica, en posesión de técnicas y métodos racionales, controlando y manteniendo eficazmente la ley y el orden. Gobernando racionalmente el planeta a través de sus elaboradas redes de oficinas, Directorios, Subdirectorios, organismos de investigación estadística, y el numeroso ejército de técnicos y empleados.

El jefe de los mecánicos informó a Barris al cabo de unos días.

—Primeros informes acerca del trabajo de reconstrucción Mr. Barris —informó Smith.

—¿Algún resultado?

—Poca cosa; la mayoría de los tubos estaban materialmente destrozados. Sólo quedó intacta una parte del almacén de datos.

Barris se puso rígido.

—¿Han descubierto algo importante?

En la pantalla, el rostro de Smith continuó tan inexpresivo como antes.

—Unas cuantas cosas, creo; si se deja usted caer por aquí, le enseñaré lo que hemos hecho.

Barris cruzó *Nueva York* y se dirigió a los laboratorios de la *Unidad*. Los centinelas le obligaron a identificarse antes de permitirle el paso. Encontró a Smith y a sus hombres atareados alrededor de un montón de piezas ensambladas provisionalmente.

—Aquí está —dijo Smith.

—Parece distinto.

—Hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance para reconstruir los elementos averiados —explicó Smith—. Y hemos instalado un sistema auditivo para recoger lo que quedaba en el almacén de datos. Datos fragmentarios, por supuesto. Escuche...

Smith conectó el altavoz, Se oyó un zumbido y una serie de sonidos roncós. El jefe de los mecánicos manipuló en los mandos.

—Dentro de unos instantes se oirá mejor —aseguro Smith.

—De acuerdo. Ajuste bien los mandos y veré lo que puedo captar.

Smith y sus hombres se marcharon. Barris se acercó más al altavoz. Perdidos entre la niebla de sonidos, había débiles rastros de palabras. Barris aguzó el oído.

«... bifurcación progresiva de elementos sociales de acuerdo con nuevas pautas anteriormente..., agotamiento de formaciones minerales no plantea ya el problema que se presentó durante la...».

Vulcan II no era consciente; como un disco fonográfico, aquellos impulsos eran helados, muertos. Aquellas afirmaciones eran antiguas, correspondían al pasado. *Vulcan II* no funcionaba desde hacía mucho tiempo. Lo que surgía a través del altavoz había sido almacenado hacía muchos años, cuando el cerebro electrónico funcionaba normalmente.

«... determinados problemas de identidad anteriormente objeto de conjeturas y nada mas... necesidad vital de comprender los factores integrales

implicados en la transformación del simple conocimiento a la plena identidad...».

Barris encendió un cigarrillo y escuchó. Las frases fragmentarias surgían por el altavoz, mezcladas con el incesante zumbido de los parásitos.

Transcurrió el tiempo. Barris seguía esperando.

De repente, todo su cuerpo se tensó.

«... este proceso se encuentra ampliamente desarrollado en el III... si las tendencias puestas de manifiesto en el I y en el II continúan evolucionando, podría plantearse la necesidad de omitir ciertos datos...».

Las palabras se apagaron. Barris pegó su oído al altavoz. Al cabo de unos instantes, las palabras se hicieron de nuevo audibles.

«... el Movimiento activaría demasiadas tendencias inconscientes... posiblemente, III no se ha dado cuenta todavía de ese proceso... información sobre el Movimiento podría crear una situación crítica en la cual III podría empezar a...».

Barris profirió una exclamación. Las palabras habían vuelto a apagarse. Rabiosamente, tiró el cigarrillo y esperó, lleno de impaciencia. Dill le había dicho la verdad, indudablemente... Se inclinó hacia el altavoz, esforzándose en captar cada una de las palabras.

«... la aparición de facultades cognoscitivas operando a un alto nivel demuestra el ensanchamiento de la personalidad, superando lo estrictamente lógico... III difiere fundamentalmente en la manipulación de valores irracionales de un tipo definitivo..., construcción incluidos factores reforzados y acumulativos que permiten a III llegar a conclusiones esencialmente asociadas a elementos que no son mecánicos ni... sería imposible que III funcionara a ese nivel sin una facultad creadora más bien que analítica..., tales juicios no pueden ser emitidos a un nivel puramente lógico... el ensanchamiento de III en niveles dinámicos crea una entidad completamente nueva, incomprensible en términos conocidos hasta ahora...».

Por un instante, el altavoz permaneció en silencio. Luego, las palabras volvieron a fluir con una especie de rugido.

«... nivel de operación no puede ser concebido de otro modo... si la construcción real de III es ésa... III está vivo en esencia...».

¡Vivo!

Barris se estremeció. Las palabras siguieron fluyendo, ahora apenas audibles.

«... con la voluntad positiva de orientar a seres vivientes... en consecuencia, III, al igual que cualquier otro ser viviente, está básicamente preocupado por la supervivencia... conocimiento del movimiento podría crear una situación en la cual la necesidad de supervivencia induciría a III a... el resultado podría ser catastrófico... ser evitado en... a menos que... III... si...».

Silencio.

Barris salió precipitadamente de la estancia. Después de ordenar a Smith que no permitiera la entrada a nadie y que colocara centinelas armados en la puerta, regresó a su oficina.

Dill le había dicho la verdad... pero esto había dejado de tener importancia. Ahora habían surgido a la superficie los motivos de *Vulcan II*, motivos que Dill ignoraba. *Vulcan III* no funcionaba sobre una base analítica lógica; su «personalidad» se había ensanchado, había alcanzado niveles nuevos. Si *Vulcan II* estaba en lo cierto, si un impulso de supervivencia se había desarrollado en la enorme máquina...

Dill había captado la amenaza de *Vulcan III*, y otros la habían captado: millones de hombres y mujeres corrientes, todo el *Movimiento de los Curadores*.

Vulcan II había sido destruido para que no pudiera continuar asesorando a Dill. Era evidente que *Vulcan III* había destruido al *Vulcan II*. ¿Estaba enterado *Vulcan III* de la existencia de los *Curadores*?

Barris se estremeció. El género humano en manos de una máquina. *Más que una máquina*. Un gigantesco ser viviente, dueño de todos los conocimientos acumulados por el hombre, un enorme organismo pensante. Pensante... y sensible.

Vulcan III era algo más que una máquina, algo más que un cerebro electrónico; estaba vivo. Y, en su calidad de cosa viviente, tenía voluntad y deseo de sobrevivir. ¿Qué ocurriría cuando descubriera que millones de hombres y mujeres estaban organizados contra él?

¿Qué haría cuando descubriera que existía un *Movimiento* con el exclusivo propósito de destruirle? ¿Que desde hacía dos años estaba tratando de llegar hasta él?

¿Qué podría hacer?

Barris llegó a su oficina. Su telepantalla de circuito cerrado emitía una frenética señal; la conectó rápidamente.

—¡Barris! —gritó el aterrorizado rostro de Dill—. ¿Dónde diablos estaba?

—Con los restos de *Vulcan II*. Mis mecánicos consiguieron reconstruir algunos de sus elementos. He podido comprobar la historia que usted me contó... y algo más. Conozco los motivos de *Vulcan II*. Sé lo que...

—¡Escuche, Barris! —gritó Dill—. ¡Ha sucedido!

—¿Qué es lo que ha sucedido?

—Lo que había estado temiendo; finalmente se ha producido. Sabía que no podría evitarlo durante mucho más tiempo. Escúcheme, Barris: *Vulcan III* ha obtenido la información... acerca de los *Curadores*. Larson se la suministró.

—¿Está usted seguro?

Dill estaba temblando de terror.

—*Vulcan III* ha convocado urgentemente al Consejo. Todos los Directores. Para destituirme... y juzgarme por traición... Necesito su ayuda, Barris. *Vulcan III* lo sabe todo acerca de mí... y acerca de los *Curadores*.

Barris cortó la comunicación, y llamó al aeródromo.

—Preparen inmediatamente mi nave. Y dos patrullas armadas. Puedo verme en dificultades.

Salió de su oficina para dirigirse al aeródromo. Al salir del edificio de la *Unidad*, adquirió repentina conciencia de un sonido. Un murmullo semejante al rugido del mar.

Una enorme muchedumbre avanzaba a lo largo de la calle, una masa de hombres y mujeres que crecía a cada instante. Y entre ellos había varias figuras vestidas con túnicas pardas y calzadas con sandalias.

Los *Curadores*... avanzando hacia el edificio de la *Unidad*.

William Barris penetró en el edificio del *Mando de la Unidad en Ginebra*, rodeado de hombres armados. Encontró a Jason Dill en la parte exterior del salón de sesiones.

—¡Dios mío! —murmuró Dill—. Creí que no iba a llegar usted nunca.

—Los *Curadores* se están moviendo; he tenido dificultades para venir. La policía está movilizada, pero no confío demasiado en Cartwrigth.

Dill estaba rodeado por su propia guardia personal. Tenía aspecto de agotamiento; estaba pálido y respiraba penosamente.

—Veo que se ha traído usted protección. El Consejo está a punto de reunirse. La mayoría de los Directores ya han llegado. ¿Cuántos hombres se ha traído?

—Sesenta.

—¿Puede obtener alguno más?

—No. El resto se ha agregado a la policía. Los *Curadores* están atacando abiertamente los edificios de la *Unidad en Norteamérica*.

—También aquí. Sesenta hombres. Y yo dispongo de unos doscientos. Con el resto no podemos contar.

—Cuénteme exactamente lo que ha sucedido.

—Esta mañana, a las ocho, he recibido un informe urgente de un agente secreto que trabajaba en el equipo de alimentación. Larson había empezado a suministrar a *Vulcan III* parte del material que yo había rechazado. Me encaminé rápidamente a la fortaleza, pero era demasiado tarde. Los datos estaban ya en poder de *Vulcan III*.

—¿Por qué hizo Larson eso?

—No lo sé. Cuando llegué allí..., estaba muerto.

—¡Muerto!

—El informe del agente decía que Larson estaba aterrorizado. Algo había sucedido. —Dill se pasó una mano temblorosa por la frente—. No lo comprendo. *Vulcan III* tiene algo. Puede hacer cosas; no es inofensivo, como habíamos creído hasta ahora.

—Destruyó a *Vulcan II*.

Dill se estremeció.

—Eso creo yo también. Pero, ¿cómo? Estaban separados por seis pisos. Y *Vulcan III* no puede moverse... ¿Tendrá hombres que trabajan para él?

—¿Cómo murió Larson?

—Le golpearon brutalmente. Le aplastaron la cabeza con algún objeto duro. Los Directores opinan que fueron los *Curadores*. O... —los ojos de Dill reflejaron un intenso pánico—. O yo.

—¿Fue usted?

—¡Desde luego que no!

—Esto es más grave de lo que imaginaba. *Vulcan III* tiene ramificaciones de alguna clase. Me pregunto si...

En aquel momento se oyó el imperioso tañido de una campana.

—La reunión. —Dill echó andar con paso vacilante en dirección a la puerta del salón de sesiones—. *Vulcan III* envió a cada uno de los Directores una orden de comparecencia y un resumen de lo que había sucedido. Una descripción de mi traición... Cómo falsifiqué los datos y tendí una cortina entre él y la *Unidad*.

Barris asintió.

—Todos nosotros nos hemos preguntado por qué *Vulcan III* no se ha referido para nada a los *Curadores*.

—De modo que ahora lo sabe usted todo. Vamos, la reunión está a punto de empezar.

—¿Quién hablará por *Vulcan III*?

—Reynolds, de la *Europa Oriental*. *Vulcan III* le escogió como fiscal de la *Unidad*. Contra mí.

—Reynolds... Le he visto.

—*Vulcan III* le ha facilitado una detallada información. —Dill abrió y cerró los puños—. Estoy perdido; Reynolds siempre fue un hombre ambicioso.

—¿Sabe Reynolds que actuaba usted siguiendo los consejos de *Vulcan II*?

—Lo ignoro. —La esperanza aleteó un momento en el rostro de Dill—. ¿Cree que puedo intentar defenderme en ese terreno? Estaba tratando de cumplir con mi deber. *Vulcan II* me sugirió que escamoteara toda aquella información.

—Lo que he sabido a través de *Vulcan II* es mucho más grave que su situación personal, Dill. De acuerdo con su teoría...

—¿Su teoría?

—... *Vulcan III* está... vivo, con la voluntad de un ser viviente, el instinto de crecer y sobrevivir. No es un cerebro electrónico racional. Todas las cosas vivientes son supraracionales, automáticamente; *Vulcan III* es un inmenso organismo viviente.

—Comprendo. Ha adquirido una..., personalidad. —Dill parecía más asustado incluso que antes—. ¿Qué cree usted que hará?

—No tardaremos en saberlo. —Barris entró en el amplio salón, escoltado por sus hombres—. Deme usted las cintas..., las cintas del *Vulcan II*.

Dill se las entregó.

—Aquí están. Pero por el amor de Dios, tenga cuidado con ellas.

El salón estaba casi lleno; cada uno de los veintitrés Directores iba acompañado de su estado mayor y de su guardia personal. Edwards Reynolds ocupaba la presidencia. Era un hombre alto y robusto, de anchos hombros y poderoso pecho. Tenía treinta y dos años; había ascendido rápida y eficazmente. Por un instante, sus fríos ojos azules se posaron en Dill y en Barris.

—La sesión va a empezar —anunció—. El Director Barris puede ocupar su escaño. —Señaló a Dill—. Usted, acérquese.

Dill avanzó hacia la plataforma, rodeado por su escolta.

Subió los peldaños de mármol con paso vacilante y ocupó un asiento enfrente de Reynolds. Barris había permanecido en pie, sin moverse.

—Ocupe su escaño —le ordenó bruscamente Reynolds.

Barris avanzó a lo largo del pasillo.

—¿Cuál es el objeto de esta reunión? ¿Con qué autoridad ocupa usted la presidencia?

Un murmullo se elevó del auditorio. Todos los ojos estaban clavados en Barris. Los Directores no las tenían todas consigo; algo estaba ocurriendo. Dill había sido destituido..., acusado de traición. La inmensa estructura de la *Unidad*, los interminables departamentos y oficinas, estaban tambaleándose peligrosamente... y en el exterior, reuniéndose para un ataque final, se encontraba el *Movimiento de los Curadores*.

Reynolds agitó una circular.

—¿Acaso no ha recibido usted la notificación? Todos los Directores fueron advertidos por *Vulcan III* del objeto de esta reunión.

Barris se detuvo delante de la plataforma.

—Lo que yo pregunto es si esta reunión es legal; lo que niego es su derecho a darle órdenes al Director General Dill. —Barris subió a la plataforma—. Esto parece una descarada tentativa de apartar a Dill a un lado y apoderarse del poder.

El murmullo se convirtió en un rugido de excitación. Reynolds esperó que se apagara.

—Éste es un momento crítico —dijo, tranquilamente—. El *Movimiento Revolucionario de los Curadores* nos está atacando en todo el mundo; su objetivo es el de llegar hasta *Vulcan III* y destruir la estructura de la *Unidad*. El objeto de esta reunión es el de juzgar a Jason Dill como agente de los *Curadores*..., un traidor trabajando contra la *Unidad*. Dill escamoteó deliberadamente información a *Vulcan III*. Impidió que *Vulcan III* pudiera actuar contra los *Curadores*.

Los fríos ojos azules de Reynolds recorrieron el salón.

—Jason Dill ha estado trabajando en favor de los *Curadores* durante más de un año. Ha inutilizado a *Vulcan III* durante todo ese tiempo, permitiendo que los *Curadores* actuaran libremente.

John Chai, de *Asia Meridional*, se puso en pie.

—¿Qué tiene usted que decir, Barris? ¿Es eso cierto?

Edgar Stone, de *África Oriental*, se unió a Chai.

—Nuestras manos han estado atadas; hemos permanecido impotentes, viendo como crecían los *Curadores*. Dill ha impedido que la *Unidad* actuara.

Alex Henderson, de *América Central*, se puso en pie.

—¿Cuál es su respuesta, Barris? ¿Es cierto lo que ha dicho Reynolds?

Barris le entregó las cintas.

—Antes de seguir adelante, convendría que oyera usted esto.

—Cintas... —murmuró Henderson—. ¿De dónde proceden?

—De *Vulcan II*; Dill actuaba de acuerdo con sus instrucciones.

—Pero, ¿por qué?

—*Vulcan III* no es una máquina. Está vivo.

—¡*Vulcan III* asesinó a Larson! —gritó Dill excitadamente—. ¡Trató de destruir a *Vulcan II*! ¡Nos matará a todos!

Los Directores se habían puesto en pie, hablando atropelladamente. Reynolds era el único que no había perdido la calma.

—¿Qué está usted diciendo? *Vulcan III* es un cerebro electrónico racional.

—Es un organismo viviente —replicó Barris—, con los impulsos de un organismo viviente..., impulsos de supervivencia.

—Absurdo —respondió Reynolds.

—Dill no tiene nada que ver con los *Curadores*; actuó siguiendo instrucciones de *Vulcan II*. *Vulcan II* temía lo que podía ocurrir si *Vulcan III* se enteraba de la existencia de los *Curadores*.

Reynolds sonrió desdeñosamente.

—Dill ha estado en contacto permanente con los *Curadores*.

—¡Mentira! —gritó Dill.

Reynolds señaló hacia abajo.

—En el tercer piso subterráneo de este edificio se encuentra el enlace de Dill con los *Curadores*.

—¿Enlace? —Barris se sintió repentinamente alarmado—. ¿De qué está usted hablando?

Los azules ojos de Reynolds brillaron con una expresión de triunfo.

—La hija del Padre Fields: el enlace de Dill con el *Movimiento*. Marion Fields se encuentra en este edificio.

Barris se movió rápidamente; hizo una seña a los hombres de su escolta y se unió a Dill en la plataforma.

—Reynolds debe de tener espías en todas partes —murmuró Dill, aterrorizado—. Traje a la muchacha aquí para interrogarla. Juro que nunca...

—No, Reynolds no tiene espías, sino *Vulcan III*. —Barris empuñó su lápiz de rayos—. Tendremos que luchar. ¿Vale la pena?

—¿Luchar? Yo...

—*Vulcan III* estaba preparado. La apuesta es todo un mundo, y *Vulcan III* no renunciará voluntariamente a ella. Nuestra única posibilidad es salir en seguida de aquí... y organizarnos.

—¡Alto! —gritó Reynolds—. ¿Qué está usted haciendo? ¡Sabe usted perfectamente que su actitud es ilegal!

—Vamos —dijo Barris—, tenemos que salir de aquí.

Todos los Directores se habían puesto en pie. Reynolds estaba dando frenéticas órdenes a los soldados de la *Unidad*, situándoles entre Barris y la puerta.

—¡Están ustedes detenidos! ¡Tiren sus armas y ríndanse! ¡No pueden desafiar a la *Unidad*!

John Chai se acercó a Barris.

—No puedo creerlo..., usted y Dill traidores, en unos momentos como los actuales, con esos dementes *Curadores* atacándonos...

Alex Henderson elevó su voz por encima del barullo general.

—¡Escúchenme! Tenemos que defender a la *Unidad*; tenemos que hacer lo que *Vulcan III* nos ordena. En caso contrario, seremos aplastados.

—Tiene razón —dijo Chai—. Los *Curadores* nos destruirán, sin *Vulcan III*. Tenemos que obedecerle; toda la estructura de la *Unidad* depende de él.

—¡*Vulcan III* es un asesino! —gritó Barris—. Mató a Larson y destruyó a *Vulcan II*. Y hará cualquier cosa para conservar la vida. Aunque tenga que destruir a los *Curadores*, a millones de seres humanos.

—Los *Curadores* deben ser destruidos —dijo Henderson—. Amenazan la estabilidad racional; amenazan...

Barris avanzó hacia la puerta.

—Tenemos que salir de aquí. No creo que Reynolds quiera luchar.

Los soldados que bloqueaban la salida no sabían qué actitud adoptar. Las frenéticas órdenes de Reynolds se perdían entre la confusión general.

—¡Abran paso! —ordenó Barris. Empujó a Dill hacia delante—. Vamos, aprisa.

Estaban a punto de cruzar la línea de soldados hostiles...

Y en aquel momento se produjo lo inesperado.

Algo apareció en el aire, algo brillante y metálico. Voló directamente hacia Jason Dill. Dill lo vio... y profirió un grito de terror.

El objeto se aplastó contra él. Dill se tambaleó y cayó al suelo. El objeto le golpeó de nuevo, y luego emprendió el vuelo por encima de sus cabezas. Ascendió a la plataforma y se posó sobre la mesa de mármol. Reynolds retrocedió horrorizado; los Directores y sus acompañantes echaron a correr hacia la puerta, empujándose unos a otros.

Barris se inclinó sobre Dill; estaba muerto. Tenía el cráneo aplastado, y Barris se estremeció.

—¡Atención! —exclamó una voz..., una voz metálica que penetró como un cuchillo en la barahúnda general. Barris se volvió lentamente, asombrado, negándose a dar crédito a sus sentidos.

Sobre la plataforma, otro proyectil de metal se había unido al primero; luego, un tercer proyectil aterrizó al lado de los otros dos: tres *Dardos* de centelleante acero, apoyados sobre el mármol por unos soportes en forma de garras.

—¡Atención! —repitió la voz. Procedía del primer proyectil, una voz artificial..., el sonido de unas piezas de acero y de plástico.

Aquello era lo que había asesinado a Larson. Uno de aquellos proyectiles habían atacado a *Vulcan II*. Aquéllos eran los instrumentos de muerte.

Un cuarto proyectil se unió a los anteriores. *Dardos* metálicos, alineados como una espantosa multitud mecánica. Pájaros asesinos..., implacables martillos aplastadores de cabezas. En el salón se produjo un repentino y horrorizado silencio; todos los rostros estaban vueltos hacia la plataforma. Incluso Reynolds permanecía inmóvil, con la boca abierta por el asombro.

—*¡Atención!* —repitió la voz—. *Jason Dill está muerto. Era un traidor. Y puede haber otros traidores.*

Los cuatro proyectiles giraron hacia uno y otro lado, mirando y escuchando atentamente.

De pronto, la voz brotó de nuevo..., esta vez procedente del segundo proyectil.

—*Jason Dill está muerto, pero la lucha no ha hecho más que empezar. Dill era uno de tantos. Hay millones alineados contra nosotros, contra la Unidad..., enemigos que deben ser destruidos. Los Curadores tienen que ser detenidos. La Unidad debe luchar por su existencia. Tenemos que estar preparados para sostener una terrible guerra.*

Los ojos metálicos recorrieron el salón, mientras el tercer proyectil tomaba la palabra.

—*Jason Dill trató de evitar que los datos llegaran a conocimiento mío. Trató de tender una cortina a mi alrededor, pero no lo consiguió. Destruí su cortina..., y le he destruido a él. Los Curadores seguirán el mismo camino; sólo es cuestión de tiempo. La chusma no puede vencer contra los organizados instrumentos de la Unidad; si luchamos juntos, les destruiremos fácilmente. Tenemos que aplastarles, hundirles en el polvo. ¡En el polvo del cual proceden!*

Barris se estremeció de horror. La voz metálica, surgiendo de los diabólicos proyectiles... No la había oído nunca, pero la reconoció.

El enorme cerebro electrónico estaba a doscientas millas de distancia, enterrado en el fondo de una fortaleza subterránea. Pero la voz que estaban oyendo era la suya. La voz que surgía de los proyectiles metálicos era la voz de aquel macizo organismo de metal y cables y delicados tubos.

La voz de *Vulcan III*.

Barris apuntó cuidadosamente. En torno suyo, los soldados de su escolta permanecían rígidos contemplando con ojos asombrados la espantosa hilera de proyectiles. Barris disparó; el cuarto proyectil desapareció entre una nube de humo.

—*¡Un traidor!* —dijo el tercer proyectil. Los tres *Dardos* emprendieron el vuelo.

—*¡Destruidle! ¡Destruid al traidor!*

Otros Directores habían desenfundado sus lápices de rayos. Henderson disparó, y el segundo proyectil desapareció. Desde la plataforma, Reynolds hizo fuego; Henderson se desplomó, aullando. Algunos Directores disparaban salvajemente contra los proyectiles; otros gritaban aterrorizados. Un disparo alcanzó a Reynolds en el brazo. Dejó caer su lápiz de rayos.

—*¡Traidor!* —gritaron los dos proyectiles que quedaban.

Volaron rápidamente hacia Barris. Un soldado disparó, y uno de los proyectiles se aplastó contra la pared.

—¡Destruyete! —ordenó el último proyectil—. ¡Destruye al traidor!

Un rayo pasó muy cerca de Barris; algunos de los Directores estaban disparando contra él. Otros trataban de alcanzar a Reynolds y al último proyectil; otros se agitaban en la incertidumbre, sin saber de qué lado estaban.

Barris consiguió salir del salón, seguido por una confusa horda de hombres y mujeres.

—¡Barris! —gritó Lawrence Daily, de *África del Sur*—. ¡Espérenos!

Stone se acercó a él, pálido de terror.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Adónde iremos? Estamos...

El proyectil se aplastó contra su cabeza. Stone se desplomó, gritando. El proyectil se dirigió hacia Barris.

Barris disparó y el proyectil desapareció entre una nube de humo.

Stone gemía débilmente. Barris se inclinó sobre él; estaba muy mal herido, sin posibilidades de salvación. Se aferró al brazo de Barris, con una expresión de terror en los agonizantes ojos.

—No puede usted salir, Barris —murmuró—. En el exterior están los *Curadores*. ¿Adónde va usted a ir? ¿Adónde?

—Una buena pregunta —murmuró Daily.

—Está muerto.

Barris se incorporó. Soldados y Directores luchaban por todos lados, en revuelta confusión. Reynolds, agarrándose el brazo, se deslizaba a lo largo de la pared, hacia el ascensor. Consiguió escapar, acompañado de un grupo de Directores. Daily disparó contra el ascensor... demasiado tarde.

John Chai agarró el brazo de Barris.

—¿Es cierto? ¿Está aquí Marion Fields?

—No lo sé. —Barris sacudió la cabeza. Su mente trabajaba a marchas forzadas. Si conseguía salir de aquí, regresar a *Norteamérica*... Organizar alguna clase de defensa, montar algún sistema...

—Es increíble —estaba diciendo Chai—. *Vulcan III* ha enloquecido. Esos pájaros metálicos..., es terrible.

—Están perdiendo —dijo Daily—. Reynolds se ha marchado.

Los soldados de Dill se habían hecho dueños del salón. Los soldados de la *Unidad* habían ofrecido muy poca resistencia. Y el resto de los Directores permanecían inmóviles, demasiado asombrados para comprender lo que había ocurrido.

—Por lo menos —dijo Chai—, tenemos el control de este edificio.

—¿Con cuántos Directores podemos contar? —preguntó Barris.

—Con muy pocos. La mayoría se han marchado con Reynolds. Probablemente se han dirigido a la fortaleza. ¿Sabe Reynolds dónde está?

Barris asintió.

—Indudablemente.

Sólo cuatro Directores se habían quedado deliberadamente: Daily, Chai, Larson de *Europa meridional*, y Pegler, de *África oriental*. Los otros estaban agrupados, tratando de reponerse de las recientes impresiones.

Cinco Directores, incluido el propio Barris; el resto de los veintitrés se habían marchado con Reynolds, habían muerto o estaban demasiado afectados para tomar una decisión. Cinco o seis Directores, a lo sumo..., contra *Vulcan III* y toda la estructura de la *Unidad*. Y, en el exterior del edificio, en las calles, se encontraban los *Curadores*.

—Barris —murmuró Chai—. No vamos a unirnos a ellos, ¿verdad?

—¿A los *Curadores*?

—Tenemos que ponernos de una u otra parte —dijo Pegler—. No somos más que cinco, Barris; tenemos que dirigirnos a la fortaleza y unirnos a Reynolds, o...

—No iremos a la fortaleza —afirmó resueltamente Barris—. Por nada del mundo.

—Entonces, tendremos que unirnos a los *Curadores* —dijo Daily—. No hay otra alternativa: o la *Unidad*, o los *Curadores*. ¿Qué hacemos?

—Ninguna de las dos cosas —dijo Barris—. No nos uniremos ni a unos ni a otros.

Barris se desembarazó de los Directores y soldados hostiles. Apostó centinelas en todo el edificio, en cada uno de los departamentos y oficinas.

Por la noche, el enorme edificio del *Mando de la Unidad* había sido organizado para la defensa.

Afuera en las calles, las turbas aparecían y desaparecían. De cuando en cuando, una lluvia de piedras rompía los cristales de una ventana. Unos cuantos atacantes, más atrevidos, trataron de forzar la entrada... y fueron rechazados. Pero eran centenares, contra unas cuantas docenas. Aunque estos últimos disponían de lápices de rayos, el arma de que estaba provisto todo el personal de la *clase T*.

Barris estableció contacto con Cartwrigh. *Norteamérica* había caído en manos de los *Curadores*; el propio Cartwrigh se había unido a ellos, Luego, Barris revisó cada uno de los Directorios. De los veintitrés, más de la mitad estaban en poder de los *Curadores*. Los restantes eran leales a la *Unidad*, a *Vulcan III*.

Se acercó a una de las ventanas del edificio, contemplando una muchedumbre de *Curadores* luchando con una nube de *Dardos* metálicos. Una y otra vez, los *Dardos* descendían, golpeaban y volvían a ascender; la multitud les atacaba con piedras y tubos. Finalmente, los *Dardos* se batieron en retirada, desapareciendo en la oscuridad nocturna.

—No lo comprendo —dijo Daily—. ¿De dónde proceden?

—¿Los *Dardos*? —inquirió Barris—. Los fabrica *Vulcan III*; son adaptaciones de instrumentos de reparación. Nosotros le suministrábamos los materiales, pero el verdadero trabajo de reparación lo efectuaba él. Debió darse cuenta de las posibilidades de la situación hace mucho tiempo... y empezó a fabricarlos.

—Me pregunto cuántos tendrá.

Una hora más tarde reaparecieron los *Dardos*, esta vez en mayor número. La multitud se dispersó aterrorizada, aullando salvajemente mientras los *Dardos* caían sobre ellos.

Barris se apartó de la ventana.

—Esto es más serio —dijo—. Adviertan a los tiradores del tejado que estén preparados.

En el tejado, los soldados se dispusieron a rechazar el ataque. Los *Dardos* habían terminado con la multitud y ahora se acercaban al edificio de la *Unidad*, trazando un arco mientras ganaban altura para el ataque.

—Ahí están —murmuró Chai.

—Será mejor que nos refugiemos en el sótano —dijo Daily, dirigiéndose al ascensor.

Los soldados empezaron a disparar. La mayoría de ellos eran miembros de la

guardia personal de Barris; los otros se habían marchado con Reynolds y su grupo, a la fortaleza.

Un *Dardo* penetró a través de la ventana. Perseguido por los disparos de un lápiz de rayos, acabó desintegrándose en una lluvia de partículas metálicas calentadas al rojo.

—La situación es grave —dijo Daily—. Estamos completamente rodeados por los *Curadores*. A excepción de este edificio, el resto de la *Unidad* es leal a *Vulcan III*. La fortaleza está dirigiendo ya las operaciones contra los *Curadores* en todo el mundo.

—Me pregunto quién saldrá vencedor, si los *Curadores* o *Vulcan III* —dijo Pegler.

—Los *Curadores* tienen más posibilidades —opinó Daily—. *Vulcan III* no puede acabar con todos; hay millones de ellos.

—Pero la *Unidad* posee las armas y la organización. Los *Curadores* no conseguirán tomar la fortaleza; ni siquiera saben dónde está. Y *Vulcan III* puede construir nuevas armas.

Repentinamente, Barris se dirigió al ascensor.

—¿Adónde va usted? —preguntó Chai.

—Al tercer piso del sótano —dijo Barris.

—¿Para qué?

—Hay alguien allí con quien quiero hablar.

Marion Fields escuchó atentamente, hecha un ovillo, con la barbilla apoyada en las rodillas.

—Los *Curadores* vencerán —dijo tranquilamente, cuando Barris hubo terminado.

—Quizá. Pero *Vulcan III* tiene expertos que trabajan para él: los que permanecieron leales; la mayor parte de la *Unidad*.

—¿Cómo pueden hacerlo?

Barris se encogió de hombros.

—Han pasado toda su vida obedeciendo a *Vulcan III*, siendo una parte del *Sistema de la Unidad*. ¿Por qué tendrían que cambiar ahora de modo de pensar? Sus existencias han estado orientadas alrededor de la *Unidad*. Y es la única vida que conocen.

—Pero matan a otras personas.

Barris sonrió débilmente.

—También lo hacen los *Curadores*.

—Es distinto; los *Curadores* matan a personas malas —replicó Marion—. No comprendo cómo pueden servir a una máquina contra seres humanos. Tienen que estar locos.

Barris se inclinó hacia ella.

—¿Dónde está el Padre Fields? ¿Estás en contacto con él?

Marion vaciló.

—No.

—Pero sabes dónde está. Puedes llegar hasta él, si quieres.

—¿Por qué?

—Necesito hablar con él, para hacerle una proposición.

—¿Una proposición? —los ojos de la niña brillaron astutamente—. ¿Va usted a unirse a los *Curadores*?

Barris no dijo nada. Encendió un cigarrillo y fumó, con el rostro inexpresivo.

—¿Me dejará usted libre, si le acompaño al lugar donde está? —preguntó Marion.

—Desde luego; no hay ningún motivo para que permanezcas aquí.

—Mr. Dill me obligó a quedarme aquí.

—Mr. Dill ha muerto.

Marion asintió.

—Es una lástima. ¿Hay muchos hombres con aquellos horribles pájaros de metal?

—¿Los *Dardos*? *Vulcan III* está fabricando más. Los nuevos están provistos de lápices de rayos. Con la ayuda técnica que tiene, podrá organizar una guerra implacable contra los *Curadores*.

—Pero, eso significa contra todo el mundo. ¡Millones de personas!

—Contra todo el mundo, a excepción de los que trabajan para él en la fortaleza, y las oficinas de la *Unidad* que siguen siéndoles fieles.

—¿Cuántos hay con él?

Barris se encogió de hombros.

—Unos centenares.

Marion se decidió. Se puso bruscamente en pie.

—De acuerdo; le acompañaré a usted al lugar donde está mi padre. Pero tiene que venir solo..., sin guardias.

—De acuerdo.

—¿Cómo llegaremos allí? Mi padre está en *Norteamérica*.

—En una aeronave. Hay tres aeronaves aparcadas en el tejado de este edificio. Después del ataque podemos marcharnos.

—¿Conseguiremos burlar a los pájaros de metal?

—Eso espero —dijo Barris.

Mientras la aeronave volaba sobre *Nueva York*, Barris vio por primera vez los destrozos que los *Curadores* habían causado.

La mayor parte de la zona comercial de la ciudad estaba en ruinas. El edificio de la *Unidad* había resistido mucho tiempo antes de ser tomado por Cartwrigh y sus fuerzas de policía. La policía había luchado contra los soldados de la *Unidad* y los *Dardos* metálicos enviados desde la fortaleza.

Ahora, la ciudad estaba tranquila. La gente se movía vagamente a través de las ruinas, recogiendo cosas. Aquí y allá, *Curadores* embutidos en sus túnicas pardas organizaban los trabajos de descombro y salvamento. Al oír el ruido que producía la aeronave, la gente se dispersó para ponerse a cubierto. Desde el tejado de una enorme fábrica, dispararon contra ellos.

—¿Cuál es el camino? —preguntó Barris.

—Siga en línea recta. Pronto aterrizaremos. Nos llevarán a pie al lugar donde está mi padre.

La aeronave aterrizó en pleno campo, en las afueras de una pequeña ciudad de *Pennsylvania*. Inmediatamente, un camión se acercó por un camino polvoriento.

El camión se detuvo. Cuatro hombres se apearon. Uno de ellos empuñaba un rifle.

—¿Quién diablos es usted?

Marion se acercó a los hombres y conferenció con ellos. Barris esperó con los nervios en tensión. A lo lejos, hacia el norte, apareció una bandada de *Dardos* metálicos. Poco después, la línea del horizonte se iluminó con una serie de vivísimos resplandores. *Vulcan III* había equipado a los *Dardos* con bombas. Se oyeron numerosas explosiones.

Un hombre se acercó a Barris.

—Soy Joe Potter. ¿Es usted Barris?

—El mismo.

—Le acompañaré a usted al lugar donde se encuentra el Padre Fields. Sígame.

Barris y Marion montaron en el camión. El vehículo emprendió el camino de regreso a la zona de *Nueva York*. Cuando faltaban unas millas para llegar a la ciudad, Potter detuvo el camión en una estación de servicio. A la derecha de la estación había una destartalada cantina. Delante de ella había unos cuantos automóviles aparcados. Un grupo de chiquillos llenaba el aire con sus risas; en el patio trasero había un perro atado.

—Baje —dijo Potter.

Barris se apeó lentamente del camión.

—¿Dentro?

Potter volvió a poner el motor en marcha. Marion se había apeado también y estaba al lado de Barris. El camión se perdió de vista, envuelto en una nube de polvo.

—¡Vamos!

Marion se dirigió a la cantina y empujó la puerta. Barris la siguió precavidamente.

En el interior de la cantina había un anciano. Estaba sentado ante una mesa cubierta de mapas y de documentos. En la mesa había también un antiguo aparato telefónico, junto a un tazón de café.

El anciano levantó la mirada..., y Barris vio unas cejas pobladas y unos ojos penetrantes que le hicieron estremecerse hasta los huesos.

—¿Quién es usted? —preguntó el anciano, poniéndose rápidamente en pie.

—¡Papá! —Marion se echó en brazos del anciano.

—Soy el Director William Barris. —Alargó la mano y el anciano se la estrechó—. ¿Es usted el Padre Fields?

—El mismo. —El Padre Fields apartó cariñosamente a su hija. Contempló pensativamente a Barris—. ¿Qué está usted haciendo aquí? Tenía entendido que se hallaba usted en *Ginebra*.

Barris se sentó.

—Allí estaba. Acabo de regresar a *Norteamérica*.

—Mr. Barris está luchando contra *Vulcan III* —dijo Marion, colgándose del brazo de su padre—. Está de nuestro lado.

—¿Es cierto eso? —gruñó el Padre Fields.

—No. —Barris encendió lentamente un cigarrillo y se reclinó hacia atrás—. He venido aquí para hablar con usted. De negocios.

Fields volvió a sentarse, sin apartar sus penetrantes ojos del rostro de Barris.

—¿Qué es lo que tiene que decirme? ¿Está con nosotros, o no? ¿Está a nuestro lado, o es usted leal a aquella diabólica máquina?

—No estoy de ningún lado. —Barris dibujó un triángulo sobre la húmeda superficie de la mesa—. ¿Cuántos lados tiene un triángulo? ¿Dos... o tres?

—Esto es una guerra —dijo el Padre Fields bruscamente—, no una clase de geometría. O está usted con nosotros, o está contra nosotros.

Barris permaneció unos instantes en silencio.

—Hace un par de días, estaba contra usted..., pero en ese par de días han sucedido muchas cosas.

Fields sonrió.

—La *Unidad* ha desaparecido; en un par de días, el Sistema del gran monstruo ha sido barrido.

—¿De veras? —Barris sacudió la ceniza de su cigarrillo—. Han destruido ustedes a la *Unidad*, aquí; han destruido las oficinas, y han expulsado a todos los secretarios, y escribientes, y mecanógrafas. Pero no han destruido a *Vulcan III*.

—Le destruiremos.

—¿Cómo? Ni siquiera saben dónde está; hace dos años que tratan de descubrirlo. Y, hasta que lo consigan, no habrán hecho nada.

—No tememos a *Vulcan III*; no puede hacernos ningún daño. Si pudiera, ya nos lo habría hecho hace muchísimo tiempo.

—*Vulcan III* se enteró de la existencia de los *Curadores* hace veinticuatro horas. Durante quince meses le escamotearon los datos acerca de ustedes.

—¿Qué? —exclamó Fields—. ¿Quiere usted decir...?

—Han estado luchando contra la *Unidad*..., pero no contra *Vulcan III*. Han estado luchando contra la plana mayor de la burocracia... y nada más. En todo ese tiempo no había llegado hasta *Vulcan III* ninguna noticia del *Movimiento*. No ha hecho más que empezar a luchar; el gigante se está despertando...

El Padre Fields palideció.

—No lo sabía —murmuró.

—La guerra ha empezado ahora. Mientras venía hacia aquí, he visto una nube de *Dardos* metálicos que lanzaban bombas. Y esto es sólo el principio. *Vulcan III* ha entrado en acción... por primera vez. Está en su fortaleza, diseñando nuevas armas.

—¡Dios mío! —El Padre Fields se secó la frente con una mano temblorosa—. Ya me extrañaba a mí... Esos malditos pájaros metálicos... Y, ahora, esas bombas. No

podía comprender por qué no las habían utilizado antes; creíamos que no tenían nada...

—No lo hicieron antes, pero lo harán ahora. —Barris se inclinó hacia Fields—. Escúcheme: en la fortaleza hay doscientos de los mejores especialistas del mundo, los técnicos más capacitados..., un grupo de hombres leales a *Vulcan III* que pueden fabricar armas inconcebibles. Poseen todos los diseños de la Guerra. Pueden volver a crear todas las armas del pasado. Con la capacidad organizadora de *Vulcan III*, y sus conocimientos técnicos, pueden...

—¿Ha permanecido leal toda la *Unidad*?

—Algunos de sus miembros están conmigo, en el edificio del *Mando de la Unidad*, en *Ginebra*.

Los ojos del Padre Fields centellearon.

—¿Con usted? Y usted, ¿con quién está, Barris? No está con *Vulcan III*, y sin embargo no está con nosotros.

—Algunos de nosotros rompimos con la *Unidad*. —Barris sonrió fríamente—. *Vulcan III* nos llamó traidores. Rompimos con ella porque comprendimos en qué se había convertido *Vulcan III*. Ya no es un cerebro electrónico racional..., sino un ser viviente, luchando por sobrevivir igual que cualquier otro animal.

Fields asintió.

—Lo sé..., una cosa viva. Un rey viviente sobre un inmenso trono, a quien rinde pleitesía un vasto sistema, lo sabía desde hace mucho tiempo.

Barris quedó desconcertado.

—¿Sabía usted que *Vulcan III* estaba vivo?

—¡Desde luego! ¿Por qué cree usted que nació el *Movimiento*?

—Muy interesante —dijo Barris—. Creí que nadie podía saberlo. Dill lo descubrió cuando se estaba muriendo.

—¿Ha muerto Dill?

—*Vulcan III* le asesinó. Usted debe su existencia a Dill; impidió que *Vulcan III* se enterara de las actividades de los *Curadores*. Si Dill le hubiera suministrado los datos sobre su *Movimiento*, *Vulcan III* les hubiera aplastado hace mucho tiempo.

Fields estaba visiblemente impresionado.

—Y nosotros que creíamos haber aplastado a la *Unidad*...

—No conseguirán aplastar nunca a la *Unidad*..., al menos, no del modo que han estado actuando. Es absurdo pensar que un movimiento revolucionario pueda derrocar un moderno sistema burocrático... que dispone de las técnicas más avanzadas y de una perfecta organización industrial. La *Unidad* no puede ser destruida desde el exterior. Pueden desgajarse algunas ramas, hacer caer algunas hojas... Oficinistas, funcionarios de poca categoría...

—¡Hemos eliminado casi a la mitad de los funcionarios de la *Unidad*!

Barris rió sin alegría.

—Eso no significa nada. La *Unidad* tiene que ser atacada desde dentro; hay que

cortar el tronco principal. Y eso no puede hacerse desde fuera.

—Hace un centenar de años, su *Movimiento revolucionario* podía haber resultado eficaz: antes de que surgiera el gran sistema burocrático. Pero los tiempos han cambiado. El arte de gobernar se ha convertido en una ciencia..., manejada por especialistas. Los departamentos son dirigidos por funcionarios científicamente preparados. El ataque debe dirigirse contra la cabeza.

—Contra la cabeza —repitió pensativamente Fields—. Se refiere usted a *Vulcan III*, naturalmente.

—*Vulcan III* es el núcleo de la *Unidad*, el principio unificador de todo el sistema, el centro alrededor del cual funciona la *Unidad*. Y su *Movimiento* no puede alcanzarle.

—Nosotros creíamos que *Vulcan III* nos tenía miedo. ¡Y ni siquiera estaba enterado de nuestra existencia!

—La sospechaba. *Vulcan III* es muy inteligente; ningún hombre puede engañarle. Dill lo intentó... y lo pagó con la vida. Murió protegiendo a su *Movimiento*.

—¿Por qué?

—Dill obedecía instrucciones de *Vulcan II*. Unas instrucciones que *Vulcan II* le dio antes de ser destruido.

Fields se estremeció.

—No me sorprende; temía que *Vulcan III* hubiera acabado con él.

—*Vulcan II* había deducido la verdad, pero no estaba completamente destrozado. Conseguí reconstruirle, en parte. Y de esa parte reconstruida extraje los motivos que había tenido para dar aquellas instrucciones a Dill.

Fields suspiró.

—Empiezo a comprender. Dill actuaba de acuerdo con las instrucciones de *Vulcan II*; aisló a *Vulcan III*. Y, ahora, usted intenta continuar. —Irguió su maciza cabeza—. De acuerdo, Barris. ¿A qué ha venido aquí? ¿Qué es lo que desea?

—Quiero hacer un trato. Tal como están las cosas, su *Movimiento* no tiene ninguna posibilidad. *Vulcan III* recuperará el control de la situación en unas semanas. Su única esperanza está en destruirle..., en descubrir la fortaleza.

—Continúe.

—Yo sé dónde está la fortaleza; estuve allí con Dill. Puedo volver a localizarla fácilmente..., y llevar hasta allí a una patrulla de asalto. Si actuamos rápidamente, podemos llegar hasta *Vulcan III* antes de que elabore unas defensas más eficaces.

—¿Qué quiere usted a cambio?

—Mucho —dijo Barris en tono grave—. Trataré de resumirlo en pocas palabras.

Durante un rato, el Padre Fields permaneció en silencio.

—Exige usted mucho —dijo finalmente.

—Desde luego.

—Parece increíble que pueda usted dictarme condiciones... ¿Cuántas personas forman parte en su grupo?

—Cinco.

—Cinco —Fields sacudió la cabeza—. Y nosotros somos millones, repartidos por todo el mundo... —Desenrolló un mapa y apoyó un dedo huesudo en él—. Hemos conquistado *Norteamérica, América Central, Europa Oriental, toda Asia y Australia*. Conquistar el resto parecía una cuestión de tiempo. Nuestra victoria habría sido completa.

Barris sonrió fríamente.

—Pero yo sé dónde está la fortaleza.

—*Vulcan III* —suspiró Fields—. De acuerdo, Barris; acepto sus condiciones.

Barris parpadeó.

—¿De veras?

—Le sorprende, ¿no es cierto? No creía usted que iba a aceptarlas...

Barris se encogió de hombros.

—Pensé que podía negarse a admitir lo precario de su situación.

—Las acepto..., pero por motivos que usted ignora. Tal vez más tarde se los haga saber. —Fields consultó su reloj de bolsillo—. De acuerdo. ¿Qué necesita para atacar la fortaleza? No tenemos muchos cañones.

—En *Ginebra* hay armas.

—¿Y el transporte?

—Disponemos de tres aeronaves militares ultrarrápidas. Las utilizaremos. —Barris escribió rápidamente en una cuartilla—. Un ataque concentrado, a cargo de hombres expertos, dirigido contra el centro vital. Una patrulla eficiente, con el material adecuado. Bastarán un centenar de hombres. Todo dependerá de los primeros diez minutos en la fortaleza; si los superamos, el éxito es seguro. Pero no habrá una segunda oportunidad.

Fields contempló fijamente al Director.

—Barris, ¿cree usted realmente que tenemos una posibilidad? ¿Que podemos llegar hasta *Vulcan III*? —Se frotó nerviosamente las manos—. Durante dos años no he pensado en otra cosa. Aplastar aquella satánica masa de cables y tubos...

—Llegaremos hasta él —afirmó Barris.

Fields escogió los hombres que Barris necesitaba. Embarcaron en la aeronave que había llevado a Barris y a Marion Fields. Barris despegó, rumbo a *Ginebra*. Fields estaba sentado a su lado. Cuando cruzaban el *Atlántico*, divisaron una espesa nube de *Dardos* metálicos que volaban hacia la indefensa *Norteamérica*.

—¡Mire! —dijo Barris horrorizado.

Los *Dardos* eran enormes: casi tan grandes como la aeronave. Avanzaban con increíble rapidez y desaparecieron casi inmediatamente de la vista. Unos instantes después apareció una nueva horda, de forma distinta: cilíndricos y alargados. Ignoraron a la aeronave y siguieron al primer grupo.

—Modelos nuevos —dijo Barris—. *Vulcan III* no pierde el tiempo.

El edificio del *Mando de la Unidad* estaba aún en manos amigas. Aterrizaron en

la terraza y descendieron apresuradamente a los pisos inferiores. Los *Curadores* habían dejado de atacar... por orden de Fields. Pero ahora, los *Dardos* metálicos se movían continuamente en el cielo, descendiendo en picado y esquivando ágilmente los disparos procedentes del tejado. La mitad del edificio principal estaba en ruinas, pero los soldados seguían disparando, derribando a los *Dardos* que se acercaban demasiado.

—Es una batalla perdida —murmuró Daily—. Tenemos muy pocas municiones; sólo es cuestión de tiempo.

Barris actuó rápidamente. Proveyó a su fuerza de ataque de las mejores armas disponibles, almacenadas en los sótanos del edificio. De los cinco Directores, escogió a Pegler y a Chai, y a un centenar de los mejores soldados.

—Voy a acompañarles —dijo Fields—. Si el ataque fracasa, no quiero seguir viviendo; si tiene éxito, quiero ser testigo de vista de él.

Barris desembaló cuidadosamente una bomba nuclear de mano.

—Ésta es para él —Sopesó la bomba con la palma de la mano—. *Vulcan III* está construido con unos materiales virtualmente indestructibles; si queremos obtener algún resultado necesitamos esto: las ondas expansivas normales no le afectarían.

Cuando empezó a oscurecer, Barris cargó las tres aeronaves con los soldados y el material. Los hombres apostados en la terraza abrieron un intenso fuego para proteger el despegue.

—En marcha —dijo Barris.

Su aeronave se elevó en el cielo nocturno, seguida muy de cerca por las otras dos.

Dos *Dardos* metálicos revolotearon a su alrededor. Un disparo procedente del tejado alcanzó a uno de los *Dardos*; el otro ganó altura.

—Tenemos que librarnos de ellos —dijo Barris—, si no queremos que *Vulcan III* se entere demasiado pronto de nuestra expedición.

Dio unas rápidas órdenes. Las tres aeronaves dispararon en todas direcciones, separándose rápidamente. Unos cuantos *Dardos* se desintegraron.

—Camino libre —informó Chai desde la segunda aeronave.

—Camino libre —informó Pegler desde la tercera.

Barris miró al anciano que estaba sentado junto a él. Detrás de ellos, la aeronave estaba llena de soldados y de material, revueltos en confuso montón.

Barris habló a través del altavoz:

—Preparados para el ataque a la fortaleza.

—¿Estamos cerca? —preguntó Fields.

—Muy cerca. —Barris consultó su reloj de pulsera—. Dentro de unos minutos llegaremos.

Barris inició el descenso. La aeronave de Pegler se mantuvo a su altura; la de Chai, en cambio, viró hacia la derecha y se dirigió directamente hacia la fortaleza.

Vastos enjambres de *Dardos* metálicos rodearon la aeronave de Chai, ocultándola a la vista.

—¡Atención! ¡Vamos a aterrizar! —advirtió Barris. Unos instantes después, la aeronave se posaba violentamente en el suelo, aplastando árboles y arbustos.

—¡Afuera! —ordenó Barris, soltándose el cinturón de seguridad.

Los soldados se apearon rápidamente, descargando al mismo tiempo su material.

Encima de ellos, en el frío cielo nocturno, la nave de Chai luchaba con los *Dardos* metálicos; zigzagueaba continuamente disparando sus armas. De la fortaleza surgieron grandes nubes negras de *Dardos*, que ganaron altura rápidamente.

La aeronave de Pegler estaba aterrizando. Se estrelló contra la ladera de una colina, a unos centenares de metros de distancia del muro de defensa exterior de la fortaleza.

Los cañones empezaron a disparar. La noche se pobló de intensos resplandores.

Barris pegó los labios a su micrófono, para que el ruido de las explosiones no apagara su voz.

—¿Pegler?

—¡Sin novedad! —La voz de Pegler llegó débilmente a través de los auriculares—. Estamos instalando el cañón grande.

—Ese cañón se ocupará de los *Dardos* —le dijo Barris a Fields. Alzó la mirada hacia el cielo—. Espero que Chai...

La aeronave de Chai seguía zigzagueando, tratando de eludir el anillo de *Dardos* que se acercaba a su alrededor. De pronto, la nave se tambaleó: acababa de recibir un impacto directo.

—¡Deje caer a sus hombres! —ordenó Barris a través del micrófono—. Están encima mismo de la fortaleza.

De la aeronave de Chai cayó una nube de manchas blancas, que descendían lentamente.

—Los hombres de Chai se encargarán del ataque directo —dijo Barris—. Mientras las perforadoras están avanzando.

—La sombrilla casi tendida —informó un técnico.

—Bien. Están empezando a picar sobre nosotros; deben de habernos localizado.

Las flotas de *Dardos* metálicos estaban descendiendo, acercándose al suelo. Uno de los cañones de Pegler rugió. Un grupo de *Dardos* desapareció, pero no tardaron en presentarse otros. Un interminable torrente de *Dardos*, surgiendo de la fortaleza como bandadas de murciélagos.

La sombrilla adquirió un tono púrpura. Vagamente, debajo de ella, Barris pudo

ver un grupo de *Dardos* que se desintegraban al entrar en contacto con las terribles radiaciones que tendían un manto protector sobre sus cabezas.

—Bueno. Ahora no tenemos que preocuparnos ya de esos malditos pájaros —dijo Barris.

—Las taladradoras se están abriendo paso —informó el jefe de los equipos de perforación.

En el suelo se habían abierto dos inmensos agujeros, que vibraban a medida que las perforadoras se hundían más profundamente en la tierra. Los técnicos desaparecieron detrás de las máquinas. El primer grupo de hombres armados les siguió cautelosamente.

A la derecha, el cañón de Pegler rugió sordamente. La flota de *Dardos* trataba ahora de inutilizar el cañón, arrojando bombas.

—¡Pegler! —gritó Barris a través del micrófono—. ¡Tienda su sombrilla!

La sombrilla de Pegler parpadeó. Vaciló...

Una bomba cayó a través del punto muerto. La aeronave de Pegler desapareció; nubes de partículas ardieron en el aire, y sobre el llameante suelo cayó una lluvia de metal y ceniza. El cañón enmudeció bruscamente.

—¡Vamos! —dijo Barris.

Sobre la fortaleza, los primeros hombres de Chai habían alcanzado el suelo. Los cañones dejaron de ocuparse de la aeronave de Barris y apuntaron a las manchas blancas que continuaban descendiendo.

—No tienen ninguna posibilidad —murmuró Fields.

—No. —Barris le arrastró hacia el primer túnel—. Pero la tenemos nosotros.

Súbitamente, la fortaleza se estremeció. Una enorme lengua de fuego la envolvió. Las instalaciones de la superficie se fundieron inmediatamente. Una ola de metal fundido cubrió el suelo. Barris se detuvo a mirar.

—Cerrados —jadeó—. Los accesos superiores han quedado cerrados.

Los *Dardos* que revoloteaban por aquellos alrededores interrumpieron su vuelo y vacilaron, perdido el contacto con los pisos inferiores. Entre ellos y *Vulcan III* había una capa de metal fundido que lo cubría todo.

Barris se adentró en el túnel, acercándose a los técnicos que manejaban la perforadora. La máquina se abría camino a través de la dura piedra. El aire era cálido y húmedo. Los hombres trabajaban febrilmente, dirigiendo la perforadora a un nivel cada vez más profundo. Alrededor de ellos, la arcilla despedía torrentes de vapor.

—... Cuidado —gruñó Barris—. Tenemos que emerger cerca del fondo.

—*Vulcan III* está en el fondo, ¿verdad?

Barris asintió, sosteniendo el lápiz de rayos en una mano... y la bomba nuclear en la otra.

De pronto, la perforadora tropezó con una sólida pared de acero. Su rugido se hizo más intenso, y su avance más lento, pulgada a pulgada. Pero siguió avanzando, avanzando...

Finalmente, la pared cedió. Los soldados penetraron a través del boquete. Barris y Fields les siguieron.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Fields, muy excitado—. ¡Estamos dentro!

Un largo pasillo se extendía delante de ellos, débilmente iluminado. El nivel más bajo de la fortaleza. Unos cuantos soldados de la *Unidad*, estupefactos, avanzaron hacia ellos arrastrando un cañón.

Barris hizo fuego. El cañón disparó una sola vez... Pero el proyectil se estrelló contra el techo del pasillo. Barris avanzó. El cañón había quedado inutilizado. Los soldados de la *Unidad* retrocedían, disparando para cubrirse la retirada.

—¡Cuidado! —advirtió Barris.

Había llegado a una especie de encrucijada. Una serie de pasillos que se extendían en distintas direcciones. Barris vaciló...

—Por aquí —gritó Fields.

Barris parpadeó... y le siguió. Un soldado de la *Unidad* surgió delante de él. Barris le desintegró y corrió detrás de Fields.

—Por aquí —repitió Fields.

Se adentró en un pasillo lateral. De pronto, los dos hombres se detuvieron: delante de ellos había un grupo de soldados, que se disponían a disparar un cañón. Estaban perdidos. No tenían tiempo de retroceder... Súbitamente, Fields actuó. Cogió la bomba nuclear de manos de Barris y arrancó la válvula de seguridad.

—¡Fields! —gritó Barris, agarrándose frenéticamente a él—. ¡Por el amor de Dios! La necesitamos para...

Una espantosa explosión. Barris salió despedido violentamente contra la pared. Permaneció allí completamente inmóvil, jadeando, mientras un viento cálido barría el pasillo. Cuando se disipó la intensa humareda, el cañón y los soldados habían desaparecido... desintegrados. El camino estaba libre delante de ellos...

Barris trató de ponerse en pie, sin conseguirlo. Unos débiles gemidos le indicaron el lugar donde se encontraba Fields. Se arrastró penosamente hasta él. El anciano se apresuró a tranquilizarle.

—Estoy bien, Barris. Un breve descanso, y podremos continuar.

Finalmente, consiguieron ponerse en pie y proseguir su avance. No tuvieron que andar mucho. A cosa de un centenar de metros, el pasillo desembocaba en una inmensa sala. Y en medio de ella, enorme, gigantesco, se erguía un cerebro electrónico. A pesar de la nube que seguía oscureciendo su mente, Barris se sintió invadido por un escalofrío de terror. ¡*Vulcan III!*

Barris abrió y cerró sus puños, impotentemente. La bomba nuclear había desaparecido. Y detrás de ellos se oían los pasos precipitados de otros soldados de la *Unidad*, arrastrando otros cañones. Soldados... y nubes de furiosos *Dardos* metálicos.

—¡Maldito seas! —gritó Barris al enorme mecanismo que se erguía impasiblemente delante de él—. Tantos esfuerzos, para...

—¡Cállese! —dijo Fields—. Ayúdeme a subir. —Se agarró a un manojito de cables que pendían de una especie de torreta y empezó a trepar.

Un *Dardo* metálico zumbó encima de ellos y una voz dijo:

—¡Traidores! ¡Asesinos!

Aparecieron otros *Dardos*. Barris disparó salvajemente contra ellos.

—¡Por el amor de Dios, Fields! ¡Estamos copados! Sin la bomba no podemos hacer nada.

Los *Dardos* eran cada vez más numerosos. Barris disparaba desesperadamente, pegado a la pared. Dos *Dardos* se disolvieron en cenizas. Entretanto, Fields seguía trepando.

—¡Fields! —gritó Barris—. ¿Qué está usted haciendo?

Un *Dardo* picó hacia Fields.

—¡Deténgase! ¡Deténgase inmediatamente!

Barris redujo el *Dardo* a cenizas. En aquel momento, Fields desapareció detrás del montón de cables que suministraban la energía a *Vulcan III*.

—¡Deténgale! ¡Deténgale, Barris!

—¡Sáquele de ahí! —gritaron desesperadamente los *Dardos*—. ¡Deténgale!
¡Sáquele de ahí!

—¡Si permite usted que me destruya, destruiré el mundo!

—¡Loco!

—¡Monstruo!

Los *Dardos* trataron de alcanzar a Barris en un último y desesperado esfuerzo. Barris los mantuvo a raya. Fields había desaparecido en el interior del cerebro electrónico.

—¡Escúcheme! —aulló un *Dardo*—. ¡Todavía está a tiempo! ¡Esto es una locura!
¡Deténgale! ¡Me está asesinando!

—¡Podemos llegar a un acuerdo! ¡Podemos llegar a un acuerdo!

—¡Por favor, Barris! ¡No permita que me destruya!

—¡Deténgale! ¡Deténgale!

—¡Barris! ¡Barris! ¡Por favor, no...!

Del interior de *Vulcan III* surgió un intenso resplandor, seguido de un intenso y acre olor a quemado.

Los *Dardos* metálicos interrumpieron su vuelo y enmudecieron bruscamente. Luego empezaron a caer al suelo. Silenciosamente, uno a uno, cayeron al suelo y permanecieron inmóviles. Montones inertes de metal... y nada más.

Las hileras de luces que ardían en la parte delantera del cerebro electrónico se apagaron bruscamente.

Vulcan III acababa de morir.

Fields salió del interior de la máquina, frotándose las manos y respirando penosamente.

—Lo hemos conseguido, Barris.

Barris se acercó al anciano, temblando. La enorme sala estaba increíblemente silenciosa; ninguno de los *Dardos* metálicos se movía. Barris golpeó uno de ellos con el pie. El montón de metal continuó inmóvil y silencioso.

—Ha sido muy rápido.

—Desde luego. Una vez en el interior, la cosa era fácil.

Dos de los soldados de Barris aparecieron en el umbral de la sala.

—¿Se encuentran ustedes bien? —preguntó uno de ellos.

—Perfectamente —respondió Barris.

Los soldados entraron en la sala, con paso todavía inseguro.

—¡Dios mío! Todos los *Dardos* han muerto... Eso es...

—Es él. Mejor dicho, era él.

Uno de los soldados apuntó su lápiz de rayos contra *Vulcan III*.

—Voy a terminar el trabajo —murmuró torvamente.

Barris le detuvo.

—¡Cuidado! No le toque. Ponga centinelas en la entrada. No quiero que le suceda nada.

—Pero...

—Es una orden. —Barris se acercó a Fields—. ¿Se encuentra usted bien?

El anciano asintió maliciosamente. Su respiración seguía siendo muy agitada.

—Ha sido un gran momento —suspiró, y una amplia sonrisa distendió su rostro.

Entraron más soldados en la sala, arrastrando a un hombre vestido de gris. Reynolds se soltó.

—¡Le han destruido! ¡Malditos imbéciles!

—Tómelo con calma —dijo Barris—. Siéntese y cálese. —Señaló a Fields—. Siéntese allí, a su lado; tengo que aclarar algunas cosas.

—¿Cree que podrá sobrevivir sin *Vulcan III*? —preguntó hoscamente Reynolds. Llevaba el brazo derecho vendado, y de una herida de su frente brotaba aún la sangre—. Ha destruido usted a la *Unidad*. Es usted un traidor, Barris; estaba trabajando para ellos desde el primer momento.

—¿Para ellos? ¿Para los *Curadores*? —Barris sonrió irónicamente—. Fields no estará de acuerdo con esa afirmación.

Rebuscó en sus bolsillos y sacó un aplastado paquete de cigarrillos. Sin dejar de mirar a Reynolds y a Fields, encendió un pitillo—. No creo que ninguno de ustedes esté de acuerdo con esto.

—Me atengo a lo pactado —dijo Fields—, al trato que hicimos.

—¿Qué clase de trato? —preguntó Reynolds.

—*Vulcan III* está muerto. A partir de ahora, nos gobernaremos a nosotros mismos.

—No podemos hacerlo —dijo Reynolds.

Barris se encogió de hombros.

—Tal vez no. No tiene usted ninguna fe en sí mismo, Reynolds; no cree que podamos gobernar a la sociedad solos.

—Siempre hemos...

—He ordenado a mis soldados que establezcan una guardia alrededor de los restos de *Vulcan III* —dijo Barris—. La fuente de energía ha desaparecido. *Vulcan III* está muerto, pero los elementos calculadores están intactos. Nos aseguramos de que sólo quedara destruida la fuente de energía.

Reynolds estaba intrigado.

—¿Por qué?

—Vamos a conservar lo que queda de él. Continuaremos utilizando a *Vulcan III*... como utilizábamos los cerebros electrónicos en el pasado: en un terreno puramente consultivo. No para que nos diga lo que tenemos que hacer; no para que tome decisiones por nosotros. *Vulcan III* seguirá funcionando..., pero como una máquina calculadora, no como un ente vivo. Y no dará ninguna otra orden.

—De modo que las decisiones definitivas serán adoptadas por los humanos, ¿no es eso? —preguntó Reynolds.

—Exactamente.

—Pero, los humanos... —Reynolds estalló—: ¡Los humanos no son capaces de pensar objetivamente! Como..., como *Vulcan III*.

Barris se echó a reír.

—Como *Vulcan III* —repitió. Bruscamente, dejó caer su cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie—. Sigamos con lo que interesa. La *Unidad* continuará. El *Sistema de Control Internacional*. Directores y técnicos científicamente preparados. Conservaremos a *Vulcan III*..., al menos la parte calculadora. Fields cree que podremos disminuir su tamaño, de modo que resulte más fácil su manejo y su control. No queremos que se repitan ciertas cosas.

Fields carraspeó.

—Dijo usted también...

—La estructura de la *Unidad* será distinta. Ensancharemos nuestra base. Tenemos que hacerlo. El control racional de la sociedad resulta beneficioso..., hasta que se convierte en un culto a la razón, un culto que deja a la mayoría de la población al margen, por considerarla demasiado impura para participar en él. Ha llegado el momento de que deje de adorar al sistema, Reynolds. Su religión es demasiado exclusivista; queda demasiada gente fuera del templo.

—¿De qué está usted hablando?

—Del culto a la razón y a la ciencia. Únicamente para los expertos, y para los tecnócratas. Para la minoría que tiene facilidad de palabra y conocimientos teóricos. Una aristocracia intelectual..., como si el trabajo manual, el poner ladrillos, el pintar, el coser, el cocinar, no tuvieran ningún valor. Como si todas las personas que trabajan con sus manos, con la habilidad de sus dedos, con sus brazos, con sus músculos, fueran parias, despojos inútiles.

»Se habrá preguntado usted por qué los granjeros, y los albañiles, y los tejedores, y los conductores de autobús, odian a la *Unidad*. Por qué le odian a usted, y a *Vulcan*

III, y a todo lo que el sistema ha puesto en pie. Voy a decírselo: porque han sido excluidos, porque están fuera del templo. Están gobernados por una nueva aristocracia: la aristocracia de los técnicos. Una nueva jerarquía, una nueva elite que ha ocupado el lugar de la antigua. Primero fueron los sacerdotes y los reyes guerreros. Luego los grandes terratenientes. Luego los poderosos industriales. Ahora es la *Unidad*, el sistema de los jóvenes brillantes, con sus reglas graduadas, sus trajes grises y sus corbatas azules. Los dirigentes «*cultos*» vestidos de gris.

—¡Tonterías! —gruñó Reynolds.

—¿Por qué tienen que servirle a usted? A usted, que los mira desde su aristocrática altura, como si pertenecieran a una raza distinta. Monos... viviendo en un mundo gobernado por técnicos de sangre azul. Expertos racionales rodeados por animales emotivos.

»Usted y Fields son fanáticos. Cultistas. El culto a la ciencia por una parte, el culto a la emoción por otra. Sacerdotes grises, sacerdotes pardos. Cada uno de ustedes tiene sus propios templos, sus propios ídolos.

—¿Ídolos?

Barris señaló la enorme masa silenciosa que había sido *Vulcan III*.

—Hemos aplastado ése, Reynolds..., su ídolo; está fuera de servicio. Su ídolo moderno ha sido destruido como los primitivos. Ha convertido usted la ciencia y la razón, de simples instrumentos del hombre en tiranos gobernantes de la raza humana. Pero eso ha terminado. *Vulcan III* ha muerto... y volvemos a ser dueños de nosotros mismos.

—Tendremos que reconstruir todo lo que ha sido destruido —murmuró Reynolds.

—¡Pero no las máquinas! —gruñó el Padre Fields.

—¡Al contrario! —exclamó Barris—. ¡Todas las máquinas que hagan falta! No vamos a renunciar a nuestras herramientas. No vamos a abandonar el control de la naturaleza. No vamos a retroceder a la época de los oráculos. Los especialistas no pueden desaparecer. Ni puede desaparecer la *clase T*, ni la *Unidad*, ni el sistema, en una palabra. Ni siquiera *Vulcan III*... aunque desprovisto de autoridad y de poder. Le conservaremos como una herramienta, un instrumento: no como un jefe al cual están subordinadas todas las otras cosas. A partir de ahora, tomaremos todas las decisiones por nosotros mismos. Su ídolo ha desaparecido, Reynolds. Decidiremos lo que tengamos que hacer por nosotros mismos.

—¿Cree usted que podrá conseguirlo? —preguntó Reynolds.

—No lo sé. Tal vez la *Unidad* no pueda funcionar sin *Vulcan III*; tal vez los hombres no son realmente capaces de gobernar su propia sociedad. Pero vamos a hacer la prueba.

—Puede resultar mucho peor que eso —dijo Fields, señalando la silente masa del cerebro electrónico.

Barris se volvió bruscamente hacia Fields.

—Y, a propósito: ¿Cómo sabía usted tanto acerca de *Vulcan III*? Usted sabía

exactamente dónde estaba... y cómo destruirlo. —Sus ojos estaban llenos de sospechas—. ¿Cómo? ¿Cómo sabía usted tanto acerca de los *Vulcan*?

Fields permaneció silencioso unos instantes. Los soldados se movían alrededor de la sala, limpiándola de escombros. Los primeros grupos de *Curadores* empezaban a penetrar desde el exterior. Oficinistas y funcionarios de la *Unidad*, vestidos de gris, vagaban tímidamente alrededor de los restos de sus oficinas, asombrados y aturdidos.

—La cosa tiene una fácil explicación —dijo Fields—. Fui el electricista que trabajó en la instalación del *Vulcan III*.

Barris suspiró.

—Algo de eso imaginaba.

—Trabajé bajo la dirección de *Vulcan II*. Soy un hombre viejo. Fue durante la Guerra..., cuando yo era joven. En aquella época sólo teníamos a *Vulcan II*. Deseaban un cerebro electrónico más «completo», capaz de trabajar con valores definitivos. No tuve nada que ver con los planos, desde luego. El trabajo intelectual corrió sólo a cargo de personal de la *clase T*.

—Pero usted llevó a cabo la instalación.

Fields sonrió.

—Sí, yo hice el trabajo físico. *Vulcan II* estuvo conmigo constantemente, dirigiéndome; él, supervisó todo el proyecto. Nunca he olvidado aquellos días; tenía veintidós años y era un buen electricista. *Vulcan II* me escogió entre todos los demás.

—Por eso deseaba usted que *Vulcan II* hubiese sido reconstruido...

—Estuvimos muy unidos, durante una larga temporada. Me conservó a su lado todo el tiempo que pudo. Como usted ya sabe, *Vulcan II* fue arrinconado cuando *Vulcan III* quedó terminado..., desposeído de toda autoridad. *Vulcan III* se hizo cargo de todo, y yo fui despedido.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Perdí todo contacto con *Vulcan II*. *Vulcan III* alzó una muralla entre nosotros. A través de los años traté de localizarle, pero sin éxito. *Vulcan III* tuvo el mando absoluto desde el momento en que fue creado. ¡Maldito monstruo! Y luego destruyó a *Vulcan II* para que no pudiera hacerle sombra. Sin el menor escrúpulo, del mismo modo que asesinó a todos los demás.

—¿Sabía usted algo acerca de Jason Dill?

—Nada. ¡Si hubiéramos podido ponernos en contacto! Pero *Vulcan III* tenía demasiado poder; lo controlaba todo. *Vulcan II* tuvo que actuar prudentemente; estaba en peligro, en constante peligro.

—Fue prudente..., pero no lo bastante prudente.

—No. *Vulcan III* consiguió finalmente acabar con él; sólo era cuestión de tiempo. Creo que *Vulcan II* lo sabía; antes de que me despidieran, trató de confiarme las sospechas que había empezado a alimentar. Que *Vulcan III* estaba creciendo, creciendo... no como un cerebro electrónico racional, un instrumento del hombre, sino como un ser viviente. Con sus propios impulsos, su propia voluntad de

sobrevivir.

»*Vulcan II* sabía eso; y me lo comunicó a mí. Era muy astuto, Barris; miraba, y meditaba, y trazaba cautelosos planes.

—¿Planes?

—Piense en la situación. *Vulcan II* había sido completamente excluido del poder. Nadie le consultaba... excepto Dill. Dill era el único contacto exterior. *Vulcan II* utilizó a Dill del mejor modo posible, dándole instrucciones para que escamoteara toda la información acerca de nosotros, acerca del *Movimiento de los Curadores*. ¡Afortunadamente, *Vulcan II* vivió el tiempo suficiente para dar aquellas instrucciones! Si *Vulcan III* se hubiera enterado antes de nuestras actividades, nos hubiera aplastado.

»A *Vulcan II* debió preocuparle mucho eso..., el temor de que *Vulcan III* se enterase demasiado pronto de nuestra existencia. Nuestro *Movimiento* ganaba continuamente adeptos en todo el mundo, pero hubiera sido impotente contra *Vulcan III*. *Vulcan II* lo sabía; manejó a Dill del mejor modo posible, utilizándole para mantener a *Vulcan III* en la ignorancia de las fuerzas que trabajaban contra él.

—Dill obedecía las instrucciones sin comprenderlas y sin saber el verdadero alcance que tenían —dijo Barris—. Incluso después de la desaparición de *Vulcan II*. El producto de una estructura burocrática.

—A nosotros nos favoreció mucho. Necesitábamos tiempo para que el *Movimiento* creciera. Como usted ha dicho, nuestra revolución era descabellada. Pero *Vulcan II* contaba en ella, esperaba que tuviera éxito. Incapaz de establecer contacto conmigo, arrinconado e impotente, sólo podía esperar. Hizo todo lo que estuvo a su alcance... y esperó.

»*Vulcan II* depositó todas sus esperanzas en un *Movimiento* revolucionario descabellado y anticuado. Si usted no hubiese intervenido, hubiéramos fracasado. Pero, después de todo, *Vulcan II* era también anticuado. Un objeto inútil, una reliquia del pasado.

»De todos modos, *Vulcan II* hizo lo que pudo. Y lo que estaba obligado a hacer, porque, a fin de cuentas, el *Movimiento de los Curadores* fue creación suya. Yo no hubiera desarrollado nunca la idea, la conciencia del peligro, por mí mismo. Por eso me alegré de poder aceptar sus condiciones.

»Trabajábamos en el mismo sentido, de acuerdo con las directrices de *Vulcan II*. Usted deseaba conservar la *Unidad*..., conservar a *Vulcan III*, no como un jefe, sino como un instrumento para complementar la voluntad humana. *Vulcan II* había recomendado eso. Podía ser anticuado, pero su solución era idéntica a la de usted.

Barris se quedó pensativo. Súbitamente, estalló en una carcajada.

—Es posible que esté usted en lo cierto. O, quizás...

—O quizá... ¿qué?

—Quizá *Vulcan II* tenía celos de *Vulcan III*... No, no es eso, exactamente. *Vulcan II* no estaba vivo, y sus tentativas de supervivencia eran absolutamente impersonales;

consideraba a *Vulcan III* y a sus potencialidades como posibles obstáculos al ejercicio de la función para la que fue creado: resolver problemas. Pero el efecto, por lo que a nosotros respecta, fue que los dos cerebros electrónicos conspiraron el uno contra el otro. ¿Ha pensado usted alguna vez en eso?

Fields palideció.

—Yo...

—Dos máquinas luchando para destruirse... y poniendo en pie los instrumentos de destrucción. *Vulcan III* disponía del *Sistema de la Unidad*; *Vulcan II* creó el *Movimiento de los Curadores. Unidad y Curadores...* instrumentos de unas máquinas de calcular.

—¡Dios mío! —exclamó Fields—. Pero... ¿por qué no utilizó *Vulcan III* bombas atómicas contra nosotros?

Barris enarcó las cejas.

—Me hice esa pregunta en cuanto vi que sólo eran lanzadas bombas químicas. Y creo que he encontrado la respuesta. Verá... *Vulcan III* no era un monstruo, ni estaba loco. Seguía haciendo el trabajo para el cual había sido creado..., con una sola variante. Como cosa viviente, dotada del instinto de conservación, tenía que destruir a algunos humanos que ponían en peligro su existencia, a fin de servir al resto de la humanidad, objetivo para el que fue creado. Pero Dill, al escamotearle información obedeciendo las instrucciones de *Vulcan II*, le impidió disponer de todos los datos que necesitaba. *Vulcan III* dedujo el peligro, pero sólo pudo darse cuenta de su gravedad cuando había empezado a producirse el estallido final. Al fin y al cabo, Larson no pudo suministrarle toda la información. Se vio obligado a destruir humanos, pero en ningún modo se le ocurrió destruirlos en mayor número de lo que parecía necesario; *Vulcan III* no deseaba crear un estado de pánico, destruir ciegamente... Las bombas químicas le parecieron suficientes para el esfuerzo inicial.

—De modo que era eso... —susurró Fields.

—Si... Hasta cierto punto, su grupo, el grupo de Reynolds y mi propio grupo, no éramos más que peones. Pero, sea como sea, los humanos hemos conseguido salir adelante. —Barris sonrió—. Sí, Fields, ha sido usted un instrumento de *Vulcan II*. Al igual que la *Unidad*, su *Movimiento* era... un *Martillo de Vulcano*.

FIN